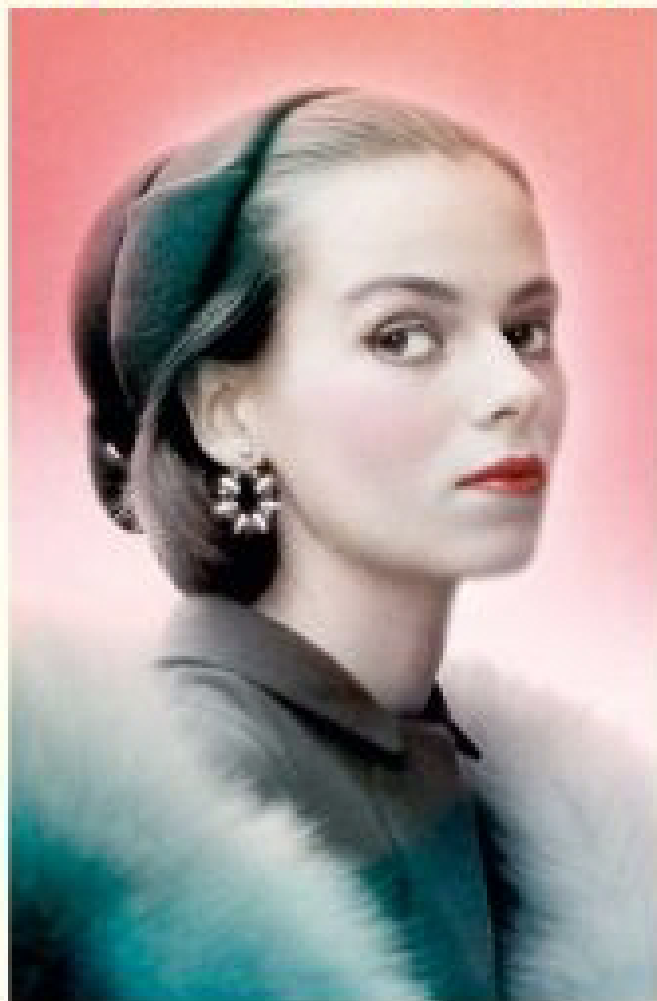


LOS COLORES
DEL INCENDIO
PIERRE LEMAITRE



 narrativa
salamandra

D.J.57

LOS COLORES DEL INCENDIO

PIERRE LEMAITRE



Los colores del incendio

Pierre Lemaitre

ISBN edición en papel: 978-84-9838-936-4

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-56-2

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Couleurs de l'incendie*

Traducción del francés: José Antonio Soriano Marco

Ilustración de la cubierta: Gordon Parks / Getty Images

Copyright © Éditions Albin Michel, 2018

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Para Pascaline

*Para Mickaël,
con afecto*

1927-1929

En el fondo, no hay ni buenos ni malos, ni personas honradas ni bribones, ni corderos ni lobos: sólo los castigados y los impunes.

Basado en JAKOB WASSERMANN

1

Aunque las exequias de Marcel Péricourt fueron muy accidentadas, e incluso acabaron de manera francamente caótica, al menos empezaron puntuales. El bulevar de Courcelles estaba cerrado al tráfico desde primera hora de la mañana y la banda de la guardia republicana, congregada en el patio, había iniciado el suave guirigay de la prueba de los instrumentos mientras los automóviles derramaban en las aceras a embajadores, parlamentarios, generales y delegaciones extranjeras que se saludaban con aire grave. Los académicos pasaban bajo el gran dosel negro con cenefa plateada que ostentaba el monograma del difunto y cubría la ancha escalinata, y seguían las discretas indicaciones del maestro de ceremonias, encargado de organizar a todo aquel gentío a la espera de la aparición del féretro. Se veían muchas caras conocidas: un funeral tan importante como aquél era como una boda ducal o la presentación de una colección de Lucien Lelong, un acto en el que exhibirse si uno tenía cierta categoría.

Pese a estar muy afectada por la muerte de su padre, Madeleine, contenida y eficiente, iba de aquí para allá dando discretas instrucciones, atenta al menor detalle, tanto más porque el presidente de la República había anunciado que acudiría en persona a despedir los restos mortales de su «amigo Péricourt». La noticia lo había complicado todo porque el protocolo republicano era tan estricto como el de una monarquía: desde ese momento ya no había habido un momento de calma en la mansión de los Péricourt, invadida por funcionarios de seguridad y responsables de la etiqueta, por no hablar de la multitud de ministros, cortesanos y consejeros. El jefe del Estado era una especie de barco pesquero permanentemente seguido por nubes de pájaros que se alimentaban de su movimiento.

A la hora prevista, Madeleine estaba en lo alto de la escalinata con las manos enfundadas en guantes negros y modestamente cruzadas por delante.

El coche llegó, la muchedumbre guardó silencio y el presidente bajó, saludó, subió los escalones y abrazó un instante a Madeleine sin decir nada: las grandes aflicciones son mudas. Por fin, con un ademán elegante y fatalista, le cedió el paso hacia la capilla ardiente.

La presencia del mandatario era una muestra de amistad hacia el difunto banquero, pero también un gesto simbólico: se trataba realmente de una ocasión excepcional. Con Marcel Péricourt, «desaparece un puntal de la economía francesa», habían titulado los periódicos que aún sabían guardar las formas. «Sobrevivió siete años al trágico suicidio de su hijo Édouard», subrayaba el resto. Daba igual: Marcel Péricourt era un personaje fundamental en la vida financiera del país, y su desaparición, como todo el mundo intuía confusamente, señalaba un cambio de época más bien preocupante, teniendo en cuenta las sombrías perspectivas que ofrecían los años treinta. La crisis económica que había seguido a la Gran Guerra no había acabado y la clase política francesa, que había jurado o prometido con la mano en el corazón que la Alemania vencida pagaría hasta el último céntimo de todo lo que había destruido, había quedado desautorizada por los hechos. La población, exhortada a esperar a que se reconstruyeran las viviendas, se rehicieran las carreteras, se indemnizara a los inválidos, se pagaran las pensiones, se creara empleo... en una palabra, a que el país volviera a ser lo que había sido (o algo mejor, puesto que había ganado la guerra), la población, digo, se había resignado: el milagro no se produciría. Francia tendría que arreglárselas sola.

Marcel Péricourt, precisamente, era un representante de la Francia de antes, la que alguna vez había administrado su economía como un buen padre de familia. No estaba del todo claro si lo que se conducía al cementerio eran los restos de un importante banquero francés o la época periclitada que éste había encarnado.

En la capilla ardiente, Madeleine observó largo rato el rostro de su padre. Desde hacía meses, envejecer se había convertido en su principal actividad. «Tengo que vigilarme constantemente», decía, «me da miedo oler a viejo, olvidarme de las palabras, estorbar, que me sorprendan hablando solo; me espío a mí mismo, me paso el tiempo haciéndolo: envejecer es agotador...».

En el armario, Madeleine había encontrado una percha con una camisa planchada y su traje más nuevo y unos zapatos cuidadosamente lustrados. Todo estaba listo.

La noche anterior, el señor Péricourt había cenado con ella y con Paul, su nieto, un niño de siete años, bien parecido, aunque un poco pálido, tímido y

tartamudo. Pero a diferencia de otras noches, el abuelo no le preguntó cómo iban las clases ni qué había hecho durante el día, ni le propuso que continuaran la partida de damas. Se quedó pensativo, aunque no preocupado, sólo ensimismado, lo que no era propio de él. Apenas tocó el plato: se limitó a sonreír para mostrar que estaba allí. Y, como parece que la cena se le hacía un poco larga, plegó la servilleta y dijo: «Voy a subir, acabad sin mí»; luego apretó un instante la cabeza de Paul contra su pecho y añadió: «Bueno, que durmáis bien.» Aunque a menudo solía quejarse de sus dolores, se dirigió a la escalera con paso ligero. Habitualmente abandonaba el comedor con un «Sed buenos»; esa noche se le olvidó, a la mañana siguiente estaba muerto.

Mientras, en el patio de la mansión, el carruaje fúnebre avanzaba tirado por dos caballos engualdrapados y el maestro de ceremonias reunía a la familia y las personas cercanas y cuidaba de que cada cual ocupara el sitio que le correspondía según el protocolo; Madeleine y el presidente de la República permanecían uno junto al otro con los ojos posados en el ataúd de roble en el que brillaba una gran cruz de plata.

Madeleine se estremeció. Su decisión de hacía unos meses, ¿había sido acertada?

Era soltera. Divorciada, para ser exactos, aunque en esa época venía a ser lo mismo. Su ex marido, Henri d'Aulnay-Pradelle, se pudría en la cárcel después de un sonado juicio. Esa situación suya, de mujer sin hombre, había sido una preocupación para su padre, que pensaba en el futuro. «¡A tu edad, uno vuelve a casarse!», solía decir. «Un banco con intereses en numerosas sociedades mercantiles no es cosa de mujeres.» De hecho, Madeleine estaba de acuerdo, pero con una condición: «Un marido, aún, pero un hombre no, con Henri ya tuve bastante, gracias; el matrimonio, vale, pero para lo otro que no cuenten conmigo.» Aunque se empeñaba en negarlo, había puesto no pocas esperanzas en aquella primera unión, que había resultado calamitosa, así que ahora lo tenía claro: llegado el caso, un cónyuge, pero nada más, sobre todo porque no pensaba tener más hijos; con Paul le bastaba y le sobraba para ser feliz. El otoño anterior, todo el mundo empezó a darse cuenta de que Marcel Péricourt no duraría mucho. Parecía prudente adoptar medidas porque aún tendrían que pasar muchos años antes de que su nieto Paul, el tartamudo, tomara las riendas de la empresa familiar, lo que ya de por sí resultaba difícil de imaginar porque al pequeño le costaba un triunfo hablar; de hecho, la mayoría de las veces renunciaba a expresarse: demasiado esfuerzo... como para dirigir nada.

Gustave Joubert, el apoderado del Banco Péricourt, un viudo sin hijos,

parecía ser el partido ideal para Madeleine. Cincuentón, ahorrador, serio, organizado, comedido, previsor... Sólo se le conocía una pasión: la mecánica, los coches (detestaba a Robert Benoist, pero adoraba a Jean Charavel) y los aviones (odiaba a Louis Blériot, pero veneraba a Didier Daurat).

El señor Péricourt abogó enérgicamente por esa solución, y Madeleine aceptó, pero:

—Hablemos claro, Gustave —le advirtió a Joubert—. Usted es un hombre, no me opondré a que... bueno, ya sabe a qué me refiero. Pero a condición de que sea discreto: me niego a que me dejen en ridículo por segunda vez.

Joubert no tuvo empacho en ceder en ese punto, puesto que Madeleine le hablaba de unas necesidades que él rara vez sentía.

Pero hete aquí que unas semanas después ella les anunció a su padre y a Gustave que al final la boda no se celebraría.

La noticia cayó como una bomba. Sería quedarse corto decir que el señor Péricourt se enfadó con su hija, cuyos argumentos eran irracionales. ¿Que tenía treinta y seis años y Joubert cincuenta y uno? ¡Como si acabara de enterarse! Además, casarse con un hombre maduro y sensato, ¿no era algo bueno? Pero no, decididamente, Madeleine «no se hacía a la idea» de esa boda.

Así que no.

Y se cerró en banda.

En otros tiempos, el señor Péricourt no se habría conformado con semejante respuesta, pero ya estaba muy agotado. Argumentó, insistió y acabó rindiéndose. En ese tipo de renunciadas se veía que ya no era el de antes.

Ahora, Madeleine se preguntaba con inquietud si había hecho bien.

Fuera de la capilla ardiente, todas las actividades estaban suspendidas a la espera de la salida del presidente de la República.

En el patio, los invitados empezaban a contar los minutos: habían ido para dejarse ver, no para pasarse allí todo el día. Lo más difícil no era evitar el frío, algo imposible, sino disimular las ganas de que aquello acabara. Las orejas, las manos y la nariz se les congelaban sin remedio incluso tapadas. Pateaban discretamente el suelo: si el muerto tardaba mucho en aparecer, acabarían maldiciéndolo. No veían el momento de que el cortejo arrancara, así al menos se moverían.

Corrió la voz de que el ataúd estaba a punto de salir.

En el patio, el sacerdote, con capa negra y plateada, precedió a los niños del coro, con túnica violeta y sobrepelliz blanca.

El maestro de ceremonias consultó discretamente su reloj, subió con calma los peldaños de la escalinata para tener una vista panorámica de la situación y buscó con la mirada a quienes en unos minutos deberían iniciar el cortejo.

Todos estaban allí, salvo el nieto del difunto.

Sin embargo, lo previsto era que el pequeño Paul fuera en cabeza junto a su madre, unos pasos por delante del resto de la comitiva. Un niño detrás de un coche fúnebre era una imagen que siempre gustaba mucho. Además, aquél, con su carita de luna y sus leves ojeras, transmitía una sensación de fragilidad que añadiría un toque muy conmovedor al acto.

Léonce, la señorita de compañía de Madeleine, se acercó a André Delcourt, el tutor de Paul, que tomaba notas febrilmente en una libreta, y le pidió que buscara a su joven pupilo. Él la miró ofendido.

—Pero ¡Léonce...! ¿No ve que estoy ocupado?

Aquellos dos nunca se habían llevado bien: rivalidad de criados.

—André, no me cabe duda de que un día será usted un gran periodista —le respondió ella—, pero de momento no es más que preceptor, así que vaya a buscar a Paul.

Furioso, André se golpeó el muslo con la libreta, se guardó el lápiz con rabia y, repartiendo profusamente excusas y sonrisas compungidas a su alrededor, intentó abrirse paso hasta la puerta.

Madeleine acompañó de nuevo al presidente, cuyo coche atravesaba el patio un instante después mientras la multitud se apartaba como si transportara al propio muerto.

Acompañado por el redoble de los tambores de la guardia republicana, el ataúd de Marcel Péricourt llegó al fin al vestíbulo. Las puertas se abrieron de par en par.

En ausencia de su tío Charles, al que no había habido manera de encontrar, Madeleine bajó la escalinata tras los restos mortales de su padre apoyándose en Gustave Joubert. Léonce buscó con la mirada al pequeño Paul junto a su madre, pero no lo vio. André, que había vuelto, le hizo un gesto de impotencia.

El ataúd, llevado a hombros por una delegación de la Escuela Central de Artes y Manufacturas, fue depositado en la carroza fúnebre descubierta, lo que permitía ver el féretro. Una vez colocados coronas y ramos, un ujier avanzó hacia ella sosteniendo un cojín en el que portaba la gran cruz de la Legión de

Honor.

De pronto, en medio del patio, el grupo de los funcionarios se agitó de un modo extraño, se abrió e incluso pareció a punto de dispersarse.

El ataúd y el coche fúnebre habían dejado de ser el centro de atención.

Todos tenían la cabeza vuelta hacia la fachada de la casa mientras ahogaban unánimemente un grito.

Madeleine alzó los ojos a su vez y entreabrió la boca: arriba, en el segundo piso, el pequeño Paul, de siete años, estaba de pie en el alféizar de la ventana con los brazos en cruz. De cara al vacío.

Llevaba el traje negro de ceremonia, pero se había quitado la corbata y tenía la camisa blanca muy abierta.

Todos miraban a lo alto como si estuvieran viendo elevarse un globo aerostático.

Paul dobló ligeramente las rodillas.

Antes de que diera tiempo a llamarlo o echar a correr, se soltó de las hojas de la ventana y se lanzó al vacío acompañado por el grito de Madeleine.

Durante su caída, el cuerpo del niño se agitó en todas direcciones, como un pájaro alcanzado por un tiro de escopeta. Al final del rápido y caótico descenso, cayó sobre el gran dosel negro, en el que desapareció un breve instante.

Todo el mundo contuvo un suspiro de alivio.

Pero la tensión de la tela lo hizo rebotar y reapareció como un muñeco saliendo de una caja sorpresa.

Lo vieron alzarse de nuevo en el aire y pasar por encima del dosel.

Para acabar estrellándose contra el ataúd de su abuelo.

En el patio, súbitamente silencioso, el choque de su cráneo contra el roble produjo un ruido sordo que estremeció los corazones.

Todo el mundo estaba petrificado. El tiempo se detuvo.

Cuando corrieron hacia él, Paul estaba tendido boca arriba.

De los oídos le manaba sangre.

2

El maestro de ceremonias no estaba preparado para aquello. Y mira que sabía de funerales... Había organizado los de una cantidad increíble de académicos, enterrado a cuatro diplomáticos extranjeros e incluso a tres presidentes en activo o jubilados. Famoso por su sangre fría, era un hombre que dominaba su oficio. Pero aquel chaval que acababa de precipitarse desde un segundo piso sobre el ataúd de su abuelo desmontaba todos sus esquemas. ¿Qué había que hacer? Se lo vio con la mirada perdida y los brazos caídos, desnortado. Aquello lo superaba, reconocámoslo. De hecho, murió semanas después. Era un poco como el Vatel de las pompas fúnebres.

El primero en reaccionar fue el doctor Fournier.

Saltó al carruaje, apartó sin contemplaciones las coronas fúnebres, que rodaron por el empedrado, y, sin moverlo, procedió a un rápido examen clínico del pequeño.

Tenía mérito porque la gente, que se empezaba a recuperar del susto, armaba un barullo de mil demonios. El endomingado gentío se había transformado en una muchedumbre de desocupados temblorosos de curiosidad frente a un accidente, y todo eran «¡Oh!» y «¡Ah!». «Pero ¿ha visto? ¡Cómo, si es el chico de los Péricourt!» «¡No puede ser: murió en Verdún!» «¡Ése no, el otro, el nieto!» «¿Cómo que por la ventana? Pero ¿ha saltado o ha resbalado?» «Para mí que lo han empujado...» «¡Venga, hombre!» «¡Que sí, mire, aún está abierta!» «¡Mierda, es verdad!» «¡Por favor, Michel, esa lengua!» Todos le contaban lo que habían visto a alguien que había visto lo mismo que ellos.

Al pie del carruaje, asida a la barandilla de madera, en la que sus uñas se clavaban como garras, Madeleine gritaba fuera de sí. Léonce, deshecha igualmente en lágrimas, intentaba sujetarla por los hombros. Nadie acababa de creérselo: ¿cómo era posible que un niño se cayera de aquel modo desde la ventana de un segundo piso? Pero bastaba con alzar la vista hacia aquellas

coronas apartadas de cualquier manera para ver, pese a la aglomeración, el cuerpo de Paul tendido como una estatua yacente sobre el ataúd de roble, mientras el doctor Fournier, inclinado sobre él, le buscaba los latidos del corazón o signos de que aún respiraba. Al cabo de unos instantes, el médico se incorporó con las manos cubiertas de sangre y el esmoquin manchado hasta el plastrón, pero no miró nada ni a nadie, simplemente cogió al niño en brazos y se puso en pie. Un fotógrafo afortunado captó la imagen que daría la vuelta al país: de pie sobre el carruaje fúnebre, junto al ataúd de Marcel Péricourt, el doctor Fournier sostenía en brazos a un niño que sangraba por los oídos.

Lo ayudaron a bajar.

La gente se apartó.

Con el pequeño Paul apretado contra el pecho, el médico echó a correr entre la masa de curiosos, seguido por una Madeleine presa del pánico.

A su paso, los comentarios cesaron y el repentino silencio fue aún más fúnebre que el propio funeral. Requisaron un coche, un Sizaire-Berwick, propiedad del señor de Florange, cuya angustiada esposa se retorció las manos en la portería porque la sangre es muy difícil de quitar de los asientos.

Fournier y Madeleine se sentaron detrás con el niño tendido sobre sus rodillas, flojo como un pelele. Madeleine les lanzó una mirada suplicante a Léonce y André. La primera no se lo pensó dos veces, pero el preceptor, indeciso, se volvió hacia el patio y recorrió con la mirada el carruaje y los caballos, el ataúd y las coronas, los uniformes y los trajes... Luego agachó la cabeza y subió al coche. Las puertas se cerraron de golpe.

Salieron disparados hacia el hospital de la Pitié.

Todo el mundo se había quedado pasmado. Los niños del coro habían visto cómo les robaban el protagonismo y era evidente que el cura no se lo podía creer. La guardia republicana dudaba en atacar la pieza fúnebre que figuraba en el programa.

Y luego estaba el problema de la sangre.

Porque los funerales están muy bien, pero no son más que un ataúd cerrado. La sangre en cambio es otra cosa: es algo orgánico, asusta, recuerda el dolor, que es peor que la muerte. Y sangre de Paul la había por todas partes; las gotas recorrían el empedrado y llegaban hasta la acera, se podían seguir como en un corral. Tener delante aquella sangre era como volver a ver al pequeño en la ventana con los brazos abiertos: helaba la de todos los presentes. Después de

eso, asistir tan tranquilo a un entierro que no es el de uno...

Con la mejor intención, el servicio doméstico de los Péricourt esparció puñados de serrín. Resultado inmediato: todo el mundo empezó a toser y a volverse hacia otro lado.

Luego se pensó que no era de recibo llevar al cementerio el ataúd de un hombre goteando sangre de un niño. Se buscó una tela negra, pero no la había. Subido al carruaje con un cubo de agua humeante, un criado intentaba limpiar el crucifijo de plata con una esponja.

Gustave Joubert, hombre acostumbrado a tomar decisiones, ordenó descolgar la gran cortina azul de la biblioteca del señor Péricourt. Era de un tejido grueso y opaco, elegido por Madeleine para que su padre pudiera descansar durante el día cuando el sol daba en la fachada.

Desde abajo, a través de la ventana desde la que había saltado el niño minutos antes, se veía a gente subida a escaleras de mano con los brazos levantados hacia el techo.

Por fin bajaron la pieza de tela, enrollada a toda prisa, y la desplegaron respetuosamente sobre el ataúd. Pero como no dejaba de ser una cortina grande, daba la sensación de que fueran a enterrar a un hombre en bata. Además, no habían conseguido quitar tres de las anillas de cobre y al menor soplo de viento éstas repiqueteaban tozudamente contra un costado del ataúd.

Había prisa por conseguir que el entierro recobrara su carácter de ceremonia oficial, es decir, anecdótica.

Durante el trayecto, Paul, tendido sobre las piernas de su madre, que no paraba de sollozar, no movió un músculo. Tenía el pulso muy débil. El conductor tocaba la bocina constantemente y los pasajeros brincaban como en un camión de ganado. Léonce tenía a Madeleine cogida del brazo. Para detener la hemorragia, el doctor Fournier había rodeado la cabeza del pequeño con su bufanda blanca, pero la sangre seguía manando y pronto empezó a gotear en el suelo.

André Delcourt, que para su desgracia estaba sentado frente a Madeleine, apartaba la vista en la medida en que la situación lo permitía: era muy impresionable.

Madeleine lo había conocido en un colegio religioso al que planeaba llevar a Paul cuando tuviera edad. Era un joven alto, delgado, con el pelo ondulado: una especie de cliché de su época; tenía unos ojos castaños algo apagados, pero

acompañados de una boca carnosa y expresiva. Era profesor interino de francés, aunque, según decían, hablaba latín como los ángeles y también podía dibujar competentemente si hacía falta. Sentía auténtica pasión por el Renacimiento italiano, tema sobre el que podía hablar todo el día. Como se consideraba poeta, miraba con ojos febriles, ponía caras de inspiración y, cuando menos se esperaba, volvía bruscamente la cabeza a un lado, lo que al parecer significaba que acababa de visitarlo un pensamiento fulgurante. Nunca se separaba de su cuaderno; cada dos por tres lo sacaba, se volvía de espaldas, tomaba notas afanoso y se reincorporaba luego a la conversación con la expresión de alguien que se está recuperando de una grave dolencia.

A Madeleine la atrajeron de inmediato sus mejillas hundidas, sus largas manos y aquel ardor suyo que hacía presagiar momentos intensos. Aunque no quería volver a saber nada de los hombres, a aquél le encontró un encanto inesperado. Lo puso a prueba y quedó satisfecha.

De hecho, muy satisfecha.

En sus brazos se reencontró con recuerdos que distaban de ser malos. Se sentía deseada. Él era muy atento, aunque tardara en pasar a la acción porque siempre tenía impresiones que compartir, visiones que comunicar, ideas que comentar... Era un parlanchín que seguía recitando versos en calzoncillos, pero que, una vez se callaba, daba la talla. Los lectores que conocen a Madeleine saben que nunca ha sido demasiado guapa; tampoco fea, más bien una mujer normal, de las que no llaman la atención. Se había casado con un hombre muy atractivo que nunca la había querido, así que con André descubrió la dicha de que la desearan. Y una dimensión de la sexualidad que nunca había imaginado para sí misma: como era mayor que él, se creyó en la obligación de dar los primeros pasos, de explicar, de mostrar mediante la práctica; en una palabra: de iniciar. Evidentemente, no hacía falta. Por muy poeta maldito que fuera, André había visitado no pocos lupanares y participado en alguna que otra orgía, en las que había demostrado una gran apertura de mente y una indiscutible capacidad de adaptación. Pero también era un chico realista. Al comprender que, pese a no tener la experiencia necesaria, a Madeleine le encantaba el papel de iniciadora, se adaptó con sincero placer a la situación, que por otra parte coincidía con cierta tendencia suya a la pasividad.

El hecho de que André se alojara en el colegio, donde estaban prohibidas las visitas, complicaba muchísimo su relación. Al principio recurrieron a un hotel, al que Madeleine llegaba arrimada a la pared y del que salía con la cabeza baja, como una ladrona de vodevil. Para pagar la habitación, le daba el dinero a André

utilizando todo tipo de estratagemas. Como no quería tener la sensación de que lo compraba, de que pagaba a un hombre, le dejaba los billetes en la repisa de la chimenea (¡pero eso era lo que se hacía en los prostíbulos!), se los metía en la chaqueta (aunque una vez, en la recepción, André, tan discreto él, no dio con ellos hasta rebuscar en todos los bolsillos). En resumen, había que encontrar otra solución, sobre todo porque Madeleine no se había limitado a echarse un amante, sino que se había enamorado. André era casi todo lo que no había sido su marido: culto, delicado, pasivo pero vigoroso, disponible y jamás vulgar. En realidad, André Delcourt sólo tenía un defecto: era pobre. Y no es que eso le importara mucho a Madeleine, que era rica por los dos; pero tenía una posición que cuidar y un padre que no habría aceptado como yerno a un chico diez años más joven que su hija y totalmente incapaz de entrar en el negocio. Como casarse con André era inimaginable, Madeleine encontró una salida práctica: convertirlo en el preceptor de Paul. El niño disfrutaría de clases a su medida y, sobre todo, no tendría que ir a un colegio: los rumores que corrían sobre lo que pasaba incluso en los mejores centros la aterrizaban. En ese terreno, el clero docente gozaba ya de una sólida reputación.

Para abreviar, Madeleine no le veía al arreglo más que ventajas.

Así que André se mudó al segundo piso de la mansión de los Péricourt.

El pequeño Paul recibió muy contento la idea porque se imaginó que tendría un compañero de juegos. No tardó en desengañarse. Aunque las primeras semanas todo fue bien, poco a poco el niño empezó a mostrarse menos ilusionado. «El latín, el francés, la historia o la geografía no le gustan a nadie», se decía Madeleine, «les pasa a todos los niños, aparte de que André se toma la tarea demasiado en serio». El progresivo desencanto de Paul con las clases particulares no hizo mella en el entusiasmo de Madeleine, que sólo veía lo bueno: apenas había que subir dos pisos con discreción. O bajar, en el caso de André. En cualquier caso, su relación se convirtió en un secreto a voces en casa de los Péricourt. Los criados se divertían remedando a su señora cuando subía la escalera de servicio con sigilo y cara de excitación. Y si imitaban a André volviendo a su cuarto, lo representaban tambaleante y agotado. En la cocina se lo pasaban en grande.

Para André, que soñaba con ser escritor y se imaginaba fogueándose en el periodismo, publicando un primer libro y luego un segundo, y recibiendo (¿por qué no?) un gran premio literario, ser el amante de Madeleine Péricourt era una ventaja indiscutible, pero, la verdad, aquella habitación de arriba, justo debajo de los criados, era una auténtica humillación. Veía claramente cómo las doncellas se

guaseaban y el chófer le sonreía con condescendencia. En cierto modo era uno de ellos. El servicio que proporcionaba era sexual, pero al fin y al cabo un servicio. Lo que para un zascandil habría sido gratificante, para un poeta era ofensivo.

Así que salir de aquella situación degradante se convirtió para él en una urgencia.

Por eso se sentía tan frustrado esa mañana: el entierro del señor Péricourt debería haber sido una gran ocasión para él porque Madeleine había hablado con Jules Guilloteaux, el director del *Soir de Paris*, para que le encargara un reportaje sobre el funeral de su padre.

¡Imagínense! ¡Un artículo largo que empezaría en la primera página! ¡En el periódico más vendido de París!

André llevaba tres días viviendo aquel entierro. Había hecho a pie el recorrido del coche fúnebre varias veces. Incluso había escrito pasajes enteros por adelantado: «Las innumerables coronas que lo adornan dan al carruaje fúnebre un aspecto majestuoso que nos hace evocar el tranquilo y firme paso de este gigante de la economía francesa. Son las once. El cortejo va a emprender la marcha. Sobre el primer vehículo, que oscila bajo el peso de las flores, se distingue fácilmente la...»

¡Menuda suerte! Si aquel artículo tenía éxito, puede que el periódico lo contratara... ¡Ah, ganarse la vida decentemente, librarse de las humillantes obligaciones a las que se veía sometido! Más aún: triunfar, hacerse rico y famoso.

Pero aquel accidente acababa de estropearlo todo, de devolverlo al punto de partida.

André miraba obstinadamente por la ventanilla para evitar los ojos cerrados de Paul, la cara de Madeleine, cubierta de lágrimas, y la de Léonce, seria y tensa. Y aquel charco que seguía extendiéndose por el suelo. El niño muerto (o casi, porque su cuerpo estaba inerte y su respiración ya no se apreciaba bajo la bufanda empapada de sangre) le daba una pena que le encogía el corazón, pero como también pensaba en sí mismo, en todo lo que acababa de esfumarse, en sus esperanzas, sus ilusiones, en aquella oportunidad perdida, se echó a llorar.

Madeleine le cogió la mano.

En un momento dado, Charles Péricourt se encontró con que era el único miembro de la familia que continuaba presente en el funeral de su hermano

Marcel. Estaba junto a la escalinata, rodeado por su «harén», como él mismo (que no era muy refinado) llamaba a su señora y sus hijas. En su opinión, a su mujer, Hortense, los hombres no le gustaban lo suficiente como para concebir varones, así que tenían dos hijas larguiruchas, de piernas como alambres, rodillas huesudas y la cara llena de acné, que se partían de risa cada dos por tres, lo que las obligaba a taparse con la mano unas dentaduras horrorosas que eran la desesperación de sus progenitores: se decía que, al nacer, un dios alicaído les hubiera arrojado un puñado de dientes a la boca a cada una. Los dentistas estaban impresionados: como no se los quitaran todos y les pusieran una dentadura postiza en cuanto acabaran de crecer, estaban condenadas a pasarse el resto de su vida detrás de un abanico. El caso es que se necesitaría un dineral, ya fuera para la clínica dental o para la dote que la supliera, y ese problema perseguía a Charles como una maldición.

Un estómago prominente (porque se pasaba la mitad del tiempo sentado a la mesa), un pelo blanco desde siempre y peinado hacia atrás, facciones gruesas, nariz grande (lo que, según él, indicaba un carácter firme) y un espeso mostacho: he aquí a Charles. Añádase a esto que, como llevaba dos días llorando la muerte de su hermano mayor, tenía la cara roja y los ojos hinchados.

En cuanto lo habían visto salir del cuarto de baño, su mujer y sus hijas se habían precipitado hacia él, pero en su aturullamiento ninguna de las tres consiguió explicarle la situación de forma clara.

—¿Eh? ¿Cómo? —exclamó Charles, volviéndose hacia todas partes—. ¿Que ha saltado? ¿Quién?

Con mano tranquila y firme, Gustave Joubert apartó a todo el mundo, lo agarró del brazo («Acompáñeme, Charles») y, mientras lo llevaba hacia el patio, le hizo entender que ahora representaba a la familia, con la responsabilidad que eso implicaba.

Confuso, Charles miraba a su alrededor tratando desesperadamente de entender la situación, que no se parecía en nada a la que había dejado al ausentarse. La excitación de la muchedumbre no se correspondía con la de un entierro, sus hijas soltaban grititos con la mano abierta delante de la boca y su mujer sollozaba e hipaba. Joubert lo tenía agarrado del brazo.

—En ausencia de Madeleine, tendrá que encabezar usted el cortejo, Charles...

Pero Charles estaba tanto más desorientado cuanto que se enfrentaba a un doloroso dilema moral: la muerte de su hermano le daba muchísima pena, pero

por otra parte había ocurrido en un momento inmejorable para sacarlo de un tremendo apuro.

Como puede verse, Charles no era ningún genio, pero cuando la ocasión lo requería podía encontrar en su interior una astucia inesperada que obligaba a su hermano Marcel a sacarle las castañas del fuego.

Se secó los ojos con el pañuelo, se puso de puntillas y, mientras acababan de extender la cortina azul sobre el féretro, colocaban de nuevo las coronas, los niños del coro volvían a sus puestos y, para llenar esos instantes de desconcierto, la banda tocaba una marcha lenta, se zafó de la mano de Joubert, corrió hasta cierto individuo y le pasó un brazo por los hombros a traición. Así fue como, despreciando todo protocolo, Adrien Flocard, segundo consejero del ministro de Obras Públicas, se vio en la cabecera del cortejo, entre el hermano del difunto, su mujer, Hortense, y sus hijas, Jacinthe y Rose.

Charles tenía trece años menos que su hermano, con lo que estaba todo dicho: siempre había sido un poco menos que Marcel. Menos mayor, menos brillante, menos trabajador y, por lo tanto, menos rico; en 1906 se había convertido en diputado gracias al dinero de su hermano.

—Hay que ver lo caro que es que te elijan... —comentaba con una sinceridad desconcertante—. Entre los votantes, los periódicos, los compañeros y la oposición, te sale por un ojo de la cara.

—Si te lanzas a esa batalla, no puedes fracasar —le había advertido Marcel—. ¡No quiero que un Péricourt caiga derrotado ante un oscuro candidato radical-socialista!

Las elecciones fueron bien. Una vez escogido, se gozaba de muchas ventajas. La República era buena chica, nada tacaña, incluso generosa con pájaros como él.

Muchos diputados se preocupaban por su circunscripción, Charles sólo por su reelección. Gracias al talento de un genealogista espléndidamente pagado, había exhumado unas muy antiguas y muy vagas raíces en Seine-et-Oise que había presentado como seculares, y se consideraba a sí mismo, con toda seriedad, hijo de aquella tierra. No tenía la menor aptitud para la política: su único objetivo era complacer a los votantes. Más por intuición que por reflexión, había escogido un caballo de batalla extraordinariamente popular, capaz de aunar voluntades más allá de su bando, de movilizar tanto a ricos como a pobres, a conservadores como a liberales: la lucha contra los impuestos. Terreno fecundo. Desde 1906, Charles libraba una guerra sin cuartel contra el proyecto Caillaux

de impuesto sobre la renta, argumentando que asustaba «a quienes poseen, a quienes ahorran y a quienes trabajan». Incansable, recorría su circunscripción todas las semanas, estrechaba manos, despotricaba contra «la insoportable inquisición fiscal», presidía entregas de premios, ferias agrícolas y torneos deportivos y se mostraba en todas las fiestas religiosas. Llevaba al día unas fichas de cartulina de distintos colores en las que apuntaba escrupulosamente todo lo que podía tener alguna importancia para su reelección: personalidades locales, ambiciones, hábitos sexuales de unos y otros, ingresos, deudas y vicios de sus oponentes, anécdotas, rumores y todo lo que en general pudiera servirle llegado el momento. Dirigía preguntas escritas a los ministros para defender las causas de sus representados y dos veces al año conseguía subir algunos minutos a la tribuna de la Asamblea para exponer un problema que afectaba a su circunscripción. Esas intervenciones, puntualmente registradas en el *Diario oficial*, le permitían volver a presentarse ante sus electores con la cabeza bien alta, afirmando que había luchado a brazo partido por ellos y que nadie lo habría hecho mejor.

Pero ese despliegue de energía no le habría servido de nada sin dinero. Se necesitaba para los carteles y los mítines de campaña, y también durante la legislatura, para recompensar a los agentes electorales que alimentaban su fichero, principalmente curas, secretarios de ayuntamiento y algún que otro dueño de bar, y para que todo el mundo viera hasta qué punto era ventajoso elegir al hermano de un banquero que podía subvencionar los clubes deportivos, pagar los libros de las entregas de premios, los lotes de las tómbolas, las banderas de los veteranos y conseguir medallas y condecoraciones de todo tipo prácticamente para cualquiera.

El difunto Marcel Péricourt había tenido que sacar la cartera en 1906, 1910 y 1914, y sólo había podido hacer una excepción en 1919 porque Charles, movilizado en un servicio de intendencia cerca de Chalon-sur-Saône, había sido arrastrado sin esfuerzo por la inmensa ola «azul horizonte» (el color de los uniformes militares) que había llevado a la Cámara a multitud de antiguos combatientes.

La última vez, para asegurar su reelección en 1924, Marcel había tenido que gastarse en su hermano mucho más que antes porque la coalición de las izquierdas tenía el viento a favor y conseguir la elección de un diputado de la derecha con un balance tan pobre como el de Charles era mucho más difícil que la ocasión anterior.

Es decir, que Marcel siempre había cargado con todo el peso de Charles y su

carrera. Incluso muerto, si todo iba como Charles esperaba, volvería a sacarlo de una situación bastante catastrófica.

Sobre eso precisamente quería hablar cuanto antes con Adrien Flocard.

El cortejo acababa de ponerse en marcha y Charles se sonó ruidosamente la nariz.

—Mira que son codiciosos los arquitectos... —empezó a decir.

El segundo consejero (funcionario hasta la médula y criado a los pechos del Código Civil, habría sido capaz de recitar la ley Roustan en su lecho de muerte),¹ el segundo consejero, digo, frunció el ceño. El carruaje fúnebre avanzaba con majestuosa lentitud. Todo el mundo seguía conmocionado por la caída de Paul, salvo Charles, porque no había visto nada, pero también porque en esos momentos sus propios problemas primaban sobre la muerte de su hermano y la más que posible de su sobrino nieto.

Como Flocard no respondía del modo esperado, Charles, considerablemente irritado tanto por lo que pensaba como por la falta de reacción del funcionario ministerial, añadió:

—Francamente, abusan de la situación, ¿no le parece?

En su exasperación, no había advertido que el carruaje se distanciaba y tuvo que avivar el paso para alcanzar a su interlocutor. Ya estaba empezando a ahogarse: andar no era lo suyo. «Si esto sigue así», se decía negando con la cabeza, «esta noche no quedará en París un solo Péricourt vivo...».

La indignación era el rasgo fundamental de su personalidad: el mundo nunca giraba a su gusto. A su modo de ver, la vida no había sido justa con él. El asunto de las viviendas sociales era una prueba más.

Para hacer frente a la enorme escasez de alojamientos de la capital, el departamento del Sena había diseñado un gran proyecto de construcción de viviendas a precios reducidos. Una bicoca para arquitectos, promotores inmobiliarios y fabricantes de materiales, y para los políticos, que controlaban las autorizaciones, las concesiones de terrenos, las expropiaciones, el derecho de tanteo... Las comisiones ilegales y el dinero negro corrían como el vino en el paraíso y, en esa orgía secreta pero abundante, Charles no había sabido evitar las salpicaduras. Miembro del Comité Departamental de concesiones, había intervenido para que la empresa Bousquet & Frères consiguiera el magnífico terreno de la rue des Colonies, un solar de dos hectáreas en el que podría construirse un estupendo conjunto de edificios para las economías modestas. Hasta ahí todo bastante normal: Charles se había embolsado su comisión, como

todo quisqui. Pero aprovechó la ocasión para adquirir acciones en Áridos y Cementos de París, importante empresa de materiales a la que a continuación impuso como candidata para la construcción. A partir de ese momento se acabaron los sobres raquíuticos y las gratificaciones simbólicas: con porcentajes sobre la madera, el hierro, el hormigón, los armazones, el asfalto, los revestimientos y las argamasas, a Charles empezaron a lloverle sumas espectaculares. Sus hijas triplicaron su vestuario y sus visitas al dentista, Hortense renovó todo el mobiliario, incluidas las alfombras, y se compró un perro de concurso carísimo: un chucho espantoso que no paraba de ladrar en un tono sobreagudo y al que encontraron muerto en el felpudo, seguramente de un ataque cardíaco. La cocinera lo echó al cubo de la basura, con las peladuras y las raspas. En cuanto a Charles, le regaló a su amante de turno, una actriz de vodevil especializada en parlamentarios, una piedra preciosa del tamaño de un grano de uva.

La existencia de Charles estaba al fin a la altura de sus deseos.

Pero tras casi dos años de calma financiera, la vida empezó a tratarlo otra vez mal. Incluso muy mal.

—De todos modos —murmuró Adrien Flocard—, lo de ese obrero...

Charles cerró los ojos con pesar. Sí, porque a fuerza de pagar comisiones a tutiplén para mantener los beneficios, Áridos y Cementos de París se había visto obligada a entregar materiales menos costosos, maderas menos secas, argamasas menos densas, hormigones menos armados. Todo un primer piso se había convertido de repente en planta baja y un albañil había atravesado el suelo; había habido que apuntalarlo todo deprisa y corriendo y la obra se había paralizado.

—Una pierna rota, unas cuantas fracturas... —se defendió Charles—. ¡No es una catástrofe nacional!

De hecho, el trabajador llevaba hospitalizado ocho semanas y aún no se podía tener en pie. Por suerte, se trataba de una familia humilde hasta en sus exigencias: para comprar su silencio había bastado un puñado de billetes, nada del otro mundo. Y por la módica suma de treinta mil francos en efectivo los funcionarios de la Sociedad de la Vivienda Social habían dictaminado conducta negligente por parte del albañil hospitalizado y reanudado la obra, pero no habían sido lo bastante rápidos como para impedir que la onda expansiva alcanzara al Ministerio de Obras Públicas, donde, pese a haberse embolsado veinte mil francos, el responsable del servicio no había podido bloquear el nombramiento de dos arquitectos que pedían veinticinco mil francos por cabeza para declarar que el accidente había sido realmente accidental.

—Por parte del ayuntamiento o del ministerio... ¿cree usted que podría hacerse algo? Quiero decir...

Adrien Flocard sabía perfectamente lo que Charles quería decir.

—Ya... —respondió evasivo.

De momento, el asunto se circunscribía a unos cuantos funcionarios llenos de buena voluntad, pero los cerca de cincuenta mil francos de que disponía Charles habían volado y la vaga respuesta de Flocard significaba que, antes de darle carpetazo al asunto, otros intermediarios pondrían precios desorbitados a su sentido del deber y su integridad republicana. Para sofocar el escándalo habría que repartir al menos cinco veces más sobres que de costumbre. ¡Qué bien iba la cosa, Dios mío!

—Sólo necesito un poco de tiempo, una semana o dos, nada más.

Charles lo fiaba todo a una esperanza: en unos días el notario leería el testamento y le daría su parte.

—Una semana o dos se podría esperar... —admitió Flocard.

—¡Bravo!

Con lo que recibiría de su hermano pagaría lo que le pedían y asunto concluido.

Dejaría atrás aquel horrible recuerdo y los negocios volverían a la normalidad.

Una semana o dos.

Charles se echó a llorar. Decididamente, había tenido el mejor hermano del mundo.

3

Al llegar al patio de la Pitié, Madeleine echó a correr detrás del médico apretando la mano inerte de su hijo. Con infinito cuidado, tendieron al pequeño en una camilla.

El doctor Fournier hizo que lo llevaran a toda prisa a la sala de examen, en la que no permitieron entrar a su madre. Lo último que vio Madeleine fue la cabeza de Paul y sus alborotados mechones, de los que ella siempre se quejaba porque no había manera de domarlos.

Se reunió con Léonce y André, ambos mudos.

Lo que privaba era el estupor.

—Pero... ¿cómo ha podido ocurrir? —exclamó Madeleine.

Léonce se quedó perpleja. Para entender «cómo» había ocurrido bastaba con haber estado presente, pero era evidente que Madeleine seguía conmocionada. Léonce miró a André con insistencia: ¿no era responsabilidad suya explicarle las cosas a Madeleine? Pero, aunque físicamente estuviera allí, el joven preceptor tenía la mente en otra parte: la había dejado vagar lejos, quizá porque el ambiente del hospital lo ponía nervioso.

—¿Había alguien más en el segundo piso? —insistió Madeleine.

Era difícil saberlo. Los Péricourt tenían un servicio bastante numeroso al que había que añadir la ayuda contratada para ese día. ¿Había empujado alguien a Paul? Pero ¿quién? ¿Un criado? ¿Y por qué iba a hacer algo así un criado?

Madeleine no oyó a la enfermera que se había acercado para comunicarle que había una habitación a su disposición en la segunda planta. Una habitación espartana: una cama, una cómoda y una silla. Más que una habitación de hospital parecía la celda de un convento. André se quedó de pie ante la ventana, mirando los coches y las ambulancias que iban y venían por el patio. Léonce consiguió que Madeleine se tumbara en la cama, donde siguió sollozando, y ella se sentó en la silla y le tuvo cogida la mano hasta que llegó el doctor Fournier, cuya

entrada tuvo el efecto de una descarga eléctrica sobre Madeleine, que se incorporó de un salto.

Fournier se había puesto una bata de médico, pero seguía llevando la camisa con cuello rígido, lo que lo hacía parecer un cura de pueblo perdido en el hospital. Se sentó en el borde de la cama.

—Paul está vivo.

Paradójicamente, todos comprendieron que la noticia no era en absoluto buena, que iban a oír algo más para lo que tenían que armarse de valor.

—Está en coma. Creemos que saldrá en las próximas horas. Todavía no puedo asegurar nada, pero veré, Madeleine..., debe estar preparada para una situación... difícil.

Ella asentía con la cabeza, impaciente por oír de una vez lo que tenía que explicarle.

—Muy difícil —subrayó Fournier.

De pronto, Madeleine cerró los ojos y se desmayó.

El cortejo era impresionante. La carroza avanzaba con una lentitud exasperante para los invitados, pero en las aceras no faltaban curiosos que se paraban a contemplarla con admiración. Sin embargo, cuando el coche llegaba a su altura hacían una mueca: la enorme cortina azul, que a la luz del día adquiría un tono casi primaveral, los ramos de flores amontonados sobre el ataúd, que parecían haber sufrido tanto como el difunto, y el tintineo de las anillas contra el carruaje le daban al acto un carácter extraño que Gustave Joubert era el primero en deplorar.

Iba en la segunda fila, unos metros por detrás de Charles y Hortense Péricourt y sus desgarradas mellizas, que se empujaban mutuamente con el codo. Hasta Adrien Flocard, que no tenía mayor relevancia en el acto, iba delante de él porque Charles había aprovechado la ocasión para hablarle de sus dificultades, sobre las que evidentemente Gustave lo sabía todo. Gustave lo sabía casi todo de casi todo el mundo: en ese sentido era un banquero ejemplar.

Alto y reseco, de rostro anguloso, hombros anchos y pecho hundido, era un hombre completamente entregado a su misión, que él veía como una especie de sacerdocio: el tipo de hombre al que uno se imagina con uniforme de guardia suizo. Tenía los ojos de color aguamarina y, como apenas parpadeaba, podía hacerte sentir muy incómodo si los posaba en ti con insistencia. Parecía un inquisidor de la Edad Media. Aunque no era hablador, se expresaba bien. Era un

individuo poco imaginativo, pero con una gran firmeza de carácter.

Marcel Péricourt había contratado a Joubert cuando éste acabó sus estudios en la Escuela Central, en la que también él se había formado y donde siempre había buscado a sus colaboradores. El joven, muy dotado para las matemáticas y la física, no había sido el primero de su promoción por muy poco. Excepto durante los años de la guerra, en los que estuvo destinado en el Estado Mayor porque hablaba con soltura inglés, alemán e italiano, Joubert había hecho toda su carrera en el grupo Péricourt. Serio, muy trabajador, calculador y de temperamento moderado, estaba perfectamente programado para ser un banquero y subió todos los peldaños con rapidez. El señor Péricourt le renovó su confianza una y otra vez hasta que, en 1909, lo ascendió a director general del grupo y apoderado del banco.

Desde que en 1920, tras la muerte de su hijo, su jefe había empezado a declinar, Joubert tomaba las riendas de los negocios a menudo. De hecho, desde hacía dos años el señor Péricourt las había soltado totalmente y Joubert gozaba de una delegación de poderes casi absoluta.

Cuando un año antes el señor Péricourt había mencionado la posibilidad de una boda con su única hija, Gustave Joubert asintió como ante una decisión del consejo de administración, pero en realidad, tras la aparente distancia, sintió una inmensa alegría. Un orgullo inmenso, más bien.

Tras haber ascendido a la cima de la jerarquía bancaria como quien dice a pulso, y haberse ganado el respeto del mundo de los negocios, sólo le faltaba una cosa: la fortuna. Demasiado escrupuloso para enriquecerse por sí mismo, siempre se había conformado con el cómodo tren de vida que le proporcionaba su sueldo y con ciertos beneficios secundarios que resultaban muy poco extravagantes: un piso burgués y una pasión por la mecánica que lo llevaba a cambiar de coche más a menudo de lo que tocaba. Nada del otro mundo.

Muchos de sus compañeros de promoción habían tenido éxito en los negocios, pero a título personal. Habían retomado y desarrollado el negocio familiar, creado una empresa próspera o hecho una buena boda. Él había triunfado por delegación. La inesperada perspectiva de casarse con Madeleine Péricourt desencadenó algo de lo que nunca había sido consciente: había dedicado su vida a aquel banco y desde hacía mucho tiempo esperaba una muestra de gratitud proporcional a su compromiso y a los servicios prestados, algo que no había llegado hasta entonces. El señor Péricourt, que siempre había retrasado el momento del agradecimiento, acababa de encontrar el modo de manifestarlo.

La noticia aún no era oficial cuando todo París comentaba ya la futura unión. Las acciones del banco familiar subieron varios enteros, señal de que los mercados veían a Joubert como una elección responsable. Gustave sintió alrededor de su persona el maravilloso soplo de aire fresco que producen los murmullos de envidia.

Durante las siguientes semanas empezó a mirar la mansión de la familia Péricourt con otros ojos. Sentado en los sillones de la biblioteca, o en el inmenso comedor en el que tantas veces había cenado con su jefe, se imaginaba que estaba en su casa. Y después de todos aquellos años de esfuerzos desinteresados, no le parecía inmerecida en absoluto.

Empezó a construir castillos en el aire. Por la noche, al acostarse, reorganizaba y planificaba. Para empezar, se acabaron las cenas en Voisin, el restaurante habitual del señor Péricourt: recibirían «en casa». Pensaba ya en algunos jóvenes chefs a los que podría convencer; se imaginaba creando una bodega digna de ese nombre... Su mesa se convertiría en una de las mejores de París, gracias a lo cual la gente se pelearía por sentarse a ella y él no tendría más que elegir entre los innumerables candidatos a sus veladas a aquellos que le fueran más útiles para los negocios. De ese modo la sofisticación gastronómica y la elegancia sin ostentación del ambiente servirían de palanca para el éxito del banco, que Joubert soñaba con convertir en uno de los más importantes del país. Era necesario adaptarse, desarrollar productos financieros originales, ser creativo; en definitiva, inventar el modelo de banca moderna que Francia necesitaba. No se imaginaba al pequeño Paul tomando el relevo de su abuelo en el futuro: un tartamudo presidiendo los consejos de administración sería desastroso para los negocios. Gustave haría como el propio señor Péricourt y, a su debido tiempo, sabría encontrar un delfín a la altura del éxito que le auguraba al grupo familiar.

Como se ve, se sentía el hombre indicado.

Así que, cuando de buenas a primeras Madeleine anunció que la boda no se celebraría, Joubert se estrelló de golpe contra el suelo.

La idea de que la hija de su jefe pudiera anular sus planes por el mero hecho de que se acostaba con aquel profesorcillo de francés le pareció totalmente irracional. Que tuviera los amantes que le apeteciera, ¿por qué iba a poner eso en peligro su matrimonio? Él estaba totalmente dispuesto a transigir con las relaciones extraconyugales de su mujer: ¿qué sería del mundo si hubiera que tener en cuenta esas cosas? Pero no dijo nada porque temía que, si aludía a su vida «de mujer», aunque fuera con medias palabras, ella lo interpretara como

una falta de respeto, y no quería arriesgarse a ver confirmado su infortunio y añadir el ridículo a la humillación.

En el fondo, sobre todo aquel asunto planeaba la sombra del ex marido, Henri d'Aulnay-Pradelle. Enérgico, presuntuoso, viril, seductor, autoritario, cínico, sin escrúpulos (sí, lo sé, menudo retrato, pero quienes lo hayan conocido confirmarán que no es nada exagerado), había tenido tantas amantes como días tiene el año. Gustave lo comprendió una mañana en que, al salir del despacho de su jefe, captó algunas frases de una conversación en la que Madeleine le explicaba a Léonce Picard cuánto había sufrido en esa época:

—No quiero hacerle lo mismo a Gustave, convertirlo en el hazmerreír de todo París. Se puede hacer sufrir a alguien a quien se quiere, pero a alguien a quien no se quiere... No, sería una bajeza.

Una vez le hubo anunciado su decisión a su padre, Madeleine se sintió obligada a decirle algo a Joubert:

—Por favor, Gustave, no lo vea como algo personal. Es usted un hombre totalmente... —Pero no le salía la palabra—. Quiero decir que... no es por usted.

A él le dieron ganas de contestar: «Yo no digo que sea por mí, pero es contra mí»; sin embargo, se contuvo. Se limitó a mirarla fijamente y luego se inclinó ante ella como había hecho toda la vida. Se comportó como se habría comportado cualquier caballero en parecidas circunstancias, pero sintió aquel cambio de opinión como una afrenta.

De pronto, su posición de apoderado le pareció insignificante. No tardó en percibir miradas burlonas a su alrededor. La deliciosa brisa fresca del rumor dio paso al silencio irónico y a las alusiones hirientes.

El señor Péricourt le otorgó la vicepresidencia de varias sociedades pertenecientes al grupo. Gustave lo agradeció, pero consideró los nombramientos como una indemnización insuficiente para la pérdida que acababa de sufrir. Recordó una lectura de juventud: la amargura de D'Artagnan cuando el cardenal incumplió su promesa de ascenderlo a capitán.

Tres días antes, mientras colocaban en el ataúd a su antiguo jefe, había permanecido cerca de Madeleine, pero unos pasos por detrás, como un mayordomo. Bastaba con observarlo para hacerse una idea bastante exacta de sus sentimientos íntimos y percibir la rigidez y la tensión características de las cóleras de combustión lenta, que son aún peores en los animales de sangre fría.

Cuando el cortejo llegó al bulevar Malesherbes, empezó a caer una lluvia

glacial. Gustave abrió el paraguas.

Charles se volvió, vio a Joubert, alargó la mano y, señalando a sus hijas, con un gesto de disculpa le cogió el paraguas.

Las dos adolescentes, pegadas una a la otra, se arrimaron a su padre mientras Hortense, aterida, pateaba el suelo e intentaba conseguir unos centímetros de protección.

Gustave continuó la marcha hacia el cementerio con la cabeza descubierta. La lluvia no tardó en arreciar.

Conmocionada, inconsciente, Madeleine tuvo que ser ingresada a su vez. Descontando la rama de Charles, media familia Péricourt estaba en el hospital y la otra mitad en el cementerio.

En realidad, era un cambio de situación en total sintonía con la época. En sólo unas horas, una familia rica y respetada había asistido a la muerte del patriarca y la posible desaparición prematura de su único descendiente varón. Un espíritu derrotista habría podido ver en ello la manifestación de una fatalidad. A un hombre inteligente y cultivado como André Delcourt lo ocurrido le ofrecía abundante materia de reflexión, pero pasada la terrible impresión que le había producido la caída del pequeño Paul, éste sólo meditaba sobre su tremenda decepción. La crónica del funeral de Marcel Péricourt, sus esperanzas de triunfar, todo se había ido al garete. Se podía filosofar largo y tendido sobre el azar, el destino, la fatalidad, la contingencia... Alguien como él, que adoraba las grandes palabras, debería haberse sentido en su salsa, pero sólo veía perspectivas deprimentes.

Finalmente, el pequeño Paul, que había salido con vida de diez horas en coma, fue trasladado a la habitación al caer la tarde, inmovilizado con una especie de camisón rígido que le llegaba hasta la barbilla.

Alguien tenía que quedarse con él. André se ofreció voluntario. Léonce volvió a casa de los Péricourt para buscar una muda de ropa y arreglarse un poco.

Ahora en la habitación había dos camas. En una descansaba Paul, inconsciente, y en la otra, a unos centímetros de él, Madeleine, que, pese a estar amodorrada por los medicamentos, no paraba de agitarse, dar vueltas y farfullar en sueños.

André se sentó y siguió cavilando. Si la inmovilidad de aquellos dos cuerpos lo ponía nervioso, aquel niño en estado vegetativo directamente lo asustaba. Y,

además, estaba enfadado con él.

El lector comprenderá sin duda lo que representaba para André la oportunidad de informar sobre el funeral de una gloria nacional y hasta qué punto lo afectaba la imposibilidad de hacerlo. Y todo por causa de Paul, aquel niño que lo tenía todo desde la cuna y al que él había dedicado una atención casi paternal.

Desde luego, había sido un preceptor exigente, y en ocasiones a Paul el yugo debía de resultarle un poco pesado, pero eso les ocurría a todos los niños. Él mismo lo había pasado mil veces peor en la escuela Saint-Eustache y no se había muerto. André se había lanzado con entusiasmo a una tarea que consistía, no en educar a un niño, sino en formarlo, y había puesto el mayor empeño en transmitirle todo lo que sabía. «Un niño», solía decir, «es como un bloque de piedra, y el maestro es el escultor». André había obtenido resultados que compensaban todos sus esfuerzos. Por ejemplo con el tartamudeo. Quedaba mucho por hacer, pero era indiscutible que Paul hablaba cada vez mejor. Y con la mano derecha lo mismo: aún no la usaba del todo bien, pero gracias a la disciplina y la concentración, estaba consiguiendo resultados tangibles y esperanzadores. Uno enseñaba, el otro aprendía. El camino no siempre era fácil, ni mucho menos, pero sí (ahora podía decirlo, emocionado): Paul y él se habían convertido en amigos.

André estaba enfadado con su alumno porque no entendía lo que había hecho. Que la muerte de su abuelo le había causado un dolor inmenso ya lo sabía, pero ¿por qué no había hablado con él? «Yo habría encontrado las palabras adecuadas», se decía.

Eran las diez de la noche. Sólo las farolas diseminadas por el patio proporcionaban a la habitación una claridad amarillenta y mortecina.

André seguía dándole vueltas a su fracaso cuando de pronto se preguntó si no le quedaba la sombra de una posibilidad. ¿Podía escribir el artículo, pese a no haber asistido al entierro?

Desde luego, era todo un reto, pero viendo a Paul tumbado en la cama, empezó a hacerse preguntas. Esforzarse pese a todo en redactar el artículo, ¿no sería una prueba de fidelidad y de confianza en el futuro? Cuando volviera a la vida, ¿no estaría Paul orgulloso al ver el nombre de su amigo André Delcourt al pie de una página del *Soir de Paris*?

La pregunta llevaba implícita la respuesta.

Se levantó, cruzó la habitación de puntillas y fue a buscar a la enfermera de

guardia, una mujer gruesa que dormía en una silla de mimbre y se despertó sobresaltada: «¿Cómo? ¿Qué? ¿Papel?» Su mirada se posó en la bonita sonrisa de André y arrancó una decena de hojas de un registro hospitalario, le tendió dos de los tres lápices que tenía y volvió a dormirse para soñar con chicos jóvenes.

Lo primero que vio André al volver a la habitación fueron los ojos de Paul, muy abiertos, brillantes y fijos. Eso le causó mucha impresión. Dudó: ¿debía acercarse? ¿Decirle algo? No sabía qué hacer y comprendió que sería incapaz de dar un paso hacia el niño. Volvió a su sitio.

Con las hojas apoyadas en el muslo, sacó el cuaderno en el que tantas notas había tomado ya y se puso a escribir. Era un ejercicio difícil: él sólo había estado al principio del sepelio, ¿qué habría pasado después de irse? Los periodistas que cubrían el acontecimiento darían sobre el resto de la ceremonia detalles concretos y sensacionales de los que él carecía. Así que eligió otro enfoque: el lirismo. Escribía para el *Soir de Paris* y se dirigía a un público popular que se sentiría halagado ante un artículo deliberadamente literario.

Las hojas arrugadas, emborronadas y plegadas no tardaron en resultar ilegibles, así que, hacia las tres de la madrugada, más excitado que nunca, volvió a la ventanilla para pedir más hojas, que esta vez la enfermera, harta de que la despertara, le arrojó casi a la cara. André no se dio ni cuenta. Ya tenía dónde copiar el artículo haciendo equilibrios sobre su muslo.

En ese momento advirtió que los ojos, todavía fijos y brillantes, del pequeño Paul miraban en su dirección. Se volvió en la silla para dejar de tener en su campo de visión el rostro extrañamente blanco de aquel niño fajado de la cabeza a los pies y tieso como un palo.

4

Hacia las siete de la mañana, cuando Léonce volvió para sustituirlo, en vez de irse a casa André tomó un taxi y se presentó en la redacción del *Soir*.

Jules Guilloteaux llegó a las siete cuarenta y cinco, su hora habitual.

—Pero bueno, ¿qué hace usted aquí? —André le tendió las hojas, que el director cogió como pudo porque ya tenía en las manos otras, escritas con letra grande y pretenciosa—. Lo he sustituido...

Guilloteaux estaba apurado, pero también intrigado. ¿Cómo era posible que Delcourt hubiera escrito la crónica, si se lo habían llevado antes de que el cortejo arrancara y ya no se le había visto el pelo? A lo largo de su carrera en el periodismo había vivido situaciones raras, incluso absurdas, pero aquélla se merecía un puesto de honor en el repertorio de anécdotas que lo habían convertido en uno de los hombres más solicitados en las cenas de sociedad. «Vamos, señor Guilloteaux, seguro que tiene algo nuevo que contarnos», y él se hacía de rogar como una vieja cortesana. «Por favor, Jules», insistía la señora de la casa y Guilloteaux se aclaraba la garganta. «Esto es absolutamente confidencial.» Los invitados, impacientes ya por pregonar a los cuatro vientos lo que oírían, asentían con la cabeza. «Bueno, pues lo que voy a contarles ocurrió al día siguiente del entierro del pobre Marcel Péricourt...»

—Está bien, está bien... —murmuró, abriendo la puerta del despacho—. Entre...

Y sin siquiera quitarse el gabán, se sentó y dejó en el escritorio uno junto al otro el artículo que llevaba consigo y el de André, que, para disimular su nerviosismo, miraba distraídamente alrededor con la expresión indiferente de quien no está del todo allí, sino que tiene la cabeza en otro sitio.

El director leyó los dos textos uno detrás de otro.

Luego releyó más despacio el de André, titulado: «El impresionante funeral de Marcel Péricourt ensombrecido por una tragedia repentina», y subtítulo:

«Al arrancar el cortejo, el nieto del difunto se precipita al vacío desde el segundo piso de la mansión familiar.»

El artículo empezaba describiendo la ceremonia fúnebre con su acostumbrada grandilocuencia («Situándose respetuosamente a la sombra tutelar del gigante de la economía que fue Marcel Péricourt, el presidente de la República...»), continuaba con un hecho impactante, manejando admirablemente la sorpresa («Todo el mundo quedó conmocionado por la imagen del niño, cuya inocencia y cuyo candor quedaban subrayados por la camisa blanca totalmente abierta...»), y de pronto viraba hacia el melodrama («Ese inimaginable accidente que iba a sumir a la madre en la desesperación, a la familia en el estupor y a toda la asistencia en la más profunda consternación...»).

Rompiendo con el tipo de crónica tradicional, André entregaba una tragedia en tres actos llena de emoción, sorpresas y patetismo. Descrito por su pluma, no había nada más vivo que aquel funeral. Aquel joven tenía dos cualidades indispensables para el oficio de periodista, según el credo de Jules Guilloteaux: ser capaz de explayarse sobre un tema del que no sabía nada y describir un acontecimiento al que no había asistido.

El director levantó la vista, se quitó las gafas y chasqueó la lengua. Estaba muy contrariado.

—El suyo es mejor, muchacho, ¡mucho mejor! Garra, estilo... Me encantaría poder aceptarlo, pero...

André estaba destrozado. Aunque él aún no lo sabía, Guilloteaux era famoso por su enfermiza tacañería, que no tenía parangón.

—Como ya le he dicho, se lo encargué a otro... Compréndalo, muchacho, usted había desaparecido y yo necesitaba el artículo, que ahora tendré que pagar..., así que...

Guilloteaux se quitó las gafas y le tendió las hojas. La cosa estaba clara.

—Se lo regalo al *Soir* —dijo André de pronto—. Publíquelo, es suyo.

El director, con *fair play*, aceptó.

—Bueno, siendo así...

André Delcourt acababa de debutar en el periodismo.

Cuando Madeleine se despertó y vio a Paul en la otra cama, corrió a su lado.

Estaba tan contenta que se habría arrojado sobre él y lo habría abrazado, pero se contuvo, en parte porque vio el camisón que lo inmovilizaba, pero sobre todo

por su mirada: más que estar acostado, el niño yacía con los ojos muy abiertos. No se sabía si podía oír, si era consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Léonce abrió los brazos en un gesto de impotencia. Paul estaba así desde que ella había llegado, no se había movido...

Madeleine se puso a hablarle a su hijo con una exaltación casi febril.

En ese estado de euforia mezclada con angustia la encontró el doctor Fournier. El médico respiró hondo e intentó atraer su atención, pero en vano. La joven madre apretaba entre las suyas la mano de su hijo, que asomaba fuera de la manga.

El médico soltó uno tras otro los dedos entrelazados y obligó a Madeleine a volverse hacia él.

—La radiografía —empezó a decir muy despacio, como si hablara con una sorda, lo que no estaba lejos de la realidad—, la radiografía muestra que Paul se ha fracturado la columna vertebral.

—¡Pero está vivo! —exclamó Madeleine.

Para el médico la situación era difícil: tenía que dar una noticia terrible.

—La médula espinal está dañada.

Madeleine frunció el ceño y lo miró como quien busca la solución de una adivinanza. De pronto la encontró:

—Va usted a operarlo y... ¡ah, hay que hacerse a la idea de que la operación será larga, ¿no es eso?! Y difícil, por supuesto...

Madeleine asentía con la cabeza: «Lo comprendo, pasará mucho tiempo antes de que Paul vuelva a ser el que era, es lógico...»

—No, Madeleine, no lo vamos a operar porque no hay nada que hacer: estas lesiones son irreversibles.

Ella abrió la boca para decir algo que no llegó a pronunciar. Fournier retrocedió.

—Paul está parapléjico.

La frase no tuvo el efecto previsto. Madeleine seguía mirándolo, esperando que continuara: «¿Y...?»

El concepto «parapléjico» era demasiado abstracto... Muy bien, se dijo Fournier, vamos allá:

—Madeleine... Paul está paralítico: no volverá a andar.

5

De pronto, el frío había vuelto a París. La ciudad estaba cubierta por un cielo lechoso cuyas intenciones no habían estado claras hasta que regresó la lluvia, persistente y glacial.

En el despacho del señor Lecerf, sumido en la penumbra, se encendió la luz y los recién llegados sacudieron sus abrigos, los colgaron en el perchero y tomaron asiento.

Hortense se había empeñado en acompañar a su marido. Aquella mujer sin apenas pecho, ni trasero ni mollera consideraba a Charles un ser excepcional. Nada había corroborado nunca la elevada opinión que tenía de él, pero aun así seguía profesándole una admiración sin límites, acrecentada por el hecho de que odiaba a su difunto cuñado, alguien que, según ella, siempre había intentado frenar a su hermano pequeño por pura envidia. Si Charles había tenido tanto éxito, no había sido gracias a Marcel, sino a pesar de él. Más aún que el entierro, la lectura del testamento rubricaba la muerte definitiva de aquel mal bicho de Marcel Péricourt: no se la habría perdido por nada del mundo.

Charles y Hortense estaban, pues, en primera fila, y Gustave Joubert, que debería haberse sentado detrás, se encontraba a su lado porque representaba a Madeleine, que no había querido abandonar el hospital.

Las noticias sobre el pequeño Paul no eran buenas: había salido del coma, pero Gustave, que le había hecho una breve visita, lo había encontrado francamente cadavérico. La situación no era nada esperanzadora. Representar a Madeleine en un momento tan crucial demostraba claramente que su lugar como esposo no había sido usurpado.

En el otro extremo de la fila, Léonce Picard, más encantadora que nunca bajo el velito morado, tenía las manos sobriamente cruzadas sobre las rodillas. Representaba a Paul. Qué preciosidad de mujer, Dios mío. A excepción de Gustave, que era puro espíritu, los tenía electrizados a todos, menos a Hortense,

a la que incomodaba.

La introducción del señor Lecerf, en la que se mezclaban las consideraciones jurídicas y los recuerdos personales, duró más de veinte minutos. Sabía por experiencia que en circunstancias como aquélla nadie se atreve a interrumpir a un notario: los presentes suelen temer que un comportamiento impropio les traiga mala suerte; desde luego, no es el momento de correr riesgos.

Así que todo el mundo se armó de paciencia y se puso a pensar en sus cosas.

Hortense pensaba en sus ovarios, que le habían dolido toda la vida: el médico le hacía ver las estrellas cada vez que la examinaba. Oía toda clase de historias sobre el tema, temblaba de la cabeza a los pies y odiaba su vientre, que sólo le había dado disgustos.

Por su parte, Charles volvía a ver la cara de metomentodo de un funcionario del Ministerio de Obras Públicas que le decía: «Lo que me pide es muy complicado, señor diputado...», y señalando la puerta del despacho de al lado, agregaba susurrando: «Ese otro de ahí sí que es codicioso, no se lo puede ni imaginar, insaciable...» «Que salgamos de ésta de una vez», pensaba Charles golpeando el suelo suavemente con el pie.

Léonce tenía curiosidad por saber de qué cantidades se iba a hablar. Astronómicas sin duda. Quería mucho a Madeleine, aunque había que reconocer que era duro vivir con gente tan increíblemente rica.

Por último, Gustave se disponía una vez más a ver pasar de largo los platos.

—Así que nuestro querido Marcel me convocó para dictarme su última voluntad.

Fin de la introducción. Ya eran casi las once.

La fortuna de Marcel Péricourt estaba estimada en cerca de diez millones de francos en acciones del Banco de Depósito y Crédito Industrial que había fundado él mismo, a los que había que añadir los dos millones y medio en que estaba valorada la mansión de la rue de Prony. Las cifras sorprendieron gratamente a Charles, que las había calculado tirando bajo.

El testamento de Marcel Péricourt mencionaba a los beneficiarios por orden de importancia. Desde la muerte de su hijo Édouard, Madeleine era su única heredera. Le correspondían casi seis millones de francos, además de la mansión familiar. Su representante, Gustave Joubert, se limitó a parpadear: lo que Madeleine recibía era ni más ni menos lo que él perdía.

De manera lógica, el último portador del apellido Péricourt, Paul, heredaba tres millones de francos en obligaciones del Estado, de las que no podían

esperarse grandes beneficios, pero cuyo valor no mermaría con el paso del tiempo. La administración de esa fortuna quedaba en manos de su tutora legal, Madeleine Péricourt, hasta que Paul cumpliera los veintiún años.

Joubert, que sabía contar como nadie, miraba con curiosidad al contador, ansioso por ver cómo había repartido su jefe lo demás porque, aparte de la mansión, con dos cláusulas había otorgado ya el noventa por ciento de sus bienes.

Charles bajó la cabeza con modestia. Lógicamente, había llegado su turno, lo cual era cierto y a la vez falso, porque el siguiente legado les correspondía a sus hijas: cada una de ellas recibía cincuenta mil francos con los que podría redondearse generosamente la dote que decidieran darles sus padres.

Joubert había empezado a sonreír en su interior. Ya no necesitaba contar, pero lo que vino a continuación fue aún peor de lo que esperaba. A Charles Péricourt se le adjudicaba la cantidad de doscientos mil francos... Una miseria. Apenas un dos por ciento de la fortuna de su hermano. Lo que recibía no era una herencia, sino una bofetada. Charles estaba atónito, enrojecido, con la mirada inmóvil de un pájaro muerto.

Para Gustave Joubert no era una sorpresa en absoluto. «Ya he hecho bastante por él», solía decir Marcel Péricourt en privado. «Nunca consigue nada por sí mismo, salvo provocar catástrofes. Si se hiciera rico, se arruinaría en un año y arrastraría con él a toda la familia...»

Diversas entidades, como el Jockey Club, el Automobile Club de l'Ouest y el Racing Club de Francia (a Marcel le encantaban los clubes, aunque nunca ponía los pies en ninguno), recibían cincuenta mil francos cada una.

Pero la guinda fue un legado de unos doscientos mil francos a varias asociaciones de antiguos combatientes, que representaban simbólicamente a Édouard Péricourt, su difunto hijo. ¡Era misma cantidad que había recibido Charles!

El señor Lecerf llegó al final:

—«A Gustave Joubert, el íntegro y abnegado colaborador que me ha acompañado durante tantos años: cien mil francos. Y al personal de la casa: quince mil francos, que serán deducidos de los gastos ordinarios y repartidos por mi hija.»

Joubert, que tenía toda la sangre fría que le faltaba a Charles, evidentemente recibió el legado con rencor. No era una bofetada, sino una limosna. Lo había mencionado al final, justo antes de las criadas, el chófer y los jardineros.

Charles miraba a su alrededor como si esperara algo más, pero la lectura había terminado. El notario cerró la carpeta.

—Esto... escuche, caballero...

—Señor notario.

—Sí, sí, desde luego... Perdone, pero ¿esto es normal?

Lecerf frunció el ceño: si se cuestionaba la validez de un acto legalizado por él, su integridad quedaba en tela de juicio, y eso no le gustaba nada.

—¿Qué entiende usted por «normal», señor Péricourt?

—Pues, no sé... pero vaya...

—¡Explíquese, caballero!

Charles no sabía qué tenía que explicar, pero se le ocurrió una idea brillante, obvia.

—En fin, señor notario..., ¿es normal darle tres millones de francos a un niño que está en las últimas, que quizá mañana haya muerto? En el momento en que usted le concede esa suma colosal, es un vegetal tumbado en una cama de la Pitié al que llevarán a la tumba con su abuelo en menos de una semana. Se lo preguntaré de otro modo: ¿esto es legal?

El notario se levantó lentamente. Su experiencia profesional le aconsejaba prudencia, pero también firmeza.

—Señoras y caballeros, la lectura del testamento del señor Marcel Péricourt ha terminado. Excuso decir que, si cualquiera de los presentes desea discutir su legalidad, puede acudir mañana mismo a los tribunales.

Pero Charles no había dicho su última palabra: se parecía a esos perros que carecen de sistema de alerta y pueden comer chocolate o beber aceite hasta reventar.

—¡Espere, espere! —gritó mientras Hortense intentaba llevárselo tirándolo del brazo—. ¿Y si a estas horas el chico ya está muerto, eh? ¿Y si ya está muerto? ¿Es legal esta sandez? ¿Le mandará la herencia al cementerio? —Hizo un gesto teatral e intentó poner por testigo a la asistencia, que se limitaba a Léonce, porque Gustave le había dado ostensiblemente la espalda para ponerse el gabán—. ¡Es que no hay derecho! ¡Se le regalan millones a un fiambre y todo el mundo se queda tan fresco! ¡Muy bien, bravo!

Y con esas palabras abandonó el despacho llevándose a Hortense poco menos que en volandas.

Con los labios fruncidos, el notario le dio la mano a Léonce, que se marchó también.

—Señor Joubert... —Lecerf le hizo un gesto a Gustave—, si tiene un minuto...

Los dos hombres volvieron a entrar en el despacho.

—El señor Charles Péricourt puede llevar el testamento ante la justicia si así lo desea, pero en interés de la familia debo...

Gustave lo interrumpió con un gesto tajante.

—No hará nada. Charles se enciende enseguida, pero es realista. Y si tuviera alguna tentación por el estilo, yo me encargaré de disuadirlo.

El notario asintió con semblante grave.

—¡Ah, sí! —exclamó de pronto, como si acabara de acordarse de algo. Abrió un cajón del escritorio y, sin necesidad de buscar, sacó una llave grande y plana—. Me la entregó el difunto... Es de la caja fuerte de la biblioteca. Para la señorita Madeleine. Como usted la representa...

Gustave la cogió y se la guardó en el bolsillo de inmediato. Ninguno de los dos tenía el menor deseo de alargar la conversación. Ambos sabían que se trataba de un acto que, ciertamente, Charles habría cuestionado, lo que no les convenía ni al uno ni al otro.

Charles cavilaba. Hortense intentó ponerle la mano en el brazo, pero él la rechazó sin miramientos.

—Déjame tranquilo, ¿quieres?

Ella esbozó una pequeña sonrisa: le encantaban esos momentos. Su hombre, invadido por la duda o la cólera... Aquello era la señal inequívoca de que iba a saltar; las fieras salvajes son así, cuando dan lo mejor de sí mismas es cuando están heridas. Cuanto más destrozado parecía él más contenta se sentía ella. A la vuelta de la lectura del testamento estaba eufórica. Se iban a enterar.

El coche atravesaba un París que se parecía asombrosamente al estado de ánimo de Charles. Había que prepararse para un largo período de turbulencias. Charles echaba cuentas. En la jerga de la función pública, «codicioso» significaba diez mil francos, «voraz», veinte mil e «insaciable», cincuenta mil. A lo que había que añadir unos cuantos chupatintas de tres al cuarto cuyo sello sería necesario, digamos otros veinte mil francos, más diez mil para los imponderables...

«¿Me moriré yo también?», se preguntó.

De pronto se sintió huérfano. Tenía ganas de llorar, pero no habría sido digno. No sabía cómo salir de aquel atolladero. Echaba en falta una barbaridad a

su hermano.

El chófer había accionado el limpiaparabrisas y estaba pasando el dorso de la mano por el cristal para quitar el vaho.

Gustave miró un momento la lluvia, que empezaba a convertirse en nieve, y subió al coche. Conducía personalmente, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Aquel fin de reinado sólo era triste para él.

Bastaba con entrar en la habitación en la que descansaba el pequeño Paul y ver a Madeleine durmiendo con los pies sobre una silla para darse cuenta de que, en el fondo, lo que dejaba Marcel Péricourt no tenía ningún significado porque nada le sobreviviría mucho tiempo: todo se iría al garete muy pronto. Qué tristeza...

—¡Ah! ¿Está usted ahí, Gustave? —Madeleine hizo un esfuerzo para levantarse—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, perfecto, no se preocupe.

Como prueba de que nunca lo había dudado, Madeleine no le pidió detalles. Se limitó a hacer un gesto: «Bien, bien, mejor...» Y ambos se quedaron mirando a Paul unos minutos, absorto cada uno en sus pensamientos.

—El señor Lecerf me ha dado esto para usted: es la llave de la caja fuerte de su padre... —Madeleine le hizo tanto caso como si le hablara de los problemas de la agricultura china, así que, cuando cogió distraídamente la llave, Gustave siguió sujetándola para atraer su atención—. Madeleine... lo que contiene esa caja no figura en el testamento, ¿comprende? Si Hacienda... Sea prudente.

Ella asintió, pero era difícil saber si captaba el alcance de lo que le decía. Se echó a llorar. Instintivamente, Gustave abrió los brazos. Madeleine apoyó la cabeza en su pecho y siguió sollozando. Era una situación muy embarazosa. «Vamos, vamos», decía él, pero ella había abierto las compuertas y se dejaba ir, y murmuraba: «Gustave, ay, Gustave.» Por supuesto, no se dirigía a él, pero pongámonos en el lugar de Joubert: ¿qué podía pensar?

Aquello duró un buen rato.

Por fin, Madeleine se apartó sorbiendo por la nariz y Gustave se apresuró a tenderle el pañuelo, con el que ella se sonó ruidosamente, sin la menor delicadeza.

—Le ruego que me perdone, Gustave... No debería dar semejante espectáculo... —Lo miró fijamente—. Gracias por estar ahí, Gustave... Gracias por todo.

Joubert tragó saliva. Se dio cuenta de que seguía teniendo la llave de la caja fuerte. Se la tendió.

—No, guárdela usted; ya hablaremos de eso más tarde, ¿le parece?

Luego se acercó y, para echar más leña al fuego, le dio un beso en la mejilla que lo dejó atónito. Debería haber dicho algo, pero Madeleine ya se había dado la vuelta y estaba remetiéndole la ropa de la cama de Paul con suavidad.

Gustave abandonó la habitación, bajó a la calle y subió al coche. Los limpiaparabrisas no daban abasto, el aire de la calefacción se le agarraba a la garganta. Seguía embargado por una confusa emoción. Poco acostumbrado a analizar sus estados de ánimo, intentaba comprender lo que Madeleine había querido expresar. Puede que ni ella misma lo supiera.

Al llegar a casa de los Péricourt, le tendió el gabán a la doncella y, como antaño, subió de inmediato la escalera que llevaba a la biblioteca.

La estancia apenas había cambiado desde la última vez que había estado en ella con su jefe. Simplemente se veían cosas tristes, como sus gafas posadas sobre el escritorio, o sus pipas, que sólo fumaba por la noche.

Sin más dilación, sacó la llave, se arrodilló ante la caja fuerte y la abrió.

Encontró unos cuantos documentos familiares, notas personales y una bolsa de lona de color azul cerrada con un cordón verde que contenía más de doscientos mil francos en billetes franceses y casi el doble en moneda extranjera.

6

Hacía casi dos meses que habían enterrado a Marcel Péricourt. En la casa reinaba un silencio incómodo, un ambiente tenso, como al final de una comida familiar en la que se ha discutido.

Nadie había hecho correr la voz, pero en los minutos que precedieron a la llegada del coche, todos los sirvientes se juntaron discretamente en la planta baja. Uno pasaba distraídamente el plumero por la barandilla de la escalera, otro trasteaba en la biblioteca, un tercero iba de aquí para allá con la excusa de una escoba extraviada...

Esa atención febril e incómoda se debía sin duda a la presencia en el vestíbulo de la silla de ruedas que la señorita Léonce había ido a comprar en persona unos días antes: visible a través de las tablas de la caja en la que estaba, parecía un animal de zoológico cuyo grado de peligrosidad se ignora.

Ante el anuncio del regreso del señorito Paul, Raymond, el jardinero, había abierto la caja con ayuda de un pie de cabra y, pasado el primer momento de aprensión, una doncella se había acercado con timidez al artefacto para limpiarlo. Había frotado el hierro como hacía con los cobres y encerado la madera hasta dejar la silla tan reluciente que casi daban ganas de necesitarla.

La señora apenas aparecía por la casa. Sólo iba a cambiarse de ropa y respondía distraída y apresurada a las preguntas del servicio: «Háblenlo con Léonce.» Se pasaba los días y las noches en la Pitié, hasta el punto de que empezaban a preguntarse si estaría pensando en quedarse a vivir allí, como uno de esos enfermos que, una vez entran en un sanatorio, no hay quien los saque de allí.

Léonce llegó a primera hora de la mañana e hizo las últimas comprobaciones. También estaba allí André, con su eterna levita gris oscuro y sus zapatos gastados, aunque lustrados con la energía de la desesperación. Joubert, que quería demostrar que era de la casa, había ido a servirse un dedo de

oportuno mientras se preguntaba qué grado de autoridad querría ejercer Madeleine sobre los negocios. Se sentía más bien confiado.

Durante la hospitalización de Paul, ella lo había firmado todo sin leer una línea: «Gracias, Gustave.» Cuando él llegaba, lo recibía con un beso en la mejilla, como si los uniera una vieja amistad. Si hubiera estado arreglada y maquillada, Joubert habría registrado el hecho como una simple anécdota, pero viniendo de una mujer en bata, peinada de cualquier manera y con las zapatillas con borlas que se había llevado de casa, era un comportamiento turbador, casi doméstico, como si estuvieran casados y ella saliera de su habitación y besara a su marido antes de bajar a desayunar. Además, como era mucho más alto, Madeleine tenía la costumbre de ponerse de puntillas, agarrarse a su brazo e, inevitablemente, apoyarse en él... ¿Estaría reconsiderando los planes de antaño, desechados por motivos tan sólo circunstanciales?

En su acercamiento a él, ahora que se debía por entero a un niño tan gravemente disminuido, ¿no habría el deseo de verse protegida por alguien?

Eran cerca de las diez y media de la mañana cuando oyeron llegar el coche de Charles. Jadeando ansiosamente, éste se abalanzó sobre el mueble bar y se sirvió una copa de jerez que se bebió de un trago. La transpiración que le empapaba la raíz del pelo, la cara sofocada... todo confirmaba lo que las fuentes de Gustave le informaban de forma regular: Charles Péricourt estaba más atrapado que nunca. «Su asunto se complica», le decía uno. «La cosa se está acelerando», le aseguraba otro. Aún no sabía lo que haría si Charles decidía recurrir a él. Técnicamente, ayudarlo presentaba tantas ventajas como dejar que se hundiera. O hundirlo directamente.

—¡Ah! —gritó de pronto Charles—. ¡Ahí están!

El coche se detuvo.

Tras el cristal de la ventanilla, la cara de Paul. El pelo, muy corto, se la hacía aún más redonda de lo habitual. Miraba a la gente reunida en la escalinata, con Gustave y Charles en primera fila y André un poco más atrás, entre los empleados de la casa. En ese momento apareció Léonce. Apartó a todo el mundo y fue la primera en ir hasta el coche y abrir la puerta.

—¡Aquí está mi principito, de nuevo en casa!

Paul no respondió. Tenía los ojos clavados en el rellano de la escalinata, en cuyo centro acababan de colocar la silla de ruedas.

De las comisuras de los labios le rebosaba un poco de saliva. Léonce lamentó no haber cogido un pañuelo.

Madeleine bajó por el otro lado del coche y lo rodeó. Parecía haber perdido un kilo diario. Era lo que más llamaba la atención: lo que habían adelgazado madre e hijo.

—Ya estamos en casa, corazón mío... —dijo Madeleine.

Pero se notaba que la emoción hacía que se le formara un nudo en la garganta. Parecía a punto de echarse a llorar. Se volvió hacia toda aquella gente reunida ante la casa. Nadie se movía.

De pronto, cayeron en la cuenta de que deberían haber bajado la silla al pie de la escalinata, para sentar al niño.

Así que Raymond, el jardinero, la cogió y la alzó en vilo, pero con tal ímpetu que en cuanto bajó el primer peldaño todos vieron venir el desastre y gritaron para avisarlo. Raymond se echó hacia atrás pero, vencido por el peso, tuvo que soltar la silla para evitar caerse. Algunas manos se lanzaron hacia ella, aunque demasiado tarde: la silla empezó a dar botes escaleras abajo cada vez más deprisa. Madeleine y Léonce tuvieron el tiempo justo para apartarse, mientras, con la mirada fija, Paul veía llegar la catástrofe sin pestañear. La silla se estrelló contra el coche con un estrépito metálico y se cayó pesadamente sobre un costado.

Raymond, que se había levantado a toda prisa, se deshacía en disculpas a las que nadie prestaba atención mientras se frotaba las manos con nerviosismo en su delantal nuevo. El accidente había dejado paralizado a todo el mundo. La imagen de la silla caída sobre un costado, con la rueda girando en el vacío, les producía una sensación de fracaso, acentuada por el rostro de mármol de aquel niño de pelo corto, cuyos ojos, extrañamente inmóviles, no se posaban en nada ni en nadie.

Por su parte, Charles se había quedado boquiabierto. Estaba pasmado. «Un pez muerto», se dijo con el corazón encogido. Aquella criatura casi inanimada, inútil, cuya presencia, absolutamente prescindible, iba a llevarlos a la ruina a él y a sus dos hijas, que, ¡maldita sea!, estaban la mar de sanas y tenían toda la vida por delante... Aquel fiambre impúber iba a destruir todo lo que él había construido.

Farfullando azorado, Raymond hincó una rodilla en el suelo junto a la puerta abollada del coche, cogió al niño y volvió a levantarse.

Así fue como el señorito Paul volvió a casa: en brazos del jardinero, con las piernas colgándole flojas y bamboleándose en el aire y los ojos clavados en el vacío.

7

En la vida de Madeleine todo pareció dar un paso a un lado. Ya no lloraba, pero como Paul, presa de pesadillas devastadoras, solía agitarse e incorporarse en la cama gritando aterrizado («¡Se ve otra vez cayendo, estoy segura!», se decía Madeleine retorciéndose las manos), ella corría a su lado y gritaba con él. Luego solía quedarse dormida a su lado, hasta el punto de que no acababa de saberse quién acompañaba a quién. Estaba muy cansada.

Su antigua iniciativa y su capacidad de organización de los asuntos domésticos se habían desvanecido. Seguía activa y recorría los pasillos con la mirada inquieta que todos le conocían, pero lo único que hacía era desplazar el aire, incapaz de tomar las medidas necesarias. Un ejemplo: la silla de ruedas de Paul. Con la caída, una rueda se había torcido y el asiento se había rajado por el medio: estaba inservible. Cuando Léonce habló de mandarla arreglar, Madeleine estuvo de acuerdo («Sí, por supuesto, por supuesto»), pero habían pasado dos días y la silla seguía allí, en el vestíbulo de la planta baja, como un trasto en la buhardilla. Léonce decidió encargarse ella.

Algo parecido sucedía con la habitación de Paul, en el segundo piso: en su situación actual, ya no servía, había que buscarle otra y acondicionarla. Eternamente indecisa, Madeleine pensaba una solución: «Tal vez aquí.» «Pero está lejos del cuarto de baño», le recordaban. «¡Ah, sí, es verdad! Entonces en ésta.» «Pero da al norte, pasará frío a todas horas, y apenas entra luz...» Madeleine se mordía una uña mirando la casa: «Sí, es cierto», murmuraba, y luego, superada, cambiaba de tema. Se pasaba horas concentrada en detalles secundarios. En el *Titanic*, se habría puesto a repintar las tumbonas.

—El sitio donde mejor estaría Paul —propuso Léonce— sería en la habitación del señor Pérécourt.

Tenía un baño al lado, mucha luz y espacio.

—De acuerdo —dijo Madeleine en el mismo tono que si la idea se le hubiera

ocurrido a ella—. ¿Dónde está el señor Raymond? —preguntó—. Pondremos la cama de Paul junto a la ventana...

Léonce cerró los ojos un instante, paciente.

—Madeleine... creo que antes habría que hacer algunos arreglos: el niño no puede instalarse en esta habitación... tal como está.

Tal como estaba el día en que el señor Péricourt murió, quería decir. Madeleine estuvo de acuerdo, asintió con la cabeza y volvió junto a su hijo.

Léonce puso entonces manos a la obra. Cambiar las alfombras y las cortinas, limpiar y ventilar, sacar los muebles y comprar otros más modernos, para un niño de siete años permanentemente sentado. Para eso hacía falta dinero.

—Claro, háblelo con Gustave, ¿quiere? —le dijo Madeleine.

Lo suyo habría sido que Léonce cambiara de cometido y se convirtiera en gobernanta, y que en consecuencia su modesto sueldo cambiara, cosa en la que Madeleine evidentemente no pensó. Pero para Léonce el dinero no tenía importancia. A menudo se la oía decir riendo: «No sé en qué se me va, se me escapa entre los dedos.» Y era verdad, no había mes que no pidiera un adelanto de su salario.

Por su parte, Joubert comprendía a la perfección que todo aquel trabajo, bastante engorroso, no formaba parte de sus obligaciones como señorita de compañía, pero como jefe experimentado dejó el asunto en suspenso: no iba a subirle el sueldo a una empleada que no se atrevía a quejarse.

En cuanto a André Delcourt, no había reanudado su trabajo como preceptor de Paul, que en su estado casi vegetativo era incapaz de seguir clases de nada, pero continuaba cobrando. Sin saber qué hacer, recorría la casa a grandes zancadas con un libro bajo el brazo y cara de preocupación, rezando para que nadie le pidiera cuentas. La Madeleine Péricourt que había conocido no se parecía en nada a la mujer nerviosa, tensa, atareada y ansiosa con la que se cruzaba por los pasillos y que le decía: «André, ¿podría ir a buscar revistas para Paul? Voy a intentar leerle un poco, cosas ligeras, ¿comprende?» Pero volvía a llamarlo enseguida: «No, André, mejor un libro de aventuras. O un tebeo. No sé, lo que a usted le parezca. ¿Podría ir ahora mismo?» Pero cuando André volvía, Madeleine ya estaba en otra cosa. «¿Quiere decirle al señor Raymond que venga? Habría que bajar a Paul, este niño tiene que tomar un poco el aire.»

La perspectiva de tener que buscarse otro trabajo lo exasperaba tanto más cuanto que presentía que estaba a las puertas de algo. Aunque no le había reportado un solo franco, su estupendo reportaje necrológico de febrero había

hecho que su nombre sonara aquí y allá. Incluso había sido invitado en una ocasión por la condesa de Marsantes, que una vez a la semana tenía mesa puesta en el bulevar Saint-Germain y que, aunque aún no hubiera publicado nada, lo consideraba un verdadero escritor. Para quedar bien, André se había gastado sus últimos ahorros en un traje, no a medida, por supuesto, sino de ocasión, aunque le había parecido lo bastante aparente como para dar el pego. La costura de la espalda se le había reventado al día siguiente y lo había llevado a arreglar a un taller del Sentier. «El apaño no se nota demasiado», pensaba André, porque no veía la mirada condescendiente de los criados que le cedían el paso cuando entraba en un salón.

Para Madeleine, sólo existía Paul. Cuidarlo personalmente se había convertido para ella en una cuestión de honor. Como aún no tenían la silla de ruedas, había que llevarlo en brazos, y Madeleine no dejaba que nadie lo hiciera en su lugar. El pequeño había adelgazado mucho, sólo pesaba quince kilos, lo que no era mucho para un niño de siete años, pero aun así...

—Déjeme hacerlo a mí, señorita Madeleine... —le decía Raymond.

Madeleine estuvo a punto de caerse diez veces, pero ¡nada!

—¡Dé... dé... déjalo... ma... má! —le pedía Paul, tartamudeando más que nunca.

Todo el mundo la veía afanarse y se preguntaba hasta qué extremos pensaba llegar.

La higiene íntima, por ejemplo, no era poca cosa. Tres o cuatro veces al día había que coger a Paul en brazos, tumbarlo para desnudarlo, llevarlo al cuarto de baño, cambiarlo como a un bebé, mover sus piernas muertas, volverlo hacia un lado y hacia el otro y vestirlo de nuevo. Aquellos miembros flácidos le partían a uno el corazón. Cuando le daba los baños sulfurosos o los masajes con sustancias opiáceas que había prescrito el doctor Fournier, se oía a Madeleine susurrarle al oído como una trastornada. Paul se había convertido en su purgatorio.

El hecho de que su hijo hubiera saltado desde una ventana seguía atormentándola. No podía evitar relacionarlo con la muerte de su hermano Édouard. Uno se había arrojado bajo las ruedas del coche de su padre, el otro sobre al ataúd de su abuelo. El señor Péricourt era el punto geométrico en el que toda la familia acababa estrellándose.

Madeleine decidió investigar.

Empezó por el propio Paul. Lo sentó en una silla frente a ella. «Mamá quiere

hablar contigo, Paul; mamá necesita entender», le dijo, o algo por el estilo. Paul se puso rojo, se agitó, volvió la cabeza a un lado y a otro... Madeleine insistió. Paul tartamudeó: «N... no, n... no.» «Sí, Paul, sí; mamá quiere saber, entender.» Paul empezó a llorar silenciosamente, Madeleine alzó el tono, empezó a dar vueltas por la habitación, muy agitada, a tirarse del pelo... «¡Me voy a volver loca!», exclamaba. Paul lloraba a lágrima viva, Madeleine gritaba a voz en cuello... Como Léonce estaba haciendo recados, fue Raymond quien, alarmado por las voces, subió la escalera a toda prisa y abrió la puerta de par en par. «Por Dios, señora, se va a hacer daño.» Mientras trataba de sujetarla para que dejara de correr alrededor de la habitación como un pollo decapitado, el pequeño Paul empezó a resbalar en la silla. Agarrado al respaldo con las puntas de los dedos, intentaba incorporarse, pero como no tenía fuerza suficiente, estaba a punto de caerse... El señor Raymond no sabía qué hacer. Soltó a la madre para acudir en ayuda del hijo y en ese momento llegó la cocinera, que estrechó a Madeleine contra su pecho. Ése fue el espectáculo con el que se encontró Léonce: Paul en brazos del señor Raymond, con las piernas colgando y la cara hacia el techo, y la cocinera sentada en la cama, con la cabeza de su señora sobre las rodillas.

Madeleine aún no se había repuesto del incidente cuando empezó otra vez a torturarse con la misma pregunta.

Una certeza se abrió paso en su mente: alguien de la casa tenía que saber algo, no podía ser de otro modo.

Puede que hubiera habido alguien con Paul. La posibilidad de que el culpable formara parte del personal le pareció primero verosímil y poco después segura. Eso lo explicaría todo.

Convocó al servicio. Sin contar a Léonce y André, seis personas reunidas y alineadas, como si alguien hubiera robado la plata. Era ridículo, el peor método posible. Frotándose nerviosamente las manos, Madeleine exigió la verdad. ¿Quién había visto a Paul el día del... accidente? ¿Quién estaba cerca de él? Nadie sabía qué responder. Todos se preguntaban qué iba a pasar.

—Por ejemplo, usted —dijo señalando con el dedo índice a la cocinera—. Estaba en el segundo piso, me lo han dicho.

La pobre mujer enrojeció y empezó a retorcer el delantal con las manos.

—Es que... ¡tenía cosas que hacer arriba!

—¡Ah! ¿Lo ve? —gritó Madeleine victoriosa—. ¡Estaba allí!

—Madeleine, por favor... —le rogó Léonce con voz dulce.

Nadie volvió a abrir la boca. El que no se miraba los zapatos tenía los ojos

clavados en la pared. El silencio no hizo más que aumentar la cólera de Madeleine, que, sospechando un complot, se dirigió primero a uno y luego al otro: «¿Y usted?»

—Madeleine... —repitió Léonce.

Pero Madeleine no escuchaba.

—¿Quién de ustedes empujó a Paul?! —gritó—. ¿Quién arrojó a mi pequeño por la ventana?!

Todos la miraban con los ojos desorbitados. No saldrían de allí hasta que ella supiera la verdad. Acudiría a la policía, al prefecto, y si nadie cedía irán todos a la cárcel.

—Todos, ¿me oyen? ¡Del primero al último! ¡Exijo la verdad!

De pronto, Madeleine se detuvo. Miró al pequeño grupo como si acabara de descubrirlo y cayó de rodillas al suelo, sollozando.

El espectáculo de aquella mujer arrodillada, que ahora gemía con voz ronca, habría conmovido a cualquiera, pero ninguno de los presentes acudió en su ayuda. Uno tras otro, los criados abandonaron la habitación. Esa tarde varios de ellos se despidieron. Madeleine no se levantó de la cama en dos días, salvo para cambiarle el pañal a Paul.

A partir de ese día, la casa se sumió en un extraño letargo. Todos guardaban silencio o hablaban en voz baja, compadecidos de la señora, pero buscaban otro sitio donde no los acusaran de asesinato. Sobre todo, compadecían al señorito Paul. Pobre criatura, qué pena daba verlo...

Agotadas las hipótesis, Madeleine empezó a pensar que la respuesta a aquella terrible pregunta le llegaría del cielo; cayó en lo irracional y volvió a la iglesia, que no había pisado desde la muerte de su hermano Édouard.

El párroco de Saint-François-de-Sales le dio el único consejo del que disponía: ser paciente y aceptar la voluntad de Dios. Dada la situación, no era gran cosa. De la fe católica a la adivinación no había más que un paso: Madeleine empezó a visitar magos, cartománticos y médiums. Como no quería ir sola, la acompañaba Léonce.

Consultaron a quirománticos, videntes, telépatas, numerólogos e incluso a un hechicero senegalés que, tras hurgar en las entrañas de un pollo de Bresse, aseguró que Paul había intentado arrojarse a los brazos de su madre, allí presente. Que lo hubiera hecho desde un segundo piso no menoscabó su convicción: el pollo había sido categórico. Todas las visitas tenían un punto en común: no agotaban el tema, había que volver.

Madeleine llevaba fotos, mechones de pelo, un diente de leche que se le había caído a Paul hacía un año... Deshecha en llanto, escuchaba las explicaciones, todas bastante vagas. Un astrólogo vio la caída de Paul en la conjunción de los planetas: estaba escrita, lo que devolvía a Madeleine al punto de partida: Dios. Asustada, Léonce veía cambiar de manos los billetes. Ya iban por los seis mil francos.

Madeleine no era tan ingenua como para creerse lo que le decían. Terriblemente desgraciada, ya no sabía qué pensar ni qué creer. Se agitaba impulsada por sus accesos de locura, saltando de una idea a otra sin la menor lógica. Sus tanteos fracasaban con una regularidad desesperante.

Por fin, la silla de ruedas volvió reparada.

Paul no estaba ni mejor ni peor, pero al menos su madre podía pasearlo por la planta y llevarlo al cuarto de baño sin destrozarse la espalda. Tenía delante una mesita para poner un libro o algún juego, pero en vez de jugar o leer se pasaba las horas muertas mirando por la ventana.

Por fin, la habitación estuvo lista. No recordaba en nada al antiguo dormitorio del señor Péricourt. Léonce había elegido cortinas claras y colores vivos y alegres para las paredes.

—Gra... cias, ma... má —dijo Paul.

—Ha sido Léonce quien lo ha hecho todo, cielo.

—Gr... gra... cias, L... Lé... on... once...

—No es nada, cariño —respondió Léonce—. Lo importante es que te guste.

Cuando Léonce le propuso contratar a una cuidadora, Madeleine rechazó la idea con un gesto de la mano.

—De Paul me ocupo yo.

Los doscientos mil francos de la herencia de Charles se le habían ido en el embrollo inmobiliario. Y, cuando empezaba a levantar cabeza, apareció un reporterillo pelirrojo de mirada huidiza y cara de hurón «interesado en el solar de la rue des Colonies».

—Lo que me preocupa no son las obras, sino que se detuvieran. Estuvieron tres días detenidas y luego volvieron a empezar...

—¿Y...? —exclamó Charles—. Si volvieron a empezar, ¿qué problema hay?

—Eso tendríamos que preguntárselo al obrero al que he encontrado en la Salpêtrière... en una situación desastrosa. Cuatro críos, una mujer que no trabaja, un jefe que sólo se acuerda de él para acusarlo de negligencia, pero aun

así le da un sobrecito bajo mano, aunque no muy lleno, sólo lo suficiente para que se compre unas muletas...

Charles lo miraba. ¿Adónde quería ir a parar?

—Así que se me ha ocurrido una idea para un reportaje. Una semana en una obra y un pobre hombre atraviesa el suelo de un piso y se encuentra en el de abajo con una pierna destrozada. El hospital, el parte médico... Usted ya me entiende...

Charles se imaginó al instante el desastre que eso supondría.

—He pensado escribirlo, pero tranquilícese, prefiero que me paguen por no hacer nada.

Charles, que tampoco había hecho prácticamente nada en toda su vida, podía entenderlo, pero que aquello viniera de un asalariado le pareció inmoral. Por su parte, el periodista se mostró bastante filosófico:

—Una noticia pierde mucho valor cuando se publica, ¿sabe? Inédita vale mucho más. Digamos que es como una prima a la originalidad...

—Es usted un...

Charles buscó la palabra.

—... un periodista, señor Péricourt. Un periodista es quien conoce el precio de la información. En ese tema soy un experto. La suya vale diez mil francos.

Charles lo habría estrangulado.

Ahora iba de aquí para allá por la sala de espera de la redacción y, cuando Jules Guilloteaux llegó a su despacho, lo primero que vio fue su cara de indignación.

Un escándalo en la rue des Colonies, materiales defectuosos, un reportero pelirrojo (era el chico que cubría las comisarías y los hospitales), diez mil francos.

—¡Tiene usted toda la razón, mi querido Charles! —respondió el director—. Voy a llamarlo y acabaremos con esto ahora mismo.

Charles estaba satisfecho y aliviado. Cuando se dieron la mano, Guilloteaux le preguntó:

—Por cierto, Charles... esa empresa que ha mencionado..., Bousquet & Frères..., ¿se anuncian en prensa?

—¡No, no, sería tirar el dinero! Los clientes acuden a ellos.

—¡Lástima! ¡Bueno, vaya, vaya, Charles, hasta pronto! En cuanto a ese joven reportero, espero que se muestre comprensivo...

A fuerza de verlos acumularse, Charles había desarrollado un sexto sentido

para los problemas.

—¿Cómo que «espero»? ¿No está seguro?

—Es que... ¡está la deontología, mi querido amigo! El director de un periódico no puede imponer lo que le apetezca a quien le apetezca: va contra la ética de la profesión.

Era un argumento grotesco. El *Soir de Paris* no se parecía en nada a un auténtico periódico. Allí no había periodistas, sino empleados.

—Lo intentaré, pero si se niega...

—¡Échelo!

—No puedo prescindir de ese tipo de asalariados, Charles. Son sueldos pequeños. ¡Indispensables! Por supuesto, si tuviéramos más publicidad para mantener el periódico... Con cuarenta mil francos de anuncios estaría más tranquilo respecto a su asunto... ¡Y eso me permitiría imponerle silencio!

Charles se había quedado petrificado. Cuarenta mil francos...

—Bueno, voy a ver, voy a ver... —farfulló.

Guilloteaux le abrió la puerta.

—Y de Áridos y Cementos de París, ¿qué me dice? —le preguntó posándole la mano en el brazo—. ¿Tampoco se anuncian?

Charles acabó contrayendo una deuda de setenta mil francos por unos anuncios que nunca aparecerían.

Iba a tener que dar un paso humillante, pero inevitable.

Gustave Joubert había dejado pasar un tiempo prudencial, pero ya era mayo y no veía cómo podía alargarlo.

Se sentó frente a Madeleine para explicarle las cosas, pero ella lo miraba como si le hablara en chino. Gustave le cogió las manos y le habló como a una niña:

—Madeleine, es usted la presidenta del consejo de administración del banco, y una presidenta preside.

—¿Presidir el consejo?

Estaba azorada.

—Sólo hacer acto de presencia. Puedo escribirle un pequeño discurso para confirmarles que el banco sigue en buenas manos. Tranquilícese, no le harán preguntas.

El consejo de administración se reunía en una gran sala del último piso de la

sede social. La mesa se había hecho a medida para que pudieran sentarse a ella más de sesenta personas.

Madeleine entró en la estancia en medio de un silencio temeroso.

Al verla, todo el mundo se levantó. Era un fantasma de mujer, vestida con un conjunto muy elegante y llevando en la temblorosa mano un fajo de papeles que se le cayeron nada más entrar. Los presentes se apresuraron a ayudarla, pero hubo que ordenar los documentos, en lo que se tardó una barbaridad, mientras la perplejidad se pintaba en todas las caras.

Como le había aconsejado Gustave, Madeleine hizo un gesto con la cabeza para invitar a todo el mundo a sentarse de nuevo. Los más de sesenta hombres presentes la miraban en silencio, esperando que los convenciera.

Su discurso fue un desastre. Las dudas, los lapsus y las vueltas atrás lo hicieron incomprensible, inaudible por momentos y, la verdad sea dicha, patético. Cabía temer que, en cualquier instante, los administradores cogieran discretamente la puerta y la dejaran acabar su intervención ante tres o cuatro accionistas desesperados, sentados a quince metros uno del otro.

Pero no pasó nada de eso.

Cuando al fin Madeleine alzó la cabeza, reinaba un profundo silencio. Gustave se levantó y empezó a aplaudirla; poco después todos los administradores hicieron lo mismo. Éxito total.

Todos eran completamente sinceros.

Su principal temor era que aquella mujer, haciendo uso de su pleno derecho, quisiera presidir el banco. Ahora se habían quedado tranquilos. Aplaudían porque Madeleine no sabía nada y seguiría en su casa.

Al organizar el acto y redactar el discurso, mucho más técnico de lo necesario, Gustave Joubert había obedecido la voluntad que unos meses antes le había expresado Marcel Péricourt: «Por supuesto, Madeleine será mi única heredera, pero... desaconséjele intervenir en los negocios, Gustave: se sentiría fuera de lugar. Y si mostrara deseos de hacerlo, encuentre el modo de disuadirla.»

Sin volver a despegar los labios, Madeleine asistió a una sesión interminable. En el momento de irse, todos la rodearon. Querían saludarla, conscientes de que seguramente no volverían a tener ocasión de hacerlo hasta el año siguiente.

Madeleine miraba la pared, miraba la ventana, se volvía hacia un lado y el otro... Aquello le recordaba noches pasadas, cuando tenía que hacer tiempo

antes de subir a reunirse «arriba» con André. Así lo llamaban entre ellos en esa época: «Nos vemos esta noche, arriba...» Se sintió avergonzada, como si el recuerdo de su felicidad de entonces fuera un insulto a la situación de su hijo.

Era casi medianoche.

Tardó más de una hora en decidirse, abrir la puerta, recorrer el pasillo hasta la escalera de servicio y subir.

Llegó a la habitación de André, pegó el oído a la puerta, no oyó nada, hizo girar el pomo y entró.

André pegó un respingo.

—¡Madeleine!

Sorpresa, apuro, pánico... imposible decir todo lo que expresaba esa exclamación. André tenía en las manos unas hojas de papel y un lápiz. «Madeleine, Madeleine...» Le temblaba la voz. Dejó las hojas sobre la mesilla de noche a toda prisa y se quedó allí quieto, mirándola azorado como si no la conociera. Parecía un arqueólogo ante un descubrimiento inesperado.

Madeleine extendió el brazo de inmediato, con ganas de decirle: «¡No tengas miedo!» Ya estaba arrepentida de haber subido. Miraba la cama en la que... La vergüenza volvió a apoderarse de ella. Estaba sonrojada y tenía ganas de santiguarse. Se echó a llorar.

—Siéntese, Madeleine... —le susurró André, como si corrieran el peligro de que los descubrieran.

En la cama no, no quiso. Quedaba la silla, que André le acercó. Le había hablado de usted, como hacían antes cuando había gente delante.

—Discúlpeme, André...

Él le tendió un pañuelo. Madeleine se tranquilizó un poco y miró a su alrededor como si viera la habitación por primera vez o no la recordara tan pequeña.

—André..., quería pedirle su opinión... Según usted... ¿por qué Paul...?

Volvió a echarse a llorar. «Vamos, Madeleine, vamos.» Cuando al fin consiguió formularla, su pregunta adquirió de inmediato un tono autoacusatorio.

—No se torture de ese modo —le dijo André—. Ser tan injusta con usted misma no la ayuda nada, se lo aseguro.

—Actué mal, ¿verdad?

Madeleine pensaba en un castigo divino. Pero, planteada en aquella habitación, su pregunta parecía culpar de lo ocurrido a su relación con él. André no estaba de acuerdo.

—¿Eso la convierte en una mala madre?

—Una madre descuidada, sin duda...

—Paul no estaba solo: la tenía a usted, a su abuelo, a mí... ¡Todo el mundo lo quería!

Lo había dicho con una vehemencia que la reconfortó. No se dio cuenta de que André ya hablaba en pasado. Se levantó y señaló las hojas de papel.

—Estaba trabajando, lo he interrumpido... ¿Son poemas? —Lo miró como si fuera un niño la víspera de su primera comunión—. Me alegro por usted, André.

Se acercó a la puerta. Se acordó de que había que tirar de ella de golpe para que no chirriara.

André se sentía mal.

Aquella visita inesperada le confirmaba la precariedad de su situación en aquella casa. Iba a tener que irse. ¿Cómo se las arreglaría sin el salario de preceptor? Desechó una tras otra las pocas soluciones que se le ocurrieron. Sus referencias profesionales sólo le permitían acceder a puestos de profesor interino de francés o latín. Primero tendría que encontrar un empleo y luego pasarse decenas de horas con grupos imposibles por un sueldo mísero con el que tendría que comer, vestirse y alojarse. ¡Dios, si no tenía ni cuarenta francos ahorrados! Y los alquileres no paraban de subir...

En el umbral de la puerta, Madeleine se volvió.

—André, quería decirle... —susurraba como si estuviera en una iglesia—. Ha sido usted tan bueno con Paul... De verdad... Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera... Espero que un día Paul... No dude que...

André nunca sabría de qué no debía dudar porque, de pronto, Madeleine se interrumpió, salió y cerró la puerta.

Él continuó en la mansión de los Péricourt, fingiendo creer que las «necesidades de la vida», como las llamaba con desdén, lo forzaban a ello. De hecho, tenía mucho menos amor propio de lo que pensaba. Por orden de Madeleine, una limpiadora visitaba su habitación una vez por semana. Le lavaban la ropa, tenía calefacción y seguían pagándole el sueldo cada quince días.

Cuando Madeleine se cruzaba con él, se detenía. «Hola, André, ¿cómo está?» Lo miraba como miraba a Paul cuando era pequeño, con esa mezcla de dulzura, generosidad y lástima por sus propios sentimientos que se puede ver en ciertas madres.

8

Después de sus idas y venidas del banco a la Pitié, ahora Gustave Joubert iba y venía del banco a la mansión de los Péricourt. Conducía un Star Modelo M, a la espera del nuevo Studebaker, y llevaba consigo a un contable, el señor Brochet.

El ritual era siempre el mismo. Entraban, Joubert primero, disculpándose con el señor Brochet. (Era muy educado con el personal, como lo había sido el señor Péricourt. «Cuanto más respetuoso eres con los subordinados, más te temen», solía decir; «se sienten impresionados, casi amenazados por tu cortesía: es un principio de la psicología».) El señor Brochet se sentaba en una silla del pasillo con sus voluminosos portafirmas sobre las rodillas y Joubert seguía hasta la biblioteca, donde, según la hora, la doncella le llevaba un té o una copita de oporto. Al pasar, la muchacha se ofrecía a servirle algo al señor Brochet, que invariablemente respondía, levantando una mano: «Nada, gracias.» A tan pocos metros de su jefe no se hubiera atrevido a tomar ni un vaso de agua.

Madeleine no tardaba en bajar. «Buenos días, Gustave.» La mano en el brazo, ponerse de puntillas, un rápido beso en la mejilla... Entreabría la puerta de Paul, «por si necesita algo...». Gustave cogía su carpeta e iniciaba el repaso de los asuntos del día dando escrupulosas explicaciones sobre cada uno.

Después hacía entrar al señor Brochet, que dejaba respetuosamente delante de Madeleine los portafirmas, cuyas hojas pasaba Joubert, como siempre había hecho, incluso en vida del señor Péricourt. Madeleine firmaba lo que le presentaban. El señor Brochet volvía a sentarse en el pasillo con sus carpetas. «No, muchas gracias», le decía, levantando la mano a la doncella, que insistía en servirle algo.

Conseguir la conformidad de Madeleine era tarea fácil, pero en el fondo a Joubert no le gustaba. Tenía ética de banquero: uno no podía desinteresarse del dinero, eso era casi inmoral. Procediendo de una mujer no era tan sorprendente, pero seguía siendo frustrante.

El ritual exigía que no abandonara la casa inmediatamente después de la rutina de las firmas. No era un mero empleado que tuviese que marcharse una vez finalizada su tarea. Generalmente, Madeleine decía: «Siéntese, Gustave, seguro que aún tiene un minuto para su amiga...» Luego llamaba a la doncella, que volvía a servir té u oporto en una mesita baja junto al piano de cola (en el pasillo, el señor Brochet levantaba la mano: «No, gracias»), y Gustave abordaba el único tema que le interesaba a Madeleine: su hijo.

Madeleine comentaba las modestas noticias de la jornada. Paul había tomado un poco de sopa y ella le había leído un rato, pero él se había dormido. Este niño está muy cansado. Según el caso, Joubert movía la cabeza de derecha a izquierda o de arriba abajo, tras lo cual se levantaba. «Tendrá que disculparme, Madeleine.» «Por supuesto, y yo retenéndolo, con el trabajo que tendrá; vaya, vaya, Gustave.» La mano en el brazo, ponerse de puntillas, el beso en la mejilla. «Hasta el jueves.» «¡Miércoles!» «Sí, Gustave, perdone: hasta el miércoles.»

Ese día, la variación del ritual atrajo de inmediato la atención de Madeleine.

—¿Qué ocurre, Gustave?

—Su tío Charles, Madeleine. Tiene... bueno, se enfrenta a ciertas dificultades. Necesita dinero.

Ella cruzó las manos por delante. Cuéntemelo todo.

—Tendría que explicárselo él. Luego usted decidirá... Podemos ayudarlo, eso no sería...

Madeleine hizo un gesto.

—Dígale que venga a verme.

Satisfecho, Gustave consultó su reloj, esbozó una mueca de pesar y se levantó. Como de costumbre, ella lo acompañó hasta la puerta.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Gustave...

Joubert había analizado la situación con detenimiento y, entre todos los momentos posibles, aquél era el que le había parecido más propicio. Y ahora había pasado rápidamente.

Pero no importaba. Se lanzó, un poco a destiempo respecto a su programa. Alargó la mano, encontró la cadera de Madeleine y la sujetó.

Ella se quedó petrificada.

Lo miró sin pestañear. Luego bajó los pies lentamente.

Gustave era muy alto y en esa postura a ella le dolía la nuca.

—Madeleine... —murmuró Gustave.

Era fatal para las cervicales. Madeleine bajó la cabeza. ¿Qué pasaba? Vio la mano de Gustave posada en su cadera. ¿Quería pedirle algo más? La mano subió hasta su hombro. Era tranquila y fraternal.

Ella acababa de bajar los ojos, señal de consentimiento, él le sacaba una cabeza... Bueno, el comienzo había sido un poco improvisado, pero volvía a estar en la línea de salida.

Ella levantó la vista.

—Somos amigos, ¿no es así, Madeleine?

Pues sí, eran amigos... Ella esbozaba una media sonrisa, lo bastante prudente para indicarle que esperaba oír el resto, que podía hablar.

Gustave había ensayado las frases:

—Teníamos un proyecto que no llegó a hacerse realidad, pero ha pasado el tiempo y ahora todo nos acerca. La muerte de su padre, el accidente de Paul, la gestión de los negocios... ¿No le parece que ha llegado el momento de enfocar las cosas de otra manera? ¿De confiar en su viejo amigo?

Su mano seguía posada en el hombro de Madeleine.

Ella lo miró con atención. Las palabras que acababa de decirle daban vueltas en su cabeza sin encontrar la puerta de salida. De pronto la asaltó una idea. ¿Estaba Gustave... pidiéndole matrimonio? No estaba segura.

—¿Qué quiere usted, Gustave?

«¿No me ha entendido?», se preguntó Joubert. Obligado por las circunstancias, había tenido que retrasar ligeramente el comienzo de su intervención, pero, aparte de eso, no veía dónde estaba el problema.

Para recalcar su pregunta, Madeleine frunció el ceño.

Joubert había previsto varias situaciones, pero en ningún momento había considerado la posibilidad de que no lo entendiera. Así que no había preparado ninguna frase para despejar esa confusión. Ahora tenía que improvisar. Si ella no se había apartado, era porque esperaba una confirmación, de modo que Gustave pasó de las palabras a los hechos. Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Así el mensaje estaba claro. Le besó los dedos y, de propina, añadió:

—Madeleine...

Bueno, con eso debería bastar.

—Gustave... —respondió ella.

No estaba seguro, pero le había parecido oír un signo de interrogación al final de su respuesta. Era lo irritante de las mujeres: con ellas había que decirlo todo, verbalizarlo todo. Estaban tan poco seguras de sí mismas que la menor

incertidumbre las sumía en la duda, las hacía vacilar; con ellas, todo tenía que ser directo, firme, claro. Oficial. Era una pesadez.

Desde luego, no pensaba declarársele, sería ridículo. Buscó las palabras y entonces se acordó de los primeros momentos con su difunta mujer. El recuerdo emergió como una burbuja de aire y lo sorprendió: ella había alzado los ojos hacia él con la misma expresión dubitativa e indecisa que Madeleine, lo recordó de repente. Gustave se había inclinado y la había besado. Era lo que ella quería. No había tenido que decirle nada más. Las mujeres eran así: podías hablarles largo y tendido, porque necesitaban palabras y más palabras, o sustituir la parrafada con un beso o algo equivalente (aunque para ellas no había nada equivalente a un beso); las dos cosas cumplían la misma función.

Joubert sopesó los pros y los contras. Madeleine estaba ahí, muy cerca de él, con una sonrisa alentadora en los labios. Sólo tenía que echarle valor...

Madeleine observaba a Gustave y empezaba a tranquilizarse. Se había temido lo peor, pero era un malentendido. ¿Tendría problemas personales? Esa idea la asustó. ¿Y si era así y no podía seguir desempeñando su papel en el banco? Peor aún, ¿querría irse a trabajar a otro sitio? ¿Qué haría ella entonces? Ya iba siendo hora de mostrarle una pizca de simpatía. Se acercó un poco más a él.

—Gustave...

Era la confirmación que esperaba Joubert. Respiró hondo. Luego se inclinó hacia ella y posó los labios en los suyos.

Fue inmediato: Madeleine se apartó y lo abofeteó.

Joubert se irguió y comprendió su error.

Comprendió que Madeleine iba a despedirlo.

Ella pensó que él iba a dimitir, a dejarla sola.

Angustiada, se frotó las manos.

—Gustave...

Pero ya se había ido. «¿Qué he hecho, Dios mío?», se dijo.

Gustave Joubert estaba sumido en el desconcierto. ¿Cómo había podido equivocarse hasta ese punto? Demasiado afectado para pensar con claridad, no paraba de cavilar sobre lo ocurrido.

Lo habían herido en su orgullo otras veces. El señor Péricourt no era un hombre de trato fácil, pero Joubert no estaba dispuesto a aguantarle a una mujer lo que había soportado mil veces de su jefe, aunque esa mujer fuera Madeleine

Péricourt.

¿Era el final de su carrera en el banco? Había un montón de jóvenes banqueros con talento que venderían su alma al diablo por entrar al servicio de Madeleine, que por otra parte había demostrado que no odiaba a los jóvenes.

Y él tendría que buscarse otro trabajo. «¡Bah, me bastará con abrir mi libreta de direcciones!», se decía, y era verdad. Pero añadir al matrimonio frustrado con la hija de su jefe un despido por razones sonrojantes le parecía difícil de sobrellevar.

En consecuencia, pasadas unas horas decidió tomar la iniciativa para guardar las apariencias.

Escribió una carta de dimisión.

Optó por una fórmula sencilla anunciando su próxima marcha y añadió que se ponía a la disposición del consejo de administración y de su presidenta.

Mientras esperaba al mensajero, empezó a dar vueltas por el despacho. Siempre había mantenido a distancia las emociones que pudieran influir sobre su capacidad de juicio, pero ahora sentía una enorme pena. ¿Cómo podría trabajar en un sitio distinto a aquél, en el que se había pasado toda la vida? Se le encogía el corazón.

El mensajero era un chico de unos veinticinco años, la edad que tenía él mismo cuando había entrado en el banco. Cuánto tiempo y cuánta energía había dedicado a aquella casa...

Le entregó la carta. El joven le tendió otra que llevaba el nombre de Madeleine.

Había sido más rápida que él.

Querido Gustave:

Lamento lo que ha pasado. Un malentendido. No hablemos más del asunto, ¿le parece?

Tiene usted toda mi confianza.

Su amiga,

Madeleine

Gustave continuó con su trabajo en el banco, pero experimentando una cólera sorda. En lugar de mostrarse pragmática y realista, Madeleine se había comportado de forma ilógica, idealista y, por qué no decirlo, sentimental.

Indudablemente, seguir en su puesto era una confesión de debilidad de la que

ella había sido testigo y artífice, y sería la principal beneficiaria...

Pero, paradójicamente, tocar fondo de esa manera llevó a Gustave Joubert a preguntarse si aquella última humillación no abría una nueva época en su vida.

9

Hacía ya tres meses que había vuelto del hospital, pero el niño seguía mirando por la ventana a todas horas. Madeleine, que intentaba desesperadamente que se interesara por algo, se dijo que le convenía realizar alguna actividad intelectual. Y ésa era la especialidad de André.

Al pensar en Paul derrumbado en su silla, hierático e incontinente, André no imaginaba qué milagro haría posible que pudiera darle clase.

—Sí, podríamos intentarlo —respondió de todos modos.

En su fuero interno, no se disponía a reiniciar la tarea con su antiguo alumno, sino a intentar conservar el pequeño sueldo del que dependía para vivir. El latín era una pérdida de tiempo; el cálculo, inalcanzable para un niño que ni siquiera podía limpiarse la baba; la historia, demasiado teórica... Optó por la moral.

Pero cuando entró en la habitación de su antiguo alumno, lo hizo sin ilusión y, sobre todo, presa de una inmensa angustia. No lo había visto desde hacía semanas. La habitación estaba en penumbra y la lluvia chorreaba por los cristales de las ventanas. Con la cara chupada y la tez terrosa, Paul parecía una hoja seca. Madeleine le hizo a André un gesto de ánimo y, con una sonrisilla falsamente jovial, desapareció de forma discreta. «Os dejo solos, chicos...»

André se aclaró la garganta.

—Mi querido Paul...

Hojeó el libro en busca de una frase adecuada a las circunstancias, pero todas sonaban falsas. Aquella situación desmoralizaría a cualquiera.

Eligió una: «No hay dificultad insuperable para quien se enfrenta a ella con valentía y tenacidad.» Le pareció una máxima apropiada: en su estado, Paul necesitaba armarse de valor, y fueran cuales fuesen las dificultades a las que... Sí, estaba bien. Dio un paso adelante, repitiéndose «no hay dificultad insuperable para quien se enfrenta a ella...», respiró hondo y, alzando los ojos con decisión, miró a su alumno.

Se había dormido.

Inexplicablemente, André descubrió la treta de inmediato. Estaba fingiendo. Su cara no expresaba nada, pero no cabía duda, Paul se hacía el dormido.

André se indignó. Con todo lo que se había esforzado para educar a aquel crío... ¿Así se lo pagaba? Ni el cuerpo derrumbado en la silla de ruedas ni el hilillo de saliva que le colgaba de la comisura de los labios bastaron para calmar la fría cólera que a veces se apoderaba de él en las situaciones injustas.

—¿De eso, nada, Paul! —exclamó, recalcando cada sílaba—. No te creas que voy a caer en una trampa tan burda... —Pero el niño no se movió—. ¡No me tomes por idiota, Paul!

Esta vez había alzado la voz mucho más de lo que pretendía. El niño abrió los ojos. Asustado por el grito de su profesor, cogió la campanilla dorada y empezó a agitarla enérgicamente.

André se volvió hacia la puerta. Madeleine ya estaba allí.

—¿Qué...?

Corrió hacia Paul y lo estrechó contra su pecho.

—¿Qué te pasa, ángel mío?

Por encima del hombro de su madre, Paul miraba con frialdad a André. Era una mirada... desafiante. Sí, eso era. A André se le encendió la sangre. Apretó los puños. «¡No, esto no va a quedar así, vaya que no!»

—¿Estás bien, corazón mío? —volvió a preguntar Madeleine febrilmente.

—No es na... na... nada... ma... ma... má —respondió él trabajosamente—. Can... can... cansancio.

André se mordió el labio y no rechistó. Preocupada y solícita, Madeleine tapó bien las piernas de su hijo con la manta y corrió las cortinas.

—Vámonos, André, dejémoslo descansar. Este niño está agotado.

El paso que Charles se disponía a dar le costaba horrores, pero confiaba en que al menos fuera el último y no tuviera que recurrir a Gustave Joubert, un empleado de su hermano. ¡Sería el colmo!

Aquel calvario no acababa nunca. Tenía que ponerle fin de una vez.

La mansión de los Péricourt había cambiado mucho. Allí dentro reinaba un silencio de sanatorio, apenas interrumpido, muy de vez en cuando, por los pasos de alguno de los criados, que ya sólo eran cuatro. Al pie de la ancha escalera aguardaba una plataforma de acero que, con la ayuda de un volante conectado a un sistema de poleas, permitía subir y bajar la silla de Paul. El conjunto parecía

un instrumento de tortura de la Edad Media.

La doncella le comunicó que «la señora espera al señor en el primer piso». Charles llegó con la lengua fuera. Debido a la penumbra, tardó unos instantes en distinguir a Madeleine, que, sentada muy derecha junto a la silla de ruedas, acariciaba la huesuda mano de Paul, ajeno a todo.

—Siéntese, tío, por favor —le dijo ella. Su clara voz contrastaba con el ambiente sepulcral de la habitación—. ¿A qué debo tan grata visita?

A Charles le entraron dudas. Ante aquel tono artificial, casi forzado, tuvo un extraño presentimiento.

Pero se lanzó.

Como ya se sabe que las mujeres no entienden de política ni de negocios, puso el acento en el aspecto afectivo, que es el que dominan. Se habían aprovechado de su buena fe. Peor, lo habían utilizado, habían abusado de los poderes que había delegado y...

—¿Qué puedo hacer por usted, tío?

Charles tuvo un instante de vacilación.

—Pues... necesito dinero. No mucho... trescientos mil francos.

Quince días antes habría encontrado a una interlocutora mucho mejor dispuesta. Gustave le había aconsejado a Madeleine que ayudara a su tío y, después del desgraciado malentendido entre ambos, a ella le daba tanto miedo que Joubert dejara el banco que habría obedecido encantada y Charles se habría ido con un cheque casi sin abrir la boca. Pero luego todo se había arreglado. Gustave había ido a verla y le había dado las gracias. Tenía en la mano la carta en la que Madeleine le renovaba su confianza y la había arrojado a la chimenea, un gesto un pelín teatral. Los temores de ella se habían disipado. Por tanto, ahora se sentía libre para decidir lo que le conviniera.

—¿Trescientos mil? —preguntó—. ¿No es más o menos el montante de sus acciones en el banco? ¿Por qué no las vende?

Charles no imaginaba que a Madeleine pudieran interesarle esas cosas.

—Son nuestros únicos bienes: esas acciones servirán para dotar a nuestras hijas —le explicó pacientemente—. Si las vendiera... —soltó una risita que subrayaba lo absurdo de la hipótesis— me quedaría con lo puesto.

—¡No! ¿En serio?

—¡Ya lo creo! Si vengo a pedirte lo es porque he agotado todas las demás salidas, te lo aseguro.

Madeleine parecía muy alarmada.

—¿Me está diciendo... que está usted al borde de la ruina, tío?

Charles inspiró con dificultad y asintió.

—Exactamente. A una semana de la bancarrota.

Madeleine asintió compasiva.

—Lo habría ayudado con mucho gusto, tío, pero lo que acaba de decirme me ha disuadido, compréndalo.

—¿Cómo? Pero ¿por qué?

Madeleine cruzó las manos sobre las rodillas.

—Afirma usted que se encuentra al borde de la quiebra... Y, como bien sabe, a quien está acabado no se le presta dinero... —Soltó una risita breve y seca—. Si no temiera ser vulgar, le diría sencillamente... que a los fiambres no se les regala dinero. —Se volvió un instante, sacó el pañuelo y le limpió a su hijo la saliva que le resbalaba por la barbilla—. Incluso dudo que sea del todo legal dar dinero a alguien tan en las últimas...

¡Qué vileza!

—¿Que vuelvan a arrastrar por el barro el apellido Péricourt? ¿Eso es lo que quieres? —aulló Charles—. ¿Eso es lo que habría querido tu padre?

Ella le dirigió una sonrisa triste: le daba pena.

—Mi padre lo ayudó toda su vida, tío. Se merece que deje su memoria en paz, ¿no cree?

Charles se levantó con tanto ímpetu que derribó la silla. Estaba al borde de la apoplejía.

Sin embargo, Madeleine habría hecho muy mal en creer que lo había vencido porque, después de toda una vida batallando en la política, Charles había adquirido esos reflejos que permiten no abandonar el escenario en medio del ridículo.

—Me pregunto qué clase de mujer eres... —Había formulado el interrogante en un tono de curiosidad escudriñadora, como quien se enfrenta a un misterio de una profundidad inusitada—. O más bien —añadió mirando en dirección a Paul—, qué clase de madre eres.

La frase vibró en la habitación.

—¿Qué... qué quiere decir, tío?

—¿Qué madre deja al hijo que tiene a su cuidado en situación de caerse por la ventana de un segundo piso?

Madeleine se levantó indignada: ¡había sido un accidente!

—Qué clase de madre tienes que ser para que tu hijo de siete años se sintiera tan desgraciado que decidiera arrojarse por la ventana...

El ataque aniquiló a Madeleine. Tambaleándose, buscó algo a lo que agarrarse.

—Tarde o temprano —añadió Charles antes de salir—, todos tendremos que rendir cuentas.

10

Última estación del calvario antes de la quiebra. Charles no podía creer que el mundo y él tuvieran una visión tan distinta de las cosas.

En cuanto lo vio entrar en el comedor del Jockey Club, Joubert dobló su ejemplar de *L'Auto*, dejó la servilleta en la mesa y se levantó con las manos extendidas.

—Perdone por obligarlo a desplazarse hasta aquí, Charles —dijo en tono apesadumbrado, señalando la mesa—, pero el suflé no espera...

Charles estaba satisfecho: le pedían disculpas.

Joubert sostenía los cubiertos con una delicadeza asaz femenina, pero sin mirar el plato. Sus ojos azul claro estaban clavados en los de Charles mientras masticaba con una lentitud exasperante. «¿Y bien?», parecía decir. Charles, que lo detestaba ya, empezó a aborrecerlo. Joubert conocía perfectamente la situación. Todos parecían decididos a hacerle apurar el cáliz hasta las heces y eso lo sacaba de quicio. Estaba tan rabioso que habría volcado la mesa si la perspectiva de la ruina no lo hubiera detenido.

—Mi problema... no se arregla.

Joubert se tomó su tiempo para ponerse las gafas, se inclinó hacia el papel medio arrugado que Charles había empujado hacia él y soltó un silbido admirativo.

La cuestión del dinero no le preocupaba tanto como la del apellido Péricourt, que podía verse salpicado. Madeleine se había negado a ayudar a su tío; una vez más, su psicología de mujer había prevalecido sobre las consideraciones estratégicas.

Se limpió los labios y dejó la servilleta en la mesa.

—¿Está seguro de que con esto podrá arreglárselas, Charles?

—¡Totalmente! —exclamó el otro, ofendido—. ¡He hecho mis cálculos!

Gustave Joubert sonrió y se levantó.

Cuando llegó al casillero que tenía asignado, sacó de una bolsa de lona azul cerrada con un cordón verde doscientos mil francos y los metió en un sobre con el membrete del Jockey Club. A su regreso, se limitó a dejar el sobre en una esquina de la mesa.

Charles farfulló una frase ininteligible a modo de agradecimiento.

—Buenas tardes, Charles. Recuerdos a Hortense.

—Gracias, Joubert.

Sin darse cuenta, había llamado al apoderado por su apellido en vez de por su nombre. Bueno, después de todo seguía siendo un simple empleado.

Madeleine no se engañaba. André podía arrimarse a las paredes e intentar pasar desapercibido por todos los medios, pero su ociosidad acabaría convirtiéndose en un problema en la casa. Para quienes no paran de trabajar de la mañana a la noche, la presencia de un chico en perfecto estado de salud que recibe un sueldo por quedarse en su habitación escribiendo versos es un poco injusta, un poco ofensiva. Cualquiera, por muy rico que sea, puede comprenderlo.

Bueno, se dijo observando su rostro maquillado en el espejo, será mejor que me ponga un velo...

Jules Guilloteaux la estaba esperando.

—Mi querida Madeleine...

La cogió del brazo y la acompañó hasta su despacho como si fuera una convaleciente.

Luego, en las cenas de sociedad, se haría de rogar muy poco para relatar la escena: «Vamos, Jules...» «Pues se lo digo francamente, a cualquiera que haya conocido a esa mujer le costaría mucho reconocerla ahora...» Explicaría cómo se había levantado el velito, describiría el rostro devastado por el dolor, las facciones cansadas... Ya no se sabría decir cuántos años tiene... Pero tardaría en llegar al punto culminante de su relato. «¡Vamos, Jules, no nos tenga en ascuas!» «Bueno, pues aunque parezca que está al borde de la tumba, resulta que vino a verme para recomendarme a su amante.» «¡Nooo!» «¡Sí, sí, como se lo cuento!» A todos les encantaría ese momento de la anécdota.

—Pero mi querida niña —la llamaba así desde su nacimiento porque había sido amigo íntimo de su padre—, ¿qué trabajo quiere usted que le dé?

¿Le había gustado su crónica del funeral del señor Péricourt? El director no

tenía inconveniente en reconocer que, efectivamente, el artículo había tenido éxito.

—Es innegable que su amigo, en fin, su protegido, sabe manejar la pluma...

—Podría ofrecerle, no sé, un articulito, una pequeña sección...

—Esas cosas están reservadas a los periodistas experimentados, Madeleine. ¿Qué dirían en el periódico si empleara para una rúbrica regular a alguien a quien no conocen ni en su casa?

Madeleine era hija de banquero. Había aprendido que todo empieza o acaba con el dinero y que los reparos de Jules Guilloteaux eran una cuestión de cifras.

—Le estoy pidiendo que le dé trabajo, no que le pague.

Guilloteaux bajó la mirada, pensativo. ¿Estaba dispuesta Madeleine a pagar el sueldo ella misma para que contratara a su joven amigo? Un resto de escrúpulo lo detuvo.

—¡No deseo más que contentar a Madeleine! —le dijo a André al día siguiente—, pero lo que dirijo es un periódico, no una entidad benéfica. ¿Qué trabajo quiere usted que le dé?

El joven se frotaba las manos sudadas contra el pantalón.

—Había pensado en una columnita que se titularía «Croquis» —murmuró—: notas de ambiente, sobre cosas vistas aquí y allá, pero desde cierto ángulo...

André se sacó del bolsillo una hoja y la desplegó: un artículo sobre...

—¿Los farmacéuticos? ¿Por qué los farmacéuticos?

Guilloteaux le echó un vistazo al texto y chasqueó la lengua. Varios boticarios parisinos acababan de ser condenados a una pena de prisión por haber abierto su establecimiento en domingo.

«Resulta más fácil emborracharse en el bar de la esquina que conseguir un medicamento para un niño que, vaya por Dios, ha tenido la ocurrencia de ponerse enfermo en domingo.»

En tono irónico, André enumeraba las profesiones a las que, en buena lógica, la ley debería castigar igualmente: bomberos, comadronas, médicos, etcétera, y concluía con un breve pero apasionado alegato en favor de la libertad de empresa: «Que los parlamentarios se dediquen a parlamentar estérilmente y dejen trabajar para el bien general a quienes tienen el coraje de madrugar, es decir, de levantarse a una hora en que la Asamblea y el Senado siguen durmiendo a pierna suelta.»

No estaba mal. Jules Guilloteaux hizo una mueca de perplejidad.

—Sí, lo reconozco, tiene fuerza...

Un cuarto de hora después, André estaba al cargo de una nueva sección del *Soir de Paris* firmada A. D. Cuarenta líneas. En la página tres. Los martes y los viernes.

—Son buenos días, así se podrá dar a conocer. Lo cogeremos a prueba. Pero no puedo pagarle, como ya le dije a su... a Madeleine Péricourt, vaya.

Cuando contaba aquella historia, pasaba por alto el tema del sueldo y daba a entender que había aceptado contratar a André Delcourt por puro buen corazón y que le pagaba lo que a cualquier otro cronista.

11

Entre el verano y las Navidades, Paul creció dos centímetros y perdió tres kilos. Seguía teniendo dificultades para dormir y las pesadillas lo despertaban muy a menudo. La alimentación también era un problema: no comía casi nada. El doctor Fournier se desesperaba: «Paul necesita recuperar peso, es vital.» Madeleine tenía miedo. Tres o cuatro veces al día se plantaba ante la silla de ruedas con un plato en la mano y probaba una nueva estratagema, una canción, una letrilla infantil, una historia, un enfado. Paul no tenía mal fondo, pero decía:

—No... me... pa... pasa, m... ma... má.

Madeleine devolvía el plato a la cocina y daba instrucciones para la siguiente comida. Lo había intentado todo. Un día se le había ocurrido que el brócoli en puré haría milagros y había habido que ir corriendo a comprarlos a la otra punta de París.

Pasado un año del «accidente», seguía siendo ella quien cambiaba a Paul y lo cargaba, pero como cada vez estaba más cansada, el 3 de febrero se cayó con él mientras lo llevaba al cuarto de baño y el niño se dio un fuerte golpe en la cabeza contra la base de la bañera. Madeleine se sintió culpable y Léonce, que abogaba por una solución desde el verano, se salió con la suya. Comenzó un interminable desfile de enfermeras.

Una era demasiado brusca, otra demasiado fría, o demasiado joven, o demasiado vieja; la siguiente tenía actitudes sospechosas, por no hablar de las que parecían sucias o antipáticas, malas o idiotas... Ninguna convencía a Madeleine porque en realidad no quería a nadie.

Léonce intentó hacerle comprender que sería difícil encontrar una enfermera que no tuviera ningún defecto, pero no sirvió de nada. Hasta que apareció una treintañera con aspecto de campesina, caderas anchas, buena espalda, pechos voluminosos, rostro jovial de mejillas coloradas, ojos pequeños hundidos en las órbitas, un pelo casi blanco de puro rubio y unos dientes perfectos que enseñaba

a todas horas porque era muy simpática.

Se presentó ante Madeleine y pronunció una frase incomprensible, dado que era polaca y no hablaba una palabra de francés. Le enseñó numerosas referencias extranjeras que comentó una tras otra en polaco. Léonce se echó a reír; Madeleine consiguió mantener la seriedad, aunque, igual que su amiga, encontraba la situación totalmente absurda. Aunque las referencias de la joven hubieran sido verificables, nunca habría aceptado convertirse en «la que ha contratado a una polaca». Escuchó la perorata hasta el final, volvió a doblar cuidadosamente los certificados y declaró que no cogerían a «una enfermera pol... eh... a alguien con quien sería imposible comunicarse».

La joven malinterpretó esa decisión, sonrió de oreja a oreja, nada sorprendida de haber pasado con éxito la primera prueba, y señaló la puerta de la habitación abriendo mucho los ojos para indicar que estaba impaciente por conocer al niño.

—*Moze teraz do niego pójdziemy?*

Madeleine reinició pacientemente su explicación, pero no había acabado la primera frase cuando la chica entró en la habitación y se acercó a la silla de Paul. Madeleine y Léonce corrieron tras ella.

La enfermera era del género locuaz. Nadie le entendía una palabra, pero su cara lo decía todo, como si fuera una actriz de cine mudo. Y la situación parecía que no la convencía. Echó hacia atrás la silla de ruedas, buscó con la mirada el trapo más cercano y, refunfuñando, empezó a limpiar la mesita, sobre la que Paul había babeado. Le estiró la manta sobre las piernas, cogió su vaso, se fue a enjuagarlo y luego volvió a mover la silla para orientar a Paul hacia la luz, pero corrió un poco la cortina para que no lo deslumbrara, tras lo cual apartó la mesilla de noche, que el niño no utilizaba, y amontonó el puñado de libros que nunca hojeaba, todo ello sin dejar de hablar y hablar, salpicando su cháchara con risas repentinas, como si hiciera a la vez las preguntas y se diera las respuestas, las preguntas la divirtieran y las respuestas fueran la mar de graciosas. Todo el mundo estaba pasmado. El propio Paul, al verla trotar por la habitación de aquella manera, acabó inclinando la cabeza y entrecerrando los ojos en un intento de descubrir el misterio de aquella chica, lo que terminó con un cuarto de sonrisa, y puedo asegurarles que, desde que había vuelto a casa, nunca había tenido una actitud tan sociable.

De pronto, todo cambió.

La joven se quedó quieta, olfateó el aire como un perro de caza, miró a Paul,

frunció el ceño y soltó un rugido. Era evidente que estaba enfadada. De repente, cogió al niño, lo levantó como si fuera un rebujo de ropa, lo llevó hasta la cama, lo tumbó y, sin dejar de gruñir y agitar el índice, empezó a desnudarlo y cambiarlo.

Durante el aseo íntimo seguía haciendo comentarios. No estaba claro si se dirigía a Paul o hablaba consigo misma, seguramente las dos cosas; su tono era a la vez afectuoso y autoritario, enfadado y regocijado, una mezcla que arrancó una débil sonrisa al niño. La segunda en menos de un cuarto de hora. De pronto, la cuidadora soltó una carcajada: sosteniendo el pañal con el brazo estirado y tapándose la nariz, avanzó hacia el cesto de la ropa con paso vacilante, como si el olor estuviera a punto de provocarle un desmayo. Luego empezó a vestir a Paul, que intentó expresarse por primera vez:

—Sss... se... le ol... ol... vid...

—¡Ba ba ba ba! —replicó ella sin detenerse.

Cuando terminó, todos tuvieron la certeza de que a partir de ese momento Paul no volvería a llevar pañal.

Porque Vladi no quería.

Wladyslawa Ambroziewicz. «Vladi», decía ella, con los dos índices alzados en el aire.

Había en la muchacha algo sencillo y juvenil, una energía y una alegría de vivir pasmosas.

Léonce vio la cara seria de Madeleine, que se había cruzado de brazos, como decidida a no dejarse engatusar, y la atrajo hacia ella.

—Está yendo bien, ¿no? —le dijo al oído.

Madeleine estaba horrorizada.

—¡Piénselo un momento! ¿Cómo va a contratar la familia Péricourt a una extranjera para cuidar a Paul? ¡Y encima polaca!

Pero en ese momento una cantinela atrajo la atención de las dos mujeres. La enfermera estaba sentada frente a Paul. Le tenía cogidas las manos y estaba recitándole lo que parecía una letrilla infantil. Movía los ojos como una ogresa de comedia y acababa cada estrofa dándole un pellizquito en la mejilla.

El niño la miraba con ojos brillantes y una leve sonrisa en los labios.

Ese mismo día, Vladi se instaló en una habitación del segundo piso, en el que también se alojaba André.

«Al menos es católica», se decía Madeleine.

André había ido al *Soir de Paris*, a entregar su crónica, presa de un entusiasmo que rara vez había sentido. Esa mañana se había levantado con una frase en la cabeza: «El alba llega...», que reflejaba tanto la magnitud de sus esperanzas como su tendencia a la hipérbole y la grandilocuencia.

Su artículo, titulado «¡Vaya, un escándalo!», fingía congratularse por la sucesión de asuntos turbios que sacudían permanentemente el país. Excepcionales antaño, «afortunadamente se han convertido en la materia prima fundamental de los periodistas y entretienen incluso al lector más exigente, que tiene dónde elegir. El rentista puede deleitarse con los escándalos bursátiles, el demócrata con los políticos, el moralista con los sanitarios o morales, el hombre de letras con los asuntos artísticos o judiciales... La República los ofrece para todos los gustos. Y a diario. En ese aspecto nuestros parlamentarios demuestran una imaginación que no les conocíamos ni en materia fiscal ni de inmigración. El electorado espera con impaciencia que pongan esa creatividad al servicio del empleo, es decir, del paro, puesto que en Francia ambos términos son casi sinónimos».

Y, al ir a llevárselo al redactor jefe, tenía la maravillosa sensación de entrar en el periodismo.

La perspectiva de conocer a sus colegas le producía una mezcla de orgullo y angustia. No excluía que una pizca de celos hacia un cronista impuesto por el director del periódico enturbiara los primeros contactos, pero esas cosas se olvidan: la fraternidad profesional se basa ante todo en los rigores del oficio, y la camaradería barre rápidamente las pequeñas rivalidades personales.

—Soy... —balbuceó André.

—Sé quién es usted —dijo el redactor jefe volviéndose hacia él.

—Le traigo...

—Sé lo que me trae. —En el pasillo reinaba un silencio... reprobatorio. Ésa fue la palabra que le vino a la mente a André—. Déjelo ahí.

El redactor jefe señalaba un cesto como habría podido señalar la papelera. Mientras André decidía cómo tomárselo, se quedó solo. Empezó entonces un largo período de angustia. ¿Habría entrado con mal pie? ¿Qué había hecho? ¿Leería el redactor su artículo al menos? Si no lo convencía, ¿lo llamaría o lo tiraría sin más? Peor, ¿lo corregiría él mismo?

Pero su crónica apareció publicada al final de la página tres, sin cortes, tal como la había entregado. Con sus iniciales.

No obstante, no tardó en comprobar que lo que había interpretado como

desaprobación era hostilidad pura y dura. No lo saludaban, dejaban de hablar en cuanto aparecía, no era raro que le cayera una taza de café en el pantalón y un día encontró su sombrero hongo en la taza del váter. Era muy desagradable.

Esa terrible situación, que empezó en septiembre, seguía igual en abril del año siguiente.

Ocho meses de humillaciones y reveses tan hirientes como ridículos.

Una mecanógrafa a la que André le hacía tilín le susurró:

—Aquí no está nada bien visto que alguien trabaje gratis...

Al poco tiempo, no entraba en el periódico hasta el último minuto para dejar el artículo en el cesto, lugar que comprendió que no tenía ninguna otra utilidad: era el sitio reservado a un apestado, destinado a recibir algo que nadie quería ni siquiera tocar. Si hubiera tenido un poco de dinero, habría pagado a un mensajero para que llevara los artículos en su lugar.

Se confió a Jules Guilloteaux.

—¡Ya pasará, no se apure! —le aseguró el anciano, a quien siempre lo habían divertido las disensiones entre el personal.

Se pasaría con un sueldo, le dieron ganas de responderle a André, pero no se atrevió.

El rechazo que padecía dentro del periódico era inversamente proporcional al éxito que sus crónicas cosechaban fuera. Los camareros del Bouillon Racine nunca dejaban de felicitarlo, como hicieron por ejemplo a principios de año, cuando apareció su celebrado artículo sobre Charles Chaplin.

EL JUDÍO CHARLOT

Nunca se repetirá lo suficiente: Charlie Chaplin es, sin discusión posible, el artista más grande del cine mundial. *El circo*, su última película, lo deja fuera de toda duda: en sus setenta minutos de duración hay más humor, humanidad e imaginación que en todo el cine estadounidense del año.

Y más profundidad, porque Charlot está especialmente logrado como arquetipo del personaje judío.

Expulsado de todas partes debido a sus constantes traspiés, patético y marrullero, nuestro hombre, que no duda en robarle el bocadillo a un niño, es un perezoso congénito, capaz de cualquier jugarreta y en permanente busca de un subterfugio que le permita ahorrarse esfuerzos y

sacar partido de la situación y de los demás. Muy ufano cuando lo consigue, Charlot disfruta de las comodidades con regodeo hasta que una nueva patada en el c... vuelve a ponerlo en su sitio.

Un sitio —comprendemos sin parar de reír— que es lo único que no ha robado.

Al cabo de unas semanas de ocupar su puesto, Vladi le llevó a Paul un libro, titulado *Król Maciús Pierwszy*, que empezó a leerle en voz alta.

Era una lectora «vívida». Interpretaba a los personajes y acompañaba cada escena con gestos y ruidos pensados para aumentar los efectos narrativos de una historia que, evidentemente, Paul no entendía, puesto que estaba escrita en polaco.

Léonce, que tuvo que entrar en la habitación un momento, presenció unos minutos de esa representación llena de fuerza. Cuando Vladi notó su mirada perpleja, interrumpió la lectura, pero el niño agitó la mano: «Sigue, sigue...» Le gustaba, estaba claro.

Vladi tuvo que leérselo una docena de veces: Paul no se cansaba nunca.

Otra iniciativa, esta vez de Madeleine: un gramófono portátil, Victor, modelo DeLuxe, de ochocientos setenta y cinco francos, al que añadió unos quince discos de canciones, música de jazz, arias de ópera... Paul recibió el aparato con una sonrisa agradecida: «Gr... gra... cias... ma... má.» No era por desairarla, pero ni siquiera levantó la tapa. Léonce sí lo hacía: colocaba en el plato un 78 revoluciones de Maurice Chevalier y canturreaba *Valentine* con entusiasmo. Por su parte, cuando iba a hacerle compañía a su hijo, Madeleine ponía la orquesta de Duke Ellington. Paul sonreía educadamente, pero luego, cuando el gramófono se detenía, volvía a caer en su letargo mientras las fundas cogían polvo.

A Vladi le gustaba la música y, aunque lo cierto era que desafinaba bastante, le encantaba cantar mientras trabajaba. Pero a ella no le iban el jazz ni la música ligera, sino la ópera. Así que, cuando haciendo limpieza descubrió entre los discos que le habían regalado a Paul una grabación que incluía varias piezas de la *Norma* de Bellini, empezó a dar saltos de alegría.

Paul, que solía divertirse con sus ocurrencias, aceptó a regañadientes que pusiera la «Casta diva»... Esa vez Vladi no acompañó la música cantando, sino que ralentizó su tarea durante la larga introducción, como si esperara que en cualquier momento ocurriera algo sorprendente y terrible, y cuando la voz de Solange Gallinato llenó la habitación, estrechó el plumero contra su corazón. Luego cerró los ojos para oírla desgranar los delicados trinos en «*queste sacre*»,

que la diva iniciaba de un modo casi confidencial y acababa con una nota cristalina a la par que íntima, como un secreto del que la aliviara liberarse. Parecía que el aire que la cantante había tomado en el primer compás no dejara de fluir hasta el semitono fatídico, aquel la sostenido que llegaba, como una confesión, con las palabras «*antiche piante*». Vladi reanudó la tarea, pero despacio, haciendo una pausa para subrayar el lento descenso cromático en «*a noi volgi il bel sembiante*», que la Galliano, fiel a su estilo, se atrevía a acabar con una minúscula pausa que te encogía el corazón. Las vocalizaciones, tantas veces oídas y tan vulgares en interpretaciones del montón, adquirirían en ella una frescura alada gracias a la increíble facilidad con que se encadenaban.

Embargada por la emoción, Vladi se había detenido en una esquina de la habitación. ¡Ay, la extraordinaria fuerza de ese do sobreagudo, devastador, desgarrador! Te llegaba al alma.

Se volvió hacia la ventana y sonrió a su pesar: Paul se había dormido con la cabeza inclinada hacia un lado. Vladi se acercó con infinito cuidado para apagar el aparato.

De pronto, el niño extendió el brazo con un gesto brusco, imperioso, inapelable: estaba escuchando.

Tenía los ojos cerrados y el rostro cubierto de lágrimas.

12

La tradición exigía que cambiaran de restaurante todos los años. En esa ocasión, después de Drouant, Maxim's y Le Grand Véfour, los antiguos alumnos disponibles de la promoción de 1899 de la Escuela Central, bautizada «promoción Gustave Eiffel», unos quince, más o menos, se encontraron en La Coupole.

La distribución de los asientos reflejaba la situación del pequeño grupo de un modo bastante sutil: fulano se había alejado de su vecino del año anterior porque en el ínterin se había acostado con su mujer, mientras que mengano había ganado puntos gracias a varios éxitos en los negocios y se había acercado al extremo noble de la mesa.

Gustave acabó sentado entre Sacchetti, que trabajaba en el Ministerio de Industria, y Lobgeois, que languidecía en la Compañía de las Minas de Dourges. Este último, que no era más que subdirector adjunto de perforaciones, seguía gozando de cierta autoridad porque había sido el primero de la promoción, superando por muy poco a Gustave Joubert. Era extraño: ni los años ni el fracaso profesional habían acabado con la reputación que ese brillante puesto le había proporcionado entonces (ni con el rencor que le guardaba Joubert).

La conversación seguía unos derroteros inmutables, primero la política y después la economía y la industria, pero siempre se acababa con las mujeres. Evidentemente, el interés común de todos aquellos individuos era el dinero. La política decía si sería posible ganarlo; la economía, en qué cantidad; la industria, de qué manera; y las mujeres, cómo se podría gastar. Aquella reunión era una cosa intermedia entre una comida de antiguos combatientes y un concurso de pavos reales: todos iban allí a presumir.

—Entonces, esa segunda vuelta de las elecciones... —lanzó Sacchetti—. ¿Está en el saco, señores?

No se sabía de qué saco se trataba, la pregunta podía satisfacer a cualquiera.

—La peste roja no se apoderará del país —dijo Joubert—. Si Dios quiere, echaremos de Francia a todos los partidarios de Moscú...

—Y pagaremos nuestras deudas... —añadió Sacchetti.

Nada podía generar más consenso que la cuestión de la deuda. Fuera cual fuese su postura respecto al franco, todos compartían una certeza: el Estado, sobrecargado de funcionarios, era ineficaz y gravoso, frenaba la iniciativa privada y aplastaba con impuestos cada vez más agobiantes a las empresas y a los particulares acaudalados, que sin embargo enriquecían a un país fuertemente endeudado por el esfuerzo de guerra. Estaban convencidos de que el Estado francés se había convertido en una sucursal del régimen bolchevique. Se necesitaba más libertad y menos administración, pagar la deuda... Ese consenso mantuvo viva la charla durante las mollejas de ternera al Sauternes.

Gustave aprovechó un hueco en la conversación para coger discretamente de la muñeca a Sacchetti.

—Oye, chico, quería preguntarte qué piensas del petróleo rumano...

En el Ministerio de Industria, Sacchetti era responsable de Energía: el vapor, las hidráulicas, el carbón, etcétera.

—Harías mejor interesándote por Oriente Medio —respondió—. Por ejemplo, por el yacimiento de Kirkuk, provincia de Irak. Mucho más prometedor, créeme.

Gustave estaba sorprendido. En la Bolsa, el petróleo rumano iba de maravilla desde hacía meses; las acciones no dejaban de subir. Gustave incluso tenía la sensación de que llegaba demasiado tarde.

—Como comprenderás, no puedo decirte de dónde procede la información —Joubert asintió con un parpadeo—, pero te aseguro que ese petróleo rumano no tiene buena pinta. Muy mal negocio.

—Pero el nuevo crédito...

—Servirá para achicar pérdidas. Como todo el mundo ha picado, las acciones subirán, pero el desastre causará víctimas. Créeme, chico, el futuro sigue estando en el petróleo, pero no en Rumanía. En Oriente Medio, en Irak.

Gustave se mostró cauteloso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡El peritaje ni siquiera ha acabado!

—Bueno, pues reza para que no acabe demasiado pronto y te dé tiempo a interesarte por él. Porque cuando se anuncien los resultados, los más listos se te habrán adelantado y no encontrarás ni una gota de petróleo para quitarte la sed. —Les llevaban el postre—. Por supuesto, yo no te he dicho nada.

Aquello rozaba el tráfico de influencias, pero Sacchetti sólo tomaba esa precaución para guardar las apariencias. La República entera se basaba en ese tipo de cambalaches; el intercambio de información privilegiada nunca había tenido mejor salud.

Suspiro de alivio: por fin se hablaría de mujeres. Gustave esbozó una sonrisa circunspecta que se atribuyó a su supuesta pudibundez. No tenía mucho que decir sobre el tema, pero el petróleo lo hacía soñar despierto.

Paul hizo que le pusieran una docena de veces el disco en el que Solange Gallinato había grabado algunas de las arias más famosas de su repertorio: «*Una voce poco fa*», «*Oh quante volte*», etcétera.

Léonce recibió el encargo de recorrer las tiendas de discos. En Melodía, el dependiente, perplejo, preguntó qué edad tenía el aficionado. Ocho años. De acuerdo, ¿y qué le gusta? Aún no lo sabemos, sólo escucha un disco de ópera una y otra vez. Ya, pero ¿qué tipo de ópera le gusta? Léonce no lo sabía.

—¿Ópera cómica? —sugirió el dependiente.

Léonce dijo que sí sin dudarlo. Cómica, justo lo que necesitaba Paul.

—¡Cosas alegres!

Melodía tenía música aún más divertida que la ópera cómica: ¡las operetas!

Así que, basándose en los títulos, Léonce eligió las que le parecieron más convenientes y volvió a casa con un montón de discos que iban de *La viuda alegre* a *El país de las sonrisas*, pasando por *La vida parisina*. Estaba muy orgullosa de sí misma porque todas esas obras le parecían la mar de alegres.

Paul, impaciente, recibió los regalos con entusiasmo. No veía el momento de escuchar los discos. Madeleine le puso en la mesita un plato de fruta y, mientras Léonce y ella llevaban el ritmo discretamente y Vladi lo marcaba con el pie de un modo más personal, Paul empezó a comer y escuchar las nuevas adquisiciones.

Tras los acordes de «*Voici les valseurs, voici la ritournelle*», no dijo nada; luego, mientras sonaba «*Muguet, plaisir d'un jour, plaisir d'amour, plaisir qui leurre*», lo vieron concentrarse largo rato en sus uñas; con «*D'abord, monsieur vous m'enlâçâtes*» suspiró sin disimulo, pero con las primeras notas de «*Ah... En avant vite, vite, ma mule va grand train*», ya no pudo más:

—M... ma... ma... má...

Pararon el disco, rodearon la silla y se inclinaron sobre él tratando de entender lo que quería... Tardaron un buen cuarto de hora. Paul quería que lo

llevaran a la tienda para elegir la música él mismo....

—¿Es que no te gusta ésta, cariño?

Madeleine estaba desesperada. Paul era un niño muy educado, incapaz de decir abiertamente nada desagradable. Juró y perjuró que estaba muy contento:

—Es... están muy bi... bi... bien...

Pero las tres comprendieron que aquello no había funcionado. Para calmar a su madre, Paul le dio un mordisco a la manzana. Madeleine cedió.

Así que, un buen día de abril de 1928, Paul entró en Paris-Phono. Digo que «entró», pero lo cierto es que, como la silla de ruedas no cabía por la puerta, hubo que dejarla fuera. Vladi cogió al pequeño, se lo puso bajo el brazo, como acostumbraba a hacer, y lo depositó en el mostrador como si fuera un sujetalibros mientras comentaba un montón de cosas, lo que dejó boquiabierto al personal de la tienda, porque allí nadie hablaba polaco.

El dependiente se pasó la tarde poniéndole a Paul los que consideraba los mejores discos y Vladi aprovechó para ir a atiborrarse de bocaditos de crema con el chófer, que insistía desde hacía tiempo en subir a hacerle una visita de cortesía a su cuartito del segundo piso.

Amelita Galli-Curci, Ninon Vallin, Maria Jeritza, Mireille Berton... *Madama Butterfly, Carmen, La sonámbula, Romeo y Julieta, Fausto...* Paul iba eligiendo, pero era bastante exigente. Escuchaba a fulanita y apartaba la cabeza bruscamente; el vendedor asentía con tristeza: sí, era un vibrato un poco atrevido. Sonaba menganita y Paul cerraba los ojos y encogía los hombros, como si temiera una súbita lluvia de objetos sobre su cabeza; el dependiente reconocía que, en efecto, allá en las alturas flotaba un cuarto de tono. Paul compró cuatro estuches. Aún no le habían puesto a Solange Gallinato, cuyo nombre consiguió farfullar tras muchos esfuerzos. El dependiente cerró los ojos extasiado. No tardaron en añadirse a las compras unos cuantos discos de la diva italiana; su discografía completa, más o menos.

En el momento de la despedida, el joven dependiente desapareció bajo el mostrador. Cuando volvió a erguirse, tarareó los dos primeros compases de «*Rachel, quand du Seigneur...*» y le tendió a Paul una postal de Solange Gallinato en el papel de la Judía.

Paul también se llevó los catálogos completos de La Voz de su Amo, Odéon, Columbia y Pathé.

Esa noche cenó con buen apetito.

Cuando el chófer subió discretamente la escalera para hacerle (¡al fin!) la

visita de cortesía a Vladi, era casi la una de la madrugada. No temía que lo oyeran porque la voz de la Gallinato resonaba en toda la casa.

«Ella verrà... per amor del suo Mario!».

13

En julio, Paul pidió otro gramófono. No cabía duda, estaba mejorando.

Pasaba los días muy entretenido. Cambiaba él mismo las agujas del aparato, ordenaba los discos, tomaba notas, confeccionaba fichas, marcaba los títulos en los catálogos de las discográficas... Y pedía que lo llevaran a la biblioteca, donde, mientras Vladi se veía con los auxiliares en el depósito, él se pasaba tardes enteras copiando artículos de enciclopedias y buscando artículos de prensa sobre los principales conciertos en Europa, las carreras de las y los cantantes, los estrenos de nuevas óperas en todo el mundo... Tenía un cuaderno dedicado en exclusiva a Solange Gallinato, que le parecía inigualable desde la primera vez que la oyó.

Con ayuda de su madre para la ortografía, en mayo le escribió a la diva:

Querida Solange Gallinato:

Me llamo Paul, vivo en París y soy un admirador suyo. Me encantan Fidelio, Tosca y Lucía de Lammermoor, pero también me gusta mucho El rapto del serrallo. Tengo ocho años. Voy en silla de ruedas. Conozco casi todos sus discos. No los tengo todos porque algunos son difíciles de encontrar, como El Barbero de Sevilla de 1921, en la Scala, pero los conseguiré. Me encantaría tener una foto de usted dedicada,

Paul

La admiro muchísimo.

Creyeron que la carta no habría llegado, pero en julio, ¡oh, sorpresa!, llegó una foto de la diva caracterizada como Medea con la siguiente dedicatoria: «Para Paul, afectuosamente, Solange Gallinato.» Y una nota muy breve escrita a mano, que acababa diciendo: «Tu carta me ha emocionado.»

Hubo que enmarcar la fotografía y colocarla encima del gramófono.

Imagínense el alivio de Madeleine: Paul empezaba a ser el de antes. Muchas veces se quedaba absorto en sus pensamientos, pero era oyendo a Mozart o a Scarlatti; volvía a comer, recuperaba el color y, entre la biblioteca y las tiendas de discos, se mantenía muy ocupado. Madeleine no descartaba intentar de nuevo hablar en serio con él para desentrañar el misterio que seguía martirizándola.

—Debería dejarlo tranquilo —la aconsejaba Léonce—, ya sabe lo que dice el doctor Fournier...

Decía que «no le tocan las narices al niño».

Madeleine se aguantaba y mandaba a alguien a comprar dulces árabes de mazapán.

André estaba preocupado por la situación. Lógicamente, se alegraba por Paul, pero ahora que el niño se encontraba mejor, ¿tendría que volver a darle clase? El recuerdo de la última experiencia le ponía los pelos de punta.

De momento, Madeleine no había sacado el tema. André se pasaba los días puliendo sus artículos gratuitos para el *Soir de Paris*. El deporte femenino, las lecturas públicas, la moda masculina, la fiesta de Santa Catalina... Había tocado un amplio abanico de temas esperando que Jules Guilloteaux le ofreciera al fin un trabajo de verdad, es decir: el mismo, pero acompañado de un sueldo.

El director del *Soir* no hablaba nunca del asunto, pero rara vez olvidaba felicitarlo: «¡Muy bien su columna de ayer! ¡Si esos cabroncetes no se lo comen, acabaremos haciendo algo con usted!» Estaba satisfecho de su trabajo. No como para pagárselo, pero satisfecho.

André se había dado hasta fin año para pedir una remuneración, pero las Navidades pasaron sin aguinaldo, llegó enero («¡Impagable su artículo sobre la fiesta de Reyes!») y pronto fue abril. André veía acercarse el verano: unas semanas más y el círculo se habría cerrado. Un año de crónicas bisemanales sin un gesto por parte de la dirección.

Las cosas no iban mejor en la redacción del periódico, donde debía soportar la hostilidad y la malevolencia de sus compañeros.

Hasta que un día, ya a finales de julio, un delegado sindical un poco más cabreado que los demás lo agarró del cuello y lo arrastró hasta el sótano, donde le lanzó una serie de ganchos que lo dejaron sin aire, arrodillado en el suelo y vomitando. Medio asfixiándose, consiguió llegar a la salida gateando entre los peones, que lo miraban dándose codazos. El más joven escupió al suelo, pero le dio en la espalda de la chaqueta.

Fue la gota que colmó el vaso.

Cuando llegó a la mansión de los Péricourt sentía una rabia a la que necesitaba ponerle un calificativo. Rabia de explotado: eso era lo que sentía. Un adjetivo comunista. Dios sabía que no quería tener nada que ver con esa gente, pero lo que un año antes veía como el prometedor inicio de una carrera de periodista, esa primavera le parecía una estafa como la copa de un pino.

Daba vueltas por la habitación pegándoles patadas a las paredes. Empezaba a hacer mucho calor, por la claraboya casi no entraba aire y a él, que se pasaba la noche sudando, el cuarto le parecía más pequeño que nunca, los muebles más viejos, su ropa interior más raída... Y la polaca, a la que iba a ver dos veces por semana a la otra punta del pasillo, era muy complaciente, sí, pero no paraba de desafinar desde que cenaba hasta que se acostaba... ¡Por amor de Dios, aquello no podía seguir así! Redactó su dimisión. Aunque, sin sueldo, ¿qué falta hacía?

Cogió el abrigo, caminó hasta el periódico a grandes y furiosas zancadas y llamó directamente a la puerta del despacho de Guilloteaux.

—¡Llega usted como caído del cielo! Oiga, ¿qué le parecería una columna diaria? ¿Le tienta? —André se quedó de una pieza—. Sólo sería una columna... pero con recuadro y todo. ¡Y en primera página!

—¿Qué tipo de columna?

Guilloteaux se mostró cauto.

—Verá, Marcy lleva economía, Garbin política, Frandidier lo que le echen... Pero nadie escribe sobre... la gente de a pie, ¿me entiende? Quienes compran el *Soir* tienen ganas de que les hablen de personas como ellos. ¿Por qué cree que les apasionan los sucesos? Porque son cosas que le pueden pasar a cualquiera.

André hizo un gesto vago.

—Sucesos ya hay...

—¡Por supuesto! Lo que tengo en mente es otra cosa. Una sección que diga en voz bien alta lo que la gente piensa en silencio.

—¿Un artículo de humor en cierta forma?

—Eso usted verá. Pero, en todo caso, de mal humor porque, como todos sabemos, la gente prefiere quejarse. Tiene que ser algo con estilo, por eso he pensado en usted...

—Con estilo...

—¡Exactamente! Una cosa que a los lectores les encanta es ver que personas más inteligentes piensan lo mismo que ellos, eso los halaga. Pero para que se lea también tiene que ser sencillo. Es una cuestión de dosis.

André, desconcertado, buscaba la trampa escondida tras la proposición.

—¿Cobraré?

—Bueno... no mucho. La situación...

André la conocía perfectamente y había aprendido que no había que confundir la del periódico con la de su propietario. Creería en la crisis el día en que Guilloteaux se viera obligado a deshacerse de su servicio doméstico indochino.

—¿Cobraré?

Estaba orgulloso de su valentía. Guilloteaux se puso furioso, como si hubieran querido arrancarle un diente, y al final exclamó:

—¡Sí, hombre, cobrará!

—¿Cuánto? —insistió André, ya puesto.

—Treinta francos por columna.

—Cuarenta.

—Treinta y dos.

—Treinta y siete.

—Bueno, venga, treinta y tres... Pero cuidado, ¡eh! ¡Quiero una sección bien hecha! —Se volvió con un movimiento de espalda y riñones que expresaba la magnitud de su descontento, señal inequívoca de que estaba satisfecho del trato—. ¡Ah, y otra cosa! Búsquese un nombre, ¿quiere?

—¿Cómo? ¡Tengo el mío!

—Como si no lo tuviera. Después de todo, ¿no quiere hacerse un nombre? ¡Pues qué más da que no sea el suyo! —Guilloteaux se acercó a él y adoptó un tono confidencial—. Un seudónimo. Todo el mundo pensará que quien escribe es alguna personalidad y por eso no firma. Y no lo olvide, a los lectores les gustan los horóscopos, así que elija un nombre que les recuerde la sabiduría superior.

Y así fue como a mediados de agosto apareció en la portada del *Soir de Paris* la primera crónica firmada «Kairós»:

UN HOMBRE DIGNO DE ESE NOMBRE

Hace catorce años, el país fue llamado a la movilización. El pueblo francés se puso en pie, dispuesto a empeñar todas sus fuerzas en una guerra sin precedentes y se preparó para iniciar un período profundamente plagado de tragedias personales. Cuarenta meses más tarde, después de innumerables sacrificios, la exaltación dio paso al

desconcierto y sonó la fatídica hora de la duda y la preocupación. En ese momento, la nación puso su destino en manos de un hombre de setenta y seis años. Un hombre que siempre se había equivocado, que nunca había estado de acuerdo más que consigo mismo, un hombre permanentemente enfadado y a menudo feroz, de comportamiento tiránico y tendencias dictatoriales. En ocasiones, individuos cortos de miras se convierten en grandes hombres porque las circunstancias los llevan a ello. Georges Clemenceau tenía un único programa en la cabeza y una sola idea: «Política interior: hago la guerra. Política exterior: hago la guerra. [...] ¿Que Rusia nos traiciona? Sigo haciendo la guerra, y seguiré haciéndola hasta el último minuto.»

Era sencillo y era exactamente lo que los valerosos franceses necesitaban oír.

Dentro de unos días, Georges Clemenceau celebrará su ochenta y ocho cumpleaños. Una fotografía tomada hace poco en Saint-Vincent-sur-Jard, en la Vendée, muestra a un hombre bien conservado caminando con un paso que se adivina firme.

Cuando volvemos la vista hacia los prohombres que nos gobiernan los vemos insignificantes, débiles, inestables e inconsecuentes. Y, como a Diógenes de Sinope, nos dan ganas de coger el farol y preguntar: «¿Es que en Francia no queda nadie de la talla de Clemenceau?»

Después del desgraciado malentendido que los había enfrentado, Madeleine no había conseguido volver a comportarse con naturalidad con Gustave. Había decidido no cambiar en nada su ritual, como una forma de subrayar que el incidente no había tenido ninguna consecuencia en su relación con él, pero un año después todavía se sentía incómoda cuando se ponía de puntillas para darle un breve beso en la mejilla al desearle los buenos días.

Aquel hombre era una esfinge. Madeleine no tenía ni idea de lo que pensaba. Joubert le rendía cuentas, se tomaba el café a sorbitos mirándola con aquellos ojos estremecedoramente azules y, mientras Paul se sumergía en su *Historia de la ópera italiana* en el otro extremo de la habitación, la informaba de los asuntos diarios:

—El señor Raoul-Simon se ha puesto en una situación un tanto difícil. Propongo que lo ayudemos. Tener como deudor a un miembro del consejo nunca va mal...

Madeleine sonreía con él, aceptando una complicidad cuyo alcance real no percibía. Firmaba lo que le ponía delante. A veces, Joubert se empeñaba en darle explicaciones: no quería que más tarde lo acusaran de haber faltado a su obligación de informar.

—No quiero aburrirla con los detalles, Madeleine —decía en esas ocasiones—, pero ya va siendo hora de que reestructure sus activos. —Ella hacía un gesto: «Claro, lo comprendo.»—. Las obligaciones del Estado ya no rinden nada y eso no cambiará en el futuro. «Reestructurar» significa cambiar los títulos improductivos por productos más rentables...

—Sí, muy bien, es una buena idea.

—Es una sabia decisión, créame. Pero debería tomarla con pleno conocimiento de causa. —Madeleine lo comprendía—. Afectará a su futuro, téngalo presente. A mi entender, es lo que debería hacer, pero necesito estar seguro de que sabe lo que eso significa.

Madeleine lo comprendía y firmaba.

—A propósito, ¿qué había en la caja fuerte de papá? —le preguntó un día distraídamente.

—Nada comprometedor, no se preocupe: títulos antiguos y cosas por el estilo..., —respondió Joubert, y ella lo dejó correr.

Ni siquiera le pidió la llave.

Pero a veces, a saber por qué, con el infalible olfato de los jefes incompetentes, Madeleine se sentía atraída por una cifra y daba en el clavo.

En realidad sólo había pasado una vez, en agosto, pero a ella la impresionó mucho, precisamente porque era la primera vez que ocurría.

—¿Qué es esto? —preguntó, justo antes de firmar una orden de pago a nombre de Ferret-Delage.

Joubert la miró.

—Una pérdida. En el ámbito bancario es algo corriente. Si se ganara siempre, se notaría mucho.

Había respondido demasiado deprisa, demasiado secamente. Su apresuramiento era una confesión. Madeleine dejó la pluma en la mesa y, de modo instintivo, se comportó como habría hecho su padre en circunstancias similares. No dijo una palabra y esperó a que la respuesta llegara sola.

El Banco Péricourt había hecho una mala jugada en Bolsa. Casi trescientos mil francos de pérdidas irre recuperables.

Madeleine cayó en la cuenta de que le había atribuido a Gustave Joubert una

competencia rayana en la infalibilidad y se había equivocado. Consciente de que su silencio resultaría mucho más inquietante que un reproche, de que el misterio sobre lo que pensaba consolidaba su poder, firmó sin más y pasó al siguiente documento.

Era su hora de irse, pero Gustave seguía sentado, apurando el café con expresión preocupada. O severa, Madeleine no lo sabía. Como si tuviera algo que reprocharle, como si estuviera a punto de reprenderla.

—¿Me permite usted, querida Madeleine, que les pida a la señorita Picard y al señor Brochet que vengan un momento?

Ella estaba sorprendida. Sí, claro, pero ¿por qué?

Joubert alzó una mano: «Espere.»

El señor Brochet fue el primero en entrar y saludar a Madeleine con una respetuosa reverencia. Léonce llegó poco después, graciosa y alegre: «¿Me necesitan?»

—Señorita Picard, le presento al señor Brochet. Es contable y...

Joubert se interrumpió, sorprendido por la cara de su colaborador, que, rubicunda de por sí, ahora estaba de un rojo intenso, como a punto de explotar. Miraba a Léonce como un conejo los faros de un coche. Desde luego, la chica era atractiva. Llevaba un conjunto de punto con cuello de pico, una gran flor en la solapa y un sombrero campana...

Había cruzado las manos sobre el regazo, se había vuelto hacia el señor Brochet inclinando la cabeza y había entreabierto los labios como para preguntar algo. No había hecho falta más para incendiar al contable.

Joubert se aclaró la garganta.

—... y le he encargado al señor Brochet, aquí presente, que compruebe los gastos de la casa.

Léonce se puso pálida y parpadeó rápidamente debido a la impresión. Madeleine dio un respingo.

—Pero, Gustave, tengo plena confianza en Léonce y...

—Precisamente, querida Madeleine. Dudo que esa confianza esté justificada.

El señor Brochet debería haber iniciado la enumeración de sus agravios contables, pero la carpeta se le escapó de las manos, y las facturas y los comprobantes de caja se desparramaron por el suelo. Mientras recogía sus documentos a cuatro patas entre los pies de la chica, Léonce miraba a Madeleine y Joubert a Léonce. Reinaba un silencio pesado e incómodo.

—Ya está —dijo al fin el señor Brochet—. Aquí están las cuentas. Hay

adelantos y las facturas...

—¡Vaya al grano, Brochet, no podemos pasarnos el día entero con esto!

El contable comenzó su lectura con voz sorda, afligida, casi inaudible.

Siguiendo las indicaciones de Madeleine, Léonce le pedía regularmente fondos a Joubert para gastos y, a cambio, le entregaba las correspondientes facturas, que él cogía distraídamente y se metía en el bolsillo. Las cuentas siempre cuadraban casi al céntimo. Nada que decir. Salvo que algunas no correspondían a ninguna compra auténtica, o bien el comerciante había extendido un recibo por un precio bastante superior al real. Las cuentas entregadas a Joubert se remontaban a febrero del año anterior: dieciocho meses de falsedades acumuladas.

El señor Brochet meneaba la cabeza con una mueca de pesar: «Ay, qué lástima...» Si la señorita le hubiera confiado a él la tarea de maquillar las cuentas, habrían resultado mucho más convincentes.

—Gustave, esto es muy embarazoso... —probó a decir Madeleine—. Le ruego que...

Joubert se mostró implacable.

—Ganancias con las cortinas, las alfombras, el papel pintado, la pintura, los muebles, las lámparas, el parquet, el montacargas, la silla de ruedas del señorito Paul... ¡Al final la cosa sube bastante, señorita Picard!

Léonce se volvió hacia él con viveza.

—¿Sabe usted cuánto me pagan? —le espetó.

Al decir eso miró a Madeleine, que comprendió con estupefacción que nunca se había preocupado de esa cuestión. La culpable era ella, pero no le dio tiempo a intervenir.

—Con los ladrones siempre pasa lo mismo —estaba diciendo Joubert—: si roban es porque consideran que no tienen lo suficiente.

Aunque la hubiera dicho un banquero, la palabra «ladrón» sonó como una acusación terrible que llevaba aparejado un rosario de consecuencias degradantes: denuncia, investigación, tribunal, juez, deshonra, cárcel...

Que Léonce hubiera sacado provecho de la compra de la silla de Paul y de la reforma de su habitación de inválido debería haber escandalizado a Madeleine, pero se sentía demasiado culpable de lo sucedido. Léonce no había sido sólo una compañera, sino también la amiga que la había acompañado en el momento del divorcio y en el del accidente de Paul, su confidente, la persona que se había ocupado de llevar la casa cuando ella era incapaz de hacerlo. Había trabajado

durante meses sin que nadie se preocupara de su posición, de su sueldo. Lo que había ocurrido era consecuencia de su egoísmo de rica.

—Eso se llama «abuso de confianza», señorita Picard, y está penado por la ley —prosiguió Joubert—. ¿A cuánto asciende el total, señor Brochet?

—Dieciséis mil cuatrocientos cuarenta y cinco francos, señor Joubert. Y setenta y seis céntimos.

Léonce empezó a llorar quedamente. El contable le habría prestado su pañuelo, pero no estaba limpio.

—Gracias, señor Brochet —dijo Joubert.

Si el acusado hubiera sido él mismo, el contable no se habría marchado más cabizbajo. Qué pena que una joven como aquélla fuera una ladrona tan torpe...

Joubert dejó pasar el largo minuto que siempre concedía a los deudores en dificultades antes de asestarles el golpe de gracia. Era su forma de mostrarse humano en las cuestiones de dinero.

—¿Qué elige usted, señorita Picard, la devolución o el juez?

—¡Ah, no, Gustave! ¡Esto es demasiado!

Madeleine se había levantado y buscaba las palabras. Joubert no le dio tiempo.

—¡La señorita Picard no ha distraído cantidades accidentalmente, Madeleine, sino casi a diario, y durante meses!

—La culpa es sobre todo mía. Cada vez le he exigido más trabajo, debería haberme dado cuenta de...

—Eso no justifica nada.

Léonce seguía llorando en silencio.

—¡Sí! Bueno, no... ¡Es igual! Lo que hay que hacer es subirle el sueldo. Sustancialmente. Hay que doblárselo.

Léonce dejó de llorar y soltó un «¡Oh!» de sorpresa. Joubert recibió la noticia con un alzamiento de cejas que expresaba hasta qué punto condenaba ese tipo de decisiones impulsivas, imprudentes y derrochadoras.

Se volvió hacia Léonce.

—Muy bien, doblaremos su remuneración a partir del próximo mes. Por supuesto, en la práctica seguirá siendo la misma. El aumento servirá para pagar su deuda. Y retendremos el quince por ciento del resto, así la deuda se reabsorberá más deprisa. En cuanto a los intereses generados por las sumas sustraídas, el señor Brochet hará el cálculo y lo añadiremos a lo que debe.

A Madeleine no se le ocurrió ningún argumento en contra de eso. De todas

formas, Joubert no lo esperaba. Ya estaba de pie, cerrando la cartera. Asunto concluido.

Tras acompañarlo a la puerta, Madeleine volvió a la habitación. No sabía qué hacer con las manos. Se sentó frente a Léonce, que seguía llorando.

—Le ruego que me perdone —dijo al fin la joven, alzando hacia ella sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

Madeleine extendió las manos hacia Léonce, que se arrojó a sus pies como una heroína de melodrama y apoyó la cabeza en sus rodillas. Madeleine le acariciaba el pelo. No es nada, Léonce, yo no la culpo, le decía, sintiendo bajo la palma de las manos las sacudidas provocadas por los sollozos de la joven, cuyo suave perfume ascendía hasta ella. Sólo tenía ganas de decirle cuánto la quería.

—Tranquila, Léonce —le repetía—, ya ha pasado, no pensemos más en ello, levántese...

Léonce le sostuvo la mirada un buen rato y luego entreabrió los labios. Madeleine se quedó sin aliento cuando sintió el cuerpo de Léonce pegarse al suyo.

Sintió como si cayera en un pozo. Tenía la garganta seca.

Léonce le cogió las manos, las guió hasta su cuello y se las colocó como dándole ocasión de estrangularla. Dios mío... Madeleine dio un paso atrás. Léonce tenía la cabeza baja. Su actitud sugería a la vez arrepentimiento, expiación, renuncia... y ofrenda pasiva.

Madeleine extendió los brazos para alejar esas embarazosas demostraciones, pero de repente Léonce le cogió la mano, la apretó con fuerza contra sus labios y cerró los ojos. Luego se acercó y estrechó a Madeleine contra su pecho... Su perfume...

Cuando Léonce se fue, Madeleine se quedó un buen rato petrificada, restregándose las manos. Dios mío...

Por primera vez en muchos meses, volvió a Saint-François-de-Sales. El cura no se había mostrado muy seguro respecto a los designios del Señor, pero de temas como la culpa, los remordimientos, el pecado y los placeres sospechosos sabía un rato.

14

En la pizarra: «Habría que retrasar la visita de septiembre del doctor Fournier, por favor.»

Madeleine contestó al instante:

—¡Ni hablar, Paul!

«Pero ¡el 12 de septiembre no estoy libre, mamá!», escribió Paul. Sonreía. Madeleine se volvió hacia Léonce: no sabía cómo interpretar el mensaje.

—Mamá no comprende, cariño... —dijo la joven arrodillándose ante la silla de ruedas.

«El 12 no podré, ¡voy a la Ópera!» Paul le tendió un recorte de prensa:

¡SOLANGE GALLINATO POR FIN EN PARÍS!
LA DIVA ACTUARÁ EN EL PALACIO DE LA ÓPERA
8 veladas excepcionales a partir del 12 de septiembre

De todas las emociones fuertes que Paul hizo sentir a su madre y a Léonce, la enorme carcajada que soltó a continuación fue sin duda la más sorprendente.

La mala noticia llegó dos días después. Por supuesto, ya no quedaban entradas para el estreno, pero tampoco para los demás días.

—Lo siento mucho, cariño...

Paul no lo sentía tanto: «Por favor, mamá, ¿puedo ver al señor Joubert?»

Así que, ese día, el habitual encuentro técnico acabó con una petición de Madeleine:

—A Paul le gustaría hablar con usted, Gustave... Quiere pedirle algo. Me temo que excede a sus competencias, pero si fuera tan amable de explicárselo...

—Bue... bue... nos dí... días, s... se... señor...

Gustave se preguntó si sólo la frase de bienvenida iba a llevarle todo el día.

Los labios de Paul vibraban como mariposas y sus párpados se movían a una velocidad infernal, como los de un epiléptico en pleno ataque. Su madre, alarmada, intervino:

—¡Vamos, cariño, vamos! No te esfuerces tanto, ya se lo explico yo a Gustave...

—¡N... n... no!

Tenía los ojos desorbitados. «Condenado niño...», pensó Joubert.

Madeleine le tendió a Paul la pizarra.

—Entonces, ¿por qué no lo escribes, corazón mío?

No, Paul no quería escribir, quería hablar. Bueno, hablar... En atención al lector, vamos a hacer algo que no era posible para Joubert: abreviar. Porque, sin exagerar, tardaron casi media hora en intercambiar cuatro frases. Aquí están, resumidas: «Necesito tres butacas de platea en la Ópera para el 12 de septiembre.» Madeleine se encargó de comentar: «Paul quería ir, pero no quedan entradas.»

Paul: «¿Puede usted intervenir, por favor?»

¡Ah, ese «por favor», menuda prueba! Se le había entendido desde la primera sílaba, pero Paul estaba empeñado en acabar la frase.

—Pero yo no puedo hacer nada, Paul... —respondió al fin Gustave—. Usted es un niño aún, pero ha de saber que... el banco y la Ópera son dos cosas totalmente distintas.

Era evidente que Paul no estaba satisfecho con la respuesta porque su tartamudeo se acentuó aún más. No sabían qué hacer con aquel crío tan enrabiado. Lo que dejó a Joubert de piedra fue el argumento de Paul. Simplifico otra vez: «Pídale al señor Raoul-Simon que intervenga, por favor...»

Gustave contuvo un gesto de impaciencia. Si al menos aquel mocoso se ahorrara las frases de cortesía... Además, ¿qué podía hacer Raoul-Simon, que estaba sordo como una tapia y era la última persona que compraría entradas para la ópera? Paul cerró los ojos un instante, harto de tener que explicarlo todo: «¡También es administrador de la Ópera!» Joubert se quedó de una pieza.

—Sí, tal vez, pero eso no es motivo...

«Está en deuda con usted. El asunto de los Ferrocarriles del Oeste...»

—¡Anda, es verdad! —exclamó Madeleine, que acababa de acordarse.

El niño miraba fijamente a Gustave.

Así que había oído hablar de aquel viejo asunto, lo había comprendido, lo había retenido... Y ahora lo sacaba a relucir...

—Tiene usted razón, mi querido Paul —dijo al fin Joubert, pronunciando muy despacio, como si sopesara cada sílaba. La tranquila determinación que vislumbraba en aquel chico lo había impresionado—. Hablaré con el señor Raoul-Simon...

En cuanto se fue Joubert, Madeleine se volvió hacia su hijo.

—Pero a ver, Paul, ¿por qué no has querido escribir en la pizarra? Así obligas a la gente a esforzarse mucho, ¿sabes?

Paul sonrió. «Supongo que así el señor Joubert hará todo lo posible para evitar otra conversación conmigo», escribió.

Las tres butacas solicitadas llegaron dos días después con un mensajero, en un gran sobre con el membrete de la Ópera de París.

Bajar la silla de ruedas en el montacargas y subir a Paul al coche no fue nada. Los problemas empezaron al pie de la escalinata del Palacio de la Ópera.

—Voy a ver... —dijo Léonce—. Espérenme aquí.

Y mientras los trajes de noche, los esmóquines y los innumerables reporteros que cubrían el acto sorteaban a Paul y empujaban a Madeleine, Léonce subió la escalera a toda prisa y desapareció un buen rato. La afluencia empezaba a disminuir, y Paul a dar las primeras muestras de preocupación, cuando Léonce volvió al fin, acompañada por dos jóvenes en mono de trabajo que ella sabía de dónde había sacado. Y es que a Léonce se la dejaba sola un momento y los hombres acudían a ella como moscas. Dadas las circunstancias, aquéllos sólo habían tardado unos minutos más que los anteriores. Se llevaron brevemente el índice a la visera de la gorra y levantaron la silla de Paul.

—¡Agárrate, chaval, que esto va a bailar un poco!

No se equivocaban, porque había una cantidad increíble de escalones y había que subir zigzagueando entre los grupos, pues la gente se apartaba de mala gana y refunfuñando: «¡Una silla de ruedas en la Ópera!» No era eso lo que habían ido a ver allí.

En el umbral de la sala, la dificultad rayaba lo invencible. Los espectadores del patio de butacas ya estaban sentados y era evidente que la silla, bastante ancha, no pasaba por el corredor central.

Los dos chicos miraron a Léonce a la espera de instrucciones.

El ruidoso y estridente timbre que anunciaba el inicio del espectáculo les puso a todos los nervios de punta.

—El joven señor va a tener que quedarse aquí...

Madeleine se volvió. Era un individuo uniformado, alto y tieso. Lo había dicho fríamente, en el tono de un organizador de pompas fúnebres. Estaban lejos del escenario. Muy lejos. Paul no iba a ver gran cosa. Su madre hincó una rodilla en el suelo para explicarle la situación y el niño empezó a llorar muy bajito.

Y de pronto, lo que Madeleine estaba dispuesta a aceptar un segundo antes se convirtió en absolutamente intolerable. Se levantó despacio.

—Nuestros asientos están en primera fila, señor. Y vamos a oír el recital desde allí.

—Señora, lo sient...

—Así que va usted a hacer todo lo necesario para que ocupemos nuestros sitios. En caso contrario nos quedaremos aquí, bloqueando la entrada, impidiendo que cierren las puertas y retrasando el comienzo del espectáculo. No tendrá más remedio que llamar a la policía para desalojar por la fuerza a un niño en silla de ruedas delante de la muchedumbre de periodistas y fotógrafos a los que llamaremos para que presencien su hazaña, que será el auténtico espectáculo de la noche.

La gente se volvía: «Pero ¿qué pasa ahí atrás?» «Una silla de ruedas, que es muy ancha y no cabe.» «¡Qué fastidio, vamos a empezar tarde!»

—Lo lamento mucho, señora —dijo el uniformado—, pero no se nos ocurre ninguna solución.

—¿Cómo que no? —exclamó Madeleine asombrada.

Todos miraban el largo camino que llevaba hasta el proscenio. Se oían gritos aquí y allá y todos los ojos, de la orquesta a los palcos, estaban vueltos hacia el pequeño grupo: «¿Se va a poder empezar, o no?»

—Bastaría con pedir a los espectadores que flanquean el pasillo que se levanten un momento —sugirió—. ¿Tan difícil es eso?

Léonce dio un paso al frente y lanzó a los dos chicos con mono una sonrisa devastadora.

—Creo que tenemos aquí a un par de hombres lo bastante... fuertes como para llevar el peso a pulso, ¿me equivoco?

Si les hubieran inyectado testosterona, los dos jóvenes no habrían cogido la silla con más ganas.

El personal inició entonces un difícil periplo por el pasillo central deshaciéndose en excusas: «Si tiene la bondad de levantarse... sólo será un momentito... Gracias, caballero, gracias, señora, sí, no tardamos nada, lo justo para que pase la silla del pequeño, gracias, sí, lo sé, muy amable de su parte...»

Detrás de ellos, alzada en vilo, la silla avanzaba por encima de las cabezas como el palanquín de un rey holgazán. Paul estaba exultante. Lo dejaron a tres metros del foso de la orquesta.

Madeleine y Léonce no habían acabado de sentarse cuando la sala se sumió en la oscuridad y se abrió el telón.

Hacía ocho años que Solange Gallinato no visitaba París. Estaba ofendida desde que la prensa, casi con unanimidad, la había vapuleado en *Gloria Mundi*, del joven Maurice Grandet, una ópera que empezaba la historia por el final y, mediante vueltas atrás que no respetaban ninguna cronología, contaba un pleito entre romanos y esclavos bastante difícil de seguir. Los caricaturistas se habían empleado a fondo y el público sólo había ido a silbar. Tras la tercera representación, Solange se marchó de París jurando no volver a pisarlo jamás.

Ese fracaso no afectó a una carrera que siguió siendo excepcional. Cantó *Fidelio* en Londres, *Medea* en Milán, *Orfeo y Eurídice* en Melbourne... La crónica internacional recogió el delirante folletín de los tres multimillonarios que se lanzaron la apuesta de casarse con ella e hicieron llover sobre la diva los regalos más estrambóticos, lo que no le impidió contraer matrimonio dos años después con Maurice Grandet, ocho años más joven que ella. El mundo entero vibró con su extravagante historia de amor; la pareja se dejó ver en Suiza, Italia e Inglaterra, donde el atractivo Maurice (pelo ondulado, andares felinos y cejas azabache) hizo estragos en los corazones femeninos, tanto más cuanto que mostraba por Solange una pasión exclusiva y nunca desmentida, aunque sólo Dios sabía cuántas ocasiones había tenido para serle infiel. Esa relación tan verdaderamente romántica acabó a los tres meses de la boda, cuando el joven se mató al volante de su Rolls-Royce en la Costa Azul.

Solange puso fin a su carrera de la noche a la mañana.

Uno de los multimillonarios, con la elegancia del buen perdedor, pagó las enormes indemnizaciones de un calendario artístico saturado para los cinco años siguientes.

Solange Gallinato inició su retiro el 11 de junio de 1923. Hasta la primavera de 1928 no empezó a rumorearse que regresaba. Nadie dudaba de que la diva intentaría lucirse de nuevo con *La Traviata*, que había sido su mayor éxito. Dos desmentidos sucesivos provocaron estupefacción. ¡No sería una ópera, sino un recital, y lo daría en París! El recital era una opción arriesgada que obligaba a la artista a pasar de una emoción, y casi de una voz, a otra en cada pieza; el programa sólo podía ser ambicioso y encadenar un aria difícil tras otra. En cuanto a la elección de París, se trataba del sitio que la había desairado unos años

antes: era una provocación.

Solange tenía cuarenta y seis años. Sus últimas fotos mostraban a una mujer que había engordado terriblemente (nunca había sido delgada, pero nadie imaginaba que acabaría así). Abundaban las metáforas deportivas: se comparaba la ópera con el tenis o la natación, disciplinas que exigen un entrenamiento implacable y competición constante. En la sala, siguiendo la ley inmutable que empuja a la muchedumbre hacia las ejecuciones públicas, Solange Gallinato contaba apenas con un puñado de fervientes seguidores atezados por la angustia mientras que sus muchos detractores, a los que la prensa había estado azuzando en las últimas semanas, acudían dispuestos a reírse a carcajada limpia.

Solange no salió al escenario, ya estaba allí cuando se abrió el telón. Llevaba una túnica larga de tul azul adornada con una cantidad demencial de cintas e iba tocada con una diadema. El público aplaudió, pero la diva no se movió, no sonrió, no hizo el menor gesto. Se hizo entonces un extraño silencio. Parecía una maestra de escuela a punto de regañar a una clase indisciplinada.

El primer fragmento, que la mitad de la sala se preparaba a silbar y abuchear, era el aria inicial de *Gloria Mundi*, ópera de infausto recuerdo que tenía la particularidad de acompañarse únicamente con piano, lo que chocaba con la costumbre y, en parte, explicaba su fracaso. Esta vez ni siquiera hubo piano: la Gallinato la interpretó a capela. Era inaudito. Pero aún lo fue más que la sala se quedara como hipnotizada desde los primeros instantes por la voz trágica de Solange expresando la pasión, la añoranza y la soledad. Cualquiera que alguna vez se hubiera sentido enamorado, celoso o abandonado tenía que rendirse ante aquella voz.

Como si entre la sala y la artista existiera un acuerdo tácito, ningún aplauso recibió el final de esa primera pieza, que fue considerada como la liquidación de una deuda, la del público, y la extinción de un rencor, el de la diva.

Solange no se movió. La orquesta arrancó en medio de un silencio expectante.

De pronto, la mujer sacó una rosa roja de no se sabe dónde y se la puso entre los dientes. Aquella gruesa diva entonó «*L'amour est un oiseau rebelle*» con una sensualidad, una alegría de vivir y un brío que dejaron boquiabierto a todo el mundo. Su voz, lista para todos los desafíos, mostraba una fluidez y una naturalidad asombrosas, de las que no abusó; todo le salía fácil y bien. Cuando acabó («*si je t'aime, prends garde a toi!*») el público permaneció en estado de shock medio segundo. En el sobrecogido silencio, la aguda e ingenua vocecilla de Paul Péricourt gritando «¡Bravo!» desencadenó el delirio. Todo el mundo se

puso de pie, no porque la Gallinato tuviera más talento que antes, sino porque había sabido despertar en cada uno de los presentes esa necesidad casi biológica de crear héroes.

Fragmentos de Schubert, Puccini, Verdi, Borodin, Chaikovski... El recital fue un éxito, hubo bises y trises; a la gente, que estaba conmocionada y exhausta, le dolían las manos de tanto aplaudir... Solange Gallinato apareció al fin ante el telón corrido. Se hizo el silencio, la diva dejó pasar unos segundos y luego murmuró un simple «Gracias». Fue la locura.

La salida resultó accidentada. La silla de Paul molestaba a la gente de las primeras filas, que volvió a refunfuñar. La gran sala estaba vacía cuando los responsables lo autorizaron al fin a salir. Las luces se apagaban ya unas tras otras. Llevado en vilo, Paul remontó el pasillo central en su silla de ruedas, que fue depositada en el vestíbulo. Lo que apareció a continuación fue una masa de tela, perfume, risas, palabras italianas, maquillaje, cabello, una presencia que desplazaba el aire y llenaba todo el espacio por sí sola mientras avanzaba hacia la silla de Paul con el índice derecho extendido.

—¡Te he visto, pequeño Pinocho! ¡Sí, sí, te he visto en el patio de butacas! ¡Huy, ya lo creo que te he visto!

Solange se arrodilló. No había saludado a nadie. Paul, azorado, sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo te llamas?

—P... P... Paul Péee... Pér..

—¡Pues claro, el pequeño Paul! ¡Si me escribiste...! ¡Vaya, Paul, así que eres tú!

Con los dos puños apretados contra los enormes pechos, la Gallinato parecía a punto de derretirse.

Madeleine la encontró aún más vieja que gorda.

Volverían a verse, se escribirían... Solange les ofreció asientos en el patio de butacas para otras funciones: «Si a tu mamá le parece bien, claro...» Madeleine se limitó a cerrar los ojos: «Ya veremos.» «¡Vaya, vaya, Paul, el pequeño Paul!» Solange llevaba una especie de boa, un perifollo de color naranja y pelo largo, con la que le rodeó el cuello al niño antes de besarlo en ambas mejillas: «Mi pequeño Paolo...» Era tan exagerada que Léonce tenía que esforzarse para no reír. Madeleine puso fin a los arrumacos.

—Es tarde, tenemos que volver a casa...

—¡Oh, vaya, ¿ya?!

Solange insistió en que Paul se llevara uno de los ramos de flores que le habían regalado al final del recital.

El coche los esperaba.

Hacía un tiempo maravilloso, París estaba tranquilo, precioso... Madeleine ordenó meter las flores en el maletero.

Durante el camino, Madeleine señaló aquella especie de boa.

—Por favor, Paul —dijo—, ¿puedes apartar eso? Qué perfume tan empalagoso...

15

Ahora los compañeros del *Soir de Paris* que le habían hecho el boicot durante todo el año anterior nunca se olvidaban de saludarlo. André ya no era el decimocuarto cubierto que saca de una situación embarazosa, sino uno de los diez primeros a los que se invitaba cuando lo que se quería era una cena animada, no una de esas veladas de aburridos de las que se huía como de la peste.

Como era joven y buen mozo, no le faltaban proposiciones, pero por prudencia prefería seguir visitando a Vladi los días que ni el chófer ni el señor Raymond ni el marido de la cocinera ni su hijo la tenían ocupada. La enfermera polaca era atractiva, simpática y, fuera cual fuese el rendimiento de André, siempre mostraba un agradecimiento consolador.

La pluma de André se atrevía con casi todo, con cierta predilección por los temas con una carga moral lo bastante primaria y seductora como para ser compartida por el mayor número de lectores. ¿Era normal estabilizar el franco y arruinar a los pequeños ahorradores que habían confiado en las finanzas de su país? ¿Era justo que en 1928 los alquileres de las familias más humildes, congelados en 1914, se multiplicaran por seis o por siete? Cosas sencillas para gente sencilla, inmediatamente comprensibles y evidentes. André jugaba sobre seguro.

Animado por el éxito, empezaba a preguntarse si no habría llegado el momento de marcharse a trabajar a un periódico cuya reputación no estuviera empañada por la de su propietario.

Más allá del *Soir de Paris* había una prensa de calidad y periodistas mucho más escrupulosos y libres que los empleados por Guilloteaux. Pero André era un «periodista de la casa», como hay «ingenieros de la casa», y no estaba seguro de que en otro sitio reconocieran su valía. Aun así, soñaba con ganar un poco más y vigilaba su popularidad. Renegociaría sus emolumentos en la primera ocasión

que se presentase.

Aquí y allá le hacían todo tipo de regalos.

Todo empezó con un monumental adorno de bronce para la chimenea que representaba una escena de caza. Como su cuarto era demasiado pequeño, lo rechazó. Por falta de sitio, pasó por incorruptible.

André Delcourt estaba a punto de encontrar su estilo.

Madeleine se sentía mejor, pero las desgracias la habían dejado tocada. Para confirmárselo, bastó con que una tarde se encontrara con el señor Dupré.

Dupré, Dupré... Sí, claro, acuérdense: un tipo bastante corpulento, imponente, con una fuerza física extraordinaria, orejas de soplillo, unos ojos que siempre le lloraban un poco... En la guerra había servido como sargento primero a las órdenes del teniente Pradelle, que en 1919 lo contrató para organizar y supervisar las exhumaciones en los cementerios militares. Más tarde fue citado como testigo en el juicio contra d'Aulnay-Pradelle. Madeleine y él se conocieron en el tribunal: «Buenos días, señora.» «Buenos días, señor Dupré.» En el estrado, hizo una declaración digna y discreta y se mostró leal a un hombre que, sin embargo, no había hecho demasiado para merecerlo.

Madeleine y Dupré se encontraron por casualidad. La sorpresa, la incomodidad y el aturullamiento los hicieron detenerse un instante. Fatal error: tuvieron que hablar un poco, intercambiar unas cuantas frases de circunstancias. El señor Dupré era encargado en un taller de cerrajería de la rue de Châteaudun. La conversación se agotó enseguida. Como Madeleine sonreía apurada, Dupré tuvo la delicadeza de liberarla de una situación claramente embarazosa.

—Son tiempos difíciles... —comentó antes de marcharse.

Tal vez se hubiera enterado por los periódicos de la muerte del señor Péricourt y del accidente de Paul, o quizá se refería al hecho de que el ex marido de Madeleine siguiera pudriéndose en la cárcel, pero ella atribuyó el comentario a su propio cambio físico y no pudo evitar que la afectara.

La consolaba comprobar que la casa casi había vuelto a la normalidad, en la medida en que eso era posible en un sitio donde convivían un niño paralítico, una enfermera que no hablaba ni jota de francés, un periodista que cobraba por no hacer nada, una señorita de compañía que había cogido de la caja más de quince mil francos y la heredera de un banco familiar que no tenía la menor idea de lo que era un umbral de asignación o un valor nominal de crédito.

Hacia las Navidades de 1928, André, que ahora tenía un pequeño sueldo,

anunció que dejaba la casa. Había «encontrado algo», no dijo dónde.

—Me alegro por usted, André. El chófer se encargará de trasladar sus cosas.

André le dio las gracias a Madeleine con evidente incomodidad, casi con rencor: siempre odiamos un poco a quien nos ha hecho favores.

En la mansión de los Péricourt, las veladas ya no tenían el tono emocional y angustioso del año anterior. Madeleine no había dejado de cavilar sobre las motivaciones de su hijo, pero ahora que Paul había vuelto a la vida, comía casi normalmente e iba cogiendo un poco de peso, se había abierto a otros temas. Esperaba hasta el último momento para intervenir ante Paul: «El servicio necesita dormir, cariño, tendrás que apagar la música.» Guardaban silenciosamente los discos, cerraban la puerta y, en cuanto Vladi se retiraba, Madeleine y Léonce iniciaban su velada: leían alguna novela, hojeaban revistas... A Madeleine le encantaban los crucigramas, que empezaban a popularizarse en Francia.

—Yo no podría... —aseguraba Léonce horrorizada.

Madeleine alzaba una ceja cautelosa cuando oía en la escalera de servicio los ágiles pasos de Vladi en dirección a su cuarto. La joven enfermera, más vivaracha que nunca, hablaba como una cotorra, pero no había aprendido una sola palabra de francés en un año.

Todos los domingos asistía sin falta a la misa de la iglesia polaca. Para ella, el oficio debía de empezar en cuanto salía de casa, porque se ponía un velito para ir y parecía otra. Los lunes volvía a las andadas con el frutero de la rue de Chazelles, el farmacéutico de la esquina de Logelbach o el aprendiz de fontanero de la place de Vigny.

—¿No le parece que esa chica podría llegar a ser... un peligro para Paul?

—¿Quiere decir...? Pero ¡si no es más que un niño!

Madeleine no se fiaba, pero eso le pasaba con todas las mujeres que se acercaban demasiado a Paul, salvo Léonce. Solange Gallinato, por ejemplo. Tras su encuentro la noche del gran estreno en la Ópera, la diva había invitado a Paul a otras tres funciones, a las que Madeleine había insistido en acompañarlo. Después, Solange abandonó París e inició una triunfal gira europea, pero le enviaba a Paul cartas entusiastas acompañadas de un programa firmado o un menú de la cena del embajador (aderezados con comentarios que a Madeleine le parecían ridículos), fotos, artículos de prensa y todo tipo de cosas que Madeleine a menudo olvidaba entregarle a Paul: «¡Ah, sí, es verdad! Ayer o anteayer recibiste algo... ¿Dónde lo dejé, Dios mío?» Paul sonreía y agitaba el índice:

«M... m... ma... má...»

—Pero ¿es que esa mujer no tiene a nadie más en su vida? —preguntaba Madeleine.

—Vamos, Madeleine, no sea celosa...

—¿Celosa yo de esa matrona? Lo dirá en broma...

Léonce solía leer los periódicos.

—¡Caramba! —exclamó admirada—. ¡Qué barbaridad, el petróleo rumano!

Señalaba un artículo de *Le Gaulois*.

—¿A qué se refiere?

—A la cotización en Bolsa del petróleo rumano. Ha subido un doce por ciento al año en los últimos cuatro y los beneficios seguirán aumentando durante al menos otros cuatro o cinco. No me lo puedo creer...

Desde que Joubert la había pillado con la mano en la bolsa, todo lo que tenía poco o mucho que ver con el dinero creaba un silencio incómodo entre las dos mujeres. Esta vez Madeleine consideró que era demasiado y no quiso dejarlo correr.

—Léonce —dijo dejando el lápiz—, soy consciente de que el señor Joubert la ha puesto en una situación... delicada. Lo entiendo. Pero, por favor, no se le ocurra lanzarse a operaciones de Bolsa para intentar pagar la deuda antes.

—Pero es una ganancia segura... ¡Lo dice *Le Gaulois*! Y no es el único: también lo leí hace unas semanas en *Le Figaro*...

Junto con el boxeo y el ciclismo, después de la Gran Guerra jugar a la Bolsa se había convertido en el deporte de moda. Todo el mundo lo hacía, los hombres y las mujeres, los ricos porque se enriquecían aún más y los pobres porque los ayudaba a tener paciencia. El ingenio empezaba a valorarse más que el esfuerzo. Había una pregunta que a Madeleine le quemaba en los labios desde hacía tiempo:

—¿Cuánto le ha devuelto usted a Gustave? Quiero decir, ¿cuánto debe todavía?

Catorce mil francos. Tardaría años en saldar la deuda. Ahora que habían tocado el tema, Madeleine se sentía aliviada. Incluso la cantidad la hacía sentir liberada. Fue a su secreter, sacó un talonario, se inclinó sobre él, lo rellenó y volvió con un cheque de quince mil francos.

—¡Oh, no! —exclamó Léonce, rechazando la mano tendida de Madeleine.

—¡Claro que sí! ¡Cójalo, Léonce, por favor!

La joven, muy pálida, se levantó a su vez.

—No puedo aceptarlo, Madeleine, lo sabe perfectamente.

—Hágalo efectivo, pero no le devuelva el dinero a Joubert demasiado deprisa. Sospecharía. Diga que le ha ido bien en la Bolsa. —Madeleine esbozó una sonrisa—. Al menos, ese petróleo rumano le habrá servido para algo...

Se quedaron unos instantes una frente a otra, separadas por aquel cheque que Madeleine sostenía con mano temblorosa.

Y que Léonce acabó cogiendo con la punta de los dedos.

De pronto, se arrojó sobre Madeleine y la abrazó.

El movimiento había sido tan rápido y Léonce la estrechaba contra su pecho con tanta fuerza que Madeleine se sintió desfallecer. Léonce la besaba en las mejillas.

—¡Gracias, gracias! Me da tanta vergüenza... Lo sabe, ¿verdad, Madeleine? La vergüenza que yo misma me he causado...

—Sí, sí —decía Madeleine a punto de ahogarse o de explotar. Dudaba, no sabía dónde poner las manos... Léonce se había pegado a ella y se había callado, ahora sólo eran sus manos, en los hombros, en el cuello, en...

—Gracias de nuevo.

Madeleine creyó oír la voz del cura de Saint-François-de-Sales en el pasillo.

Se separaron. Léonce se acercó al perchero y se puso la chaqueta, pero volvió, cogió a Madeleine por los hombros y la besó de nuevo en la mejilla, dejando los labios posados allí largo rato, como si esperara algo... ¿Serían besos? De repente abandonó la habitación. Habitualmente decía «Hasta mañana». Esa noche nada. Ninguna de las dos podía hablar.

Madeleine se quedó inmóvil hasta que el suave perfume de Léonce se disipó en el aire. «Dios mío», se decía, «¿y si...?»

«Dios mío...»

16

La marcha de André, que cerraba un período de su vida, quizá el más feliz, el más pleno; la extraña relación de Paul con las mujeres, desde Vladi hasta Solange Gallinato; su propia ambigüedad con Léonce (las Navidades habían sido penosas: las dos se habían besado bajo el muérdago, mejilla contra mejilla y labios en el aire)... Madeleine ya estaba lo bastante confusa cuando, en enero de 1929, su tío Charles aumentó su desconcierto haciéndole una visita. Su cara seria y su ceño fruncido no presagiaban nada bueno.

No había pedido cita, había entrado sudando y resoplando y se había derrumbado en un sillón.

—He venido a hablar de dinero —fue lo primero que dijo. Nada nuevo—. Sobre todo, del tuyo.

Eso sí era una sorpresa.

—Mi dinero está bien, tío, gracias.

—Perfecto. En ese caso... —Charles se golpeó las rodillas con las palmas de las manos, se levantó con dificultad y se dirigió hacia la puerta resollando—. Volveremos a hablar el año que viene, cuando estés en la ruina...

Charles sabía lo que hacía. Esa palabra había marcado toda la vida de Madeleine: para su padre no había otra más terrible, después de «quiebra».

—¿Y por qué diantre iba a arruinarme? Vamos, tío, siéntese otra vez y explíquemelo.

Charles no necesitaba más. Volvió sobre sus pasos y, jadeando, se dejó caer en el sillón.

—La situación está mal, Madeleine, muy mal.

Esta vez Madeleine no pudo evitar sonreír.

—No será para tanto...

Charles se volvió hacia la ventana, irritado. Mujeres...

—¿Qué sabes de la economía estadounidense, Madeleine?

—Que va estupendamente.

—Sí, ésa es la apariencia. Yo te hablo de la realidad.

—Muy bien, entonces... ¿qué debería saber de la realidad que aún no sé?

—Que Estados Unidos está sobreproduciendo en todos los sectores. El crecimiento estadounidense es demasiado rápido, acabará implosionando.

—¡Demonios!

—Y si Estados Unidos quiebra, nadie estará a salvo.

—Pues yo no tengo la sensación de que aquí...

—Nuestros financieros sólo se preocupan de la renta inmobiliaria: van con un siglo de retraso. ¡Los muy imbéciles creen que su sistema siempre superará la crisis!

—Pero... ¿qué crisis?

—¡La que está al caer! Es inevitable. Será un maremoto económico. Y tú vas en un barco condenado a naufragar.

Charles era muy aficionado a las metáforas marineras, cinegéticas, florales, a todas en general. Su inteligencia, puramente práctica, era incapaz de inventar, sólo se expresaba a partir de lo conocido. Esa grandilocuencia, típica de su estilo, era tan agotadora como la enfermedad ajena, y provocaba una impaciencia que era responsabilidad del otro dominar. Madeleine respiró hondo.

—¿Qué te aconseja Joubert? —le preguntó entonces Charles, cruzándose de brazos a la espera de una respuesta.

La situación de Estados Unidos era sorprendente, pero lo que más sorprendía a Madeleine era que Joubert nunca le hubiera hablado de ella. Ese hecho le produjo una indignación que pagó con Charles.

—¡Estoy muy extrañada, tío! ¡Si fuera tan inevitable y tan grave, los periódicos no hablarían de otra cosa!

—Sencillamente, no les pagan para hacerlo. Págalos y hablarán. Vuelve a pagarles y se callarán. Los periódicos no están para informar; ¿en qué planeta vives?

Era una generalización que distaba de ser justa, pero se correspondía con la visión del mundo que tenía Charles.

—De modo que el único bien informado y honrado es usted...

—Soy diputado, sobrinita, llevo décadas en la Comisión de Finanzas. No nos pagan para que sembremos el pánico, pero estamos lo bastante informados como para ver las cosas como son. He hablado de todo esto con Joubert: una pérdida

de tiempo. Y qué quieres, ese hombre ha hecho toda su carrera en el mismo sitio, sólo sabe de lo suyo. Y lo que se avecina no lo ha visto nunca. ¡Es un hombre de visión muy limitada; está ciego, créeme! La crisis llegará aquí, sólo es cuestión de tiempo. Y cuando nos golpee, los primeros que caerán serán los bancos.

—El gobierno los salvará, no tendrá más remedio.

Era lo que siempre había oído en casa.

—Sí, a los grandes. Pero a los otros los dejará caer.

Madeleine nunca había imaginado que algún día tendría que preocuparse por su situación económica. Era verdad que había oído hablar de crisis aquí y allí, pero desde luego ella nunca se había sentido concernida.

Estaba empezando a asustarse.

—Lo que no entiendo, tío, es su interés. No acostumbra usted a hacer favores así, por las buenas...

—¡En quien pienso es en mí y a quien le hago un favor es a mí mismo! No quiero que vuelvas a manchar el apellido Péricourt. ¡Yo no soy un heredero, tengo una carrera! Llevar el apellido de una entidad en bancarrota me costaría el acta de diputado el año que viene y no dejaré que eso ocurra. No puedo permitírmelo. —Charles se inclinó hacia Madeleine. Parecía sinceramente preocupado por ella—. Y tú tampoco. ¿Qué será de tu hijo si te arruinas? —Volvió a enderezarse y se arrellanó en el sillón, convencido de haber dado con el argumento que decantaría la situación a su favor. No se equivocaba, aunque fuera una victoria fácil—. La banca es un sector muy frágil. Tienes que buscar una inversión menos expuesta.

—Y... ¿en qué ha pensado usted, tío?

Charles alzó los ojos al cielo: ¡y él qué sabía!

—¡Para eso debería servir Joubert! ¡Por amor de Dios! ¿Qué hace ese zopenco todo el santo día?

Madeleine estaba conmocionada. La posibilidad de que una crisis la golpeará era difícil de aceptar para una mujer que siempre había vivido en un mundo donde había tanto dinero que ya ni lo veía.

Empezó a leer la prensa económica. Sí, hablaba (aunque vagamente) de riesgos al otro lado del Atlántico, pero la mayoría de los observadores estaban de acuerdo: gracias a Poincaré, Francia no los corría porque tenía el sistema monetario más sólido del mundo y su industria, familiar, provincial, la ponía a cubierto de las fluctuaciones bursátiles.

—¿Usted se cree lo de la crisis, Léonce?

—¿Crisis de qué?

—De la economía.

—No tengo mucha idea... ¿Qué dice el señor Joubert?

—Aún no se lo he preguntado.

—Yo que usted lo haría... No es santo de mi devoción, pero sabe de qué habla, así que se le puede pedir consejo, ¿no? Si ya no se puede confiar ni en los hombres que gestionan los bienes de una, estamos apañados.

Joubert frunció el ceño.

—¿Charles ha venido a contarle esas sandeces? Más le valdría ocuparse de sus votantes...

—En materia económica, el Parlamento no es el peor informado, Gustave...

—Una cosa es la Cámara y otra Charles...

Mientras oía a Madeleine repetir los argumentos de su tío, Gustave miraba al suelo y movía la cabeza; no era frecuente verlo tan irritado. Podría haberle hablado del superávit presupuestario del país y de las reservas de oro del Banco de Francia, pero prefirió cortar por lo sano:

—¿Quiere enseñarme mi oficio, Madeleine?

—No, no es eso...

—¡Sí! ¡Eso es exactamente lo que hace! ¿Quiere darme lecciones de economía y finanzas?

Estaba atónito.

Se levantó y abandonó la habitación: para él, era asunto concluido.

Pero si se interpretaban las noticias a la luz de una inminente crisis económica, siempre había motivos para preocuparse. Era lo que le pasaba a Madeleine a diario desde que temía por su futuro, y más aún por el de Paul.

La relación entre Solange Gallinato y Paul se había intensificado en forma de correspondencia asidua: dos cartas semanales, a veces tres. Él comentaba, a su manera, las nuevas interpretaciones que descubría. «En el scherzo, parece que hayan cambiado la orquesta por una charanga» o «Esa mujer canta tan bien que aburre». Su habitación entera estaba dedicada a su única pasión. Había varios gramófonos y una impresionante colección de discos y estuches, a la que ahora se añadían estantes abarrotados de partituras que encargaba por carta a todos los

rincones de Europa.

Entonces, Solange mencionó el viaje a Milán.

¡Lo que se llegaría a hablar de ese proyecto de viaje en la mansión Péricourt! Tema polémico donde los haya, créanme.

Solange:

Mi pequeño Pinocho, mil grazias por tu carta. Tus amables palabras me alludan mucho, estoi tan cansada... Esta nueva jira es agotadora. Asi que e pensado una cosa: ¿que te pareceria una pequeña estancia en Italia este verano? Dare un recital en la Scala el 11 de julio, podriamos cenar tranquilamente, bisitar un poco la Lombardia, y estarias de buelta en París para la fiesta nazional. Porsupuesto tu mamá tiene que estar de acuerdo, asta puede acompañarte si quiere. Estaria bien, ¿verdá? Porcierto, dale recuerdos mui cariñosos.

Tu Solange

A Léonce, Italia, la Scala, una cena en una terraza le sonaban a proposición romántica.

—¡Qué idea tan maravillosa!

—¡Por favor, Léonce! Le habla como si Paul tuviera veinte años y quisiera convertirlo en su amante... No sólo es ridículo, es malsano.

—Piense en Paul...

—¡Precisamente! Es un viaje demasiado largo para un niño en su situación. Además, esa carta llena de faltas... Menos mal que se metió a cantante, porque como maestra... ¡«Estarías de vuelta para la Fiesta Nacional»! Ni que quisiera que Paul desfilara en su silla de ruedas... Es casi insultante.

—Madeleine... —Silencio—. ¿Qué opina Paul?

—¿Y qué va a decir el pobre crío, si lo tientan con un viaje a Italia? Así cualquiera...

Si Madeleine no respondía claramente a la pregunta era porque Paul, entusiasmado por la invitación, se había limitado a escribir: «Nunca he viajado, y tú quieres que haga las cosas que me gustan... Tengo muchas ganas de ir.»

Léonce, a quien Paul había solicitado discretamente que lo ayudara, se mostró tan delicada y persuasiva como de costumbre.

Una tarde, en el momento de despedirse de Madeleine con un beso de buenas noches, la cogió por los hombros y acercó mucho la cara a la suya, como si le

hubiera visto una mota en un ojo, con lo que Madeleine tenía que bizquear para mirarla.

—Todo el mundo necesita divertirse, Madeleine, ¿no le parece? —Con los labios entreabiertos, inclinó la cabeza a un lado y estrechó a Madeleine contra su pecho largo rato—. ¿No iré a privar a nuestro pequeño Paul de ese viaje?

Madeleine quedó envuelta en su perfume (Turbación, de Guerlain, que le compraba ella misma porque era bastante caro). También percibía, muy difuso, su aliento, que olía un poco a tilo.

Cualquiera piensa con calma en esas condiciones...

Madeleine empezaba a obsesionarse con el fantasma de la pobreza.

Algunas noches imaginaba que estaba arruinada. Paul lloraba en la silla de ruedas, ya no tenían servicio, debía cocinar ella misma en una buhardilla, como en las novelas de Émile Zola...

En cambio, la prensa económica era la mar de optimista.

—Precisamente —le decía Madeleine a Léonce, cada vez más preocupada—. Las catástrofes son aún más terribles cuando nadie las espera...

Ya no sabía qué pensar ni a quién acudir.

Volvió a la carga.

A regañadientes, como quien le explica otra vez a un niño cosas que ya le ha dicho mil veces, Gustave se lanzó a una extensa exposición sobre la economía francesa con frases más largas que un día sin pan. Pero Madeleine seguía con su idea y apenas lo escuchaba.

—He pensado en el petróleo rumano... —lo interrumpió.

Le tendía *Le Gaulois*: «... la industria petrolera rumana, con una nueva progresión del 1,71 por ciento, confirma su posición como inversión líder en Europa».

—*Le Gaulois* no es un periódico económico —replicó Joubert—. No sé quién es ese Thierry Andrieux que firma el artículo, pero yo no le confiaría mis ahorros. —Sus ojos azules expresaban una cólera mal reprimida y sus manos temblaban—. No me diga... que piensa vender su participación en el banco de su padre para adquirir... una cartera de acciones petroleras...

Madeleine nunca lo había visto tan furioso. Gustave tragó saliva.

—De ninguna manera, Madeleine. Y, si me obliga a hacerlo, le presentaré mi dimisión de inmediato.

Era bastante raro, pero cuanto más se enfurecía Joubert, más crédito daba

Madeleine a las críticas de su tío. Recordó sus palabras: «Nuestros financieros van con un siglo de retraso.»

A finales de enero, el *Soir de Paris* dedicó un gran artículo a la industria petrolera rumana. Cosa rara en el *Soir*, había incluso un elocuente gráfico sobre los beneficios de los últimos meses. La información llegaba en un momento en que los temores de Madeleine habían desencadenado un alud de pesadillas de ruina y pérdida de estatus.

Lo que la exasperaba era la resistencia que encontraba en Joubert cuando más necesitada estaba de ayuda y apoyo.

—Sobre ese asunto tengo información de lo más negativa —aseguraba él— procedente de una persona muy enterada. El petróleo rumano es una pompa de jabón. Si se empeña en comprar petróleo, donde hay que poner la vista es en Irak...

Madeleine suspiró: Gustave nunca le había parecido tan viejo, tan anticuado.

Se acordó del capital perdido en aquel desgraciado asunto de Ferret-Delage. Trescientos mil francos, ¡ahí es nada! De pronto, tuvo la certeza de que Joubert ya no era el hombre que necesitaba. No estaba preparado para las épocas de crisis. Dirigía el banco familiar como hacía un siglo, como un tendero. El petróleo iraquí... ¡cuando todo el mundo se peleaba por el rumano! ¿En qué planeta vivía?

—Seguiré pensándolo, Gustave. Pero quiero un informe exhaustivo, ¿me oye? Esos rumores de crisis no me valen, necesito información. Por una vez sea concreto, sea claro. También quiero las cifras de la industria petrolera: un análisis detallado sobre Rumanía. Y añada lo que quiera sobre Irak, si se empeña.

Charles se retrasó hasta el límite de lo aceptable, pero inútilmente.

—No se disculpe, Charles, yo también acabo de llegar.

Si a él lo recibían como a un miembro más del Club, a Joubert lo trataban como a un habitual. A Charles le preguntaban qué deseaba, con Joubert ya lo sabían: la botella de Crozes-Hermitage, cubiertos para pescado... Era irritante. Hasta la conversación tenía que someterse a Joubert. Era el dueño de los temas y se cuidaba mucho de no abordar el único que le interesaba a Charles, lo que no hacía más que aumentar su nerviosismo.

La langosta llegó, la siguió la lubina y ahora esperaban el melocotón blanco caramelizado. Charles no podía más.

—¿Noticias de mi sobrina, tal vez?

Joubert dejó pasar unos segundos para dar todo su valor a la información de que disponía.

—La idea del petróleo rumano sigue cobrando fuerza...

¿Qué quería decir eso exactamente?

—... pero aún no lo tiene claro. La decisión que debe tomar es importante.

—Y mientras tanto, ¿qué hace usted?

—Remar contracorriente, mi querido Charles. Desde lo de Ferret-Delage, mi cotización profesional está a la baja en lo que respecta a su sobrina. Y es una suerte, porque no me gustaría haber perdido trescientos mil francos para nada...

A Charles, que Joubert pudiera perder trescientos mil francos voluntariamente lo superaba.

—¡Todo va bien, Charles, tranquilícese! Gracias a eso estoy casi desacreditado, es perfecto. Cuanto más me opongo al petróleo rumano, más insiste ella; cuanto más niego la crisis, más cerca la ve Madeleine. Su desconfianza respecto a mí le hará dar el paso. Lo conseguiremos...

Charles empezaba a respirar. Una vez lanzado, Joubert mostraba evidente placer en describir los efectos positivos de su estrategia.

—Le he desaconsejado varias veces una inversión que sé que se va a hundir pero, como le digo, ya no tiene la menor confianza en mí. Es algo muy irracional, muy femenino, pero es así... La he amenazado con dimitir.

Charles se quedó de piedra. Joubert retrocedió un poco para dejar espacio al camarero que llevaba el postre y, sonriendo, añadió:

—Ya le digo, soy el único al que ya no escucha.

A Charles, aquel asunto le producía una especie de vértigo.

—Mientras tanto —continuó Joubert—, el petróleo iraquí se porta maravillosamente. Cae en picado. Las acciones valen menos de cien francos.

La estrategia era muy sencilla: la de los vasos comunicantes. Si un inversor compraba grandes cantidades de petróleo rumano, todo el mundo perdería interés en el iraquí.

—Y conseguiremos las acciones a cincuenta francos. No me extrañaría que cayeran por debajo de los treinta.

—Y ése es el momento en que habrá que comprar... —Dio por sentado Charles. Silencio. Tenía preparada la frase siguiente—: A propósito, los doscientos mil francos que me prestó están a su disposición...

Según su previsión, Joubert no debía dejarlo acabar. Él había cumplido

perfectamente su misión ante Madeleine. Había utilizado todos los argumentos que le había proporcionado Gustave y sacudido los cimientos de la fortaleza Péricourt. Gracias a él, Madeleine había perdido toda su confianza en Joubert y estaba a punto de cometer un acto que tendría consecuencias trágicas para ella, pero que a él y a Joubert los enriquecería más allá de cualquier expectativa...

En contrapartida, en ese momento Joubert debía levantar una mano generosamente y rechazar su oferta de devolverle el préstamo. En lugar de eso, se lo quedó mirando: «¿Sí?»

—Dígame qué debo hacer... —añadió Charles—. Quiero decir, de qué manera...

Joubert le dio un sorbo muy largo y muy lento al vino.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo al fin—. Esos doscientos mil francos que me debe... ¿por qué no los invierte en el iraquí? Le darían un millón en cuestión de meses...

Charles casi vuelca la mesa. ¡Como pago a su traición, Joubert ni siquiera le proponía perdonarle la deuda! ¡Había vendido a su sobrina para nada! Un resto de urbanidad le impidió montar un escándalo. Apretando los dientes, consiguió esbozar una especie de mueca vaga. Joubert lo miraba tan tranquilo y... ¡sonreía! «¡Sí!», se dijo Charles, «¡ese mohín de los labios debe de ser una sonrisa!»

—Incluso podría invertir más —añadió Joubert—. Creo que podría llegar a los quinientos mil...

Charles respiró aliviado. Aún sentía las tremendas palpitaciones que habían estado a punto de ahogarlo, pero ya se le pasaba. Quinientos mil francos: ése era el pago que le ofrecía Joubert, a condición de que lo invirtiese en su petróleo. Tras considerarlo un poco, su traición a Madeleine le pareció mejor pagada.

—Estaba pensando en invertir... setecientos mil —respondió.

Joubert miraba el mantel.

—No se lo aconsejo, Charles. Yo que usted no invertiría más de seiscientos.

De acuerdo: seiscientos mil francos, que se convertirían en casi dos millones en unos meses. Charles estaba satisfecho y aliviado.

—Tiene razón, por supuesto —concluyó—. Con seiscientos mil es más que suficiente.

—Ante todo, Madeleine, debe pensar en Paul —decía Léonce—. Heredó las obligaciones de su abuelo, pero no podrá disponer de ellas hasta la mayoría de

edad. Si mientras tanto su fortuna se volatiliza debido a una crisis como la que según usted vamos a sufrir, ¿cómo lo criará?

Las cifras llegaron al fin. La crisis económica era un planeta lejano que sólo divisaban los pesimistas, pero, reconozcámoslo, el tiempo no suele dar la razón a los optimistas. En cuanto al petróleo rumano, iba viento en popa, mientras que el iraquí seguía por los suelos. Y las acciones no paraban de caer.

Joubert parecía cuidarse menos de lo habitual: en él, un cuello de camisa un poco torcido equivalía al caos total. Más que nunca recordaba a un condenado en sus últimos días de vida. Fuera cual fuese la decisión de Madeleine, estaba acabado.

—He decidido... —empezó a decir ella.

¿Estaba a punto de jugarse la vida a los dados? «Después de haberlo calculado y sopesado todo», decía su padre, «llega un momento en que hay que lanzarse. Y entonces la información ya no sirve para nada. Buena o mala, hay que fiarse de la propia intuición.» La suya nunca le había fallado, añadía, faltando un poco a la verdad. Pero Madeleine debía reconocer que, en ese preciso instante, esa máxima tenía todo el sentido del mundo.

Seguía dándole vueltas al asunto de Ferret-Delage. Trescientos mil francos de pérdida, resultado de la intuición de Joubert. En el momento de las grandes decisiones, el juicio de él era tan válido como el del señor Brochet, o como el suyo.

—He decidido...

—¿Sí...? —preguntó Joubert.

Si, en opinión de todos, el petróleo rumano era la inversión más rentable, ¿qué riesgo corría? No se arrojaba a lo desconocido, después de todo ahí estaban los números.

Ya había decidido.

Silencio.

—Muy bien —dijo finalmente Joubert. Y adoptó la actitud ofendida del hombre al que acaban de decirle que tiene mal aliento—. Se hará como usted dice. Pero no invertiremos más de la mitad de su dinero en ese... «petróleo rumano» —en su boca, el término parecía una palabrota—. La mitad en acciones petroleras. En cuanto al resto, hay que diversificar, es de sentido común. La lógica dicta que invierta lo demás en títulos coordinados. Eso es lo esencial, Madeleine, ¡la coherencia!

Al día siguiente, Joubert volvió y, sin el menor comentario, dejó sobre la

mesa una enorme carpeta.

Madeleine se pasó casi dos horas firmando documentos.

Con los ojos entornados y los labios fruncidos, Joubert indicaba escuetamente con el índice los sitios donde debía firmar, como de costumbre. Aquí y aquí, y ahí... De vez en cuando se limitaba a señalar: «Esta firma significa que... Esta otra supone que...» Madeleine ni siquiera se detenía para escucharlo, así que Joubert se callaba y seguía pasando las hojas.

A última hora del 10 de marzo de 1929, Madeleine había invertido la mayor parte de su fortuna en una cartera de acciones petroleras rumanas y en varias sociedades conexas, y no poseía ya más que el 0,97 por ciento del capital del banco de su padre.

Le pareció que Joubert abandonaba la habitación arrastrando los pies.

En cambio, el señor Brochet, que esperaba en el pasillo, descubrió en el rostro de su jefe la tenue sonrisa de los días buenos.

17

La vida siguió su curso. Y las noticias eran buenas.

La venta de los activos de Madeleine fue un éxito: el Banco Péricourt era una institución de confianza, sus acciones encontraron compradores enseguida. En cuanto a la gran emisión de deuda del consorcio rumano, catapultada por la compra masiva de acciones por parte de Madeleine, provocó el entusiasmo de otros inversores, que se quitaban las participaciones de las manos: un éxito incontestable. «La formidable energía rumana», destacó el *Soir de Paris*. Durante las siguientes semanas, las acciones continuaron su lento pero seguro ascenso.

Joubert, que ahora tenía que llevar los portafirmas a otros socios mayoritarios, ya sólo aparecía ocasionalmente, de visita, no ya a la propietaria de la entidad (Madeleine no tendría que volver a hacer el ridículo en la siguiente asamblea general), sino a una de las mayores fortunas gestionadas por el Banco Péricourt.

En cuanto al viaje a Milán al que estaba invitado Paul, Madeleine, ya sin argumentos, acabó cediendo.

Hicieron falta semanas para que se fijara un protocolo extraordinariamente preciso que preveía, sobre todo, que Madeleine acompañaría a su hijo. «¡Por supuesto! ¡No pienso dejar a Paul solo con esa loca!»

En cuanto a Solange, entusiasmada por la visita de Paul («Estoi tan contenta que tu hadorable mama te acompañe...»), le escribía dos veces al día: cosa que se le ocurría, carta que mandaba. Las dos mujeres se comunicaban mucho en relación con los detalles del viaje y la estancia, pero por desgracia solía costarles ponerse de acuerdo: aquel asunto estaba lleno de lamentables imprevistos. Madeleine no había podido conseguir billetes para el tren que le iba mejor a Solange para ir a esperarlos. Por su parte, Solange sentía mucho no haber podido reservar en el restaurante que Madeleine había elegido en la guía. Madeleine le

había pedido que enviara a alguien a la estación de Milán para recoger las maletas cuando llegaran, pero desgraciadamente Solange no tenía a nadie disponible hasta el día siguiente. En cuanto a Madeleine («No sabe cuánto lo lamento, queridísima Solange...»), le había sido imposible ir a buscar el perfume que la diva no encontraba más que en París, mientras que Solange no estaba segura de conseguir un guía para que les enseñara la catedral el viernes por la tarde, como deseaba Madeleine: «Desgraciada mente, no es seguro, los italianos, como usted sabe, querida Madelen, son gente muy imprevisible...», etcétera. Había sido realmente necesario que, aunque de forma velada, Solange amenazara con anular el viaje para que Madeleine aceptara que la cantante pasara una velada a solas con su «pequeño Pinocho» en un restaurante.

—¡Una cena con velas, no te digo! —había rugido Madeleine—. ¿A usted le parece normal, Léonce?

—Puede aprovechar para salir por su cuenta. Si fuera yo...

A diferencia de Léonce, que parecía tenerlo muy claro, Madeleine no imaginaba de ninguna manera qué podía hacer una mujer como ella en Milán, de noche y sola.

—¡Y eso de llamarlo Pinocho lo encuentro de muy mal gusto: Paul no es ninguna marioneta! ¡Le aseguro que esa mujer va a tener que cambiar de tono!

Paul veía esa rivalidad con cierto regocijo, como si fuera una pelea de niñas en el arenero de un parque infantil.

—No... tie... tie... tiene impor... tancia —le decía a Léonce, a la que eso la irritaba.

El tren salía el 9 de julio a las 18 horas y 43 minutos. Las maletas llevaban dos días hechas y los baúles con la ropa habían salido hacía cuatro. Madeleine había comprobado, más o menos cada hora, que tenía los billetes y los pasaportes, y había mareado al servicio con un montón de detalles que evidenciaban su falta de experiencia viajera: lo más lejos que había ido había sido a Aurillac, a casa de una prima política, cuando tenía nueve años.

Pero el 9 de julio, día de la partida, la noticia estalló como una bomba: «Grave amenaza sobre el petróleo rumano», titulaba *Le Matin*.

Madeleine estaba sentada ante el velador, empezando a desayunar mientras esperaba que llegara Léonce. La taza de té se le escapó de las manos y, presa del vértigo, tuvo que agarrarse al borde de la mesa, que se tambaleó, dejándola arrodillada en el suelo con el servicio del desayuno esparcido a su alrededor. Con

la certeza de los espíritus intranquilos, sabía que aquella noticia anunciaba otras.

Tardó varios minutos en dominar los temblores y conseguir leer el artículo entero:

El consorcio rumano responsable de la perforación y explotación de los yacimientos petrolíferos de Panonia acaba de declararse «en graves dificultades» y, ante la amenaza de quiebra, solicita la ayuda del gobierno rumano.

El gobierno francés, por mediación del agregado comercial destinado en Bucarest, habría pedido ya explicaciones a las autoridades rumanas, puesto que la importante emisión de deuda ha sido adquirida principalmente por inversores franceses, que hoy por hoy tienen sobrados motivos para temer lo peor. La última esperanza para los accionistas se llama Estado rumano...

Madeleine daba vueltas por la habitación destrozando febrilmente el periódico, presa de una angustia que le impedía pensar, reflexionar..., ¡y Léonce seguía sin aparecer!

Tocó el timbre y ordenó al chófer que fuera a buscarla a su casa, enseguida, era urgente.

La asaltó una duda. La información de *Le Matin*, ¿sería tan fiable como parecía?

Se precipitó sobre *Le Temps*, *Le Figaro*... Todos repetían lo mismo, palabra más, palabra menos. Lo único que cambiaba era la percepción de la gravedad de la situación, que, de un titular a otro, pasaba de «muy preocupante» a «alarmante». ¿Charles? ¿Gustave? ¿André? ¿Léonce? ¿A quién podía recurrir?

Pidió que telefonaran a Joubert.

—¡No, mejor al señor Charles Péricourt! —La doncella miraba el plato, las tostadas, el tarro de mermelada y la tetera, esparcidos por la alfombra—. ¡No, no, llame a...! —¿Joubert? ¿Qué consejo podría darle hoy? ¿Charles?—. ¡Sí, eso es, llame al señor Péricourt!

En el despacho de Charles no respondían.

—Llame al señor Joubert.

Pero el señor Joubert estaba ocupado.

Como si hubiera tenido una súbita inspiración, Madeleine volvió a subir a la carrera, leyó con avidez los arrugados artículos, los releyó... «Respira», se

decía, «la catástrofe no puede ser tan grande». ¡Sí, ahí lo tenía! ¡El consorcio «acaba de solicitar ayuda» al gobierno rumano! ¡Aún no estaba todo perdido! No había que ponerse en lo peor. Además... Corrió al secreter, arrancó literalmente los cajones y, de rodillas en el suelo, revolvió las carpetas que le había dejado Gustave.

¡Eso es! Uf... Estaba sin aliento, el corazón le latía a un ritmo preocupante. Intentó serenarse un poco. Sí, tal como había dicho Joubert: «No más de la mitad de sus activos en su... “petróleo rumano”.» Eso representaba la mitad de su fortuna. De la suya, porque la de Paul, colocada en obligaciones del Estado, estaba intacta... «¡Caramba, con la mitad de la fortuna de Madeleine Péricourt se puede vivir!», se dijo, aunque no sabía qué repercusiones concretas tendría aquello en su vida.

«Hay que diversificar, es de sentido común», había subrayado Gustave. «Formar una cartera coherente.» Madeleine hojeaba el enorme dossier en busca de... ¡Aquí! Gustave le había comprado acciones en sociedades inglesas (Somerset Engineering Company), italianas (Gruppo Prozzo), estadounidenses (Forster, Templeton & Grave)...

Ahora que estaba segura de que no lo había perdido todo, sino sólo la mitad, el peligro de desastre le hacía sentir una rabia, un rencor del que sólo se excluía ella: la culpa era de todo el mundo, de Charles, que la había alertado sobre una supuesta crisis que al final no se había producido; de Gustave, que no había sabido encontrar las palabras para convencerla; de los periódicos, que se guardaban de recordar que no habían perdido ocasión de alabar un negocio cuyo hundimiento anunciaban ahora; de Léonce, que había sido la primera en mencionar... Y, por cierto, ¿dónde estaba? Si había habido un día en que la presencia de su amiga le resultaba indispensable... Dios mío, eran las diez de la mañana, se iban en el tren de la noche y aún no había subido a ver a Paul para contárselo...

Al ver el rostro descompuesto de su madre, Paul quiso preguntarle qué le pasaba, pero cuando el niño era presa de una emoción demasiado fuerte no conseguía pronunciar ni las primeras sílabas. Cogió la pizarra: «¿Qué ocurre, mamá?»

Madeleine se derrumbó. Arrodillada ante la silla de su hijo, lloró largo rato mientras balbuceaba: «No es nada, cariño, un problemilla sin importancia, te lo aseguro...» Pero a Paul le costaba creer que lo que había puesto a su madre en tal estado de desesperación fuera una nimiedad.

«¿Léonce no está contigo?», escribió. La pregunta tuvo al menos la virtud de

interrumpir el ataque de llanto de Madeleine, que se levantó con dificultad.

—Ya está, cariño, ya se me ha pasado, no es nada... Pero el viaje, ángel mío, no va a poder ser...

El alarido de Paul dejó paralizada a toda la casa.

Madeleine se quedó helada ante la cara de su hijo, irreconocible, y ante aquel grito que le salía de la garganta, de las tripas, del alma, y era tan fuerte y desesperado, lo primero que pensó fue que Paul volvería a tirarse por la ventana.

—No pasa nada, amor mío, vamos, encontraremos una solución, te lo prometo... —le dijo apretándole la cabeza contra su pecho. Paul sollozaba—. Vamos, vamos, mamá encontrará... Yo tendré que quedarme... por negocios. Pero ¡te llevará Léonce!

Estaba muy contenta con su idea. Apartó a Paul para mirarlo a los ojos.

—¿Qué dices? Te acompañará Léonce, ¿quieres?

De acuerdo, aceptó él, muy pálido, asintiendo con la cabeza. «Sí, de acuerdo, Léonce.»

En ese momento, la doncella entró para avisar que había llegado el señor Joubert.

Madeleine llevaba el salto de cama de la mañana, arrugado y manchado de té y mermelada, estaba despeinada y tenía el rostro alterado por la preocupación y húmedo de lágrimas... La mirada de Gustave le hizo comprender la vulgaridad del espectáculo que ofrecía. Sin darle tiempo a decir nada, Madeleine se marchó murmurando un «Enseguida vuelvo». Cuando lo hizo, después de pasarse rápidamente el peine y ponerse una bata decente, Gustave no se había movido. Era raro verlo con las manos vacías. Casi inquietante.

—Cuando he leído la noticia, he pensado que era mejor que viniera... —dijo escuetamente, y señaló los periódicos desparramados por el suelo—. Lo he comprobado... Esos... rumanos nos han ocultado la verdad sobre sus cuentas.

Su voz era más seca que de costumbre, más cortante, como si fuera presa de una emoción que le costaba controlar. Madeleine se derrumbó en un sillón y, abandonando todo pudor, volvió a echarse a llorar.

—Se lo advertí... —dijo Gustave—, pero ¡no quiso escucharme! —En aquel recordatorio había algo tan brutal e insultante que añadió—: Tranquilícese, el Estado rumano no dejará que todo se vaya al garete.

—Pero... ¿y si se negara a intervenir?

—Eso es impensable. Las negociaciones al más alto nivel ya deben de haber empezado: el asunto no es sólo financiero, también es político. Puede que su tío

sepa algo más...

Pero Charles seguía ilocalizable. Madeleine le dejó una docena de mensajes en la Asamblea y en su despacho, le dio el recado a Hortense... Nadie sabía dónde encontrarlo. Estaría reunido, seguramente ya habrían enviado serias advertencias al gobierno rumano, lo había dicho Gustave, el tema se había convertido en político, Charles debía de estar desbordado...

Las once, ya.

Le había prometido a Paul que Léonce lo acompañaría, había que buscarla, organizarse. Se vistió a toda prisa. El chófer la llevó al número cuatro de la rue de Provence. Pero allí ya no vivía ninguna Picard «desde hace mucho tiempo», le aseguró la portera, una mujer bajita, rechoncha, jovial, que llevaba la cabeza envuelta en un enorme pañuelo, como una india con turbante.

—¿Cómo que mucho tiempo?

—¡Huy, lo menos un año, diría yo! Espere... —Se llevó el índice a los labios y entrecerró los ojos—. Es muy sencillo: el muy cerdo del señor Bertrand, que estará ardiendo en el infierno, la palmó en mayo del pasado año... Me acuerdo de la fecha como si fuera mi cumpleaños: no es común que le lleguen a una tan buenas noticias... Si usted supiera...

—En mayo, dice usted...

—Así es. Y la señorita Picard se fue... ¿qué, una o dos semanas después? Eso son trece meses. Yo le decía un año, no andaba lejos, ¿eh?

Extendió la mano. Madeleine le dio veinte francos.

En el coche, contó con los dedos. Mayo del año anterior... Coincidió con la época en que Gustave descubrió sus «irregularidades». Lo que le descontaban del sueldo debía de ser demasiado para seguir viviendo en la rue de Provence. Léonce no habría tenido más remedio que buscarse algo más barato.

Se había mudado y, por vergüenza, no se lo había dicho a nadie.

Madeleine volvió a reprocharse su propio egoísmo. No había visto nada, no había preguntado nada. ¿A qué cuchitril se habría ido a vivir? No permitiría que aquella situación continuara. Le exigiría la verdad... No, la verdad no, sería demasiado humillante. Le diría... que se fuera a vivir a la mansión Péricourt. Eso es. Sin modificar su tratamiento. Ahora que se había ido André, podía ocupar ese cuartito, habría que hacer algunos retoques, alegrarlo un poco, claro, pero eso se hacía en un pispás...

De pronto se dio cuenta de que hacía planes como si todo siguiera igual,

como si no fuera a ocurrir nada excepcional, como si aquel asunto de las inversiones en Bolsa sólo hubiera sido una pesadilla que la vuelta a la vida diaria ahuyentaría fácilmente...

No sonaba ningún disco: Paul la esperaba. Era un momento difícil. Vladi, asombrosamente callada, estaba sentada en una silla arrimada a la pared con las piernas juntas y las manos sobre las rodillas, como en una sala de espera. Paul clavó los ojos en su madre.

—A Léonce le va a ser difícil acompañarte, cariño mío... —Paul despegó los labios. En esos momentos tenía el rostro casi cadavérico que Madeleine le había visto en el hospital de la Pitié. Sin pensar lo que decía, añadió—: ¡Irá Vladi! ¿Verdad, Vladi?

—*Tak, oczywiście! Zgadzam sie!*

—Voy a ocuparme de los papeles...

Ir a la embajada italiana, hacer rectificar los nombres en los billetes de tren y que entregaran urgentemente en casa dos maletas para Vladi, escribir una autorización para que la enfermera pudiera llevar a su hijo menor de edad a Milán... Se le fue todo el día, pero a las cinco y media de la tarde todo el mundo estaba en la estación. Paul con el traje de viaje que Léonce había aconsejado comprarle, Vladi ataviada como de domingo, con un vestido que parecía que se hubiera hecho con la tela de unas cortinas, y Madeleine tensa, aunque renunció a repetirle las recomendaciones a Paul, que ya las había oído una docena larga de veces, y a Vladi, que no entendía nada y había embutido en una ajada cartera, con una desenvoltura que no era como para inspirar confianza, el grueso fajo de liras que le había dado Madeleine.

Los porteadores esperaban puntualmente delante de la estación de Lyon. Vladi empujó la silla de Paul hasta el tren. Entre el constante trajín de maletas, baúles, viajeros inquietos, familias excitadas y parejas emocionadas, fueron a guardar la silla de ruedas en la reserva del extremo del coche, transportaron a Paul hasta su asiento, junto a la ventanilla, en un compartimento de primera de terciopelo rojo y madera clara, y colocaron los efectos personales de los dos viajeros en el portaequipajes de encima de los asientos.

Madeleine no pudo evitar ir a encomendarles a Paul y su acompañante al revisor, un individuo de unos treinta años, torso ancho, piernas cortas y pobladas cejas que apuntaban al cielo como las antenas de la telegrafía sin hilos y que le daban una mirada salvaje.

A Madeleine se le encogía el corazón al ver partir a su muchachito, que en

cambio estaba exultante, ajeno a lo que ocurría en la vida de su madre. ¿Ajeno? Puede que no tanto porque, cuando Madeleine tuvo que bajar del coche (el revisor le insistía: «Arrancaremos enseguida, señora, tendrá que bajar»), Paul le susurró al oído:

—To... todo i... irá bien, ma... má. Por... porque te... qui.. quiero.

Madeleine seguía de pie en el andén varios minutos después de que el tren hubiera salido de la estación.

Era la primera vez que se separaba de Paul. Sentía una pena tranquila que, extrañamente, la fortalecía: le ocurriera lo que le ocurriese, ella lo soportaría todo siempre que Paul estuviera a salvo.

Paul también tenía sentimientos encontrados. Le remordía la conciencia por haber dejado sola a su madre. Lo que había oído, o sea, casi todo, presagiaba tiempos difíciles. Pero pasara lo que pasase, siempre le quedaría el recuerdo de aquel viaje: habría estado en la Scala, habría oído a Solange... Lo que viviría allí nadie se lo podría quitar.

El revisor, que creía tener una misión porque Madeleine le había dado cincuenta francos, era hijo de inmigrantes polacos. Aunque francés, hablaba bastante bien la lengua de sus padres y, cuando el tren se puso en marcha y finalizó las tareas de su cargo, inició con Vladi una conversación cuyo tenor y cuyas consecuencias Paul adivinó sin dificultad por las carcajadas, las risas y las risitas de la joven, similares a las que habían acompañado sus encuentros con el hijo del carbonero de la rue de Miromesnil o con el ascensorista de la torre Eiffel, que vivía en la rue de Tocqueville.

Paul y ella se instalaron en los asientos que tenían reservados en el coche restaurante, ante una bonita mesa con mantel blanco con las siglas de la compañía ferroviaria, una lamparita que daba una luz suave, cubiertos plateados y copas de cristal, como en los anuncios de las revistas. Vladi pidió media botella de tinto. Estaba en la gloria.

Cuando llegó la noche, Paul, acostado en su litera, ovillado bajo las sábanas almidonadas y las mantas de cuadros escoceses, se dejó invadir por una agradable somnolencia. Pronto, lo único que percibió fueron las voces de Vladi y el revisor y, unos minutos después, los arrulladores jadeos de su joven cuidadora mezclados con la machacona cadencia de las ruedas del coche, que le recordaba los emocionantes compases del *Bolero*, descubierto dos semanas antes gracias al dependiente de Paris-Phono. Se hundió en un sueño palpitante de excitación.

Madeleine ni siquiera probó a acostarse. Se pasó casi toda la noche relejendo los documentos que la confirmaban como propietaria de las acciones inglesas, italianas y estadounidenses.

A las seis de la mañana estaba vestida y peinada, pero tenía el estómago encogido y la garganta seca. Curiosamente, su cara no era la de una mujer atenazada por la angustia. Pálida, seria, concentrada, debía de parecerse a la de esos condenados que, cansados de esperar su ejecución, caminan hacia la muerte decididos y con calma. Léonce no llegaría hasta las ocho y media. Llamó al chófer y se puso en camino.

—¡Ah, eres tú!

Hortense llevaba una bata floreada y zapatillas forradas. Con la cabeza llena de bigudís, se parecía espantosamente a la mujer que todos los hombres temen tener un día. En lugar de invitarla a entrar, cruzó los brazos ante Madeleine.

—Busco a mi tío, necesito hablar con él.

—Charles está muy ocupado, ¿sabes? Tú pareces ignorarlo, pero es un parlamentario importante y muy solicitado que no tiene ni un minuto para sí mismo.

—¿Tampoco para su sobrina?

—¡Ah! Pero ¿es que tiene una sobrina? ¡Primera noticia!

—Necesito verlo.

Hortense se echó a reír.

—Ay, la familia Pé-ri-court... ¡Siempre por encima de todo el mundo! ¡Ordeno y mando!

La repentina hostilidad de Hortense contrastaba con su habitual estupidez.

—No comprendo lo que...

—¡No me extraña! Tu padre tampoco comprendía.

Hablaba con voz chillona y movía la cabeza con tanta energía que los bigudís empezaron a soltarse y oscilar. Hortense no se dio cuenta de que tenía la cara rodeada por un enjambre de rizos que, como montados sobre resortes, se bamboleaban alrededor de su cabeza.

—¡Todo el mundo a sus órdenes! ¡Pues eso se ha acabado! ¡Los Pé-ri-court se van a caer de su pedestal! —Hortense dio un paso furioso hacia Madeleine y la señaló con un dedo vengativo—. Primero, Charles no está a las órdenes de la señorita. Segundo, el que ríe el último ríe mejor. Y tercero... —Como no se le ocurría qué podía ser lo tercero, concluyó—: ¡Te has quedado muda, ¿eh?!

Madeleine dio media vuelta y se marchó.

Hizo que la llevaran al *Soir de Paris*.

La reunión editorial, es decir, el encuentro durante el cual los periodistas recibían las órdenes de la dirección, aún no había acabado. Instalaron a Madeleine en un salón.

Guilloteaux llegó cuarenta minutos después. Se deshizo en disculpas: «Este periódico me agota, querida, creo que soy demasiado viejo para este trabajo...» Llevaba más de diez años diciéndoles lo mismo a todos sus visitantes, que tenían muy claro que se moriría en su sillón. Madeleine, que no se había levantado, lo miraba fijamente esperando que acabara con las banalidades de costumbre. Guilloteaux se sentó junto a ella como a regañadientes.

—Supongo que la situación la ha afectado especialmente...

—¿Y quién tiene la culpa?

La pregunta sacudió a Guilloteaux como una descarga eléctrica. Se puso una mano en el pecho en actitud ofendida.

—Su periódico se ha hartado de publicar columnas cantando las excelencias de las acciones rumanas...

—Bueno, eso sí... pero... —Estaba aliviado, se notaba—. No era información propiamente dicha, eran noticias. Un periódico difunde noticias útiles para quienes le dan de comer.

Madeleine no estaba segura de entender.

—¿Cómo? Esos artículos... ¿estaban pagados?

—¡Ya empezamos con lo de siempre! Un periódico como el nuestro no puede sobrevivir sin apoyos, lo sabe usted perfectamente. ¡Cuando el Estado respalda un empréstito de esa importancia, es porque lo considera beneficioso para la economía del país! ¿No irá a reprocharnos que seamos patriotas?

—Publican ustedes información falsa a sabiendas...

—¡Falsa, no, eso es mucho decir! Presentamos la realidad desde cierto ángulo, nada más. Otros colegas, en la oposición, por ejemplo, escriben lo contrario, así que todo se equilibra. Es la pluralidad de puntos de vista. ¿No irá a reprocharnos, además, que seamos republicanos?

Madeleine estaba indignada y avergonzada de haber sido tan ingenua. Se fue dando un portazo.

18

Sentada junto a la ventanilla, Vladi no había parado de comentar el paisaje con todo lujo de superlativos polacos desde el amanecer, aunque en realidad no tenía nada de espectacular. Por fin el tren empezó a traquetear laboriosamente con los cambios de agujas y, al cabo de un buen rato, entró en una estación llena de humo y abarrotada de gente.

Mientras tanto, Solange había sabido a través de un telegrama que Paul no llegaría acompañado por su «querida mamá», sino por una enfermera. Inmediatamente cambió de planes y, en vez de quedarse en el salón del Príncipe de Saboya metiéndose en su personaje mientras esperaba a su invitado, decidió ir ella misma a buscarlo a la estación.

La presencia de la Gallinato en Italia tenía a los periódicos tanto más alborotados cuanto que, en la gran tradición de las divas, Solange no era parca en caprichos ni declaraciones. Al anunciar que iría a la estación de Milán, convirtió la identidad de su invitado en un gran misterio. Los reporteros y los fotógrafos pensaron en una nueva historia de amor, aunque nadie acababa de creérselo.

En aquellos dos últimos años, Solange había engordado una barbaridad, y le costaba desplazarse. Sorprendentemente, ni su voz ni su talento de intérprete se habían resentido; de hecho, cada vez cantaba mejor: estaba en plenitud de facultades. «La madurez», decía la gente.

Había abandonado, pues, el hotel rodeada por una nube de periodistas y reporteros. Los empleados de la estación sudaron la gota gorda para abrirle paso entre el gentío. El tren la encontró de pie en el andén, envuelta en una nube de tul blanco, tocada con un sombrero inmenso y rodeada de humo azulado; imponente, hierática y entregada: una encarnación bastante fiel del arquetipo de la mujer histérica. Las fotos quedaron muy bien. Para empezar, la bajada de Paul en brazos de Vladi y luego su instalación en la silla de ruedas hicieron rugir de gusto a la prensa. Los flashes destellaron. Paul sonreía de oreja a oreja; es, creo,

la foto en la que aparece más feliz de todas las que se conservan de él. Solange arrodillada, Solange avanzando pesadamente, cogida de la manita de su Pinocho... Esa tarde, las imágenes estaban en la portada de todos los periódicos, el público menos previsor se abalanzó sobre las taquillas de la Scala y la reventa alcanzó precios astronómicos.

Paul disponía de una suite comunicada por una puerta con la de Vladi, quien soltaba aullidos de admiración. Cuando vio llegar una comida especial para ella, acompañada de champán, la joven polaca, extasiada, le dirigió al camarero sonrisas incitantes, con lo que su reputación se extendió por todo el hotel en menos de una hora.

Unos minutos más tarde, Solange y Paul causaron sensación en el restaurante del palacio, donde, con gesto desinteresado, ella rechazó el lugar que le habían reservado en el centro de la sala y prefirió un rincón, cerca de unos inmensos espejos: una mesita más discreta, más apartada; es decir, donde las fotos quedarían más bonitas.

Solange comía con mucha distinción, pero unas cantidades que daban miedo. En consecuencia, la comida duró tanto que sólo iba a darle tiempo —era su programa habitual— de echarse una larga siesta digestiva y, hora y media antes de la entrada del público, dirigirse a la sala en la que actuaba por la noche.

Era la primera vez que estaban juntos así, frente a frente.

Paul tartamudeaba poco, Solange sonreía. Hablaron de ópera, de viajes... Ella evocó recuerdos de su infancia en Buenos Aires (aunque había nacido en Parma, de madre italiana), de su padre, propietario de un criadero de caballos peruanos de paso en el valle de Lerma, de su humilde debut, a los trece años, en una salita de Santa Rosa donde, esa misma noche, había recibido cuatro propuestas de matrimonio.

Paul escuchaba sus confesiones con expresión soñadora. Como había pasado muchas horas consultando documentos muy antiguos en las bibliotecas, era de las pocas personas que sabían que Solange Gallinato, cuyo verdadero nombre era Bernadette Travers, nacida en Dole (Jura), era en realidad la hija menor de un peón caminero alcohólico, encarcelado en Besançon el mismo día en que nació la pequeña, con tres meses de adelanto debido al maltrato conyugal.

Paul la miraba con cara seria. Desde la primera vez que la había visto, había descubierto en ella la inmensa tristeza que siempre percibía en sus grabaciones. Solange era una mujer triste, y eso le encogía el corazón. Algo pasó en esa comida que tuvo un enorme impacto en Solange, aunque nadie supo nunca qué

fue. Puede que, de pronto, evocar el cruel destino de los personajes de su repertorio arrojara una luz trágica sobre su propia vida. Puede que el embeleso del pequeño le pusiera ante los ojos el desierto afectivo en el que había vivido desde la muerte de Maurice Grandet. O puede que, a la vista de aquel niño condenado de por vida a una silla de ruedas, se dejara invadir por una sensación de fatalidad e injusticia. Cualquiera sabe. Lo cierto es que esa noche, durante los ensayos, no consiguió mantenerse en pie el tiempo suficiente y cantó sentada. Ya no volvió a levantarse.

Aterrorizado, el director de la Scala subió al escenario para interesarse por ella. «Flores», se limitó a pedir Solange. Hicieron llevar una montaña de ramos y cestas, pedestales, columnas...

Cuando el telón se abrió, el público la vio sentada muy erguida en una silla ligeramente elevada gracias a un pedestal oculto bajo un paño de satén, en medio de un exuberante decorado de flores y plantas. Parecía que fuera a cantar en un jardín botánico.

También trastocó el orden del programa, que ya no cambiaría nunca. Como la última vez en París, empezó cantando a capela el aria inicial de *Gloria Mundi* con una voz desgarradora:

*Mi querido amor,
aquí estamos de nuevo,
en las ruinas del palacio
donde nos vimos por primera vez...*

En el momento en que Paul estaba escuchando las primeras notas de la ópera de Maurice Grandet en la gran sala de la Scala, en París eran las siete y media de la tarde y su madre descubría el titular del *Soir*:

EL GOBIERNO RUMANO NIEGA LA AYUDA SOLICITADA POR EL
CONSORCIO PETROLERO. IGNORARÁ LAS PRESIONES DEL ESTADO
FRANCÉS

Madeleine se apresuró a leer el artículo, pero no consiguió entenderlo: las palabras se le resistían.

Tardó más de un cuarto de hora en separar el grano de la paja y convencerse al fin de que, contrariamente a lo que todo el mundo esperaba que ocurriera, una

buena parte de su fortuna acababa de esfumarse.

Léonce, arruinada sin duda, aún no había aparecido. Madeleine no podía contener las lágrimas: ¿cómo iba a consolar a su amiga si, con toda probabilidad, también ella estaba afectada?

No conseguía imaginar lo que aquella quiebra iba a suponer concretamente en su vida. ¿Menos servicio? Sí, por supuesto. Aparte de eso, ¿a qué iba a tener que renunciar, si no llevaba una vida nada extravagante? Perder buena parte de los bienes debía de tener consecuencias, así que habría decisiones que tomar, pero ¿cuáles? Todo aquello era muy complicado. Pensar en Paul la ayudó a armarse de valor. Tenía que enfrentarse a la verdad. Llamó a Joubert. Acababa de irse del banco. Se cambió y pidió el coche.

Había cogido el ejemplar del *Soir de Paris*, cuyo titular, en la penumbra del vehículo, le parecía ahora dos veces más grueso y más amenazante. Inmovilizada en un embotellamiento a la altura del muelle del Sena, releyó los artículos, que recordaban cruelmente la euforia bursátil desatada en torno a aquel consorcio.

De pronto se detuvo ante otro titular:

DESCUBIERTO EN IRAK UN INMENSO YACIMIENTO PETROLÍFERO

Las acciones habían perdido el ochenta por ciento de su valor cuando fueron adquiridas de forma masiva por una entidad financiera francesa que se dispone a embolsarse una de las plusvalías más elevadas de la historia de la Bolsa de París en un tiempo récord.

Así que Joubert tenía razón. Madeleine estaba aterrorizada.

En el escenario de la Scala, las luces se habían atenuado insensiblemente y habían adquirido un tono ocre claro. Solange tenía los puños apretados sobre el pecho.

*¿Qué celos han hecho presa en ti?
¿Acaso las ruinas que nos rodean
son todo lo que queda
de nosotros?*

Gustave bajó tranquilo, erguido. Llevaba babuchas de color y un batín con bocamangas de seda, como un marido.

Madeleine no le dio los buenos días, tenía un nudo en la garganta. Bastaba ver la elevada estatura de Gustave, la fría y penetrante mirada de aquellos ojos azul claro, en los que no había ni hostilidad ni simpatía, para comprender que había puesto punto final a un capítulo decisivo de su relación con ella.

—Entonces, ¿no hay solución? —le preguntó sin preámbulos.

—Eso me temo, Madeleine...

Ella tragó saliva.

—La mayor parte de mi dinero estaba invertida ahí, ¿verdad? Pero... no todo. Usted creó una cartera con un cincuenta por ciento de acciones en otras empresas, ¿no es así?

Lo había preguntado con la autoridad de clase que le habían inculcado, pero que en aquellas circunstancias estaba fuera de lugar.

—Así es, Madeleine, pero...

—¿Pero...?

—Son empresas vinculadas en su mayoría al mismo sector, subcontratistas, proveedores, clientes...

—¡Tengo títulos ingleses, estadounidenses, italianos...! ¡Que yo sepa, el gobierno rumano no gestiona las empresas extranjeras!

—Todas esas sociedades extranjeras pertenecen al sector petrolero. También van a hundirse en los próximos días.

—¿Cuánto he perdido? ¿Qué me queda, Gustave?

—Ha perdido mucho, Madeleine. Le queda... muy poco.

—¿Lo he perdido... todo? ¿Toda mi fortuna?

—Lo esencial, sí. Tendrá que tomar medidas drásticas.

—¿Vender la casa?

Silencio.

—¿Venderlo todo?

—Casi todo, sí. Lo siento...

Madeleine pareció encoger varios centímetros. Aturdida, dio media vuelta y se dirigió a la puerta con paso mecánico, pero de pronto se detuvo y se volvió hacia Joubert. Tenía en las manos el arrugado ejemplar del *Soir*. Se lo mostró.

—Dígame, Gustave... «la entidad financiera» que hizo subir el petróleo rumano para comprar las acciones iraquíes a la baja, ¿era usted?

Joubert era un hombre frío, duro, pero esta vez la confesión era de talla y le faltó valor. Esquivó la pregunta.

—Le aconsejé bien, Madeleine, pero usted no quiso escucharme...

Ella se sentía en un estado de lucidez casi aterrador. Su cólera crecía a medida que su cerebro reconstruía la cadena de acontecimientos del último mes.

Primero Charles aparece diciendo que la amenaza una crisis económica y que Joubert está anticuado...

Los artículos del *Soir de Paris* sobre el extraordinario éxito del petróleo rumano...

El propio Gustave, haciendo todo lo posible por parecer alguien que da malos consejos que sería una locura seguir...

Madeleine empezaba a calibrar la magnitud de la manipulación de que había sido víctima.

Le entraron ganas de matarlo, de aplastarlo como a una víbora.

—Me encontrará en su camino, Gustave. Utilizaré las obligaciones de Paul, que me corresponde administrar, para reorganizar nuestra vida y...

—¿A qué obligaciones se refiere, Madeleine?

—A las que Paul heredó de su abuelo.

—Pero, Madeleine, usted las vendió...

La impresión la obligó a agarrarse al pomo de la puerta.

—¿Cómo que las vendí?

—Le aconsejé que reestructurara su fortuna y usted aceptó. Fue el pasado agosto, acuérdesse: le llevé gráficos, cifras, curvas... Los bonos del Estado, le expliqué, ya no rinden nada, y eso no cambiará en el futuro... Usted aceptó vender todos los títulos de su hijo, como yo le aconsejé. Le recalqué que era una decisión importante.

Sí, lo recordaba vagamente: «Se deshace de unos títulos improductivos y consolida el banco familiar...» Joubert hablaba en el tono docto, algo humillante, que adoptaba cuando quería hacerle sentir su inferioridad intelectual.

—Antes de que llevásemos a cabo esa reestructuración, me aseguró usted que comprendía perfectamente en qué consistía...

—Las obligaciones de Paul... ¿se vendieron?

—Para ser exactos, usted autorizó al banco a...

—¿Dónde está el dinero de Paul?!

Madeleine lo había gritado.

—Lo invirtió usted, como todo lo demás, en el petróleo rumano, Madeleine. En contra de mi opinión. No puede reprocharme nada.

—¿Lo he perdido todo?

—Sí.

Joubert hundió las manos en los bolsillos del batín.

—¿Y Paul también?

—Sí.

—A ver si lo entiendo, Gustave... Para hacer caer las acciones petroleras que quería comprar, necesitaba una inversión potente. Y utilizó para eso la totalidad de mi fortuna, ¿no es así?

—Yo no lo diría de ese modo...

—¿Y cómo lo diría?

—Diría que usted no quiso confiar en mí.

—Usted me mintió...

—¡Jamás! —Esta vez el que había gritado era él—. Tomó sus decisiones sola y contra mi consejo. Siempre le di explicaciones detalladas, pero usted suspiraba: la aburrían. Sólo se puede culpar a sí misma.

—Es usted un... —Tenía la palabra en la punta de la lengua, pero un resto de decencia le impidió pronunciarla. Joubert la había manipulado durante meses. Había actuado siguiendo un plan trazado cuidadosamente—. Toda mi fortuna ha pasado a sus manos...

—No. Usted ha perdido su fortuna al mismo tiempo que yo ganaba la mía, lo que es muy distinto.

Madeleine se tambaleó. La doncella corrió a ayudarla, pero ella la rechazó, bajó los peldaños de la escalinata y subió al coche.

Cuando el chófer estaba a punto de cerrar la puerta, Madeleine lo detuvo. Su vista había recaído en una ventana del primer piso.

Tras los cristales, Léonce la miraba.

Un momento después, Gustave apareció detrás de ella. Luego volvió a desaparecer.

Las dos mujeres siguieron mirándose unos instantes.

Luego, Léonce dejó caer la cortina lentamente.

La luz casi se había apagado.

El público, fascinado, intentaba localizar sobre el escenario la fuente de

aquella voz estremecedora, que cantó los últimos versos:

Te he querido tanto...
¿Cómo podría odiarte?
Mira en qué caos
has sumido mi vida....

19

La mansión Péricourt fue vendida el 30 de octubre de 1929, muy por debajo de su valor porque a Madeleine le urgía.

Un subastador hizo colocar tarjetas con los respectivos precios en cada mueble, cuadro, figurita, libro, cortina, alfombra, cama, planta, araña y espejo, exceptuando lo poco que Madeleine podría llevarse con ella. Se vio desfilar a buena parte de los que dos años antes habían acudido allí para el entierro de Marcel Péricourt.

Madeleine entró en la casa y se quedó petrificada.

Hortense se paseaba por el salón con la espalda arqueada, como un general de infantería visitando el campo de batalla tras la victoria. Libretita en mano, se detenía delante de una cómoda o un tapiz, retrocedía para hacerse una idea de cómo quedaría en su casa y anotaba cuidadosamente el número y el precio del lote, o bien pasaba al artículo siguiente.

—Oye, Madeleine... —le dijo sin molestarse en saludarla—, ese velador a dos mil francos... ¿no te parece un poco caro? —Se acercó a la mesita y deslizó un dedo por el tablero, como solía hacer para demostrarles a sus criados que aún quedaba polvo—. ¡Bueno, vale, dejémoslo así!

Y, tras apuntar el precio en la libreta, reanudó su recorrido.

Conteniendo las lágrimas y las ganas de abofetearla, Madeleine subió rápidamente la escalera. El suelo de la habitación de Paul estaba lleno de cajas, cajones, paja...

—Debe de ser difícil elegir, ¿no? —le preguntó en voz baja, afligida.

—No, ma... má. ¡T... to... do va bien!

Se quedaron callados unos instantes.

—Lo siento, ¿sabes? Yo...

—No ti... tie... ne nin... ninguna impor... impor... portancia, ma... má.

Paul quería tranquilizarla, pero la situación no era precisamente buena. De la venta de la casa habían obtenido lo justo para comprar dos pisos. En el primero, situado en la rue Duhesme, Madeleine, Paul y Vladi habrían tenido espacio suficiente, pero iba a ser la única fuente importante de ingresos de la familia, porque estaba destinado al alquiler.

El segundo mostraba claramente lo mucho que habían tenido que reducir su tren de vida: un salón, un comedor, dos habitaciones y, en la buhardilla, un cuarto para Vladi aún más pequeño que el anterior y con menos luz, pero con el que dijo estar encantada.

Era un segundo piso en la rue La Fontaine, 96. Como la silla de ruedas no cabía en el ascensor, para sacar a la calle a Paul Vladi tendría que sentarlo en una silla plegable dentro de la cabina y bajar la de ruedas a pulso por la escalera. Sólo podían permitirse una criada para todo.

Madeleine oscilaba entre el abatimiento y la culpabilidad. En unas semanas había descendido al nivel de vida de una pequeña burguesa que, para mantener una posición bastante modesta, tendría que renunciar a muchas cosas y calcular siempre. Lloraba durante horas, pero aceptaba lo que le pasaba con un fatalismo derivado de su agudo y obsesivo sentimiento de culpa. Era cierto, la habían aconsejado mal, pero ella había seguido las recomendaciones sin preguntar lo suficiente y eso sólo podía reprochárselo a sí misma. Había heredado una fortuna que había sido incapaz de conservar, ésa era la verdad. Gustave Joubert tenía razón al recordarle que había «firmado con pleno conocimiento de causa», que interesarse por los negocios sólo dependía de ella.

Madeleine había recibido una educación de mujer. Aunque la quería mucho, su padre la había criado con la convicción de que en las grandes cosas nunca estaría a la altura. Perder la fortuna que le había legado confirmaba esa opinión.

La mudanza a la rue La Fontaine se hizo el 1 de noviembre.

Unos días antes se habían publicado las amonestaciones de boda de la señorita Léonce Picard y el señor Gustave Joubert.

Pensar en la falsedad de la mujer a la que creía su amiga, que había utilizado su atractivo, su encanto, para confundir a Madeleine sobre sus inclinaciones íntimas... le hizo mucho daño.

Cuatro días después fue al despacho del notario Lecerf para firmar documentos. Al consultar el listado de la venta del mobiliario, vio que al final Hortense se había llevado el velador por dos mil francos justos porque nadie más había pujado. El gran retrato de Marcel Péricourt había sido adquirido por el

nuevo propietario «En recuerdo del gran hombre que hizo construir tan magnífico edificio».

—El señor Joubert ha pagado dos mil francos —precisó Lecerf.

—Creía que quien había comprado el cuadro era...

Madeleine no acabó la frase. Apurado, el notario se limitó a toser.

Así fue como Madeleine se enteró de que ahora la mansión Péricourt era propiedad de Gustave Joubert.

A finales de diciembre, Madeleine felicitó el año a André. Él respondió con una tímida carta llena de buenos sentimientos, en los que Madeleine quiso creer. Llamó al periódico y lo invitó:

—¿No irá a negarle una breve visita a su amiga, que ya sólo lo tiene a usted? Y Paul estaría tan contento de verlo...

No lo tenía nada fácil, estaba muy ocupado...

—Ya no trata con gente humilde, ¿es eso?

La propia Madeleine se sorprendió de su argumento. Avergonzada, quiso disculparse, pero André se adelantó:

—Sabe usted perfectamente que no es así. Al contrario, me encantaría, sólo que...

Entonces, el martes, no: mejor el fin de semana; es decir, el de la otra semana, a primera hora de la tarde, o un poco después, así es más fácil; entonces, el jueves... No había manera, siempre aparecía un obstáculo.

—Mire, André, el día que elija nos irá bien. Y si no encuentra una fecha, eso no impedirá que sigamos pensando en usted con cariño.

—Digamos el viernes de la próxima semana. No me podré quedar mucho rato, tendré que volver al *Soir* para el cierre...

Algo en lo que no participaba nunca: la edición se cerraba perfectamente sin él.

André dejó un paquetito sobre la cómoda, le cogió las manos a Madeleine con un gesto ambiguo que tanto podía significar intimidad como respeto y señaló a Paul, que dormía profundamente.

—Lo siento... —le susurró Madeleine.

André esbozó una sonrisa: lo entendía. Luego dio tres pasos hasta la silla de ruedas, como un joven padre tímido acercándose a una cuna.

Paul se despertó, vio a André y, de pronto, fue como si estallara un repentino

y violento huracán: el alarido que soltó no tenía límites. Los ojos desorbitados, los brazos alrededor de la cabeza, como si quisiera protegerse de un ruido ensordecedor, y aquel grito... Dios mío, ¿de dónde salía, tan potente como un aullido a la muerte? Vladi irrumpió en la habitación («*Co sie stalo, aniolku?*») y corrió al lado de Paul, que la rechazó. Estaba en trance, balanceaba la cabeza frenéticamente, tenía los ojos en blanco, aullaba como si quisiera destrozarse el pecho...

Madeleine cogió a André y se lo llevó de la habitación, pero Paul rugía de tal manera que el joven periodista no entendió lo que Madeleine intentaba decirle. Asustado, le indicó por señas que sí lo entendía y bajó la escalera como alma que lleva el diablo.

Madeleine corrió junto a Paul, le inmovilizó la cabeza rodeándosela con los brazos y empezó a acunarlo mientras le murmuraba frases de consuelo.

El niño lloraba a lágrima viva.

—Váyase, Vladi, yo me ocupo de él —dijo Madeleine—. Y apague la luz, por favor —añadió, y siguió arrullándolo un buen rato en la semioscuridad.

Cuando estuvo más tranquilo, Madeleine encendió únicamente una lamparita con tulipa anaranjada, que de noche creaba en la habitación un ambiente vagamente oriental. Se sentó frente a él y le acarició las manos, casi tranquila, pese a que Paul seguía llorando a mares.

Sabía que había llegado el momento para el que había estado preparándose y presentía que iba a causarle un dolor abismal. Le secó la cara a su hijo, lo ayudó a sonarse y volvió a sentarse.

El niño miraba por la ventana, como antaño. Madeleine no le hizo preguntas, se limitó a cogerle las manos.

Así pasaron dos horas, tres... Uno tras otro, el salón, el edificio, la calle y la ciudad se sumieron en la oscuridad. Paul pidió agua. Su madre le llevó un vaso y volvió a sentarse y a cogerle las manos.

Paul empezó a balbucear con voz grave, casi adulta. Tartamudeaba mucho. Las lágrimas volvieron a inundarle los ojos y con ellas brotó la verdad.

Aquello era muy lento, muy difícil... Los labios luchaban con cada sílaba, a veces las palabras se mezclaban... Madeleine esperaba pacientemente, pero con el corazón en un puño, y veía desplegarse ante ella la vida de Paul, una vida sobre la que no sabía nada, la vida de un niño que era su hijo, pero al que no conocía.

Primero desfilaron las largas sesiones de dictado durante las que André le

ataba el brazo izquierdo a la espalda para obligarlo a usar la mano derecha, horas enteras con aquella camisa de fuerza, con el cuerpo entumecido, los músculos agarrotados y aquella mano desesperadamente torpe que no quería obedecer... Y entonces, al primer error, la regla de hierro contra la yema de los dedos... «No se llora, Paul», le decía André. Hasta en sueños la llegada de su preceptor lo hacía sudar a chorros, agitarse, dar saltos en la cama.

André lo sorprendía con una novela de Jules Verne bajo las sábanas. «¿Está permitida esta lectura, Paul?» Hablaba con voz muy ronca.

Son más de las ocho, hay una cena en el salón, se oye el tintineo de los vasos, el olor a tabaco sube por la escalera. Paul, rojo, reconoce su falta. Entonces, la azotaina sobre las rodillas de André, con el pijama bajado: «Niño malo...» Tras lo cual, André vuelve a acostarlo, se inclina sobre él compasivamente, escucha a su vez los ruidos de la cena, las voces, se tranquiliza, vuelve junto a su alumno, le acaricia las enrojecidas nalgas con expresión afligida, pasan unos instantes y luego se oye un roce de tela junto a la cama, dos zapatos que caen pesadamente al suelo mientras del piso de abajo llega un repentino estallido de risas, a buen seguro alguien ha contado una anécdota, luego rumor de voces, los hombres se dirigen al salón de fumadores, las mujeres, solas, empiezan a hablar de la educación de los hijos, qué responsabilidad... Con la cara hundida en el almohadón, Paul cierra los ojos. Nota que André se tumba a su lado. Su respiración, su aliento, sus palabras... sus manos. Luego su peso. Y el dolor. «Vamos, vamos, ya está, ¿lo ves?, ya se ha acabado», y el dolor en los riñones, la sensación de estar desgarrándote por la mitad, «vamos, ya está», André habla con voz grave, muy baja, gime, dice que se pone triste cuando él no se esfuerza bastante y luego gime de nuevo. «El pequeño Paul se lo va a prometer a su amigo André, ¿verdad? Si no, el castigo no será la regla en la yema de los dedos.»

En esa época (lo recuerda bien), Madeleine entra en su habitación hasta cuatro veces por noche. «Vamos, corazón, cálmate, mamá está aquí...» Le acaricia la frente, él se agita como un gatito; Léonce llega a su vez: «Vaya a acostarse, Madeleine, me quedará cuidándolo un rato y luego me iré.»

Porque Paul se despertaba todas las noches y escuchaba los ruidos de pasos en la escalera de servicio, temblando ante la posibilidad de que André se parara, entrara a hurtadillas en la habitación, se desnudara furtivamente. A veces no emergía del sueño hasta que sentía su aliento saturado de alcohol y tabaco en el cuello, sus manos por todas partes... «No quiere que salga, el muy granuja...», decía Madeleine riendo, porque, en cuanto se enteraba de que había invitados a

cenar, o algún espectáculo al que ella tenía que asistir, Paul se echaba a llorar. «Vamos, Paul», decía ella sentándose al borde de la cama. Iba con traje de noche, a veces con el abrigo sobre los hombros. «Mamá no volverá tarde.» Y él se agarraba a su brazo como un animalillo. «Ya eres mayor, Paul, y además tienes que dormir, no quiero irme enfadada contigo, cariño, ¿comprendes?» Él decía que sí. Madeleine creía que le daba miedo la oscuridad: «Voy a dejar la luz del pasillo encendida y no la apagaré hasta que vuelva, te lo prometo.» «Buenas noches, André», la oía decir, Madeleine hablaba bajo, «cuidará usted de Paul, ¿verdad? Es usted un ángel». Había un ruidito que no conseguía identificar, parecía un beso furtivo, a veces incluso una risa. «Chist, vamos», decía Madeleine, su voz era risueña. Luego se oía un frufrú de tela en la escalera, se hacía de noche, la luz seguía encendida en el pasillo, como había dicho ella, hasta que la silueta de André la tapaba. Paul se volvía hacia la pared, el corazón desbocado, las ganas de vomitar, los pasos acercándose a la cama, el ruido sordo de los zapatos al caer en la alfombra.

Llegó la imagen del abuelo. Aquel hombre corpulento y pesado, que olía a tabaco de pipa, al que Paul veía casi siempre sentado ante su escritorio, que alzaba los ojos cuando se abría la puerta: «¡Vaya, pero si es mi hombrecito! ¿Qué ocurre? ¡Anda, ven!» Nunca se negaba a ocuparse de él, eso no había pasado nunca, nunca. La habitación olía a café, pero el abuelo olía a colonia y tenía un espeso bigote que le hacía cosquillas en el cuello cuando lo besaba.

Madeleine vio a su padre sentado ante el escritorio, con su nieto sobre las rodillas, acurrucado contra él.

—Oye, Madeleine —le había dicho un día el señor Péricourt como de pasada—, ¿no sería mejor llevar al chico a un colegio, con otros niños de su edad?

—No te metas en eso, papá. Es mi hijo, lo educó yo y lo hago a mi manera.

El señor Péricourt no estaba ciego, ni sordo. Debía de oír, como los demás, los sigilosos pasos de Madeleine cuando, en plena noche, subía o bajaba la escalera de servicio. Pero ¿cómo iba a decírselo a su hija? Era imposible. No había insistido, pero Madeleine había encontrado a menudo a Paul en el despacho de su abuelo, dormido en sus brazos.

Paul no hablaba de todo aquello con su abuelo, no tenía las palabras para decirlo. Pero iba a cobijarse, a dormirse, a consolarse a su lado, entre los pliegues de su bata de lana, envuelto en el olor a tabaco de su despacho, que era su refugio. El único.

Y un día el abuelo se murió.

Luego llegó el momento del entierro.

Léonce manda a André a buscarlo, un André furioso, porque lo han interrumpido en su primera gran misión periodística, un André fuera de sí, que sube los peldaños de la escalera de tres en tres, descubre a Paul en la biblioteca de su abuelo y le ordena que baje.

El niño no reacciona, tartamudea. André lo abofetea con todas sus fuerzas y vuelve a bajar, exasperado.

Paul está llorando. Está solo. Ahora que su abuelo ha muerto, ya nadie lo protegerá.

Abre la ventana y se sube al alféizar.

Y cuando ve aparecer a André en la escalinata de la entrada, se arroja al vacío.

Duerme en brazos de su madre. Una claridad azulada anuncia la llegada del día. Madeleine lleva horas así, entumecida por el peso del niño, martirizada por los calambres, pero no se mueve. Respira lentamente. Se sorprende pensando que está haciendo con Paul lo que antes hacía su padre.

Se oyen los primeros ruidos. Vladi aparece, se detiene en la puerta y susurra:
—*Wszystko w porzadku?*

Fiándose de su instinto, la joven polaca entra sin esperar la respuesta, coge en brazos a Paul y lo acuesta en la cama.

Madeleine permanece sentada, con la mirada perdida.

Tenía ganas de matarlo. Iría a su casa, llamaría a la puerta y, cuando le abriera, André comprendería enseguida y daría un paso atrás, pero ella le vaciaría el cargador entero en el pecho.

Esas ideas asesinas emergían de forma violenta de un hirviente magma de recuerdos y reproches. Aquel largo período durante el que no había visto ni oído nada, mientras Paul sufría espantosamente, era el mismo en que ella subía a hurtadillas la escalera para reunirse con André.

Si hubiera ido a su casa de inmediato, si hubiera subido la escalera sin reflexionar, lo habría matado. Habría llamado y, en cuanto se abriera la puerta, se habría arrojado sobre él con los brazos extendidos y lo habría empujado con tanta fuerza que lo habría lanzado contra la ventana y, en el instante en que topara con el alféizar y comprendiera lo que iba a ocurrir, se habría precipitado al vacío gritando. Madeleine se habría asomado y habría presenciado la caída: el cuerpo, curiosamente encogido en posición fetal, habría golpeado primero el

capó de un camión y luego habría rebotado y aterrizado en la calzada con un ruido sordo. Un coche habría intentado frenar, pero no habría podido evitar el atropello...

Sí, si hubiera ido de inmediato, quizá...

Pero no lo hizo, y no sólo porque no tenía fuerzas para hacerlo, ni por miedo a las consecuencias, en las que, sinceramente, no pensó ni por un momento.

No. Fue porque también ella era culpable.

¿Qué había hecho, Dios mío, qué espantosa catástrofe había provocado?

Paul recobró la calma. Aquella revelación lo había agotado, pero dos días después volvía a comer y a oír un poco de música. Madeleine tenía la confusa sensación de que estaba aliviado.

Pero ella no lo estaba.

Irían a la comisaría. Mejor aún, haría acudir al comisario para interponer la denuncia, tomarles declaración...

Paul se agitaba, volvía la cabeza en todas direcciones gritando:

—¡N... nu... nunca!

Madeleine le aseguró que harían lo que él quisiera, pero volvió a la carga dos veces, provocándole cada vez un nuevo ataque de pánico. Paul no quería contarle aquello a nadie más. ¡Nunca!

Cuando decía que se arrepentía de habérselo contado a ella, Madeleine se arrojaba a sus pies y le pedía perdón, aunque ya ni siquiera sabía por qué.

Lo único que quedó claro durante esa confusa semana fue que Paul nunca testificaría, que sería incapaz de enfrentarse a esa prueba.

Madeleine le juró que no volvería a mencionarlo y Paul asintió, pero todo él emanaba un rencor hacia su madre que tardó mucho, mucho tiempo en apaciguarse.

Madeleine añadió a la lista de sus culpas y errores haberle propuesto a Paul que sufriera por segunda vez haciendo una confesión que había tardado largos años en emerger.

Años que desembocaron en una decisión tomada en un segundo.

Madeleine fue hasta su secreter, lo abrió y, de un tirón, sin una duda, sin una tachadura, escribió:

París, 9 de enero de 1929

Querido André:

Siento mucho lo que ocurrió cuando vino a vernos. Paul tuvo una horrible pesadilla que nos asustó tremendamente a todos. Y que, por desgracia, puso fin a su amable visita.

No se lo tenga en cuenta, ni a mí tampoco. Usted siempre es bienvenido, ya lo sabe.

Había un pequeño detalle para usted, por Navidad, que Paul estaba deseando darle.

No nos haga esperar mucho, vuelva pronto.

Afectuosamente, su amiga,

Madeleine

1933

Para que los dioses se diviertan de verdad,
el héroe tiene que caer de lo más alto.

Basado en JEAN COCTEAU

20

El 7 de enero, en La Tour d'Argent, el último en levantarse al llegar Gustave Joubert fue Lobgeois, lo que decía mucho sobre su estado de ánimo. Sacchetti dio dos discretas palmadas. Tras un instante de vacilación, todos empezaron a aplaudir, aunque brevemente, pero eso bastó para que Gustave dijera: «Vamos, vamos, amigos míos...» Sonreía de oreja a oreja, todos lo saludaban calurosamente. Lobgeois le tendió la mano desviando la mirada, Gustave pidió disculpas por el retraso. Qué modestia, estaban dispuestos a perdonárselo todo. Desde hacía quince días, era el gran hombre.

Murmullos, ruido de sillas, tintineo de cubiertos... Se oyó el primer tapón de champán, los camareros se acercaron y todo el mundo levantó la copa. «¡Un discurso!», pidió una voz.

Gustave se negó modestamente.

—¿Para que se tomen mi champán?

Rieron, «Ja, ja, ja...» Gustave no era más gracioso que el año anterior, pero eso era el año anterior.

En un gesto de desesperación, Lobgeois se había sentado frente a él. Todo el mundo se frotaba las manos por adelantado ante el enfrentamiento que aquello anunciaba. Las hostilidades no estallarían antes de la llegada del pato con nabos; mientras tanto, comieron charlando, primero de política, como siempre. Ese año no hubo lugar para la polémica: la unanimidad fue espontánea. Otra vez la izquierda en el poder, menuda gracia.

En las últimas legislativas, los votantes no habían compartido las esperanzas que el pequeño grupo de ex alumnos de la Central tenían puestas en Tardieu. No era de extrañar: aquel modernizador no había conseguido modernizar casi nada; su confianza en una política de prosperidad no había sido más que confianza en sí mismo.

—Sin embargo, todo el país debería hacerse a la idea de que las reformas son

indispensables —dijo alguien.

La frase reflejaba perfectamente el sentir de todos, pero sonaba a fórmula política, y en aquel grupo, como en casi cualquier otro, la política no gozaba de buena prensa. Además, los constantes escándalos habían puesto a prueba las mejores voluntades y sacudido las convicciones más sólidas; se tendía a pensar que nadie había tenido la valentía de tomar las medidas necesarias contra las inercias francesas. Sacchetti sintetizó la opinión general con su proverbial habilidad:

—¡Ya va siendo hora de dejar actuar a quienes saben hacerlo!

Aún no habían acabado con los entrantes y ya tenían la gran idea sobre la mesa. Eso demostraba que estaban impacientes por escuchar a Joubert.

Para que el lector comprenda mejor esa impaciencia, quizá convenga explicarle lo que había pasado durante los tres años transcurridos desde que, a finales de 1929, Gustave se enriqueciera escandalosamente gracias al petróleo iraquí en las circunstancias que ya conocemos.

Por primera vez en su vida, el dinero le hacía sentir que podía elegir. Lo atraía la industria, tanto más cuanto que sus dudas sobre el futuro de los bancos no dejaban de confirmarse. El espectacular naufragio del Banco Oustric, que había arrastrado al Banco Adam, había provocado pérdidas de más de mil millones de francos. Las entidades pequeñas o medianas, como la que había fundado Marcel Péricourt, eran las más frágiles y, por consiguiente, las más amenazadas.

Gustave se había interesado por las Industrias Souchon, una empresa de mecánica general de Clichy que seguía dirigiendo su fundador, cuyos dos hijos habían muerto durante la Gran Guerra. Seis máquinas herramienta un poco anticuadas, una veintena de trabajadores con una media de edad preocupante, una clientela que encogía a ojos vistas... El perfil ideal para recibir una oferta de compra que, a falta de descendientes, Alfred Souchon había acabado aceptando. Gustave Joubert no tardó en felicitarse por su intuición. La quiebra del Creditanstalt, previa a la del Danat Bank alemán, previa a su vez a la del Banco Nacional de Crédito, confirmó que el barco bancario hacía agua por todas partes.

Joubert se lanzó. Presentó la dimisión para dedicarse a sus propios negocios.

Su marcha desencadenó una tremenda crisis de confianza entre los administradores y los clientes del Banco Péricourt. El pánico, iniciado en una sucursal de provincias, alcanzó a la sede parisina. Fue imposible devolver el dinero a los depositantes que lo reclamaban. Los poderes públicos tenían cosas

más urgentes de las que ocuparse, de modo que el Banco Péricourt se fue a pique en menos de dos semanas.

Charles Péricourt hizo una declaración muy digna que le permitió enterrar a su hermano por segunda vez.

Ni se les ocurrió preguntarle a Madeleine, que ya no existía para nadie.

El nuevo dueño de Industrias Mecánicas Joubert ya había negociado la compra de cuatro máquinas herramienta modernas, la sustitución de la plantilla por otra de la siguiente franja de edad y una serie de jugosos contratos con clientes reclutados en el Jockey Club y la asociación de antiguos alumnos de la Central, tras lo cual un importante acuerdo con Lefebvre-Strudal para el suministro de piezas de motor de avión puso a Industrias Mecánicas Joubert a cubierto de los imprevistos durante al menos dos años. Negocio redondo. Como capitán de industria, Gustave se sentía al fin en su sitio.

Pero no vayan a creer que ese éxito rápido, aunque en absoluto excepcional, era el motivo por el que esa noche se agasajaba a Gustave Joubert en la Tour d'Argent. No, la verdadera causa de tanta admiración se llamaba... «Renacimiento Francés», una idea nueva cuyo creador, apóstol, cerebro y promotor era Joubert. Es decir: el Renacimiento Francés era él. Él, que había planteado lo evidente de forma tan clara: el maremoto de la crisis estadounidense ha alcanzado al fin las costas francesas, Alemania se rearma peligrosamente, Europa se rompe por todas partes y, mientras tanto, la clase política francesa persiste en el amiguismo, el tráfico de influencias y no aprende nada. «Ya va siendo hora», decía Joubert, «de que el poder valore adecuadamente a los hombres sensatos, experimentados, fiables, patriotas y, sobre todo, sobre todo, com-pe-ten-tes. ¡A los técnicos!»

Eso era el Renacimiento Francés, un movimiento, un «laboratorio de ideas», formado por expertos, que iba a regenerar Francia.

El Parlamento había fingido aplaudir la iniciativa porque no se podía ignorar ni combatir abiertamente a un grupo que tenía en sus filas a la flor y nata de la industria francesa, desde la electricidad hasta el automóvil, pasando por el teléfono, la química, la metalurgia y la farmacia.

—Los políticos lo han intentado —dijo Joubert— y ya conocemos los resultados... ¡Ha llegado el momento de que hombres apolíticos y patriotas le digan la verdad al pueblo francés!

Por «apolíticos» hay que entender «anticomunistas».

—No veo cómo se puede ser apolítico y patriota a la vez —replicó Lobgeois

—. ¡No me cabe en la cabeza!

Joubert sonrió.

—Apolíticos, mi querido Lobgeois, quiere decir que ante todo somos gente pragmática. Sea de derechas o de izquierdas, una medida que contribuye a la recuperación del país es una buena medida. En cuanto al patriotismo... simplemente pensamos que hay que estar preparados para cualquier eventualidad.

—¿Qué eventualidad?

Joubert soltó una risita desdeñosa.

—En julio, Hitler gana las elecciones. En septiembre, Alemania se retira de la conferencia sobre desarme... ¿Eso no te preocupa?

—¡El eterno juego de la diplomacia! A mí Hitler más bien me tranquiliza. Pondrá orden en esa casa de locos que es Alemania... Te equivocas de enemigo, Joubert. Hitler y nosotros tenemos el mismo: el comunismo.

Murmullo de aprobación.

—Eso es porque no sabes leer.

La respuesta rayaba en el insulto, lo que era contrario a la norma tácita del grupo: se podía estar en desacuerdo, pero había que respetarse como camaradas. Así que Joubert se apresuró a corregirse:

—Perdona, Lobgeois, me he expresado mal. Quería decir que no sabes leer alemán.

—Bueno, ¿y de qué me habría enterado si supiera?

—De que Hitler, que se encamina al poder, considera a Francia su enemigo jurado.

—Ah, sí, he leído algo sobre eso...

—Pues no parece haberte interesado mucho. Pero atiende: «... *der Todfeind unseres Volkes aber, Frankreich...*» Perdona, no sabes alemán: «El enemigo mortal de nuestro pueblo: Francia, nos ahoga sin piedad y nos sangra. Ninguna renuncia debe parecernos imposible para abatir al adversario que nos odia tan rabiosamente.» No sé qué más necesitas...

—¿Está en la prensa?

—No, está en *Mein Kampf*, las memorias del señor Hitler, el breviario del partido nazi.

—¡Eso es política, Gustave, nada más! Nadie quiere otra guerra. Hitler sube el tono para convertirse en canciller: apuesta fuerte, pero buscará una vía pacífica. Los conflictos salen caros.

—Cada cual sabrá... Y la Historia lo dirá.

Joubert prefirió no continuar porque alrededor de la mesa debía de haber tantas opiniones favorables a su tesis como a la tesis contraria. Era un tema que dividía.

Aprovechando su silencio, Lobgeois quiso aumentar la ventaja que creía llevarle:

—Además, eso tuyo es muy abstracto. Tu Renacimiento Francés publicará estudios... ¿Quién los leerá? Propondrá un programa de reformas... ¿Quién las aplicará?

Un observador atento habría advertido que en ese momento el grupo, como con el tema anterior, se había dividido sutilmente en dos. Era un signo de los tiempos: todo daba pie a la división, la controversia, el desacuerdo.

—No nos quedaremos en las abstracciones, Lobgeois, te lo prometo —dijo Joubert con calma—. Lo veremos a final de mes.

—¿Qué pasará a final de mes?

Joubert se limitó a sonreír.

—¿Es que nuestra cena anual se va a convertir en mensual? —preguntó Sacchetti, que comprendía mejor que nadie que el duelo ya había durado bastante.

Risas, distensión... Volvieron a sonar los tapones de champán. Había llegado el momento de hablar de mujeres. Joubert consultó discretamente su reloj pensando en la suya...

... Léonce, que en ese preciso instante estaba a cuatro patas, jadeando al ritmo de los vigorosos embates de un joven llamado Robert.

Aporrearon la pared. ¡Ya está bien, ¿no?! Una voz de mujer, chillona, colérica. Léonce se echó a reír y se derrumbó en la cama. ¡Dios, cómo he disfrutado! ¡Ha sido increíble! Estaba empapada de sudor. Y él, Robert, con ganas de más. «Dos minutos, cariño», le pidió Léonce. Se puso boca arriba. La habitación era pequeña y estaba mal ventilada, el aire olía a una mezcla de sexo, alquitrán y sudor, el vaho formaba regueros en los cristales... «Abre un poco, cariño, ¿quieres?» El aire fresco era muy agradable. Se abanicó con la mano. Las gotitas de sudor le perlaban el vientre, los pechos... Robert encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama. Maquinalmente, Léonce le cogió el miembro con la mano libre y se lo acarició casi sin pensar: para ella era como desgranar un rosario.

—Creo que debería ir yéndome... ¿Qué hora es? —Robert hizo como que lo miraba—. ¿Y tu reloj? —Él se puso rojo—. ¡Oh, no! ¿Ya lo has vendido?

¡Un reloj de mil francos, con un montón de esferas, que le había regalado hacía un mes!

Furiosa, se levantó y se dirigió hacia el biombo que ocultaba la palangana y las toallas. Costaba imaginarse una silueta más esbelta, caderas mejor torneadas, pechos más delicados, nalgas más redondas y firmes, un pubis mejor depilado... El mismo Robert, que no era muy dado a emocionarse, se quedó sin aliento.

Mientras se lavaba un poco, Léonce asomó la cabeza discretamente. Robert seguía sentado en la cama con cara de pena. Ella sonrió, lo encontraba enternecedor.

Era un hombre de unos treinta años, de nariz larga y recta, ojos juntos y hundidos. Sus gruesos labios, que casi nunca se cerraban, dejaban ver unos dientes amarillentos. Cuando le preguntaban por qué tenía un lado de la cara estirado hacia atrás y la oreja desgarrada, respondía que había tenido un accidente de caza, lo que en parte era verdad. Como consecuencia de ese episodio, según con qué ojos se lo mirara, podía parecer un tanto cándido o francamente amenazador. A veces, a las chicas les daba un poco de miedo. A Léonce, que le gustaban un pelín canallas, la atrajo en cuanto lo vio.

En la vida civil era mecánico de coches. Al menos había empezado en eso, porque tenía unas buenas manos y la escuela no era lo suyo: nunca se había sacado nada y, como el certificado de estudios primarios era un horizonte inalcanzable, enseguida lo habían metido de aprendiz. Había empezado limpiando piezas con gasolina para empleados que se creían jefes porque tenían a otro trabajador al que pisar. A Robert le gustaban los coches, pero no tanto por la mecánica como por el placer de conducirlos, de exhibirse al volante. Había chicas a las que eso las ponía, y ése era justo el tipo de chica que le gustaba a Robert. No llevaba un año de aprendiz y los domingos que hacía buen tiempo ya había empezado a levantar a escondidas la persiana metálica de la parte posterior del taller y a coger prestado algún coche de los que esperaban los clientes. A la vuelta, a falta de dinero, había que sacar un poco de gasolina de todos los demás para volver a llenar el depósito más o menos. El gusto que le quedaba en la boca era un poco desagradable, pero no tanto como para dejar de hacerlo.

A los diecinueve años ya había dado un número increíble de vueltas en coches bastante lujosos que él jamás podría permitirse. Su hermano encontraba a las chicas, él ponía el coche y al final de la noche lo devolvían y se quedaban con las chavalas. ¡Qué tiempos aquéllos! Que habían terminado la noche en que,

poco después de la una, en un Farman A6B Super Sport, Robert, cuando una de las pasajeras, achispada de espumoso, metió entusiasmada la cabeza bajo el volante para expresarle su gratitud, embistió sucesivamente un Bébé Peugeot, un Fiat Tipo 3 y un 11 CV, antes de estrellarse contra el escaparate de una floristería. Curiosamente, el dueño del taller no lo despidió, tan sólo lo cambió de taller.

A partir de ese día, Robert pagó su deuda desmontando piezas de coches robados y modificando otros destinados a la exportación. Unas actividades de las que podría haber aprendido muchas cosas, más de las que su cerebro podía almacenar.

Robert era puro instinto. Capaz de pensar, pero poco rato. Planificar más allá de la semana en curso siempre le había costado mucho. Esa dificultad para imaginar el futuro lo había convertido en un hedonista. Como para los niños, para él sólo existía el presente. Alérgico al esfuerzo, estaba acostumbrado a coger lo que tenía a mano, un coche, una chica o un billete: no estaba claro que supiera diferenciar entre las tres cosas. Robert no pensaba mucho, pero poseía una especie de inteligencia impulsiva; intuía las cosas, las situaciones, sabía escabullirse cuando convenía, aprovecharse cuando lo dejaban, satisfacerse cuando podía y ponerse a salvo en cuanto olía el peligro.

Tras dos años de purgatorio en la sala de máquinas, una mañana Robert se despertó con la certeza, puramente instintiva, de que había pagado su deuda. Él era así: no tenía término medio, todo era sí o no, y en ese momento era no.

A medida que se acercaba al taller de Saint-Mandé, incluso se convenció de que no sólo había pagado con creces, sino que además estaban en deuda con él: quería llevarse un coche, aunque no tenía por qué ser uno grande, uno «de lujo»; en su escala de valores, un coche era lo que mejor simbolizaba su derecho a recuperar la libertad. Su jefe no lo veía igual. Robert agarró un gato con la manaza derecha y acabó en una celda de La Santé, donde estuvo dos meses haciendo nuevas amistades.

Al salir era otro hombre. Se acabaron los talleres (aunque su pasión por los coches seguía intacta) y trabajar para otros. Robert se estableció por su cuenta. Hábil con las manos, espabilado en cuestiones de mecánica y poco impresionable, reunía los requisitos mínimos para hacerse ladrón, aunque carecía de estrategia. Así empezó una larga serie de operaciones cuyo denominador común era que nunca salían como estaba previsto. Tras dos horas forcejeando con las cerraduras, entraba en un piso vacío porque el dueño se había mudado dos días antes, o encontraba cajas fuertes ya abiertas o joyas tan falsas que los

peristas se partían de risa, o se daba de bruces con dos polis al salir del jardín. Así no había manera de ganarse la vida.

Nunca le dio por pensar que a su forma de organizarse le faltaba método. Para él todo eran gajes del oficio. No obstante, empezaron a entrarle dudas el día en que una mujer lo sorprendió en la planta baja de una tienda y, sin previo aviso, le disparó con una escopeta de caza. Robert agachó la cabeza justo a tiempo, pero unas esquirlas de porcelana le arrancaron la parte superior de la mejilla y la mitad de la oreja, aunque consiguió huir sangrando como un cerdo. Al salir del hospital dudaba de su vocación.

Y en ésas lo pilló la Gran Guerra.

Herido en el hombro en el primer combate, pasó la contienda sin pena ni gloria, empleando la mayor parte de su tiempo en conseguir que lo trasladaran a un nuevo hospital o a un nuevo servicio.

Una vez licenciado, se dedicó a «hacer chapuzas», como llamaba él púdicamente a la ristra de pequeñas fechorías que un buen día lo obligaron a abandonar a toda prisa el territorio francés. Y en Casablanca conoció a Léonce.

Léonce oyó dar las dos, «Tengo que irme ya»... Allí había el sitio justo para lavarse y nada para dejar la ropa, que colocaba encima del biombo. Odiaba aquel hotel: por el pasillo pasaban más fulanas que coches por la place de l'Opéra. Pero Robert estaba en su salsa; en sitios así se sentía como pez en el agua. Y el hotel estaba en el noveno distrito. En la rue Joubert. Robert también lo había elegido por eso.

—¡La rue Joubert! ¡Tiene gracia, ¿eh?! Me encanta ese tío...

«Eso es porque no tienes que acostarte con él...», le habría gustado decir a Léonce, pero Robert tenía celos selectivos, caprichosos, y a veces se le escapaba la mano, aunque a Léonce no le importaban unos azotes, pero Robert no siempre se conformaba con eso.

Estaba poniéndose la combinación cuando él asomó la cabeza y le acarició una teta: «¿Hasta mañana?» En lo que tardó en volverse, Robert había salido disparado de la habitación para ir a ver los resultados de las carreras que se había perdido.

Mientras acababa de arreglarse un poco, Léonce pensó en Joubert, con el que iba a reunirse. Nunca había soportado a aquel tipo, no le gustaba nada de él, ni su olor ni su piel ni su aliento ni su voz. Léonce se preguntaba de qué le había servido su difunta mujer en el tema del sexo, porque estaba más verde que un niño de primera comunión. Ni eso: cuando ella hizo la primera comunión, hacía

tiempo que la habían llevado al huerto. El problema de los hombres tardíos es que quieren recuperar el tiempo perdido. Pero en el fondo a ella le molestaban más sus ronquidos que sus excentricidades de seminarista; Gustave no aguantaba mucho y un cuarto de hora mirando el techo tampoco era tanto.

Léonce había ganado mucho con aquella aventura. Dinero (Joubert no era mirado con los gastos) y libertad de movimientos (cerraba los ojos). Eso sí, había tenido que casarse.

Salió del hotel a toda prisa y llegó al bulevar. Aún le temblaban las piernas. Antes de parar un taxi, se miró en un escaparate. Tenía menos de media hora para volver a transformarse en una joven burguesa, más tiempo del que necesitaba.

Joubert y su mujer consultaron sus relojes en el mismo instante.

Él estaba un poco inquieto. La tradición había establecido que allí se hablaba de mujeres, pero no se las veía. Así que, cuando Léonce hizo su aparición en la sala, siguiendo instrucciones de su marido, y se disculpó («Lo siento, creía que la cena había acabado...») y amagó con volver a irse, Gustave comprendió que acababa de marcarse otro tanto ante sus condiscípulos. La belleza de Léonce los dejó a todos boquiabiertos. «No, no, señora Joubert, no se disculpe.» Las miradas saltaban de sus ojos a sus caderas, los que la veían de perfil se recreaban, con un nudo en la garganta, en sus nalgas de antología. Llevaba un precioso vestido de crepe de China de color marfil y una peineta negra de galatita en el pelo. «¡Quédese, señora, tome asiento!» Joubert estaba hinchado como un pavo. A Sacchetti, a cuyo lado se acomodó Léonce, le pareció que, tras el perfume de Coty, aquel demonio de mujer despedía unos efluvios furiosamente sexuales.

El señor Dupré se detuvo un instante y los demás trabajadores que también salían de taller lo zarandearon un poco. Madeleine, plantada en la acera de enfrente, no podía estar allí por casualidad, porque no dejaba de mirarlo. Fue hacia ella.

—Buenos días, señor Dupré.

Dupré se limitó a llevarse el índice a la visera rápidamente. Aquel encuentro lo hacía sentir incómodo. Se habían cruzado por casualidad, ¿cuándo?, el pasado otoño, y no habían sabido qué decirse. Un recuerdo bastante penoso. Él le había explicado que era encargado en un taller de ajuste y soldadura de la rue de Châteaudun, un sitio fácil de encontrar.

—¿Podríamos...?

Madeleine señaló la calle. Quería hablarle, la acera no era buen sitio.

Caminaron hasta la rue Saint-Georges. Dupré se hizo a un lado para abrirle la puerta de Chez Germaine, donde comía de vez en cuando. La guió hasta el fondo de la sala. En la de al lado, los jugadores de billar hablaban a voces: nadie podría oírlos. Ella pidió una gaseosa y él un agua de Vichy. «¿Nunca beberá cerveza o vino, como todos los hombres?», se preguntó Madeleine. Para hacer tiempo, miraba el local con un interés exagerado, como si Dupré la hubiera llevado a un sitio del que le hubiera hablado a menudo y ella estuviera maravillada. Aquella burguesa con sombrero había despertado la curiosidad de los parroquianos, pero el señor Dupré era un hombre muy corpulento y aparentaba una gran fuerza física. Sus orejas de soplillo y sus ojos un poco legañosos no animaban a meterse con él. Los jugadores volvieron a la mesa de billar.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Péricourt?

Madeleine le dio otro sorbo a la gaseosa. Él no había tocado su vaso. La miraba sin moverse, rígido.

—He venido... a pedirle consejo.

—¿A mí?

Madeleine percibía su desconfianza a flor de piel. Su mirada pasaba rápidamente de sus manos a la barra, de ésta a la sala de billar y luego de nuevo a él. Se lanzó:

—Verá, busco a alguien...

—¿Y de quién se trata?

—No, de nadie en particular, quiero decir... busco a alguien... para un trabajo. Eso es, para un trabajo.

—¿De qué tipo?

Nuevas miradas a diestro y siniestro. Nerviosa, hizo tamborilear los dedos sobre la mesa.

—Un trabajo... de investigación, en cierto modo. Sobre cierta gente.

Dupré asintió con la cabeza, «De investigación, de acuerdo». La situación había dado un giro extraño. Él esperaba que siguiera, la animaba a hablar, pero Madeleine lo había dejado ahí, como si ya lo hubiera dicho todo. Dupré probó el agua de Vichy. «Investigar a gente» siempre tenía que ver con asuntos de pareja, con adulterios. Si la señora Péricourt quería investigar a un amante, un futuro marido o una rival, ¿por qué acudía a él?

—Hay gente que se dedica a eso, señora Péricourt. Detectives. Vigilan los

sitios, conocen las leyes... Consiguen que el comisario aparezca en el momento adecuado... Bueno, ya sabe, para coger a las parejas con las manos en la masa.

—¡Oh —exclamó Madeleine comprendiendo el malentendido—, no se trata de eso, señor Dupré!

—Entonces, ¿de qué?

—Bueno... de vigilar, como ha dicho usted. De vigilar a cierta gente para averiguar ciertas cosas...

—Y perjudicarles, ¿no es eso?

—¡Eso es!

Madeleine estaba aliviada. Sonrió satisfecha.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Me preguntaba si quizá...

—¿Si yo sería el hombre adecuado para hacerlo?

—¡Oh, no, señor Dupré, nada de eso! Usted no, por Dios... Pero tal vez conozca a alguien...

El señor Dupré cruzó los brazos. Para ordenar las ideas, apretaba los músculos.

—Usted cree que yo conozco a gente que lo haría.

—Pues sí, pensaba que...

—Busca a un sinvergüenza y, como su marido ya no está disponible, acude a mí...

—No, le aseguro que no es eso...

—Sí, eso es justo lo que hace. No sé lo que quiere exactamente, pero está claro que necesita a un granuja. Y ha pensado que el mejor sitio para encontrarlo era entre los trabajadores. —Viendo la tranquilidad del señor Dupré, nadie que hubiera presenciado la escena desde lejos habría podido imaginar el desagradable giro que había dado la conversación—. Para la hija de un banquero, de los obreros a la chusma debe de haber un paso... —Madeleine quiso interrumpirlo—. Además, se habrá dicho que el antiguo ayudante de su marido debe de ser de la misma ralea que su ex jefe, que debe de conocer a un montón de gente capaz de cualquier cosa. Es muy lógico.

La acusación estaba más que justificada. Lo que entristecía a Madeleine no era tener que irse de allí con las manos vacías y replantearse un asunto que había esperado resolver, sino el hecho de que, en el fondo, el señor Dupré estuviera en lo cierto.

—Tiene razón, señor Dupré. He actuado mal con usted. —Se había

levantado—. Y le pido disculpas.

Su sinceridad era evidente. No había dado más que un paso cuando Dupré la interrumpió:

—No me ha contestado. ¿Por qué me lo ha pedido a mí?

—Ya no conozco a nadie, señor Dupré. Y a mí tampoco me conoce nadie. Así que, no sé, pensé en usted, nada más.

—¿A quién quiere perjudicar, señora Péricourt?

Todo se había vuelto muy sencillo. Ya no había necesidad de mentir.

—A un antiguo apoderado de un banco, a un diputado de la Alianza Democrática y a un periodista del *Soir de Paris*. —Madeleine esbozó una amplia sonrisa—. Como ve, son gente bien situada. ¡Ah, y también hay una antigua empl...! Bueno, una antigua amiga, en realidad.

—Siéntese, señora Péricourt. —Tras una breve vacilación, Madeleine volvió a su sitio—. ¿Cuánto paga por ese trabajo?

—Sería a convenir... No tengo experiencia...

—Mi sueldo es de mil ochenta francos al mes.

La cantidad la dejó helada. Llevaba tres años ahorrando con muchas dificultades, pero aún estaba lejos de esa cifra.

—Es un trabajo largo y difícil que requiere habilidad, mano izquierda. Soy un obrero muy cualificado, no puedo trabajar por menos. —Tras reflexionar un instante, añadió—: Sin contar los gastos, por supuesto.

—¿Por qué...?

El señor Dupré apoyó los codos en la mesa y acercó la cara a la de Madeleine. Le habló en voz muy baja:

—Señora Péricourt, yo no le pregunto por qué quiere acabar con esa gente. Busca a alguien para hacerlo. Yo lo haré, se lo garantizo. Mi precio es el equivalente de mi sueldo actual, ni un céntimo más ni uno menos. Piénselo. Ya sabe dónde encontrarme.

Estaban de pie, todo había ido muy deprisa, ya habían llegado a la puerta. Cuando vio que el señor Dupré se disponía a pagar las bebidas, Madeleine abrió el bolso a toda prisa. Él la detuvo con un gesto.

—Ha estado a punto de insultarme una vez, no lo haga de nuevo.

Dupré pagó y, una vez en la acera, la saludó con un movimiento de cabeza y dio media vuelta.

Vivía a cuatro paradas de metro de allí, pero siempre iba a pie, aunque cayeran chuzos de punta: cuestión de principios. El señor Dupré tenía principios.

Le daba vueltas a la decisión que acababa de tomar tan rápidamente. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de haber hecho bien. El apoderado de un banco, un diputado de la Alianza Democrática, había dicho ella... Eso sonaba bastante al Banco de Depósito y Crédito Industrial, también llamado Banco Péricourt, que se había declarado en bancarrota hacía unos meses, llevándose por delante a cientos de pequeños ahorradores, y al parlamentario del mismo apellido que había sabido librarse de la catástrofe. En cuanto al periodista del *Soir*, periódico reaccionario, daba igual de quién se tratara: todos debían de ser por el estilo.

Seguramente se preguntan ustedes, como por otra parte hacía Madeleine, qué extraña razón había impulsado a un trabajador como Dupré a aceptar semejante propuesta. Pues verán, resulta que, en su día, Dupré se fue al frente con la convicción, compartida por muchos otros, de que iba a librar «la Última», la guerra que acabaría con todas las guerras. Respondió a la llamada de la patria y mantuvo su palabra, pero la patria no cumplió sus promesas. Después de haber vivido un infierno indescriptible durante más de treinta meses, perdido a dos hermanos y todo lo que poseía (era del Norte, que había quedado arrasado), cada vez le parecía más probable que a aquella guerra le siguiera otra. Una vez desmovilizado, trabajó para Henri d'Aulnay-Pradelle, el marido de Madeleine Péricourt, un aristócrata arruinado y arribista que, en la vida civil, explotó a sus trabajadores, empezando por Dupré, como había explotado a sus tropas siendo oficial. Habría podido enviar a la muerte a los primeros, como había hecho con los segundos. El poder del capitán, el cinismo de los capitalistas y la injusticia social despertaron la conciencia de Dupré, lo bastante sacudida ya por las noticias de la Revolución de 1917. La desmovilización, los problemas para volver a encontrar trabajo en una Francia indiferente a sus héroes y la deprimente experiencia como encargado en la empresa de d'Aulnay-Pradelle bastaron para que Dupré empezara a derivar hacia el comunismo. Ingresó en el Partido en 1920 y, doce meses después, devolvió el carnet: tras cuatro años de guerra se le hacía muy cuesta arriba respetar la jerarquía y soportar la disciplina. Pero como seguía teniendo unas ganas furiosas de hacer saltar todo por los aires, derivó hacia una forma bastante personal de anarquismo. Demasiado racional para poner bombas en cualquier sitio, como se hacía en otros tiempos (no creía en la utilidad de las víctimas), o para asesinar a un presidente de la República (no creía en los símbolos), y demasiado individualista para militar en organizaciones (no creía en los colectivos), vivía solo y hablaba poco porque rara vez encontraba gente con la que compartir sus opiniones. Su individualismo,

rayano en el egoísmo, lo había convertido en un solitario. «Realmente, la sociedad tiene suerte de que no me haya vuelto más violento», se decía a veces. Era libertario de corazón, como otros son creyentes: en su fuero interno, sin necesidad de manifestarlo ante los demás. Pero la perspectiva de un mundo sin propiedad privada y regido por la libre asociación tampoco lo convencía. No porque no compartiera los ideales anarquistas, sino porque, desencantado por la guerra y la experiencia de la posguerra, sus resortes eran puramente negativos.

Cambiaba de trabajo a menudo porque no desaprovechaba la menor oportunidad de suscribir reivindicaciones, apoyar huelgas y oponerse al poder, y eso no solía acabar bien.

En el fondo, para Dupré, ayudar a arruinar a un banquero, aplastar a un diputado de la burguesía y eliminar a un periodista reaccionario era una actividad como cualquier otra en pro del desorden y la desestabilización, una modesta labor de zapa desprovista de heroísmo (no creía en los héroes), exactamente la clase de tarea que podía proporcionarle la sensación de contribuir de forma útil a la escalada del caos.

El cuarto era bastante pequeño, pero el problema no estaba en el tamaño, sino en el ruido. No el de los vecinos, sino el que los vecinos no dejaban hacer.

En cuanto Paul, una vez acondicionada la habitación, había puesto el primer disco en el plato del gramófono (*Turandot*, acto II, Solange: «*In questa reggia, or son mill'anni e mille, un grido disperato risonò*»), el señor Clérambeau había empezado a dar furiosos golpes de escoba en el techo. Dos minutos después, llamó al timbre. Con una gran sonrisa en los labios, Vladi le abrió la puerta de par en par, como para dejar pasar a un cortejo nupcial.

—*Witam! W czym moze pomóc?*

Horrorizado, el señor Clérambeau volvió a subir a su casa. «¡No pienso discutir con una polaca!», le dijo a Madeleine cuando volvió a la carga.

Cada vez que Paul ponía un disco, el señor Clérambeau cogía la escoba. Madeleine tenía un problema. Desplazar la silla de ruedas de Paul era una complicación, pero no insuperable. Prohibirle oír música resultaba inimaginable.

—No... im... impor... porta, ma... má... —decía él.

Vladi y Madeleine se quedaron un buen rato mirando impotentes el gramófono apagado, la hilera de discos y los carteles y las fotos de las paredes.

—*Chyba znalazlam rozwiazanie...* —declaró Vladi, apuntando al cielo con el índice.

No volvió a vérselo el pelo hasta media tarde. Madeleine tuvo que llevar ella misma a Paul al cuarto de baño: no cabía duda, el niño había engordado.

Vladi volvió hacia las seis en compañía de un operario moreno, de cara pálida y ojos muy separados, que llevaba un mono mugriento y se frotaba las manos con nerviosísimo. Vladi lo miraba con dulzura y le hacía grandes señas con la barbilla para animarlo a explicarse. Él prefirió abrir la bolsa azul marino que había dejado en el suelo y sacar una plancha de corcho del grosor de su pulgar.

—Esto se pega en la pared. Y en el techo.

A Madeleine le parecía una idea muy prometedora, aunque le preocupaba el asunto del dinero, como siempre. No pedía una rebaja, pero... Se necesitarían muchas planchas para... Y luego estaba la cola, la mano de obra...

El chico (se llamaba Jacques, como supieron un día antes de que desapareciera de la circulación) fue a abrir la boca, pero Vladi le cogió la mano y se la apretó contra el pecho. Le sacaba media cabeza y le sonreía con orgullo, como si fuera su madre y lo estuviera animando a recitar su poema.

—Está arreglado. Con...

El chico no se acordaba del nombre de Vladi, pero estaba arreglado.

El trabajo duró dos semanas.

El cuarto parecía haber encogido un metro cuadrado. Cuando se entraba, la amortiguación producía una desagradable sensación auditiva, pero la eficacia era indiscutible. Paul volvió a poner *Turandot* en el gramófono.

Si la intensa correspondencia que mantenía con Solange no lo hubiera hecho necesario, puede que Paul no la hubiese informado nunca de su cambio de domicilio. La cantante le hizo preguntas: «¿Estas bien en tu nueva casa? Imagino que tienes una habitación más grande, ¿verdad?» Estaba extrañada de que el chico no le diera más detalles.

No se habían visto desde la velada de Milán, pese a que Solange lo había invitado primero a Londres, donde había actuado en octubre de 1931, y cuatro meses más tarde, a Viena. Paul había rechazado educadamente esas invitaciones: siempre había algún obstáculo que no precisaba, pero que imposibilitaba el desplazamiento. Paul no le dijo nada de eso a su madre. Unos meses antes, su padre, Henri d'Aulnay-Pradelle, recién salido de la cárcel, había ido, según él, «a decirle adiós a su hijo», pero en realidad a pedir dinero: se marchaba a las colonias para intentar «rehacerse esperando el final de su proceso». La situación de casi pobreza de su ex mujer había dibujado en su rostro una sonrisa cruel y

suficiente, como si hubiera visto en aquello el cumplimiento de una justicia superior. Madeleine, humillada, lloró mucho. Desde entonces, Paul evitaba los temas relacionados con el dinero. Vio que de repente había un montón de cosas de las que era difícil hablar. Realmente, el dinero afectaba a todo.

El malestar que empezaba a insinuarse en el ánimo de Solange no se basaba en nada tangible: las cartas de Paul eran cada vez más interesantes, estaba creciendo, madurando, y sus conocimientos sobre ópera empezaban a resultar impresionantes, pero ella habría jurado que compraba menos partituras, y ya no le pedía los carteles de los conciertos, aunque siempre se mostraba muy agradecido cuando se los mandaba. ¿Lo habría decepcionado el viaje a Italia? ¿Se lo habría tomado mal su madre? De hecho, las explicaciones que le había dado Paul sobre la ausencia de Madeleine eran bastante confusas... Si Solange no se había dado cuenta de que ya no compraba discos nuevos se debía a que Paul iba a escucharlos a Paris-Phono, cuyo dependiente era muy comprensivo.

Mientras tanto, la carrera de Solange había dado un giro bastante curioso. Desde Milán cantaba sentada, lo que era un desafío a las leyes de la fisiología y un misterio. Técnicamente, una columna de aire sometida a esa dificultad no podía producir semejantes sonoridades, era imposible. Y, sin embargo, los recitales cada vez tenían más éxito. La voz de Solange se había empañado imperceptiblemente, pero eso aún le daba más personalidad; la respiración, más corta debido al peso de la diva, la obligaba a acrobacias vocales que producían efectos sorprendentes y convertían en únicas sus interpretaciones. Solange era tan imponente como una catedral, inclasificable y trágica. Su ancho rostro, su mirada perdida, sus mejillas caídas, la masa de su cuerpo, aún más majestuoso por las capas de tela con las que se cubría... Era tan asombrosa como un buda con voz de contralto.

Las flores que la rodeaban al principio habían dado paso rápidamente a los decorados. Unas semanas después de Milán, Solange se había puesto en contacto con un famoso decorador, Robert Mallet-Stevens, para encargarle un telón de fondo que fue todo un éxito. Aquella innovación se volvió sistemática y pasó a formar parte del espectáculo. Cuando Solange viajó a Londres, le pidió un decorado a Stephen Owenbury. Para los recitales de Roma invitó a Vasili Kandinski a que le pintase unos telones monumentales. Para un programa en Madrid, Solange, a quien ahora llamaban simplemente «la Gallinato», recurrió a Picasso. Con el paso de los meses, numerosos artistas, de la talla de Raoul Dufy y Mickaël Zeug, le proporcionaron obras, creaciones gigantescas destinadas a acompañar sus recitales, que siempre eran un acontecimiento. En la elección de

los artistas mostró predilección por las mujeres. Sonia Delaunay le hizo un mar de velos azules que un sistema de ventiladores oculto entre bambalinas movía como si se tratara de suaves olas. Fue el comienzo de una serie de auténticas instalaciones, firmadas por Violetta Gómez, Laura Mackiewicz o Katia Noaraud, que alcanzaron una especie de apogeo con un inmenso conjunto de motivos art déco, creados por Vanessa Newport para el concierto de marzo de 1932 en la Ópera Metropolitana de Nueva York, que bajaban uno a uno, mediante poleas, a lo largo de la representación.

Poco a poco, rodear esas producciones artísticas de un gran misterio se convirtió en una tradición. Lo único que se le facilitaba a la prensa era el programa del recital; las características del decorado y nombre del artista a quien se le había encomendado eran un secreto mejor guardado que el rearme de Alemania. Hasta que se levantaba el telón, nadie tenía que saber qué aspecto tendría. Con todo, siempre había filtraciones, que se vendían bastante bien en los periódicos locales: robar imágenes o información se convirtió en una especialidad en toda regla que provocaba la angustia de los directores de sala, pero encantaba a Solange, que adoraba las indiscreciones, siempre que la protagonista fuera ella. Dos días después del concierto, las fotos del espectáculo y las de los decorados se vendían en forma de postales, despleables y cuadernillos de los que Solange siempre le mandaba un ejemplar a Paul con un comentario lleno de signos de admiración. A principios de 1932 incluso se celebró una subasta de obras de Fernand Léger, creadas para el recital de mayo en Lisboa, en beneficio de las víctimas de las inundaciones del río Amarillo.

En septiembre de 1932, Solange actuó en la Sala Gaveau de París (con decorados de Roger Harth). Paul y su madre pudieron sentarse en primera fila, al lado de los ministros. Solange apareció envuelta en una nube de velos malva y verdes, imponente como una estatua del Comendador, y, fiel a su estilo, inició el recital cantando a capela el aria inicial de *Gloria Mundi*, que llevaba camino de convertirse en un clásico (algunas competidoras ya habían intentado imitarla). Fue un triunfo.

Como se sabe, Solange era muy exuberante. Daba la impresión de no ver nada que no fuese ella misma (aunque ahora se presentara ante el público sentada, al recibir los homenajes agitaba las manos como nadie), pero tenía un ojo tremendamente agudo y, al ver entrar a Paul y a su madre, tardó medio segundo en comprender que ya no formaban parte de su antigua clase social. Madeleine iba muy bien vestida, muy arreglada, pero había perdido una pizca de la desenvoltura de las mujeres acomodadas; lo vio por su paso, más corto, su

mirada, menos segura. Casi nada, pero Solange comprendió. Al instante renunció a la fastuosa cena que había programado y alegó cansancio para invitar a Madeleine y a Paul a un «refrigerio informal» que les serviría el *room service* en su habitación del Ritz. Puede que aún fuera demasiado lujo, pero en tan poco tiempo no había forma de improvisar otra cosa.

A Madeleine nada de eso le pasó inadvertido. Aunque se sintió humillada, agradeció la delicadeza de la cantante. Por primera vez, las dos mujeres pudieron mantener un diálogo distendido y, al renunciar a su antigua rivalidad, percibieron la tristeza de la otra. Madeleine vio la sombra que a veces velaba la mirada de aquella mujerona de maneras extravagantes y ridículas cuya trágica voz traspasaba el alma. Sin decírselo, tal vez compartieran la sensación de encontrarse ante una hermana que también debía de haber sufrido mucho.

Solange empezó a mandar partituras desde todos los rincones del mundo y a sustituir las fotografías por discos y los carteles por estuches.

La vida de su madre estaba llena de tensión y dificultades, pero Paul no se sentía desgraciado. Para Madeleine fue un descubrimiento que se pudiera ser más dichoso con menos dinero. Incluso podía ser que Paul, liberado de su grave secreto, viviera una de sus épocas más felices. Sus pesadillas, tan frecuentes antaño, se espaciaron. Vladi era una compañera que irradiaba alegría y vitalidad. Paul leía mucho: se pasaba tardes enteras en la biblioteca. Vladi lo instalaba en la gran sala con los periódicos y los libros que había pedido y, con un guiño, le decía: «*A teraz pójde na zakupy...*»

Paul cerraba los ojos como si encubriera las trastadas de una hermana menor que tuviera a su cargo.

21

Las mujeres primero. Un anarquista no deja de ser un hombre. Para Dupré, las mujeres siempre eran el talón de Aquiles, y aquella joven confirmaba totalmente la regla. Le había bastado con verla de frente: una preciosidad. Mientras la seguía hasta la parada de taxis, podía calibrar fácilmente el peligro que representaba aquella chica para todo el que se cruzara con ella; en cualquier momento podía provocar una colisión en cadena. Olía a sexo como algunos hombres huelen a dinero. No caminaba, se balanceaba. En la rue Saint-Honoré se gastó en dos horas el sueldo de diez trabajadores. Para Dupré, la medida de referencia era el sueldo de un trabajador. Estaba claro lo que hacía con su marido, el antiguo apoderado del Banco Péricourt: chuparle el dinero. Aunque, aun así, todavía debía de quedarle mucho. La mansión donde vivían por sí sola era todo un capital y lo que contenía debía de duplicar su valor, más los dos coches, una porrada de criados, una empresa estupenda con maquinaria recién comprada y obreros que cobraban el salario mínimo sindical... El matrimonio Joubert se portaba bien, lo que daba aún más ganas de encontrarles algo.

Cuando a las diez de la mañana vio que Léonce Joubert cogía la rue de la Victoire, lo dejó estar, entró en un bar y pidió una caña. La joven iba a la rue Joubert a encontrarse con su maromo, el tal Robert Ferrand, un granuja con la gorra siempre caída sobre un ojo pero, pese a sus ínfulas, más corto que las mangas de un chaleco. A Dupré le habría encantado darle una buena somanta al muy zángano, pero eso no entraba en la faena. Perdía en las carreras todo lo que le daba la chica y Dupré había echado la cuenta yendo a verlo al hipódromo: una pasta... Resultaba hasta triste. Que los ricos fueran ricos era injusto pero lógico. Sin embargo, que un chico como Robert Ferrand, que saltaba a la vista que había salido del arroyo, viviera a costa de la pájara de un capitalista ponía a todo el mundo al mismo nivel. Decididamente, la humanidad era un asco...

Mientras le daba sorbos a la cerveza, Dupré se decía que seguramente habría

que enfocar el asunto desde otro ángulo. No podía llevarle a la señora Péricourt el pedigrí de un mangante de tres al cuarto y la prueba de que la señora Joubert mantenía a su querido. No era suficiente ni de lejos. Ni lo que ella esperaba de él.

Miró su reloj, pagó y se puso en camino hacia el ayuntamiento del decimotercer distrito.

André Delcourt se había mantenido fiel al salón de la señora de Marsantes, a la que llamaba familiarmente Marie-Aynard porque lo había recibido en la época en que no era nadie. Ahora era alguien (según los criterios del bulevar Saint-Germain: algo bastante relativo) y había pasado de la categoría de joven protegido a la de mascota del salón y de ésta a la de pieza clave.

Su crónica en el *Soir* era leída y esperada. Él seguía cultivando la imagen de intelectual austero que había adoptado al comienzo de su carrera por falta de medios. Se retiraba temprano. Según él, un hombre que no se prodigaba, trabajaba hasta tarde y se levantaba de buena mañana era un hombre de valía. Comía poco y no bebía alcohol. Esa frugalidad, rayana en el ascetismo, impresionaba mucho y le permitía aceptar casi todas las invitaciones, hasta seis algunas semanas, no faltar a ningún encuentro útil para su carrera y mantener su fama de hombre fuera de lo común. Tenía una libreta de direcciones muy rica, pero ningún abogado, senador o funcionario de ministerio podía jactarse de haber ayudado a André Delcourt. Como no había contraído deudas con nadie, era inatacable. Vida tranquila. Pasaba por un monje, puro espíritu, lo que no estaba lejos de la verdad. Se masturbaba mucho.

Jules Guilloteaux también frecuentaba el salón de la señora de Marsantes, que adoraba la prensa y a los periodistas: eran su especialidad. En esas ocasiones, André hacía como si su jefe no estuviera, respondía a sus pullas de forma indirecta y dejaba asomar un rencor que Guilloteaux fingía no percibir. Cuestión de dinero, como siempre. Porque, aunque André se hubiera convertido en el cronista estrella del periódico más vendido de París, en el más visible, sus emolumentos sólo se habían incrementado en cuatro francos por artículo desde el primer día.

Esa noche, André encontró sentado a la mesa a Adrien Montet-Bouxa, con quien había viajado a Roma en 1930 con ocasión de las celebraciones en honor de Virgilio y de Mistral. El académico había pronunciado un discurso brillante. Las conversaciones sobre el Renacimiento italiano, el arte de Miguel Ángel o las escabrosas relaciones de Caravaggio, conversaciones en las que André intentó

participar, le dejaron un regusto amargo: se sintió mediocre en todo. Pero ya se le había pasado. Además, se había llevado de ese viaje una serie de artículos que, nada modesto, había titulado «Nuevas crónicas italianas» y que tuvieron bastante eco.

Durante la cena, el viejo académico evocó la estancia de ambos en Roma, pero lo que entonces había sido para André una fiesta de la inteligencia, quedó convertido en un hecho anecdótico, salpicado de nimiedades.

—Lógicamente, como me habían encargado a mí el elogio de Virgilio, tenía en contra a toda la delegación...

Con Montet-Bouxal, el interés del viaje parecía reducirse al mayor o menor tamaño de las habitaciones de hotel, la disposición de los asientos en la mesa del embajador (que no le había sido favorable), la precedencia en la firma de un libro de oro... La señora de Marsantes comprendió perfectamente que André sentía esos comentarios como una ofensa porque convertían su propio viaje y sus crónicas en algo insignificante, así que aprovechó la primera oportunidad para preguntar:

—Y usted, mi querido André, ¿cree en Italia?

Le había dado pie para una cantinela a la que le tenía especial cariño.

—La civilización occidental es la hija de la antigua Roma... —Cuando se lanzaba, se ponía casi lírico—. El «bloque latino», Francia-Italia, ¡ésa es la mejor muralla contra la amenaza germánica!

Furiosamente hostil tanto al comunismo como al nazismo, y miembro activo del Comité Francia-Italia, André veía en el fascismo italiano la solución a los extravíos del parlamentarismo, que, según él, estaban corroyendo Europa y llevándola a la decadencia. La conversación sobre las virtudes del fascismo agitaba de manera constante aquel mundillo. Realmente, era el espíritu de la época.

—¿Noticias sobre nuestra querida Madeleine Péricourt? —le preguntó Jules Guilloteaux.

Estaban en la acera, esperando un taxi.

—Pocas...

De vez en cuando, Madeleine le escribía una breve nota proponiéndole tomar un té en algún sitio. En la vida de André, Madeleine ya sólo existía en forma de recuerdo. Le habría gustado que se olvidara de él definitivamente, pero sin duda lo asociaba a un pasado que añoraba y debía de necesitar para subsistir. Había

ido a su casa una vez. Por suerte, el pequeño Paul estaba dando un paseo. Era un piso lúgubre. En las casas de los pobres recientes pasa como en las de los nuevos ricos: todo se ve. Inversamente proporcional a su propio ascenso, la pérdida de categoría de Madeleine lo hería porque le recordaba que algún día la había necesitado y temía que ella se lo recordara. O peor: que lo contara aquí o allá, que el hecho se supiera. No había llegado a donde estaba sin hacerse numerosos enemigos que disfrutarían de lo lindo glosando su pasado de «joven mantenido» durante todos aquellos meses que había pasado en casa de los Péricourt sin hacer nada, como amante al que se da alojamiento en el piso de los criados... ¡Lo que le costaría salir de semejante situación! Así que, por precaución, iba a verla de vez en cuando a petición de ella, aunque estaba el tiempo mínimo posible. Madeleine nunca le hacía el menor reproche ni le pedía nada; no, sólo quería verlo, hablar un poco con él. Había envejecido y engordado y le hablaba de Paul, que, al parecer, crecía. André fingía interesarse por la una y por el otro, pero a la menor oportunidad alegaba una cita o una obligación y salía huyendo, rabioso contra sí mismo por haberse colocado en semejante posición.

—Oiga, Jules...

—¿Sí?

Guilloteaux se inclinó hacia la calle como para buscar un taxi inexistente.

—Tengo proposiciones... —le adelantó André.

—¿Otra vez? Se hace un poco famoso y ya le parece que mi periódico no es lo bastante bueno para usted...

—Ésa no es la cuestión.

—¡Hombre, claro que es la cuestión! Usted contribuye a que el periódico se venda y considera que recibe demasiado poco. Pero ¿sabe lo que son las cuentas?

Guilloteaux siempre tenía en los cajones unas cuantas columnas de cifras trucadas que demostraban de forma indiscutible que, lejos de dar dinero, el *Soir* salía muy caro, que llevaba meses al borde de la suspensión de pagos y que, si seguía publicándose, se debía únicamente a la energía y la fortuna personal de su director. Si por mí fuera, le aseguro que echaría el cierre ahora mismo, pero qué quiere, esta empresa da de comer a un centenar de familias, no tengo corazón para poner a toda esa gente en la calle, etcétera.

—No es sólo una cuestión de dinero, sino también de principios.

—¡Demonios! ¿Desde cuándo se tienen principios en este oficio?

—¡Me merezco más de lo que cobro!

—Bueno, pues vaya a buscarlo a otra parte: yo no tengo ni un céntimo más. Qué le vamos a hacer, es la crisis.

André apretó los dientes. Su jefe sabía perfectamente lo que hacía: puede que André estuviera muy solicitado y que recibiera ofertas económicamente más justas, pero ningún diario tenía tantos lectores como el *Soir*. Cambiar de periódico, aunque ganara más, sería un retroceso para él.

Estaba atrapado. Empezaba a odiar a Guilloteaux.

Las doce cumplidas. Léonce ya podía darse prisa...

Cada vez que pasaba ante el enorme retrato de cuerpo entero de Marcel Péricourt, se estremecía, brrr, cómo miraba aquel fulano, qué severidad, qué altivez... Joubert había pagado dos mil francos por aquel chafarrinón, ella no habría dado ni un céntimo. Era lo único que su marido había insistido en conservar.

Cuando surgió el tema, la perspectiva de vivir en la casa de su antigua amiga (o de su antigua jefa, según se mirase) la había angustiado. Seguía remordiéndole la conciencia. Le habría gustado explicarse con Madeleine, pero había tanto que decir... Y una mujer a la que había contribuido a arruinar no debía de estar dispuesta a escuchar sus razones y a encontrarlas justas.

Cuando se preparaba para salir, oyó la voz de Gustave en la planta baja. ¡Dios mío! ¿Qué hacía allí, qué horas eran ésas de volver a casa? Salió sigilosamente al rellano, esperó a que Gustave entrara en la biblioteca y luego bajó a toda prisa, se metió en la cocina y tiró del cordón.

—Dígale al señor que he salido antes de que él llegara, ¿quiere?

La doncella le llevó el abrigo, el sombrero y los guantes. Léonce le puso un billete en la mano. Acto seguido, salió por la puerta de servicio y se dirigió a la rue de Prony para coger un taxi. Estaba furiosa consigo misma, como siempre que necesitaba la complicidad del personal: nunca sería una auténtica señora. Gustave, que lo sabía perfectamente, hablaba a menudo de contratar a un ama de llaves. Por supuesto, no era más que una amenaza, una forma de decirle a su mujer que tuviera cuidado con lo que le robaba y que, en ese tema, como en todos los demás, fuera comedida, alusión discreta a aquella escena de vodevil de la época en que aún era señorita de compañía, cuando había tenido que fingir ante Madeleine. Joubert la había sorprendido con la mano en la bolsa porque Robert siempre necesitaba dinero y a veces ella ya no sabía cómo apañárselas. Entonces no le había servido de nada hacer trampas, porque Joubert contaba

como nadie, aunque, con certero instinto, Léonce comprendió que la actitud seria, austera y rígida del hombre ocultaba una inexperiencia sexual casi absoluta. Tardó poco más de una hora en hacerlo saltar en el aire como un tapón de champán. Luego, siguiendo sus directrices, Léonce interpretó su papel ante Madeleine: un mal recuerdo; tuvo que mostrarse compungida, llorar, fingir vergüenza... Madeleine se retorció las manos de puro incómoda. La traición le valió que le doblaran el sueldo... La puerta abierta a las fantasías de Joubert ya no volvió a cerrarse. Estaba en el buen camino para convertirse en su mantenida. Robert podría ir a las carreras todos los días.

Y de pronto, ¡pataplaf! Joubert no veía las cosas del mismo modo. Exigió que se casaran. Léonce palideció. Había hecho todo lo posible para convertirse en la amante perfecta y ahora se veía rebajada a la categoría de esposa. Utilizó sus mejores argumentos, volvió a dejar a Joubert pegado al techo para explicarle que las cosas que uno hace con una amante ya no puede permitírselas con su mujer, pero cuando Gustave recuperó el aliento, seguía pensando lo mismo: o se convertía en la señora Joubert o ya estaba cogiendo el portante. Léonce se guardó mucho de informar de esa oferta de matrimonio a Robert, que no la habría dejado respirar un minuto hasta que aceptara. Él también tenía instinto. Tres días después, debía cinco mil francos. Léonce aceptó casarse con Joubert y pidió un adelanto de seis mil sobre los gastos de la boda.

¡La boda, Dios mío! Cada vez que pensaba en ella..., pues ¿no se había empeñado Robert en asistir al banquete haciéndose pasar por un invitado? Se plantó en medio de todos aquellos banqueros, mujeres de mundo, grandes accionistas y políticos, con su traje a cuadros, tal cual... Bebió como un cosaco, lo tomaron por un gorrón y lo pusieron de patitas en la calle mientras él bromeaba y le guiñaba el ojo a la novia... Léonce no pudo evitar reír a hurtadillas. Por suerte, Joubert no vio nada: estaba en la otra punta del jardín.

La una. Léonce respiró. En menos de media hora estaría en la rue Joubert, donde Robert ya debía de esperarla tumbado en la cama, fumando.

Desde la ventana del salón, Gustave vio a Léonce en el taxi que tomaba el bulevar de Courcelles.

La había hecho seguir desde el principio, no para saber más sobre sus líos, que entraban tácitamente en su acuerdo con ella, sino para asegurarse de que no acabara poniéndolo en una situación difícil, en el centro de un escándalo.

«René Delgas», le habían dicho. «De acuerdo: René Delgas.» De todos los

amantes que podía echarse, era el más práctico porque siempre estaba sin blanca. Le habían informado de que se dedicaba a los timos de poca monta, pero no nadaba en la abundancia. Mejor, no dejaría a Léonce mientras necesitara dinero y a Gustave le convenía tener una mujer estable. Antaño podía permitirse ser víctima de algún chisme, pero ahora era otro hombre.

Sí, otro hombre... Hasta él se sorprendía.

Los zapatos, por ejemplo... Antes ni se le habría ocurrido. Y ahora le encantaban. A medida. Dos mil francos el par, incluso tenía limpiabotas: un niño negro que pasaba por su despacho tres veces por semana. Y los trajes y las camisas, lo mismo... No sabía que pudiese ser elegante. Aquella Léonce tenía buen gusto para esas cosas. Sin ella habría podido amasar una fortuna descomunal y sentarse con su tres piezas de hacía diez años sobre una montaña de oro que habría hecho palidecer de envidia a Rothschild. Cuando Léonce se metió en su cama con la agilidad de una gata y lo puso en órbita, los fuegos artificiales lo dejaron sin respiración. Realmente, con aquella chica le había tocado el gordo. Podía presumir de tener una de las mujeres más guapas de París; fina, discreta en las cenas de sociedad, muy vistosa en cualquier ocasión y cerda como ella sola para lo otro.

Una fortuna rápida, una posición envidiable, una mujer maravillosamente decorativa... ¡Dios mío, si hasta había comprado la mansión Péricourt! Antes de salir de casa, siempre echaba un vistazo al retrato de Marcel Péricourt. Lo que había hecho aquel hombre, al lado de lo que pensaba hacer él, era una bobada.

Léonce dejó el taxi en la esquina de la rue Caumartin. Por prudencia, antes de que se publicaran las amonestaciones, Gustave le había pegado al culo un detective para saber a qué atenerse. Como si ella no fuera a darse cuenta... Puede que Joubert destacara en las finanzas, pero en experiencia de la vida ella le daba cien vueltas.

El investigador estaba bastante gordo, tenía una nariz en forma de nabo, llevaba una espesa barba negra y se parecía bastante al Ribouldingue de *Les Pieds Nickelés*.² Léonce lo había paseado por tiendas y museos (qué aburrimiento la pintura, no entendía a quién podía gustarle aquello, la verdad), aflojando el paso para que no la perdiera. Lo había mareado durante un par de días y luego lo había arrastrado hasta un hotel de la rue du Bac en el que se había encerrado con René: René Delgas, un colega al que Robert había conocido durante «las vacaciones», como llamaba él a los meses que había pasado en la cárcel. Léonce había sido muy exigente con el candidato, no quería que su futuro

marido pensara que se echaba como amante al primer desgraciado que encontraba. Ni que descubriera a Robert, claro.

René le pareció bien: un chico atractivo que trapicheaba con un montón de cosas. En realidad, aunque eso era un secreto muy bien guardado, era falsificador, uno de los mejores de París, decían, pero poco trabajador. Pasaron la tarde en la habitación, fumando y charlando, tras lo cual Léonce salió y caminó casi pegada a las paredes, como una ladrona, volviéndose de vez en cuando para fingir recelo y asegurarse de que el detective no la perdía de vista.

Gustave era muy desconfiado: la había hecho seguir durante más de quince días.

Por fin se quedó tranquilo y el detective pasó a la siguiente pareja, el siguiente hotel, el siguiente cliente. Menos mal, porque Léonce empezaba a estar un poquito harta. Encima, René cobraba cien francos la tarde por planchar la oreja. Eso sin contar la habitación.

22

En los talleres del Pré-Saint-Gervais reinaba una gran agitación. Unos trabajadores, subidos a escaleras de mano, acababan de colocar una gran pancarta:

RENACIMIENTO FRANCÉS. TALLER DE INVESTIGACIÓN AERONÁUTICA

Los reporteros presentes, una veintena, que Joubert había reunido en el interior de la enorme nave, contemplaban con curiosidad la galería del primer piso, que recorría todo el vasto perímetro del hangar y en cuyos despachos acristalados se estaban instalando mesas, sillones, pizarras...

Un vehículo grande acababa de descargar dos enormes y flamantes máquinas herramienta Lefebvre-Strudal.

—La aviación francesa —explicó entonces Joubert— consiste en un centenar de aviones de diez marcas distintas equipados con quince tipos diferentes de motor. ¡Es un despropósito!

Los presentes tuvieron la sensación de haberse perdido un episodio: no entendían qué hacían allí.

—Pues bien —prosiguió Joubert—, este taller de investigación es fruto de la unión de las compañías aeronáuticas más importantes de Francia e Inglaterra...

La pregunta flotaba sobre el grupo como una nube de perplejidad: «¿Para hacer qué?»

Joubert esbozó una gran sonrisa y respondió.

—¿Qué? ¿Cómo? —gritó alguien—. No lo he oído, ¿lo podría repetir? Aparten... ¿Lo podría repetir, por favor?

Joubert miró a derecha e izquierda, vio una caja que estaba allí por

casualidad, se subió a ella, pidió silencio y repitió su respuesta con una voz tranquila que subrayaba la sencillez del objetivo:

—Aquí construiremos el motor del primer avión a reacción del mundo: vamos a revolucionar la aeronáutica.

Nadie sabía qué quería decir exactamente «avión a reacción», sólo les quedó clara una cosa: hasta entonces, los aviones habían volado con la ayuda de hélices y el avión a reacción no sólo no las necesitaba, sino que además volaría a mucha mayor velocidad.

Es lo que todo el mundo comentaba tres días después, en la enorme mesa de La Closerie des Lilas.

Ya se había servido el aperitivo y el ambiente empezaba a animarse cuando llegó Joubert acompañado por su esposa, que causó admiración precisamente porque no parecía una esposa.

Joubert estrechó manos con cordialidad, en especial la del señor Lefebvre, dueño y director de Lefebvre-Strudal, que suponía el sesenta por ciento del volumen de negocio de Industrias Mecánicas Joubert.

Ni siquiera André Delcourt había podido resistirse a la invitación. Nunca le había gustado Gustave Joubert, y el sentimiento era mutuo, pero había seguido de lejos el éxito del Renacimiento Francés y, en su permanente necesidad de afirmarse, quería demostrar que él también se había convertido en alguien.

—¡Delcourt! ¡Por aquí, mi querido amigo! ¡Venga!

Gustave estaba de pie con los brazos abiertos.

Modestamente, André le hizo señas de que se conformaría con un sitio en el extremo de la mesa. «No, no», respondió Gustave con gestos expresivos. Gente apretándose, ruido de sillas, tintineo de tenedores, una copa que se hizo añicos... Joubert metió la cabeza entre los hombros, lo que hizo reír a los reunidos. Pusieron otro cubierto junto a él, que acabó sentado frente a Sacchetti y Guilloteaux, con Léonce a su derecha y André Delcourt a su izquierda.

—¡Entonces, mi querido Joubert... —gritó Guilloteaux por encima de la mesa—, ¿piensa ganar la próxima guerra usted solo?!

La ocurrencia arrancó risas. Joubert la encajó con naturalidad.

—Según usted, ¿la aviación francesa no está a la altura? —le preguntó el periodista de *Le Figaro*.

Joubert dejó el tenedor en la mesa, apoyó las palmas de las manos a ambos lados del plato y pareció reflexionar sobre la mejor manera de explicarse.

—Hace dos años, el Estado compró un avión cuyo prototipo nunca ha volado. ¿Y sabe cuántos encargó? ¡Cincuenta! Con Hitler, Alemania se va a rearmar. Sus intenciones son belicosas. Nuestro ejército necesitará aviones muy rápidos.

La cuestión de la velocidad estaba en la mente de todos. Desde hacía diez, quince años, la rapidez de los automóviles, de los coches, aumentaba constantemente: el mundo giraba cada vez más deprisa y no había ningún motivo para que el cielo quedara al margen de esa carrera universal en pos de los récords. Todo el mundo estaba familiarizado con la idea de un conflicto que estallaría de improviso y de un ejército que avanzaría como la marea del Mont-Saint-Michel, a la velocidad de un caballo al galope.

—Lo ideal sería acercarse a la velocidad del sonido —continuó Joubert—, pero nos conformaremos con entre setecientos y ochocientos kilómetros por hora, que ya es bastante.

La presuntuosa y triunfalista afirmación dividió inmediatamente a la concurrencia entre quienes la encontraban arrogante y quienes la consideraban descabellada.

—¡Y usted tiene la receta para eso, claro! —exclamó el reportero de *L'Intransigeant* con voz exasperada.

—Tenemos una patente inglesa muy seria...

La patente había pertenecido a un físico inglés que se había quedado sin ella a falta de las cinco libras esterlinas necesarias para renovarla. Joubert la había recogido del arroyo. Como precaución básica, la había adquirido a título personal. Si el Renacimiento Francés era él, la patente también lo sería. Lógico. Para gestionarla había creado una bonita empresa de nombre muy sonoro, la Francesa de Aeronáutica, nada menos. Los socios financian, el Estado subvenciona y el taller hace grandes pedidos a Industrias Mecánicas Joubert, tras lo cual, a la hora de cerrar las cuentas, la inversión se ha amortizado, repartes unos cuantos dividendos entre los accionistas, recibes las felicitaciones del Estado y te embolsas los beneficios. Aquella gente se iba a enterar de lo que era un industrial salido del sector bancario.

—¿Y si el Estado no lo secunda? —quiso saber Guilloteaux.

Joubert paseó lentamente sus ojos azules por la concurrencia.

—Lo haremos sin él. Lo hacemos por Francia. Los gobiernos pasan, Francia permanece...

Aplausos, primero aislados y luego nutridos.

Un invitado se levantó, los demás lo imitaron y hubo una ovación general mientras Joubert señalaba a los miembros de su asociación, que bajaron la vista con modestia.

—Mi querido amigo...

Joubert había posado la mano en el antebrazo de André. Había pasado media hora, la comida estaba en su apogeo, los periodistas cogían la copa para ir a sentarse junto a alguno de los industriales presentes con la esperanza de obtener más información.

—... espero que apoye abiertamente nuestro movimiento...

—Estoy seguro de que encontrará en la prensa muchos colegas dispuestos a apoyar «abiertamente» su iniciativa —respondió André.

Joubert asintió. «Está bien, de acuerdo, ya veo.» Suspiró con una expresión un poco cansada y miró hacia el frente con repentino interés, como si por unos instantes hubiera olvidado la presencia de sus invitados. Luego se inclinó hacia André.

—¿Tiene noticias de nuestra querida Madeleine?

—Pocas... Nos vemos de vez en cuando...

—Por cierto, ¿cuánto tiempo vivió usted en casa de los Péricourt?

André tragó saliva.

—No, no se esfuerce —dijo Joubert volviendo a posar la mano en su brazo —. No tiene importancia, era pura curiosidad.

Al día siguiente, Madeleine vio en la portada del *Soir* las impresionantes declaraciones de Gustave Joubert en *La Closerie des Lilas*.

No pudo evitar sonreír al ver la foto de primera página de un Joubert lleno de falsa modestia, entre una Léonce más hermosa que nunca con su sombrero de campana y su collar de tres vueltas y un André Delcourt de rostro impasible, como si se encontrara allí por casualidad, como si aquel asunto no fuera con él.

Madeleine estaba muy contenta. No había fumado en su vida, pero en esos momentos habría encendido un cigarrillo de buena gana.

Volvió a doblar el periódico cuidadosamente, llamó al camarero, pagó la consumición y se marchó.

Había llegado el momento de ir a ver a su querida Léonce.

23

La ponía al día semanalmente: el señor Dupré quería rendirle cuentas, justificar su sueldo. Al principio quedaban en un café, pero era un sitio ruidoso, y además una mujer, de noche, en un café... Como Madeleine no quería que se reunieran en su casa, con Paul y Vladi cerca, él propuso que se vieran en la suya. Así que los miércoles Paul pasaba la velada con Vladi y Madeleine iba al pisito del señor Dupré, en una tercera planta de la rue Championnet.

Primero se había sentido un poco incómoda en aquel sitio: la vivienda de un hombre soltero, aunque bastante desconcertante por limpia y ordenada, con un leve olor a cera; pero también impersonal, sin fotos enmarcadas, ni láminas en las paredes, muy poca vajilla, ningún libro; espartana, podría decirse, con ese punto anónimo de las habitaciones de hotel.

El ritual no cambiaba nunca. Dupré la saludaba, Madeleine se quitaba el sombrero y él le cogía el abrigo, lo colgaba en el perchero y preparaba café. Luego se sentaban a la mesa, uno frente al otro. Sobre el hule, las dos tazas, el azucarero y la cafetera, seguramente comprados ex profeso para aquellas ocasiones, desentonaban un poco con el decorado. El señor Dupré le presentaba su informe dándole sorbitos al café, que nunca se acababa. Había en él algo mineral: no cabía imaginárselo cayendo enfermo, discutiendo con un vecino o enfrentado a una situación irresoluble.

De vez en cuando, si las circunstancias los obligaban, se encontraban en algún otro sitio, pero Madeleine estaba tan acostumbrada a verlo en su casa que en cualquier otro ambiente tenía una sensación extraña, como cuando nos cruzamos en la calle con un tendero al que sólo hemos visto en su tienda. Por ejemplo esa tarde, en aquel salón de té de la rue de Chazelles. Madeleine lo vio cruzar la sala y pasar entre los veladores con mantel blanco y las lámparas de pie con pantalla de estilo guilloché. No era el tipo de cliente que frecuentaba un sitio así.

—El camino está despejado —le dijo inclinándose un poco hacia ella—. Si necesita que espere...

Madeleine ya se había levantado.

—No, gracias, señor Dupré. Todo irá bien.

Se despidieron en la acera. Ella echó a andar hacia el bulevar de Courcelles y el señor Dupré en dirección contraria.

Sin la menor emoción, Madeleine volvió a ver la enorme y pesada verja de la gran casa a la que seguían llamando «mansión Péricourt», como esos edificios destruidos por un incendio que, sin embargo, conservan su nombre: se sigue diciendo «la casa del doctor Leblanc», pese a que ya han pasado por ella otras tres familias, o «la glorieta Bernier», aunque haga veinte años que desapareció.

Una vez dentro, Madeleine se fijó en la nueva decoración, que encontró de buen gusto. La doncella la acompañó a la biblioteca. Al cabo de unos instantes oyó un grito.

—Hola, Léonce —dijo, volviéndose con una sonrisa—. Espero no molestarla...

Léonce no se movió. Le habría gustado adoptar la misma actitud tranquila, casi cordial, de Madeleine, pero no podía. De pronto se le ocurrió algo:

—¡Gustave está a punto de llegar!

La frase pretendía sonar amenazadora.

—¡No, no, tranquila! —respondió Madeleine sin dejar de sonreír—. Gustave acaba de irse, no volverá hasta la noche. Tiene consejo de administración del Renacimiento Francés y nunca terminan antes de las once, ya sabe cómo son esas cosas... ¡Eso si no decide llevar a unos cuantos amigos al Café de París! Ya lo conoce, le encantan las ostras... —La respuesta fulminó a Léonce. No sólo porque Madeleine supiera tanto como ella, si no más, sino sobre todo porque, por su forma de expresarse, parecía que la mujer de Joubert fuera Madeleine y Léonce la que estaba de visita—. ¡Ande, venga a sentarse aquí! Vamos...

La doncella volvió a aparecer. «¿Deseaba algo la señora?»

—Sí, té... —Y Léonce no pudo evitar preguntar—: ¿Le parece bien, Madeleine?

—Un té me parece perfecto.

Sentadas una junto a la otra, ambas constataban cuánto habían cambiado las cosas en poco más de tres años. Ahora era Léonce la que llevaba un atuendo elegante y Madeleine quien vestía con la sobriedad de una burguesa cuidadosa con los detalles. Ya no llevaba joyas ni quedaba en ella el menor rastro de aquel

aire sereno, de aquella certeza de que el mundo seguiría girando del mismo modo para ambas que Léonce tanto había odiado. Se habían vuelto las tornas. Mientras esperaban el té, Léonce se miraba las cuidadas uñas, sorprendida de que Madeleine se limitara a observarla atentamente, con más curiosidad que rencor. ¿Qué querría? Durante aquel silencio, mientras cada una daba vueltas a sus ideas, Léonce se acordó de Paul.

—Está bien, gracias —respondió Madeleine.

Léonce calculó su edad. ¿Por qué no le había enviado nunca un poco de dinero? Se moría de ganas por saber si el niño estaba al corriente de su traición.

—No le he dicho que venía a verla. Se habría puesto celoso, estoy segura.

Sirvieron el té. Léonce se lanzó:

—Verá, Madeleine...

—No se haga reproches —la cortó ella—. Para empezar, ya es demasiado tarde, y además... seguramente usted no podía hacer otra cosa. Quiero decir...

—Extendió la mano, cogió el bolso y lo abrió—. ¡Bah, no nos pongamos sentimentales!

Madeleine dejó sobre la mesita baja un documento oficial, que Léonce reconoció de inmediato, y volvió a servirse té tranquilamente.

Ayuntamiento de Casablanca.

Certificado de matrimonio de la señorita Léonce Picard y el señor Robert Ferrand.

—Comprendo que a una mujer le gusten los hombres —dijo Madeleine—, pero de ahí a casarse con dos...

¿Cómo lo habría obtenido?

—No es nada difícil. Vaya, no más que conseguir un certificado de estado civil falso para casarse por segunda vez. Es usted bígama, Léonce. Y eso a los jueces no les gusta nada: un año de cárcel y trescientos mil francos de multa...

Léonce estaba petrificada. Aquello era lo que más temía. La pobreza ya la había conocido, sabía lo que era, pero la cárcel...

—Y lo mismo para Robert Ferrand...

Madeleine lo vio enseguida, aquel argumento pinchaba en hueso. Era evidente que Léonce no estaba dispuesta a jugarse su libertad para proteger la de Robert. La observó mientras miraba la puerta.

—Yo que usted me lo pensaría dos veces. Para huir necesitará mucho dinero. ¿De cuánto dispone? ¿Cree que robándole a Joubert unos cuantos miles de francos podrá comprar documentos falsos, pagar un billete para el extranjero y

vivir unos meses antes de volver? No iré muy lejos, Léonce... No, no se lo aconsejo. Además, como estará en busca y captura, tendrá que irse a un país sin extradición, esconderse, y eso sale caro. No estará segura en ningún sitio. Los únicos que saben cómo hacer algo así son los criminales experimentados. Así que, para evitar que cometa una tontería, va a entregarme su pasaporte...

Silencio. Léonce se levantó, salió de la biblioteca y subió a su cuarto. Intentó reflexionar sobre la situación. Joubert nunca le daba grandes cantidades, prefería que le pidiera dinero más a menudo: estilo de banquero más que de marido. Disponía de menos de mil francos, y ni eso, porque necesitaba cuatrocientos para Robert, que se los debía a alguien; él siempre contando historias, nunca sabía qué era verdad. Madeleine iba a pedirle mucho dinero, pero si no quería matar a la gallina de los huevos de oro, no podía exigirle más de lo que ella estuviera en condiciones de darle. Volvió a bajar con el bolso y le tendió el pasaporte a Madeleine, que lo abrió.

—Esta foto no le hace justicia, no ha salido nada favorecida... —Parecía contenta—. ¿Me pasa el bolso, por favor?

Léonce obedeció. Era un bolso Lamarthe de piel vuelta, precioso. ¿Se lo iría a quedar? No, se limitó a sacar la cartera y las tarjetas de visita.

—Es bonito, con esos adornos, muy elegante... —Madeleine se levantó—. Será usted mis ojos en esta casa, Léonce. Quiero estar al corriente de todo lo relacionado con Joubert. Si me oculta algo que deba saber, no la llamaré, no le escribiré, no vendré a verla: le mandaré directamente al comisario, provisto de su certificado de matrimonio, ¿he sido clara?

Léonce dudó.

—¿Lo relacionado con Joubert? Pero ¿qué, exactamente?

—Todo. Con quién habla, con quién cena, con quién firma contratos, los regalos que les hace a sus clientes, lo que reparte entre los políticos, los periódicos a cuyos periodistas compra, todo. No seleccione, ya lo haré yo. Escuche sus conversaciones telefónicas, lea su agenda, apúntelo todo, copie las direcciones, los números de teléfono. Tomaremos el té una vez a la semana en Ladorée, en la rue Royale. Si un día no aparece...

—¡Sí, ya lo sé, lo he entendido!

—No se sulfure, Léonce.

Madeleine cogió su abrigo. Se iba a ir sin pedirle dinero, Léonce no se lo podía creer. Pero de pronto su mente enfocó la cuestión desde otro ángulo:

—¿No pensará arruinarlo?

—La situación es complicada, Léonce. No podrá conservar a su segundo marido y su dinero y al primero y su libertad. Créame, de todo lo que aún tiene, lo más valioso sigue siendo la libertad. —Madeleine adivinó lo que pensaba—. Y tendrá que hablar con su primer marido, Robert Ferrand, porque también lo necesitaré a él.

Léonce abrió unos ojos como platos. Madeleine sonrió con amabilidad.

—Pues sí, el matrimonio es eso. Para lo bueno... y para lo malo.

Estaban de pie una frente a la otra. Madeleine miró a Léonce con la cabeza ligeramente ladeada, se acercó a ella y pegó los labios a los suyos. Brevemente, pero lo suficiente como para sentir la suavidad, el calor húmedo, el delicado perfume. No era un gesto amoroso, Madeleine lo había hecho sólo para quitárselo de la cabeza, como quien recoge la calderilla. Dio un paso atrás y miró a Léonce atentamente, con una especie de satisfacción maternal. Luego, mientras se dirigía hacia la puerta, se volvió y le sonrió.

—No considere esto como un saldo de todas las cuentas.

Al instante supo que no le contaría aquello al cura de Saint-François-de-Sales.

24

Charles estaba convencido de que era un hombre ahorrador porque cada gasto, una caja de puros, una cena en el Grand Véfour o una noche en el burdel, era, según él, una excepción; nunca se le había ocurrido pensar que la suma de las excepciones podía estar por encima de sus posibilidades. En eso, como en política, practicaba la estrategia del chivo expiatorio: la culpa siempre la tenía otro. Y la candidata perfecta era Hortense, su mujer.

En opinión de Charles, nada evidenciaba su mala suerte con más claridad que su boda con ella. Ese desafortunado paso, que estaba convencido de no haber deseado dar, pesaba sobre su vida como una maldición. Hortense lo agotaba. Menos mal que tenía a sus hijas. Aunque tampoco es que con ellas todo fueran alegrías. Los sucesivos especialistas que habían tratado de remediar el desastre dental de Rose y Jacinthe habían coincidido en la necesidad de una erradicación total. Días de clínica, un regalo por cada diente y dos magníficas dentaduras postizas que, a ese precio, habrían podido ser de oro macizo. Ahora, las dos chicas lucían unas piezas dentales de una regularidad sospechosa y una blancura nivea bastante inquietante, como la de las estatuas de cera del Museo Grévin. Privadas de sonrisa durante toda su infancia, ahora se desquitaban. Habían pasado el final de su adolescencia exhibiendo unas dentaduras que, como por desgracia no tenían bien conformadas las encías, se movían a menudo, se soltaban, asomaban de repente fuera de la boca... Estaba claro que mantenerlas en su sitio era una lucha constante. Ahora habían cumplido los diecinueve. Estaban flacas, eran patizambas y tenían la tez blanca como la tiza y los pechos de su madre, puntiagudos y demasiado altos. Charles, que encontraba a sus hijas más guapas que nunca, no entendía por qué tenían tan pocos cortejadores y ningún pretendiente. Según él, disponían de una dote insuficiente. Una vez más el tema del dinero: las cosas siempre iban a parar ahí.

Hortense dedicaba toda su energía a la búsqueda de potenciales maridos. Tés,

bailes, veladas, invitaciones, salidas, pícnicos... no dejaba pasar la menor oportunidad de que Rose y Jacinthe encontraran un buen partido, pero todo eran decepciones y desengaños. Pese a ello, Charles consideraba que sus «perlas raras» poseían atractivos nada desdeñables. No bailaban demasiado bien, es verdad, pero tenían modales bastante buenos en la mesa, lo que no siempre había sido el caso. En cuanto a la postura, les habían puesto profesores e iban menos encorvadas que antaño. Para la vida en sociedad, les habían comprado libros de conversación cuyo contenido se habían aprendido de memoria; su única dificultad era que les costaba colocar el tema adecuado en el momento adecuado de la conversación. Hacía poco, Rose se había lanzado a una larga recitación de la página «Gastronomía» cuando de lo que se hablaba era de una gastroenteritis, pero el incidente no había tenido mayores consecuencias. Ese año estaban entusiasmadas con el macramé y la casa se había llenado de tapetes, cortinas, manteles y otras muchas labores a cuál más vistosa. Aun así, seguía sin aparecer nadie. «¡No lo entiendo!», exclamaba Charles desesperado. Como eran gemelas idénticas, tal vez pensaban que tenían que quedarse con las dos... Ésa era la teoría de Hortense.

Charles cerraba los ojos, lo burra que podía llegar a ser era increíble.

Cuando a mediados de febrero Hortense le anunció a Charles que, a base de maniobras e indirectas cuya sutileza cabía imaginar, había conseguido atraer sobre las gemelas la atención de la señora Crémant-Guérin, que tenía un hijo llamado Alphonse, un muchacho de veinte años que se preparaba para entrar en una de las Grandes Escuelas, Charles creyó ver el final del túnel.

El encuentro fue por la tarde. Charles no se dio prisa en volver a casa y adoptó la estudiada indiferencia de un futuro suegro que haría esperar su consentimiento.

Lo recibió Hortense.

—Ya ha llegado... —le susurró.

Estaba un poco doblada debido al dolor de ovarios, que intentaba disimular porque sabía que irritaba a su marido, pero su rostro expresaba una mezcla de nerviosa alegría y vaga inquietud.

Charles había reflexionado mucho sobre aquel encuentro entre los chicos y sentía por el tal Alphonse, al que nunca había visto, una simpatía y una compasión absolutamente sinceras porque se había puesto en su lugar: qué dilema, tener que elegir entre dos chicas tan idénticas. Tampoco él habría sabido cómo hacerlo.

Hortense, tan consciente de la dificultad como él, había convencido a Rose y a Jacinthe, que siempre se habían negado a vestirse de forma distinta una de la otra, para que no se recogieran el pelo con cintas del mismo color. De algo serviría. Después de mucho hablar, se acordó que Rose la llevara verde y Jacinthe azul.

La primera se había sujetado el moño con la cinta más ancha que había encontrado, a la que le había dado tantas vueltas que parecía la mujer de la limpieza de un hospital psiquiátrico. Jacinthe se había desmarcado de su hermana con un peinado en forma de pirámide, lleno de horquillas para sujetar la cinta. Ahora tenía el pelo apuntando al techo, como si acabaran de darle un susto.

Charles entró.

No había dado un paso por el salón cuando se detuvo, estupefacto ante una súbita revelación que le provocó una reacción química en el estómago.

El chico estaba sentado en un sillón con las rodillas juntas y las manos apoyadas en los muslos.

Frente a él, en la banqueta, Rose y Jacinthe, una junto a la otra.

Los ojos de Charles saltaban del supuesto pretendiente de mirada temerosa a sus emperifolladas hijas; el tal Alphonse, un joven alto y delgado, de pelo castaño y ondulado, ojos azules y boca sensual y, enfrente, las dos gemelas, ataviadas con el mismo vestido de tul con volantes y pronunciado escote...

El descubrimiento lo dejó fulminado.

Porque el chico era francamente guapo.

Porque nunca había visto a sus hijas tan evidentemente entregadas y deseosas de gustar.

Y se dio cuenta de lo feas que eran.

Con la cara chupada, el pecho escurrido y las rodillas huesudas, sonreían con todos sus falsos dientes. Excitadas por la visita de aquel pretendiente, alborotadas como gallinas, dejaban escapar por los entreabiertos labios risitas ahogadas que delataban un deseo sexual convertido en obsceno por el increíble parecido de ambas, que duplicaba su fealdad.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta entonces? Su anterior ceguera y su actual lucidez tenían la misma explicación: las quería, las quería con locura. Le habría gustado echar de allí a aquel chico y estrechar a sus hijas contra su pecho. Ese doloroso descubrimiento casi lo hizo llorar. Eran ridículas. Charles quería morir.

La visita fue un calvario.

Hortense les propuso a las niñas que tocaran una pieza al piano a cuatro manos. Alphonse sonrió con amabilidad, pero no fue capaz de despegar los labios. Rose y Jacinthe masacraron una melodía que nadie habría podido reconocer. El joven aplaudió discretamente y ellas hicieron una pequeña reverencia, aunque Rose no acabó en el suelo de milagro. Luego corrieron a sentarse de nuevo en la banqueta, en la que se quedaron tiasas como dos gallinas en un palo. Su perfume de coco dejó una estela en el salón.

—¿Y bien? —preguntó Hortense.

Sonreía mostrando los dientes, que tampoco tenía demasiado bonitos. «De tal palo tal astilla», se dijo Charles.

Alphonse se fue.

—Gracias, señor Péricourt —dijo—. He pasado un rato muy... agradable.

Charles lo miró con más atención. No sólo era guapo y elegante, además era educado. Justo el yerno con el que había soñado.

—Vamos, muchacho, vuelva a casa —le dijo—, esto ya ha durado bastante.

Se dieron la mano. De pronto, Charles tuvo una intuición que a él mismo lo sorprendió.

—¿Le interesa la política, Alphonse?

El rostro del joven se iluminó.

—Muy bien, veremos qué se puede hacer... —dijo Charles.

Hortense opinaba que todo había ido muy bien. Tenía grandes esperanzas. «Mejor», pensó Charles, «así estarás entretenida». Hortense lo siguió al dormitorio. Charles se estaba desnudando. No había cenado, no tenía apetito.

—Lástima que este Alphonse sea hijo único. Si tuviera un hermano...

—Anda, Hortense, déjame tranquilo —gruñó Charles quitándose los calzoncillos—, mañana tengo que trabajar.

Hortense levantó una mano. «Bueno, ya lo entiendo.» Y se marchó.

Qué tarde tan agradable había pasado.

Que Gustave Joubert le hubiera pedido que apoyara explícitamente su proyecto aeronáutico había dejado muy preocupado a André. La alusión a sus años al lado de Madeleine Péricourt, ¿no hacía temer que empezara a murmurarse sobre cierto individuo que se había dejado mantener por una rica heredera, y que ese desagradable rumor arruinara su creciente reputación?

Acceder a la demanda le pareció menos comprometedor.

FRANCIA SE MERECE UNA CLASE POLÍTICA MEJOR

Nuestros gobernantes harían bien en escuchar a las fuerzas vivas de la nación.

He aquí una agrupación de industriales que, animados por un patriotismo desinteresado, han decidido examinar los acuciantes problemas del país y aportar soluciones; es decir: he aquí a la élite, que pasa a la acción. Saludémosla.

Ante los peligros que nos amenazan, estos hombres se proponen construir el primer motor de avión a reacción, capaz de plantar cara a nuestros adversarios más belicosos. Es un empeño ambicioso, ilusionante, patriótico. Necesitan el apoyo del gobierno, es decir, de la nación. No nos cabe la menor duda de que lo obtendrán.

Ya estaba: ya había hecho lo que le pedían.

Y, en efecto, al día siguiente recibió una tarjeta con el logotipo del Renacimiento Francés en la que, si no le daban las gracias, al menos lo felicitaban por aquel «excelente artículo, absolutamente acertado».

André se había alineado al lado de Gustave Joubert, pero lo había hecho a regañadientes.

Joubert podía estar seguro de que, al menor problema, se las vería con él.

25

Cada vez que Paul empezaba un libro o estrenaba un cuaderno, Vladi alzaba los ojos al cielo: «¡Ay, estos intelectuales!» Y de vez en cuando, mientras él leía o escribía, echaba un vistazo por encima de su hombro, para regocijo de Paul.

Eso había dado pie a un pequeño tira y afloja con su madre hacía unos meses, cuando a Madeleine se le había ocurrido que Vladi podría ayudarla con la educación de Paul, de la que se ocupaba ella en exclusiva.

—Al menos, no sé..., tomarte las lecciones. Aunque no hable francés, podría hacer un esfuerzo, digo yo.

—No, ma... má, no... pu.. puede.

Paul intentó cambiar de tema, pero cuando a su madre se le metía algo en la cabeza...

—No tiene más que leer fonéticamente. Aunque no comprenda, al menos puede comprobar que...

—No, ma... má, no pu... puede.

—Me gustaría saber por qué.

Muy a su pesar, Paul se vio obligado a decirle:

—Po... porque Vla... Vladi no sa... sabe le... leer.

Madeleine la había visto un montón de veces sentada junto a él con el *Król Macius Pierwszy*, la historia del rey Matías I, a menudo a petición de Paul, y no había notado nada. Pero él, que tenía el oído más fino y mejor educado, se había dado cuenta de que en algunas páginas las sílabas nunca eran las mismas de una lectura a otra. Las frases hechas reaparecían constantemente, como suele ocurrir en los cuentos, pero en cuanto a lo demás, Vladi no seguía el texto, le contaba la historia volviendo arbitrariamente las hojas de un libro que era incapaz de leer.

Cuando iban a una biblioteca, Vladi cogía las obras que había pedido Paul entre el índice y el pulgar y volvía a dejarlas con cansancio, como si no

entendiera que aquello pudiera interesarle a alguien.

Paul frecuentaba varias bibliotecas de París. Digo «varias» porque sabía exactamente lo que quería y tenía que cambiar a menudo de biblioteca para satisfacer su curiosidad. Ninguna tenía un acceso fácil para la silla de ruedas. ¡La de pisos que habría subido y bajado Vladi con su muchacho en brazos! Paul no se limitaba a saquear las secciones de música y ópera, tenía intereses muy variados. Cuando simpatizaba con un bibliotecario, siempre aprovechaba para pedirle los periódicos, semanarios y revistas que ya no se usaban con el fin de recortar artículos. Paul se había vuelto muy industrioso.

Cuando Madeleine se dio cuenta, se sintió tan contenta como orgullosa. ¿Debería Paul cursar estudios superiores? ¿Se podría ir a la universidad en silla de ruedas?

—No, ma... má, gra... gracias, no ha... hace fal... falta.

Madeleine se molestó. Era una actitud de señorito. Con los medios de que disponían, Paul no podía esperar vivir de las rentas, y ella no era inmortal. Por otra parte, no acababa de entender qué le interesaba. Miraba las pilas de libros que se llevaba de la biblioteca y no conseguía encontrar una lógica. Ciertamente, Paul era un espíritu ecléctico, pero en su curiosidad había una especie de fiebre, un afán que la intrigaba.

Una tarde en que Paul había ido a la biblioteca Sainte-Geneviève, Madeleine empezó a dar vueltas por el salón, dudando si hacer algo que le daba vergüenza, pero a lo que era incapaz de resistirse.

Entró en la habitación de Paul y buscó sus cuadernos. Encontró fórmulas de química, pero también toda una colección de recortes de publicidad de periódicos y revistas. Madeleine se quedó pasmada al descubrir anuncios de productos femeninos («La belleza de los dientes se llama Dentol»), que tenían en común mostrar a chicas jóvenes ligeras de ropa («La mujer realmente moderna lleva combinaciones Nylar») y encantadas de sí mismas («¡He adelgazado gracias a las pastillas Galton!»)... Se quedó petrificada ante los recortes de un producto llamado «Gyraldose, para el cuidado íntimo de la mujer», que mostraba a una joven en salto de cama (en cuanto tenían algo que comunicar, aquellas chicas empezaban a quitarse la ropa), y de otro que se anunciaba como Quintonine: «¿Le afecta la primavera? ¿Se siente melancólica, sin energía...?» ¡Qué cara tan triste tenía la indolente jovencita que ilustraba la situación! Con aquella melena rubia, aquella naricilla respingona y aquella mirada perdida, ¿quién no habría querido consolarla, alegrarle un poco la vida? «Quintonine: la muchacha se transforma en mujer...» No te digo...

Madeleine se echó a llorar.

No porque Paul se interesara por esas cosas (después de todo, iba a cumplir trece años, debía de ser lo normal a esa edad), sino porque no podría vivirlas como los demás... Tarde o temprano habría que preocuparse de su sexualidad, pero Madeleine todavía no estaba preparada.

¿Qué hacer? Cuando la naturaleza imponía su ley, un chico en una situación normal siempre acababa encontrando a una jovencita más espabilada que él o a una mujer adulta deseosa de hacer una buena obra, o también podía romper la hucha. Pero ¿qué iba a hacer el pobre Paul, en su silla de ruedas? Antes Madeleine tenía a Léonce, que sabía de esas cosas, pero ahora sólo estaban Vladi y ella.

Vladi...

Madeleine negó con la cabeza, intentando luchar contra las malas ideas que se le ocurrían...

Seguir fisgando no servía de nada. Empezó a ordenar los cuadernos, pero no le dio tiempo a acabar. En ese momento, Vladi entró en la habitación. Madeleine aún tenía en la mano el dibujo de una chica preciosa, con un escote muy favorecedor y muy pronunciado, que parecía aquejada de acné y a la que se le ofrecía un remedio. Madeleine se lo tendió a Vladi sin decir nada. Era evidente que la enfermera estaba al cabo de la calle y en absoluto alarmada.

—Pero... —balbuceó Madeleine— ¿no le parece que...?

Vladi no dudó un segundo:

—*Nie, nie, to jeszcze nie ta chwila!*

Parecía muy segura. Se volvió hacia la cama de Paul. Madeleine, azorada, hizo un gesto, «¡No!». Pero era demasiado tarde: con un rápido tirón, la chica había apartado la colcha y la sábana de arriba y señalaba la bajera, immaculada...

—*Sama pani widzi!*

Madeleine estaba roja de vergüenza, como si estuvieran hablando de su propia sexualidad. Vladi negaba con la cabeza y remetía la ropa de la cama, murmurando en tono categórico:

—*Nie, nie teraz! Jeszcze nie!*

Madeleine no compartía su tranquila seguridad. Puede que, en Polonia, a los trece años los chicos pensarán en otras cosas, pero Paul no coleccionaba esos anuncios porque sintiera curiosidad por los camiones.

Era la primera vez que echaba de menos a su ex marido: para esas cosas, al menos, habría podido contar con él.

Razón de más, si es que necesitaba otra, para no dejar que Paul hiciera aquel viaje para el que había estado a punto de darle permiso. Porque Solange lo invitaba a ir a Berlín. Presumía (y puede que fuera cierto, pero ¡cuánto le gustaba ser el centro de atención!) de ser amiga de Richard Strauss, nada menos. Al parecer, Strauss era un «ferbiente admirador» de la Gallinato. Madeleine se preguntaba si él, en alemán, también ponía dos erres. Strauss la había visto en *Salomé* y el pobre hombre se había quedado impresionado. En fin. El caso era que Solange había aceptado ir en febrero a Alemania para participar en la celebración del cincuenta aniversario de la muerte de Wagner, «pero e estado en cama». A saber si era verdad, porque aquella mujer mentía más que hablaba. Por lo visto, los teutones se habían llevado una gran decepción por su ausencia. Al leer las cartas de Solange, uno se preguntaba cómo se las habían arreglado para seguir adelante con la conmemoración en ausencia de la diva. Pero a Strauss, que no era nada rencoroso, le había faltado tiempo para reiterar la invitación y, en su infinita generosidad, Solange finalmente se dignaría ir en septiembre «a zelebrar la musica germana. ¡Figurate, mi pequeño Pinocho! Un pograma con Bach, Beethoven, Schumann, Brahms, Wagner... ¡No iras ha dejar sola ha tu vieja amica un dia como ese!»

El concierto tendría lugar el 9 de septiembre en la Ópera de Berlín.

Desde el recital de julio de 1927 en la Scala, Paul no había aceptado ninguna de las numerosas invitaciones de Solange para viajar al extranjero. Esta vez se había atrevido a pedirlo y Madeleine había estado a punto de acceder, pero no podía permitir que Paul se marchara solo, con aquella sexualidad exacerbada... Serían al menos dos billetes de tren y varias noches de hotel, más los restaurantes... Madeleine tenía mala conciencia porque disponía del dinero, pero no podía gastarlo en un viaje, ni siquiera para Paul: lo necesitaba para pagar al señor Dupré...

Se negó.

—Lo com... com... prendo, ma... má.

El anuncio de la serie de recitales que Solange daría en Berlín ese otoño fue muy comentado en los periódicos. La cantante proclamaba a voz en cuello cuánto la alegraba «presentarse ante el pueblo alemán, que, como es sabido, tiene un alma tremendamente musical». Por su parte, las nuevas autoridades del Reich (estábamos a finales de febrero: el señor Hitler sólo llevaba un mes de canciller) celebraban que la gran artista acudiera a rendir un homenaje tan vibrante al genio musical alemán. Bastante criticado por sus arbitrarias medidas contra los judíos y contra una parte de la cultura considerada decadente, el

régimen estaba orgulloso de tener a una admiradora de tanta categoría como Solange Gallinato, a la que recibiría con todos los honores, incluida la presencia en el estreno del mismísimo canciller. Solange había declarado repetidamente que sería para ella una alegría y un orgullo.

Era verdad que a lo largo de su vida Madeleine no había tratado con muchos obreros, pero aquél no respondía en absoluto a la idea que tenía de ellos. Pañuelo anudado al cuello, pantalón de pinzas, zapatos relucientes... Léonce le leyó el pensamiento.

—En realidad, Robert ya no es obrero, ahora vive de... las rentas, ¡pero estudió mecánica!

Madeleine cruzó las manos sobre la mesa. «Ya.»

—En Dumont —especificó Robert—, en Vincennes.

Frente a él, el señor Dupré volvió a dejar la cerveza con gesto cansado. Miraba el carnet de identidad a nombre de Roger Delbecq. Lo lanzó ante Robert.

—Para conseguir esto te dieron seiscientos francos; ¿cuánto te has embolsado tú por esta porquería?

Robert hizo una mueca. Vale, había exagerado un poco. René Delgas se lo había hecho por ciento treinta francos. Léonce voló en su ayuda.

—Sí, el resultado no es muy bueno, pero han sido las prisas. Por fuerza, con tan poco tiempo... Pero pediremos que lo vuelvan a hacer, ¿verdad, cielito?

Cielito estaba de acuerdo, pero eso no quería decir gran cosa porque siempre estaba de acuerdo en todo. Si Léonce hubiera tenido pasaporte y suficiente dinero para huir de Francia, habría tenido que considerar a Robert como una maleta más.

Por su parte, Madeleine pensaba en el tiempo. Las entrevistas de trabajo se harían en dos o tres días. Tenía la sensación de que el asunto no empezaba bien.

—Dígame, señor Ferrand, ¿qué hacía usted exactamente en Dumont, en Vincennes?

Robert hizo una leve mueca.

—¡Bah, un poco de todo, ya sabe!

Madeleine no sabía nada. El señor Dupré respiró hondo. Por un instante, parecía que iba a levantarse y darle un guantazo a Robert. Léonce se apresuró a intervenir:

—Cariño, la señorita Péricourt quiere que le expliques en qué consistía tu trabajo concretamente.

—¡Ah! Pues en cambiar los motores, borrar los números con ácido, volver a pintar los coches, cosas así.

—¿Y cuánto hace de eso?

Confuso, Robert se frotó la barbilla, vamos a ver...

—Unos veinte años, diría yo... Sí, eso es, volví de vacaciones el trece y me fui a la guerra el catorce, conqué...

Madeleine miró a Léonce, después al señor Dupré y de nuevo a Robert.

—¿Nos disculpa un momento, señor Ferrand?

—Faltaría más —respondió Robert cruzando los brazos.

—Amorcito —le dijo Léonce con paciencia—, a la señorita Péricourt le gustaría que nos dejaras solos durante un momento, por favor.

—¡Ah, vale!

Amorcito se levantó y dudó. ¿La barra? ¿El billar? Optó por el billar.

—Sí, lo sé, está un poco desconectado del oficio —tuvo que reconocer Léonce.

Era muy consciente de que la candidatura de Robert resultaba difícil de defender. Sólo era bueno en la cama. Ahí valía oro, pero había que admitir que tenía poco que ver con la mecánica.

El señor Dupré no decía nada. Examinaba por enésima vez el documento que Léonce había copiado la noche anterior con muy buena letra. Un documento extraído de la cartera de Gustave mientras dormía. La lista, no exhaustiva, de las preguntas que les harían a los candidatos al empleo.

Madeleine planeaba meter a Robert Ferrand en los talleres del Renacimiento Francés, pero le veía pocas posibilidades frente a otros obreros realmente cualificados cuya experiencia no se remontara a la preguerra.

El desánimo se apoderó del trío. En la sala de billar se oyó una carcajada: era Robert.

—¡Toma ya! ¡A dos bandas! —gritó—. ¿Has visto? Quién ha ganado, ¿eh?

El señor Dupré miró a Léonce.

—No quiero ser desagradable, señorita Picard, pero... ¿qué quiere que hagamos con su amiguito? Es un equipo de ingenieros de élite, que buscan obreros especializados y con mucha experiencia, muy preparados. Si le piden una carambola de billar, puede que lo consiga, si no... No ha visto una máquina herramienta en más de veinte años. Se partirán de risa.

Y eso fue exactamente lo que pasó.

El ingeniero italiano se tuvo que tapar la boca con la mano. Su hilaridad contagió a los otros dos. Ni siquiera Gustave pudo evitar sonreír.

—Vamos, señores, un poco de compasión... —les dijo.

«Pero ¿este fulano es completamente idiota?», se preguntaba. Nos ha presentado un currículum lleno de referencias inverificables y no ha sabido responder, ni bien ni mal, a ninguna de las ocho preguntas. ¿Era caritativo ponerlo delante de una máquina para hacer una prueba y humillarlo aún más? Aún quedaban ocho candidatos por entrevistar. Gustave cerró la carpeta con gesto de impotencia.

—Comprenderá usted que para este puesto...

Robert apretó los labios y se encogió de hombros: «Sí, hombre, tranquilo...»

Gustave tenía un buen día. Un buen día que duraba desde hacía semanas. No había sido tan feliz en toda su vida: todo lo que intentaba le salía bien.

Ya veía el turborreactor saliendo de sus talleres.

Dos meses antes, el 10 de febrero de 1933, había vivido un gran momento ante los ministros de Industria y Aeronáutica, que habían hecho una visita a la empresa acompañados por periodistas y reporteros. Les había presentado uno a uno a los miembros del equipo: «Éste es el especialista en aerodinámica..., el experto en combustión..., el genio de la ventilación..., el dios del perfilado..., el vulcano de las aleaciones...» Era una letanía agotadora, pero Joubert la recitaba con gusto. Dos días después, el gobierno anunciaba que «participaría activamente» en el proyecto; qué remedio... Las subvenciones estaban al caer. Y, a lo largo de los meses, Gustave pensaba acaparar la mayor parte del presupuesto del Estado en esa materia. Estaba eufórico.

Dos meses después de la formación del equipo, hacían falta obreros capaces de fabricar las piezas diseñadas.

Joubert se levantó: «En fin, puede irse; el siguiente.» Robert le dio la mano al jurado sin rencor, sin dejar de sonreír: daba la sensación de que nada lo afectaba.

Gustave, que estaba de buen humor, lo acompañó a la puerta.

—Bueno... Al menos sabemos que le gustan los coches...

—¡Huy, ya lo creo!

—En eso sí nos parecemos: me encantan los automóviles... ¿Y cuál sería el coche de sus sueños?

—¡Bueno, he conducido el Blue Train Special, ¿sabe? Así que...

Gustave se quedó parado.

—¿Usted? Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

—En el veintinueve. Tenía un amigo en pintura. Le había dado un retoque y había que llevarlo a Mantes-la-Jolie, y me puse al volante...

Joubert estaba atónito. En 1928, Bentley había sacado un modelo de automóvil con seis cilindros, el Speed Six, con el que Barnato había corrido contra el tren rápido Cannes-Calais. Al final de un recorrido indescriptible, ¡había llegado cuatro minutos antes! Para celebrar el éxito, Bentley había bautizado su siguiente seis cilindros Blue Train Special y había fabricado... un solo ejemplar. Nadie sabía realmente dónde estaba. Con una cilindrada de 6.597 cm³, que desarrollaba 180 caballos de vapor, era un coche mítico.

El ingeniero italiano se acercó.

—Habría que entrevistar al siguiente candidato, señor Joubert. El tiempo apremia...

Gustave, casi febril, no pudo evitar volverse hacia Robert.

—Y, entonces, el Blue Train... ¿cómo era?

Robert abrió la boca y buscó las palabras:

—No se lo puede ni imaginar, caballero...

Y así fue como Robert, que no había logrado entrar en el taller del Renacimiento Francés como obrero especializado, consiguió que lo contrataran como empleado de la limpieza.

Madeleine llevaba ya más de dos meses reuniéndose con el señor Dupré en su casa para que la pusiera al corriente de sus investigaciones: la gente a la que había visto o a la que le había hecho preguntas, los sitios en los que había estado, las horas que se había pasado esperando y el dinero que había gastado. Él no omitía el menor detalle y Madeleine se impacientaba, pero como se sentía con menos derecho a interrumpir a aquel obrero de lo que se había sentido antaño respecto al apoderado del banco familiar, las sesiones se eternizaban y el café se enfriaba en las tazas.

El señor Dupré había conseguido excelentes resultados en lo relativo a Léonce y también estaba perfectamente informado de la vida y milagros de Charles: la portera de su casa y la secretaria del dentista habían sido convenientemente untadas y a un ujier del Parlamento se le soltaba la lengua al tercer Cinzano. Dupré le contó a Madeleine acerca de la desastrosa visita de Alphonse Crémant-Guérin y del montón de tiempo que había dedicado a seguir a André Delcourt, aunque en este caso en vano: André sólo iba al periódico y a

cenar de sociedad, no jugaba, cuando volvía a casa se quedaba escribiendo hasta tarde...

—¿Nada que hacer? —insistió Madeleine.

Dupré no podía asegurarlo, pero temía que a aquel hombre sería difícil encontrarle fisuras.

—Tampoco creo que se lo pueda corromper —añadió, como si Madeleine dispusiera de medios para comprar a alguien—. No mira mucho a las mujeres, no frecuenta los establecimientos especializados...

—Puede que no sea ése el lado por el que hay que buscar...

Era una frase atrevida y Madeleine se sonrojó. El señor Dupré era lo bastante concienzudo y precavido como para haberse informado. Sin duda, sabía que en otros tiempos Madeleine había sido la amante de André, lo que daba a aquel comentario el carácter de una confesión íntima.

Se encogió de hombros con escepticismo. Madeleine se aturulló.

—Escuche, señor Dupré, puedo...

—Se azota.

—¿Perdón?

El señor Dupré había entrado en su casa.

—¿Cómo lo hizo?

—Soy cerrajero de profesión.

—Ya. ¿Y dice que...?

—Tiene un látigo en su casa, un objeto colonial, exótico. Usado.

Madeleine estaba sorprendida, pero no demasiado: le cuadraba con André. Y si ese desahogo le bastaba para calmar sus impulsos, sería difícil atraparlo.

No obstante, Madeleine estaba tranquila. El único asunto que le preocupaba era el dinero. Lo que había ahorrado trabajosamente se iba rápido. Podría aguantar hasta diciembre si no había alguna sorpresa desagradable, después...

Sobre Léonce, el señor Dupré le presentó un informe largo, tranquilo y detallado, como de costumbre; tras lo cual, Madeleine se levantó. Dupré fue a buscarle el abrigo, se lo sujetó, ella metió los brazos en las mangas, se volvió hacia él y se besaron. Luego él la llevó a la cama, donde le hizo el amor tranquila, larga y detalladamente.

26

Paul entendía a su madre. Tenían el dinero justo, vivían modestamente: un viaje a Berlín era impensable..., pero como Solange cada vez daba menos recitales, tenía más ganas que nunca de volver a oírla. «Tu amiga esta mui cansada, lobito... A rechazado fechas, a anulado otra, tu Solange esta echa una carraca, ¿sabes?»

Le gustaba que la compadecieran, así que Paul la compadecía: «Hace bien en descansar. Si está agotada es porque ha querido contentar a todo el mundo, cantar en todos los sitios donde se lo pedían. A veces hay que saber decir que no.»

Esa frase, que había escrito maquinalmente, empezó a darle vueltas en la cabeza. Algo, no sabía qué, se removía en su interior.

Empezó a comprenderlo cuando los periódicos informaron de que un sindicalista holandés llamado Van der Lubbe había incendiado el Reichstag de Berlín la noche del 27 de febrero, víspera de las elecciones. Paul vio fotos del edificio en llamas y leyó las airadas declaraciones del presidente de la Cámara Baja, Hermann Göring, sobre un vasto plan terrorista urdido por los comunistas.

Paul no acababa de entender lo que pasaba en Alemania, pero se daba perfecta cuenta de que el ambiente estaba cargado. A unos días de las elecciones, las autoridades habían prohibido la prensa socialdemócrata por un período de quince días, detenido a doscientas personas, suspendido artículos de la Constitución relativos a las libertades individuales y asignado al mantenimiento del orden a treinta mil auxiliares de esvástica a los que se entregaba un brazalete y una pistola cargada por la mañana y se les pagaban tres marcos por la noche. Otras treinta mil personas se habían congregado en el Palacio de los Deportes para oír hablar de su política racista al canciller Hitler. Era evidente que, en esa parte de Europa, la situación estaba que ardía.

Curiosamente, dos noticias menores impresionaron mucho a Paul: en Berlín

habían prohibido una comedia teatral y un baile de disfraces organizado por un club holandés. Esos hechos contrastaban con el entusiasmo de Solange, que, desde Lucerna, donde estaba descansando, le escribía: «Paso el día tomando baños, pero sigo trabajando, ¿sabes? Aun tengo tiempo para preparar el gran recital de Berlín. Porcierto, ¿estas totalmente seguro que tu querida mamá no te dejara venir? Espero que no sea por el dinero... A tu vieja amiga no le ocultarías una cosa así, ¿verda? Porque para Berlín estoy preparando un programa muy alemán, con cosas increíbles que no se ollen todos los días. Pero tengo que darme prisa ¡y encargar un decorado!»

Había adjuntado a la carta recortes de periódicos franceses y extranjeros que pregonaban su viaje a Alemania en otoño: «La Gallinato cantará para Hitler», «Solange Gallinato rendirá homenaje a la música alemana en Berlín»...

Las dudas de Paul no hicieron más que aumentar cuando, a mediados de marzo, leyó que un decreto del Reich había permitido disolver gran número de agrupaciones musicales que, para su desgracia, no eran del gusto del nuevo régimen. A Paul no le cabía en la cabeza que en un país considerado tan melómano se atacara a asociaciones dedicadas a la música.

Y Solange estaba encantada de ir a actuar precisamente allí.

Paul se hacía preguntas. Algo se le escapaba. En momentos así, generalmente recurría a su madre, pero aparte de que la rivalidad entre las dos mujeres tan sólo desaparecería con ellas, había algo que lo frenaba. ¿Qué? Misterio... Temía que los planes de Solange no fueran una buena idea.

André fue a casa de Montet-Bouhal arrastrando los pies. La clase de invitación que no se puede rechazar: una gaita. Y también un suplicio porque, de pronto, André se vio en un piso inmenso, provisto de una biblioteca gigantesca y con una impresionante colección de objetos de arte, grabados, libros y curiosidades: una especie de gabinete de coleccionista, y todo aquello le ponía ante los ojos lo que a él le habría gustado ser y poseer, lo que soñaba con alcanzar y tan lejano le parecía.

Se sentó en el borde del sofá; en cuanto pudiera se iba.

—¡Ah, Italia...!

Montet-Bouhal se embarcó en una larga disertación llena de referencias: San Vital, Bernini, la Virgen de Tarquinia... En boca de aquel vejete arrugado y encogido, aquel batiburrillo enciclopédico parecía una retahíla de tópicos. André estaba en el purgatorio, ¿qué hacía él allí, Dios mío?

Estábamos a principios de un mes de abril que se había mostrado clemente. Para el viejo académico, la llegada de la primavera, a la que nunca había prestado atención, se había convertido con la edad en un pequeño acontecimiento. De vez en cuando se volvía hacia una ventana que permanecía entreabierta, entornaba los ojos como un gato, aspiraba el aire fresco que penetraba en la sala y volvía a sumergirse en sus papeles como a regañadientes, con un suspiro.

—Y hemos pensado en usted.

Absorto en sus meditaciones, André se había perdido el contexto de la frase.

—¿En mí?

—Sí.

¿Había oído bien? ¿Una revista?

—No, un periódico. Es más denso, ¿comprende? Es lo que necesitamos si queremos que se conozcan nuestras ideas, convencer...

Miembros influyentes del Comité Francia-Italia, industriales, unas cuantas familias ilustradas, habían decidido financiar un periódico destinado a difundir las tesis que habían vuelto a convertir a Italia en una gran nación latina.

Montet-Bouxal se levantó con dificultad, arrastró los pies hasta el diván, se dejó caer y dio unas palmaditas en el asiento: «Siéntese a mi lado.»

—El fascismo es una ideología moderna, en eso estamos de acuerdo.

El viejo escritor tenía las manos frías y ásperas. André estuvo a punto de retirar las suyas, pero la educación se lo impidió.

—En París hay un sinfín de buenas plumas que estarían encantadas de colaborar en un órgano de prensa política destinado a convencer, a ganar esta hermosa causa.

A André le daba vueltas la cabeza: ¡dirigir un periódico de París!

—Tenemos locales en la avenida de Messine, ¡y no crea que me lo invento!

—Montet-Bouxal soltó una risita bastante femenina. Al principio sólo habría tres o cuatro periodistas, pero luego...—. Tendríamos que reunirnos con nuestros generosos patrocinadores. Podríamos empezar en septiembre. Si el asunto le interesa, claro... Nos falta el nombre, pero ya lo encontraremos.

—*El Lictor*.

Se le acababa de ocurrir.

—¿No es demasiado... culto? Bueno, ya veremos.

Montet-Bouxal se levantó y volvió a anudarse el batín. La conversación había acabado.

André estaba exultante.

Al cabo de unas semanas estaría bajo los focos de la actualidad, a la cabeza de un nuevo periódico, todavía modesto pero muy prestigioso...

Donde no ganaría menos que con Guilloteaux.

Robert siempre saludaba del mismo modo: «¡Joder! ¿Has visto qué día?» Daba igual el tiempo que hiciera, o que fuera de noche, y no hacía falta responder. Esa tarde, tras cumplir con su costumbre, se subió al coche y estuvo fumando un cigarrillo tras otro mientras miraba la carretera con los ojos vacíos y expresión embobada. Dupré lo habría tirado del coche en marcha.

Llegaron a Châtillon hacia medianoche.

Dupré apagó los faros a la salida de la localidad y siguió avanzando a velocidad reducida hasta la fábrica. Pensaba detenerse a bastante distancia.

Respecto a las instrucciones, lo había intentado todo con Robert. Era inútil: siempre se le pasaba algo. «¡Ah, sí, eso es, lo había olvidado!», decía riéndose. Para él nada tenía importancia. En la penumbra del coche, Dupré hizo un último intento.

—¿Ah, sí? —le soltaba Robert a cada frase, como si fuera la primera vez que la oía. Era para ponerse a gritar.

Así que Dupré hizo lo que no quería hacer. A regañadientes, sacó un papel con las instrucciones escritas con letras mayúsculas y con las palabras bien separadas. Dejar semejante prueba en manos de aquel sujeto equivalía a cometer un acto suicida que no entraba en sus cálculos, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Robert lo leyó en voz alta, a trompicones. Nunca se podía dar por sentado que comprendiera lo que leía.

—¡Bueno, vamos! —gruñó Dupré desesperado.

Por supuesto, había pensado en intercambiar los papeles, pero eso significaba dejar el coche en manos de Robert, y había nueve posibilidades sobre diez de que a la primera señal de alarma se largara y lo dejara en una situación imposible.

—De acuerdo —dijo Robert.

Al menos no era respondón. Bajó y abrió el maletero.

—Pero ¿qué coño haces? —gritó Dupré saliendo del coche a toda prisa.

—Pues coger los...

—¡Maldito gilipollas! ¿Qué pone en la hoja?

Robert se hurgó en los bolsillos.

—¿Dónde he metido el maldito papelujo? ¡Ah, míralo!

Estaba muy oscuro. Robert sacó el mechero, que Dupré le arrancó de la mano justo a tiempo.

—¡Lo mejor para que nos descubran!

Desesperado, Dupré le recordó la consigna. Robert asentía con la cabeza.

—¡Ah, sí! Eso es, ahora me acuerdo...

—¿Sí? ¡Pues venga! ¡Lárgate, capullo!

Dupré lo vio alejarse con la cizalla en la mano como si llevara un candelabro. Como se complicase la cosa lo dejaba allí, se decía, a sabiendas de que no lo haría. A pesar de su exasperación, incluso del rechazo que le provocaba Robert Ferrand, en algún lugar de su interior subsistían unos valores de solidaridad obrera que sabía mal empleados con un sinvergüenza como ése, pero que no era capaz de dejar de lado.

Observó la oscura silueta de la fábrica, que se perfilaba vagamente en el horizonte, justo frente a él.

Robert llegó a los talleres. ¿A la derecha? ¿A la izquierda? Ya no se acordaba. En el papel debía de ponerlo, pero habría tenido que buscarlo y a saber en qué bolsillo lo había metido. Además, cualquiera leía así, sin luz... Decidió que era a la izquierda.

Al cabo de un momento volvió a dudar. Ya iba a dar media vuelta cuando vio la verja. Más tranquilo respecto a la fiabilidad de su instinto, siguió avanzando y utilizó la cizalla para abrirse paso a través de la alambrada. Ya estaba en la fábrica. Los edificios lo impresionaban un poco.

Dupré estaba bastante nervioso. La cosa en sí no tenía mucha complicación, pero con aquel zopenco no se podía dar nada por sentado. Para su sorpresa, al cabo de unos instantes oyó pasos y vio llegar a Robert sonriendo de oreja a oreja.

—¿Ya está? —le preguntó con desconfianza—. ¿Has visto pasar a los vigilantes nocturnos?

—¡Pues claro!

Dupré suspiró aliviado.

—¿Y has abierto la válvula? ¿Sólo un poco?

—Claro, como me has dicho...

Dupré no se lo podía creer.

Cogieron las dos latas y echaron a andar.

Una vez ante la valla, Robert volvió a atravesarla. Dupré le pasó las latas una

tras otra y él corrió a llevarlas al taller, que había abierto con la llave maestra. Dupré, que había estado vigilando el sitio tres noches seguidas, sabía que la próxima ronda no pasaría hasta al cabo de una hora.

—¡Venga, vete! —le susurró a Robert—. Y me esperas allí.

—¡Vale!

—¡Y no fumes!

—¡Vale!

Dupré entró con mucho sigilo en el taller. Olía a gasolina. Se dirigió hacia la cisterna, cuya válvula, en efecto, estaba ligeramente abierta. Un hilillo de carburante se deslizaba hasta el suelo de cemento. Poco a poco vació las dos latas en varios sitios. El olor empezaba a agarrársele a la garganta. Luego, las dejó cerca de la puerta, echó un vistazo al lugar, se sacó del bolsillo el periódico que llevaba enrollado, le prendió fuego y lo arrojó al charco. Salió a toda prisa, volvió a cerrar con una vuelta de llave y cruzó la valla.

Al producirse la explosión estaba a unos treinta metros del coche. No fue nada del otro mundo, pero las llamas debieron de recorrer los regueros de gasolina muy deprisa porque, cuando tomaron la carretera para volver a París, el resplandor del incendio se veía desde el coche.

27

Dupré no había parado de darle vueltas a la alusión de Madeleine a los gustos sexuales de André. ¿Se la tendría jurada por eso? ¿Habría pasado él algo por alto?

Reanudó su vigilancia, una tarea tan aburrida como la propia vida de André.

Volvió a seguirlo hasta el periódico, a las casas donde estaba invitado a cenar, a la rue Scribe, al Luxemburgo, a la place Saint-Merry, a la biblioteca Saint-Marcel, a la que iba a trabajar de vez en cuando... Y una mañana que estaba de plantón precisamente delante de ese sitio se le encendió la bombilla.

En la place Saint-Merry, Delcourt se sentaba alrededor de las cuatro en un banco, siempre el mismo, desde el que podía ver la puerta de la escuela de primaria Saint-Merry. Dupré lo comprobó en cuanto se marchó André: un centro para chicos que abría sus puertas media hora más tarde. En el Luxemburgo se situaba cerca del estanque, en el sitio donde los chavales jugaban con sus barquitos. En la rue Scribe su emplazamiento favorito estaba justo enfrente de la Escuela de Danza; Delcourt se sabía los horarios como nadie: nunca se instalaba allí cuando salían las niñas.

Una semana después, Delcourt fue a la biblioteca Saint-Marcel. Dupré se sentó no muy lejos de él con un libro sobre la cultura china, el que tenía más a mano. Delcourt se pasó el final de la tarde mirando al joven bibliotecario con las piernas cruzadas y una mano bajo la mesa.

—Esto no nos llevará muy lejos... —dijo el señor Dupré.

—Así es —respondió Madeleine—, empiezo a pensar que habría que enfocar el asunto de un modo totalmente distinto.

El señor Dupré no pudo aguantar más.

—El odio que siente por él... ¿tiene algo que ver con esas inclinaciones tuyas?

Madeleine puso cara de no entender, pero enseguida comprendió que su silencio podía malinterpretarse. ¿Iba a permitir que el señor Dupré creyera que no era más que una mujer humillada por el hecho de que a su amante le gustaban más los hombres? Algo así era una bajeza: Madeleine tenía sus prejuicios, pero no éstos.

En esa clase de situaciones, el señor Dupré acostumbraba a ponerse a mirar la cucharilla del té.

—Es Paul, ¿sabe? —murmuró Madeleine y se echó a llorar. El señor Dupré se levantó para acercarse—. Gracias, señor Dupré —dijo ella, deteniéndolo con un gesto—, no es necesario.

Madeleine siguió llorando. Luego se lo contó y esa confesión reabrió una herida que seguía intacta. Se sintió muy desgraciada, se acusó de todos los errores, de despreocupación, de indiferencia...

—No —dijo el señor Dupré—, ese fulano es un cabrón, nada más.

Tenía razón: con eso estaba todo dicho.

Madeleine respiró. Esa palabra vulgar expresaba de una forma sencilla una verdad sencilla. En el taxi de regreso, los dos pensaban en el pequeño Paul. Cada cual a su manera, por supuesto, pero con una cólera que no debía de ser muy diferente.

Como recordará el lector, el tema de la mala suerte era una obsesión para Charles Péricourt. En varias ocasiones había creído que podía escapar de la fatalidad que, según él, siempre lo había perseguido... y que nunca había estado tan cerca de atraparlo como esa tarde.

Ese día era el gran día; aún lo era, lo había sido, hacía una hora: ya había pasado, ya era demasiado tarde. Si hubiera tenido una pistola se habría volado la tapa de los sesos. Oía su propia respiración, que le parecía ronca y jadeante, y tenía la sensación de que era un estertor, de que estaba a punto de morir.

—¡Está al caer! —exclamó Berthomieu—. ¡Vamos, hombre, no se preocupe! Estas cosas requieren su tiempo.

Charles había invitado a cenar a Berthomieu, un diputado bien informado que desgraciadamente no había llevado a la cena más que su buen apetito: había comido por cuatro.

—El gobierno va a subir el impuesto sobre la renta un diez por ciento —dijo Berthomieu atacando el pastel Selva Negra—: tendrá que hacer un gesto para calmar a los contribuyentes.

¡Muchas gracias! Eso Charles lo sabía mejor que él.

En cuatro años, la deuda del país había aumentado en catorce mil millones: había que reflotar las arcas del Estado, bajarles el sueldo a los funcionarios, recortar los servicios públicos... Se habían creado impuestos indirectos sobre los automóviles, las piedras de mechero o los taxis, pero no había habido más remedio que gravar las rentas, a cambio de lo cual, como todo el mundo creía que pagaba más que el vecino, se había prometido aumentar el control fiscal, con lo que se esperaba ingresar setecientos cincuenta millones.

Y ahí era donde la suerte le había sonreído a Charles.

El gobierno preparaba una proposición de ley para perseguir la evasión fiscal. Se iba a crear una comisión parlamentaria para estudiar, enmendar o enriquecer el proyecto. Como a la Alianza Democrática sólo le había correspondido el Ministerio de Marina parecía adecuado, por mor del equilibrio en el gobierno, hacer un gesto especial a la hora de nombrar al director de esa comisión, ¡y había sonado el nombre de Charles Péricourt!

Para comprender su excitación, hay que saber que en esa época las comisiones tenían suficiente fuerza como para imponer algunas de sus decisiones al gobierno. Los ministros temían tener que explicarse ante ellas porque a veces les hacían pasar un mal rato.

Para Charles significaba muchísimo.

Habría una elección en la que, en principio, no participaría la oposición. En las últimas cuarenta y ocho horas el rumor de que podía ser el único candidato al cargo se había disparado, de hecho, muchos de sus colegas ya lo habían felicitado. Charles los rehuía con nerviosismo: «Estos tipos van a acabar gafándome.»

Sólo había quebrantado una vez su decisión de no hablar del asunto: lo había hecho con Alphonse Crémant-Guérin, al que no habían vuelto a ver por casa para enorme sorpresa de Hortense y gran decepción de las dos flores gemelas. Dos Crémant-Guérin habían sido diputados. Su madre, a la que le chiflaban los uniformes, insistía en que se inscribiera en la Politécnica, pero a él le atraían las Ciencias Políticas. Ella quería un general; él, ser ministro, o incluso algo más. «Ah, ¿presidente? ¡Eso es otra cosa!», había exclamado su madre, que había cedido: «Muy bien, Ciencias Políticas entonces.» Y al instante había iniciado una frenética ronda de visitas a las antiguas relaciones familiares capaces de abrirle paso a su único hijo hasta las bambalinas del poder; una ronda de visitas verdaderamente obstinada, a veces incluso humillante. Alphonse no veía bien

que su madre se comportara como una auténtica princesa Trubetskói, pero cuando Hortense lo invitó, tuvo que reconocer que aquella insistencia, por penosa que fuera, no había resultado vana. Excitado por la posibilidad de que un diputado con tanta experiencia como Charles Péricourt lo apadrinara en política, el joven, tras pasar una tarde frente a las gemelas, se había presentado varias veces en el despacho de Charles en la Asamblea. Así que, cuando la posibilidad de presidir una comisión cobró fuerza, Charles no pudo resistir la tentación y le mandó un telegrama: «Asunto político stop Pase a verme stop Charles Pericourt.»

Alphonse fue volando.

—A ver, ¿en qué punto de sus estudios está usted?

Alphonse se estaba «preparando». Charles, un autodidacta cuyo único título había sido un hermano banquero, no sabía qué significaba eso exactamente.

—Van a ofrecerme la presidencia de una comisión.

El chico se quedó de piedra.

—¡Es totalmente confidencial!

Azorado, Alphonse alzó las manos dispuesto a jurar por su madre, la Constitución, la Biblia...

—Si todo va como está previsto, necesitaré un ayudante eficaz, ¿comprende usted?

Alphonse palideció. Ahora que lo había soltado, Charles estaba lanzado:

—Mi esposa me ha dicho que hace tiempo que no visita a nuestras hijas...

Alphonse había salido del despacho casi tambaleándose.

Cuando volvía a pensarlo, Charles se arrepentía; no de haber chantajeado al chico, sino de haber vendido la piel del oso.

Ahora eran las diez y media, Berthomieu saboreaba el armagnac y seguía sin haber noticias del ministerio, donde Charles había dejado dicho dos veces que podían encontrarlo en el Sarrazin.

Los camareros estaban respetuosamente alineados cerca de la puerta de entrada para señalar que también era la puerta de salida. Había que irse. Berthomieu se limitó a eructar ruidosamente y a hacer un último comentario sobre la blanqueta, un poco salada para su gusto, tras lo cual cogió unos cuantos puros de la caja ofrecida por la casa, se los metió en un bolsillo interior y se reunió con Charles en cuanto éste pagó la cuenta.

—Está al caer, hombre, está al caer... —le aseguró.

—A estas horas...

Charles tenía la moral por los suelos.

Primer chasco: no era el único candidato. Sonaban también Brillard, Sénéchal, Mordreux, Filipetti... La elección que creía tener en el bolsillo amenazaba con convertirse en una carrera de obstáculos contra gente con verdaderas cualidades.

Por su parte, Berthomieu, con la barriga llena, tenía ganas de irse a acostar. Se daba palmaditas en los bolsillos: «Bueno, habrá que irse...»

—En fin, Charles, adiós. —Paró un taxi y subió. Luego, como aún tenía modales, antes de alejarse tuvo a bien bajar la ventanilla y gritar—: ¡Y no se deje impresionar por los otros candidatos, qué demonios! Son unos burros, no le llegan a la suela del zapato. ¡Los barrerá a todos!

Era cierto que Charles tenía una ventaja importante sobre sus competidores: la cuestión fiscal estaba en el centro de sus preocupaciones políticas desde el comienzo de su carrera. Aunque, en realidad, sólo había combatido a los defraudadores luchando contra los impuestos; de hecho, su caballo de batalla había sido siempre la denuncia de la «inquisición fiscal». Presidir una comisión encargada de perseguir al contraventor, si es que lo elegían, requeriría una contorsión complicada, pero no sería la primera vez que efectuaba un viraje político. Le gustaba recordar que el éxito de las guerras napoleónicas se había basado en el cambio de estrategia.

Volvió sobre sus pasos y llamó con los nudillos al cristal de la puerta del Sarrazin. Un camarero fue a abrirle. Charles quería asegurarse de que no había llegado ningún mensaje para él. «No, nada.» Estaban deseando irse a dormir.

Charles estaba muy abatido. Alphonse había llamado a su secretaría para preguntar «respetuosamente» si había novedades. Tener que desdecirse delante del chico le daba igual, pero que eso comprometiera aún más el futuro de sus hijas lo ponía muy triste.

—¡Ah, por fin llegas! —Hortense siempre guardaba un cuenco con sopa caliente en el horno, a saber por qué: debía de tener lejanos orígenes campesinos—. ¿Te apetece un poco...?

—¡No me fastidies con tu dichosa sopa!

Charles colgó el sombrero, apartó a su mujer, que «siempre estaba en medio», se metió en su habitación y cerró de un portazo. No pegó ojo en toda la noche. Elegían a Brillard, no le ofrecían ni una silla plegable en la comisión, convocaban elecciones por sorpresa, le ganaban, lo barrían, lo echaban, acababa en la calle...

Hacia las cuatro, se despertó empapado en sudor. Se pasó el resto de la noche mirando las grietas del techo. Salió de la habitación hacia las siete. Sus hijas se levantaban sobre las once, estaba prohibido hacer ruido en casa.

En el salón, Hortense se levantó del sillón en cuanto vio aparecer a su marido y le dedicó su sonrisa más orgullosa.

—¿Has dormido bien, cachorrito mío?

Charles no se molestó en contestar.

—Por cierto, ayer por la tarde... —Y Hortense le tendió un correo neumático entregado el día anterior a las ocho—. Estabas tan cansado que no te quise molestar con cosas del trabajo.

Así fue como Charles Péricourt se enteró de que lo habían elegido presidente de la Comisión Parlamentaria contra la Evasión Fiscal.

28

Gustave había llegado al taller cuando prácticamente amanecía. Más para quitarse los nervios que para hacer nada. Estuvo un momento charlando con el empleado de la limpieza, al que le pidió que volviera a hablarle del viaje París-Mantes en el Blue Train Special. Lástima que el vocabulario de aquel fulano no pasara de las doscientas palabras. «Cojonudo», «la hostia de rápido», «impresionante», «¡y de un suave...!». Menudo botarate... Si hubiera viajado en el Orient-Express, no se le habría ocurrido decir otra cosa.

De hecho, Robert sólo había visto el maldito coche una vez, y además desde bastante lejos: simplemente pasaba por la calle. Cuando Joubert sacaba el tema, tenía que exprimirse el cerebro para decir algo...

El trabajo en el taller aeronáutico le gustaba bastante. Como limpiaba por la noche, podía follar con Léonce a primera hora de la mañana e ir a las carreras a primera hora de la tarde. Una chica se encargaba de los despachos del primer piso; él de la planta baja, los talleres y los almacenes. «Aquí hacemos un trabajo de gran precisión», le había advertido Joubert. «Lo quiero todo limpio como los chorros del oro.» Robert se limitaba a pasar la escoba superficialmente y el polvo acababa bajo las máquinas. Después de un par de idas y venidas rápidas con la fregona, vaciaba en el suelo botellas enteras de detergente para que el olor se extendiera por todas partes, así que al entrar se tenía la sensación de que aquello estaba verdaderamente impecable. Gracias a eso, Robert podía pasarse la mayor parte del tiempo jugando a las cartas con los vigilantes nocturnos mientras esperaba que se hiciera de día y llegaran el personal y la hora de marcharse a casa.

Para aliviar la espera y calmar los nervios, Joubert había subido a la galería y contemplaba el taller.

El mundo de la industria era mucho más violento que el de las finanzas. Es verdad que en sus tiempos como administrador del Banco Péricourt exprimían a

los empleados, los despedían, se negaban a subirles el sueldo y los obligaban a acelerar el ritmo, pero se hacía de buenas maneras, nadie gritaba en los pasillos ni daba portazos. Cuando se echaba a una mecanógrafa, se oían sollozos en los lavabos, pero el revuelo acababa enseguida y se pasaba a otra cosa sin dificultad ni esfuerzo. En la industria era completamente distinto, todo ocurría a plena luz. Los sucesivos contratiempos de las últimas semanas no se habían guardado en secreto, al contrario, en todos los equipos no se había hablado de otra cosa, la moral general se había resentido y la espiral había empezado a girar en la dirección equivocada.

El reciente incendio que había afectado a Lefebvre-Strudal había sido un duro golpe para Joubert.

Incendio intencionado, había concluido la policía. La investigación no había descubierto nada más.

Aquel proveedor, que representaba más de la mitad del volumen de negocio de Industrias Mecánicas Joubert, había dejado inmediatamente a sus trabajadores en situación de paro técnico y anulado todos sus pedidos. Era un caso de fuerza mayor: Joubert no había podido hacer nada, pero su tesorería empezaba a resentirse.

El turborreactor aún estaba en mantillas, pero el presupuesto ya se había disparado, así que había habido que negociar una ampliación de doscientos mil francos mientras se sucedían los incidentes técnicos, que retrasaban el programa una, dos semanas... Todo se alargaba, el calendario y el presupuesto.

Robert odiaba trabajar, pero sabotear le encantaba. Se atribuía, con toda la razón, la paternidad de varios de los incidentes ocurridos desde la apertura. En concreto cinco, cada uno de los cuales había retrasado el trabajo varios días. El último hasta la fecha había consistido en echar tres puñaditos de polvo dentro de un tanque. El polvo se había posado en el fondo, como un pez dormido. Al llenarlo de nuevo, había vuelto a la superficie. Las pruebas del fin de semana habían sufrido un enorme trastorno. Otros cuatro días perdidos.

—¿Sabotaje? —preguntó entonces Joubert.

Ahora que tenía esa palabra en la cabeza, lo obsesionaba. En esa época de tensiones internacionales y de recelos, asustaba a todo el mundo. Joubert pasaba revista a los incidentes... Con la de gente que trabajaba en el taller, ¿cómo iba a vigilarlos a todos?

El especialista en fluidos reaccionó de inmediato:

—¿Sabotaje? ¡No, señor Joubert, qué va! Pero qué quiere, por mucho que

filtremos y filtremos, siempre se cuele alguna impureza.

En realidad, tenía la sensación de que esa vez quizá había un poco más de la cuenta, pero no dijo nada porque el responsable del filtrado era precisamente él y no tenía ningunas ganas de entrar en detalles.

Y, como si no hubiera suficientes problemas, hubo que rendirse a la evidencia: la elección de un compresor radial había sido un error.

Los estudios demostraban que el único compresor eficaz sería el axial, a condición de que se modificara el perfil de las paletas. No tenían que volver a la casilla de salida, pero de golpe y porrazo el calendario retrocedía casi un semestre.

La noticia agotó la paciencia del Renacimiento Francés, que decidió... llevar a cabo una visita de inspección. Nada menos. Una delegación de cinco miembros, que exigieron ver los libros, los *plannings*, las cuentas, los suministros, las fichas del personal... Joubert no podía creérselo, ¡parecía una inspección fiscal! Era el fundador de aquella empresa, el alma de aquel movimiento, ¡y lo controlaban como si fuera un contribuyente sospechoso!

Lobgeois se tomó su papel de inspector muy en serio.

—Oye, Gustave, estos ciento veinte mil francos ¿qué son?

—Un ingreso de mi empresa en la cuenta del taller, que necesitaba una ampliación de presupuesto.

—¡Este proyecto es un pozo sin fondo y tú tratas de ocultarlo!

La incomodidad era palpable.

Hasta Robert, que fingía limpiar en el despacho de al lado, comprendió que a su jefe las cosas no le iban bien. Se había pasado la tarde cortando trozos de cámara de neumático del tamaño de un recorte de uña. De pronto, un olor a goma quemada hizo que todo el mundo volviera la cabeza.

El zumbido de la turbina, que resonaba en todo el taller, disminuyó repentinamente, como si la máquina se ahogara. Joubert se levantó de un salto y salió a la galería.

El humo había formado una nube negra. Se oyó un fuerte ruido de implosión.

El vigilante de seguridad se abalanzó hacia la turbina con dos cubos de arena, mientras los técnicos y los ingenieros salían de los despachos y echaban a correr por la galería. Desde arriba, el espectáculo era desolador: la máquina parecía un montón de chatarra. Joubert bajó la escalera de tres en tres.

La turbina se había calentado...

—Los manguitos no han aguantado —dijo el italiano—. Están quemados...

Se había puesto unos guantes de lona de paracaidista y estaba desatornillando los cárteres. A su alrededor se había formado un corro, todo el mundo con cara seria. Lo único que podía decirse era que había goma derretida: la quema de los manguitos podía ser la causa o la consecuencia, no había forma de determinarlo. Nadie alzó la voz, todos conocían el calendario y comprendían las repercusiones de la avería. Once días perdidos.

Los cinco miembros de la delegación, que habían seguido a Joubert, no pudieron evitar reaccionar ante la presencia del acre hedor que salía de la turbina, mezcla de goma quemada, gasolina y aceite caliente: agitaban el aire con la mano como si espantaran moscas. El humo era muy molesto.

—¿Es grave? —preguntó alguien.

—Un simple incidente —respondió evasivamente Joubert.

Pero estaba muy pálido. Todos los miembros de la delegación eran ingenieros, así que no hacía falta explicarles lo que pasaba.

Joubert prefirió no volverse, pero sintió en la espalda la sonrisa de Lobgeois, afilada como un puñal.

André desplegaba una gran actividad en su búsqueda de personalidades que estuvieran dispuestas a colaborar con artículos, crónicas, opiniones sobre la actualidad, críticas de libros, etcétera, en el nuevo periódico de tendencia fascista de cuya dirección se haría cargo en otoño. Para su satisfacción, encontró a muchos: el fascismo flotaba en el ambiente y todos los intelectuales y escritores con los que contactaba estaban entusiasmados, convencidos de que era la mejor barrera frente a un nazismo que se mostraba cada vez más fuerte y agresivo.

André, que se encontraba en su elemento, era convincente, persuasivo.

El proyecto aún era secreto, pero el dinero ya estaba sobre la mesa. Tenía que reclutar a tres periodistas: elegiría a principiantes a los que pudiera controlar. No quería pagarles mucho. Mientras tanto, utilizaba el *Soir* para difundir las ideas que pronto proclamaría con voz más alta y clara.

EL CRIMEN

El aborto es una lacra terrible y un doble crimen: político y moral.

En primer lugar, político. En una Francia que envejece, ¿se puede tolerar que algunas mujeres atenten contra la vida de unos niños absolutamente imprescindibles para el país? Nuestros vecinos alemanes

lo tienen muy claro: quieren una juventud vigorosa para convertirse en una nación fuerte. ¿Encontrarán en su camino a una Francia débil y carente de jóvenes?

Pero sobre todo es un crimen moral porque constituye un atentado intolerable contra un derecho fundamental: el derecho a la vida.

¿Qué condena reciben quienes cometen delitos de sangre con los agravantes de crueldad y premeditación? La pena de muerte. ¿Y por qué ha de ser distinto en este caso? Hay que imponer a los asesinos de esta clase, la peor que existe, el castigo más severo en nombre de la fuerza suprema, contra la que nadie puede ir: el amor.

Los culpables de aborto no son reos de un mero delito común, sino de un crimen contra el amor, que predomina sobre todo: sobre el azar, sobre el destino, sobre el infortunio...

El amor, que es el bien más sagrado de todas las criaturas de Dios.

29

«¡Es mi casa!», se dijo Madeleine para convencerse a sí misma. Tragó saliva y, mientras subía al quinto piso, iba repitiendo mentalmente sus argumentos, que había clasificado por orden. Tenía que encarar aquella conversación con calma pero con decisión. Apretó el botón del timbre.

Le abrió el propio señor Guéneau.

—Abogado Guéneau —puntualizó el interesado.

Era un individuo bastante alto, ancho y grueso, de pelo ralo, tez un poco violácea y unas bolsas enormes, arrugadas y de un color desagradable bajo los ojos, aquejados de un fuerte estrabismo divergente: uno apuntaba al este y el otro al oeste. Llevaba una bata muy colorida que había conocido tiempos mejores.

—¿Me permite entrar un momento? —le preguntó Madeleine.

—No, no se lo permito.

Ante aquella voz firme y decidida no era difícil adivinar que Guéneau estaba impaciente por discutir. «Hay que rebajar la tensión», se dijo Madeleine, «muéstrate conciliadora, evita el conflicto».

—Vengo para... —Madeleine estaba segura de que tras las demás puertas del rellano había gente escuchando. La situación era delicada. El miedo a marcharse con las manos vacías le dio el impulso que necesitaba—. Le he escrito tres veces; al no obtener respuesta, he venido.

Guéneau se limitaba a mirarla, decidido a complicarle la tarea. Madeleine se armó de valor.

—Lleva dos meses de retraso, señ... abogado Guéneau.

—Exacto.

Era lo que Madeleine se temía. Un inquilino apurado finge sorpresa, alega un imprevisto, promete, se compromete, pero ante un ocupante que no se inmuta, ¿qué hacer?

—He venido... me gustaría... en fin..., ¿podemos hablar de este pequeño problema?

—No.

Madeleine se dio cuenta de que titubeaba, cuando también ella debería haberse mostrado categórica, haber dicho: «La ley es la ley y está de mi parte.» Había ido a ver al notario que había redactado el contrato y había sido claro.

—De acuerdo —dijo Madeleine—, pero si no quiere hablar del retraso, tendrá que ponerle fin. Y pagar los recibos.

—Eso es imposible.

Guéneau no se movía, pero pese a su aparente calma se veía que se estaba encolerizando: la tez se le oscurecía, las bolsas se le hinchaban. Sus escuetas respuestas sólo eran un dique ante una ola de palabras que pugnaban por desbordarse.

—Entonces, ¡me veré obligada a desalojarlo de mi casa!

—¡Querrá decir de la mía! ¡Tengo un contrato, señora Péricourt! Desde ese punto de vista, estoy en mi casa.

—Para que sea su casa tiene que pagar el alquiler.

—En absoluto. La falta de pago no anula el contrato.

Sí, a ese respecto el notario se había hecho un lío: había que separar el derecho a ocupar la vivienda de la obligación de pagar el alquiler. Al parecer, una cosa no tenía nada que ver con la otra.

—Pero... ¡usted está obligado a abonar los recibos!

—En teoría sí, pero como no dispongo de dinero para hacerlo, tendrá que aguantarse.

Los ingresos de Madeleine se reducían a ese alquiler.

—¡Voy a obligarlo a pagar, señor Guéneau!

Él sonrió. Madeleine comprendió de inmediato que era ahí adonde quería llevarla, y lo había conseguido.

—Para eso tendrá que iniciar un procedimiento de desalojo. Es muy lento. Un inquilino bien informado, un abogado retirado, por ejemplo..., tiene muchas maneras de retrasar la ejecución. Es un proceso largo, no se imagina cuánto. Podría durar años.

—¡No puede ser! ¡Yo necesito ese dinero para vivir!

Guéneau soltó la puerta y se cerró la bata con las dos manos.

—Todos estamos igual, señora Péricourt: usted invirtió su dinero en un piso

que no le reportará nada hasta dentro de mucho tiempo. Yo metí el mío en un banco que quebró el pasado noviembre...

Madeleine se quedó sin aliento.

—De hecho, usted conoce perfectamente ese Banco de Depósito y Crédito Industrial.

—¡Yo no tengo nada que ver con esa entidad!

Lo que debería haber contado para defenderse era inenarrable.

—¿No lo llamaban también Banco Péricourt? La ruina de su familia me ha arrebatado todo lo que poseía. Considero una compensación legítima ocupar este sitio, del que no me iré nunca. Pienso dedicar todas las fuerzas que me quedan a permanecer en él porque, si me veo obligado a abandonar este piso, me quedaré en la calle. Puede que usted no tenga la culpa, pero me da igual.

Madeleine abrió la boca, pero la puerta acababa de cerrarse.

En el rellano reinaba un silencio vibrante, como una turbulencia en una aeronave. La sangre le golpeaba las sienes, estaba al borde del desmayo.

Tendió la mano hacia el timbre para volver a llamar, pero renunció a hacerlo porque no sabía qué más decir. La mirilla estaba oscura. Al otro lado de la puerta, Guéneau la espiaba.

Lo que acababa de pasarle era peor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar. Estaban a mediados de mayo. Podría aguantar hasta diciembre. Si contaba el sueldo del señor Dupré y los gastos que se había comprometido a pagarle, el plazo se adelantaba a septiembre.

¿Qué sería de su hijo y de ella si no encontraba una solución rápidamente?

De pronto, su cólera se apaciguó. Comprendió que aquello era un signo de los tiempos: se habían vuelto tremendamente brutales.

Los martes, el señor Guéneau hacía la compra en la rue du Poteau. A la vuelta atravesó el patio en el que se alineaban los cubos de basura, pero al llegar al ascensor oyó un ruido a su espalda y se volvió.

—Señor... ¿Jénot? ¿Grénot?

El joven, un tipo con los ojos muy juntos y los labios entreabiertos, leía un papel y no parecía muy seguro de sí mismo.

—¡Guéneau! ¡Abogado Guéneau!

Robert esbozó una gran sonrisa de satisfacción y volvió a guardarse el papel en el bolsillo. Parecía tan contento que por un instante el señor Guéneau creyó que iba a irse, como si su misión hubiera consistido en verificar la ortografía de

su apellido.

—¿Me permite?

Con un gesto lleno de amabilidad, Robert cogió la bolsa de tela a cuadros del señor Guéneau y la dejó con cuidado en el primer peldaño de la escalera. Llevaba un grueso bastón acabado en un gran nudo de madera, como los que solían usar los manifestantes de la Croix-de-Feu o de Action Française.

El bastón alcanzó al abogado en el fémur derecho. El golpe produjo un ruido seco, muy feo. El señor Guéneau abrió la boca, pero sentía tal dolor que no pudo emitir el menor sonido. El chico se acercó de inmediato para ayudarlo a sentarse en el primer peldaño, al lado de la bolsa de la compra: «Ya verá, enseguida se le pasará, quédese ahí.»

Empapado en sudor, el señor Guéneau se miraba la pierna como hipnotizado. Estaba a punto de cogérsela con las dos manos cuando llegó el segundo golpe, que lo alcanzó en el mismo sitio, con precisión milimétrica. El ruido no fue exactamente el mismo, sino un poco más sordo, más apagado, pero la potencia había sido mucho mayor. De hecho, ahora su fémur formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados.

El anuncio del dolor alcanzó al fin el cerebro del señor Guéneau, pero Robert le impidió gritar poniéndole una mano en la boca y diciéndole chist, chist...

—Esto no es nada. Una buena escayola y verá como suelda.

Los ojos desorbitados del abogado iban y venían de su pierna, doblada de mala manera, a la sonrisa del joven, que negaba con la cabeza.

—Evidentemente, si no paga el alquiler no le pasará lo mismo en la otra pierna: le romperé las dos rodillas, con lo que no le será nada fácil volver a andar. Y si va a comisaría, también le romperé los codos. Para acostarse tendrá que doblarse en cuatro, como una toalla de baño.

Robert entornó los ojos. Quería asegurarse de que no se le había olvidado nada. No, todo en orden. Se levantó.

—Bueno, el alquiler. ¡Es muy importante! —Señaló la pierna del abogado—. Esto ha sido un pequeño recordatorio.

Cuando cruzó el patio, el alarido de Guéneau empezaba a llenar el hueco de la escalera.

En el salón de té, las señoras estaban sentadas a una mesa redonda.

—¿Ha ido todo bien, cariñín? —le preguntó Léonce.

Cuando hablaba con Robert, terminaba todas las frases con una sonrisa de

aliento, como Madeleine cuando Paul trataba desesperadamente de decir algo.

—Como la seda —respondió Robert.

Léonce se volvió hacia Madeleine: «¿Lo ve?, ya se lo había dicho.»

—Gracias, señor Ferrand.

Robert se llevó la mano a la gorra.

—A su servicio. Si necesita que vuelva... Hemos hecho muy buenas migas.

El piso del señor Dupré olía a cera, así que alguien debía de hacerle la limpieza. Costaba tanto situar a una mujer en aquel sitio tan impersonal, tan monacal, que Madeleine se imaginó al propio señor Dupré pasando el estropajo y encerando el suelo el domingo por la mañana.

—Es un imbécil lleno de buena voluntad —la había advertido Dupré—: a la gente así es difícil guiarla.

Desde que Robert Ferrand había conseguido trabajo en el taller, el miedo de Madeleine era que mostrara demasiado celo y lo desenmascararan. Le daba instrucciones muy estrictas y no dejaba de repetirle sus amenazas con la policía y la cárcel en caso de que las desobedeciera: no había otra forma de hacerlo entender.

Madeleine consultó su reloj: las nueve y media. Algunas noches el informe era más rápido que otras. Aún le quedaba algo de tiempo. Se dio la vuelta.

—Señor Dupré, ¿podría ayudarme a soltarme la faja, por favor?

—Por supuesto, Madeleine.

En el sexo, como en todo lo demás, el señor Dupré era un hombre eficaz. Aquello no tenía nada que ver con los arrebatos juveniles de antaño con André, pero en cierto sentido era mejor: estaba descubriendo los preliminares. Ni su marido, un hombre apresurado, ni André, un hombre pasivo, los habían practicado con ella. Cada vez había más cosas que no le confiaba al cura de Saint-François-de-Sales. Mientras lo hacían, apenas hablaban, pero al acabar jamás olvidaba decir:

—Gracias, señor Dupré.

—Es un placer, Madeleine.

Pero esa noche, cuando volvió a estar vestida después del breve momento que se tomaba para asearse detrás del biombo (el señor Dupré se iba a fumar a la otra habitación, delante de la ventana), Madeleine no se dirigió hacia la puerta, como hacía habitualmente.

—Puede que usted lo sepa, señor Dupré... ¿Los chicos con cuántos años...?

Quiero decir, ¿a qué edad...?

—Depende mucho del temperamento. Algunos son unos auténticos hombrecitos a los doce años y otros no se interesan por eso hasta los dieciséis o incluso más tarde. Varía mucho.

Eso no le servía.

—Es que... estoy un poco preocupada por Paul en ese aspecto...

El señor Dupré frunció los labios.

—Claro, en su caso es... delicado.

Se imaginaba perfectamente lo difícil que debía de ser aquello para Madeleine y no sabía qué haría si ella le pidiera el favor de... ¿Podía llevar a un menor en silla de ruedas, al que nunca había visto, a uno de esos sitios que él mismo apenas había pisado? Parecía complicado.

Pasaron unos instantes. Madeleine esperaba un gesto que el señor Dupré no tenía ganas de hacer, una frase que no le apetecía pronunciar.

—¿No es demasiado pronto para preocuparse?

—Puede ser...

Madeleine decidió que hablaría con Paul.

Pero ¿cómo, Dios mío? ¿Por dónde empezaba? Y, por otra parte, ¿qué podía hacer ella por él? Al día siguiente, eso era: al día siguiente hablaría con Paul, se las apañaría, improvisaría.

Cuando llegó, Paul no dormía: estaba escuchando música. Madeleine entró rápidamente en el cuarto de baño. No quería darle un beso sin haber... sin haberse lavado antes en condiciones.

Incluso estando sola se ponía roja sólo de pensar en esas cosas.

Una vez en camisón, se colocó de pie ante el gran espejo. No podía decirse que estuviera gorda, sólo un poco entrada en carnes, cosa que no a todos los hombres les desagradaba. El problema era que las formas redondeadas ya no se llevaban. Madeleine no se sentía mal: se sentía pasada de moda. El tipo de la época era la mujer delgada, por no decir esquelética, bastaba con ver los anuncios: chicas como palillos, con las nalgas justas y pechos pequeños y erguidos, no como los suyos. Se sacó la lengua y, de pronto, soltó un grito y, pese a estar en camisón, se tapó los pechos a toda prisa. Paul estaba allí, mirándola desde el otro lado la puerta entreabierta. Ante la reacción de su madre, se echó a reír.

—Pe... pero ma... má...

Madeleine se apresuró a coger la bata y luego se acercó a él y se acuclilló ante la silla de ruedas, como hacía habitualmente.

—¿Qué hacías ahí, cariño?

Paul cogió la pizarra: «Te he oído llegar y quería darte las buenas noches.»

Madeleine miró a su hijo. También él había engordado. Tenía la carita más redonda: habría que vigilar las grasas y los azúcares...

Era tarde, en el edificio reinaba el silencio, interrumpido de vez en cuando por el zumbido del calefactor, unos pasos en la escalera, un coche en la calle... Un momento propicio para las conversaciones íntimas. Madeleine comprendió que era la ocasión de hablar con su hijo, pero se dio cuenta de que no se atrevía. Eligió la huida:

—Estoy gorda...

La respuesta de Paul fue instantánea:

—¡Na... nada de e... eso!

—Sí, voy a hacer régimen.

Paul sonrió y cogió la pizarra.

«Deberías probar una de esas cremas adelgazantes. Valen un dineral, pero... yo te puedo aconsejar.»

A Madeleine no le dio tiempo a preguntarle nada: Paul ya había dado media vuelta.

Apurada, lo vio sacar los cuadernos de recortes, que dejó sobre la mesa. Entre ellos había uno que Madeleine no conocía. Paul empezó a hojearlo pacientemente. De pronto se detuvo.

—O... oye, ma... má...

—¿Sí, cariño?

Paul echó mano de la pizarra:

«El hombre con el que te ves por las tardes..., ¿por qué es un secreto?»

Madeleine, roja, abrió la boca para responder, pero Paul ya había pasado a otra cosa.

—¡Éste! —exclamó señalando un anuncio.

Había una mujer bastante gruesa que parecía abatida. «La obesidad es una dolencia ridícula y peligrosa», decía el texto. «La única que provoca risas burlonas y comentarios descorteses.» La alternativa estaba clara: hundirse en la depresión o recurrir a las pastillas Mattel.

Paul sonreía de oreja a oreja. Madeleine, que aún no se había recuperado de

la pregunta que le había hecho, se sintió presa de una especie de vértigo. Las palabras llegaron al fin a su cerebro: «La obesidad es una dolencia ridícula.» No acababa de entender.

—¿Tengo que comprar eso?

—O es... esto...

Paul volvía las hojas, por las que desfilaban las pastillas del profesor Potal, la crema Lophyral, el unguento Sainte-Odile, la pomada Verthey... Las mujeres podían estar delgadas y exultantes o gordas y abatidas, dependiendo de que hubieran usado o no el remedio aconsejado por el anuncio.

—Te... ten... go un mon... tón.

Madeleine sólo había encontrado un cuaderno, pero había tres, que Paul se puso a hojear con cara seria y satisfecha. Dentol, «Para unos dientes sanos y blancos»; Carbón de Belloc, «Coma lo que le apetezca»; vaselina Chesebrough, «Elija la calidad»... Y la guinda: Thermogène, «Contra la tos, el reuma, la gripe y el lumbago»; ahí es nada.

—Muy interesante —dijo Madeleine.

Era lo mismo que decía antaño cuando Gustave Joubert le hablaba de los préstamos contra garantía o de los coeficientes de transformación de las obligaciones.

Llegaron al cuaderno que conocía Madeleine, pero esta vez no le produjo la misma impresión devastadora. Miraba a hurtadillas el hermoso perfil de Paul, pensativo y... —buscó la palabra— satisfecho.

—Oye, cariño, ¿qué es todo esto?

Paul hizo rodar la silla hasta su armario, del que volvió con otro cuaderno de gran formato y más grueso, como el registro de un ayuntamiento. Estaba lleno de fórmulas matemáticas.

—No —dijo Paul—, de fórmulasquí... químicas.

Cogió la pizarra: «Todos esos productos se venden a millares, mamá.»

—Lo sé.

«Pero ¿sabes qué son?»

—Productos nuevos para...

«¡No, mamá, no contienen nada nuevo! La mayoría son cosas que se conocen desde hace mucho tiempo. Simplemente les añaden plantas, un aroma, algo para dar textura o color, y nada más.»

—Me cuesta un poco seguirte, cariño...

Paul señaló su registro.

«Todos estos productos no son más que fórmulas del vademécum un poco mejoradas.»

—Del vademécum, ¿eh?

«Es el recopilatorio de las fórmulas aprobadas por la Facultad. Es público, cualquiera puede utilizarlo. Y es lo que hace esa gente.»

De acuerdo. Por fin lo entendía. Estaba contenta. Y sobre todo aliviada porque el interés de Paul por aquellos productos era puramente científico, y también la alegraba ver que su actividad intelectual iba más allá de la ópera.

—¡Vaya! ¡Está muy bien eso que dices!

Paul la miraba interrogativo.

—Sí, eso es muy interesante —repitió Madeleine—, pero es tarde...

«¿Sabes por qué se venden estos productos?»

—Mañana podremos hablar de todo eso, Paul. Ahora tienes que acostarte.

«Por el anuncio: estos productos no tienen ningún valor, pero son fáciles de elaborar, y cuando el anuncio está bien hecho la gente los compra.»

Madeleine sonrió.

—Desde luego, es muy astuto.

«Son productos caros, mamá, porque para la gente el cuerpo tiene tanto valor que el precio no importa.»

Madeleine lo gratificó con una risita.

—Estoy muy contenta de que al fin hayas encontrado algo, una vocación, quiero decir... La química es muy buena idea...

«¡No, mamá, la química no me interesa nada!»

—¿Ah, no? Entonces, lo que quieres es dedicarte a la propaganda, ¿es eso?

«No, mamá.»

Paul señaló los recortes de prensa.

—E... ellos ha... hacen propa... propaganda. Yo lo que quiero hacer es pu... pu.. publici... cidad.

Charles Péricourt había nombrado ayudante a Alphonse Crémant-Guérin y se lo había presentado oficialmente a sus colegas.

—Si necesitan cualquier cosa, no lo duden: diríjanse a él, es muy eficaz.

Después, Charles le dijo al chico:

—Nos alegraría verlo por casa...

Una semana más tarde, Alphonse le respondió:

—Presidente, no quiero ser inoportuno, pero me gustaría presentarles mis respetos a su esposa y a sus encantadoras hijas...

La visita puso a Hortense al borde del ataque de nervios. ¿Por cuál se decidiría Alphonse? Y, de rebote, ¿cómo reaccionaría la que no saliera elegida?

—¿No necesitas otro ayudante, Charles?

Su marido no respondió.

Alphonse fue a cenar. No era idiota, sabía perfectamente lo que esperaba Charles Péricourt, pero sus hijas eran tan feas que, en cierta forma, su cerebro se bloqueó.

En cuanto a las gemelas, lo pusieron todo de su parte para facilitarle la tarea. Comprendían que sólo había un chico y, aunque no fueran más brillantes en matemáticas que en las demás materias, sabrían que tendría que elegir. Rose consideraba que, como era la mayor, tenía prioridad, lo que Jacinthe, que siempre se había dejado dominar por su hermana, aceptó a la espera de su turno.

En consecuencia, Rose fue la encargada de llevar las galletas. Fue un servicio verdaderamente acrobático: todos los presentes se quedaron admirados ante la proeza técnica de la joven.

Charles estaba hundido. Sufría por partida doble: por querer a Rose y por comprender a Alphonse.

Para distraerse, hablaron de política.

La creación de la comisión presidida por Charles Péricourt había dado mucho que hablar, no siempre bien.

Los políticos estaban tan desprestigiados que los votantes no les prestaban oídos ni cuando decían la verdad. Esa vez la intención estaba, sin embargo, fuera de toda sospecha: la deuda del país preocupaba sinceramente a los parlamentarios. Muchos sostenían la tesis, bastante fantástica, de que Francia podría retornar a la economía saneada que había conocido en otros tiempos; pensaban que se estaba atravesando una crisis, pasajera por definición, y no comprendían que se trataba de una nueva situación mundial que se había instalado de forma duradera.

Todos los periódicos habían hablado de la «comisión Péricourt».

—Es muy alentador —opinó Alphonse.

Con los codos apoyados en la mesa y la barbilla entre las manos, Rose soltó una risita admirativa.

—¿Usted cree? —preguntó Charles.

—El asunto está en la mente de todos. Incluso hay impaciencia. Al gobierno

le resultará muy difícil rechazar sus medidas. Tiene usted una posición muy sólida.

Charles suspiró. Bien visto. ¡Ah, cuánto le gustaría que fuera su yerno!

30

Desde hacía unos días, Léonce estaba ojo avizor. A Robert se le había escapado la mano a menudo, pero Robert era Robert y no estaba dispuesta a consentirle a su segundo marido lo que le permitía al primero. Joubert no era violento, o no demasiado: muchos otros maridos eran menos considerados, pero estaba muy irritable, irascible, y cuando le daba el pronto, la cogía, le daba la vuelta y se lo hacía allí mismo, mirándola fijamente, como si la odiara o como si le hubiera preguntado algo y esperara la respuesta con sorda impaciencia. Se corría dentro de ella sin parpadear, sin gruñir siquiera. A Léonce le daba un poco de miedo.

Fue un hombre bajo presión quien arrojó el abrigo y el sombrero donde le vino bien y, caminando a grandes zancadas, sin decir una palabra y sin dignarse mirarla, se encerró en su despacho.

Léonce fue a escuchar tras la puerta. Los criados pasaban y la veían agachada, mirando por el ojo de la cerradura, pero a ella le daba igual: esas cosas ya no le importaban.

Gustave telefoneaba, mandaba correos neumáticos convocando a gente. Madeleine le preguntaría a quién, pero la respuesta era sencilla: a todo el mundo. Se reunirían esa misma noche, sin falta.

Entre dos llamadas al servicio del telégrafo, Gustave tenía tiempo de sobra para cavilar. Entre Clichy y el Pré-Saint-Gervais habían crecido nubarrones.

El resultado de la inspección no se había hecho esperar: el Renacimiento Francés cerraba el grifo. Antes de volver a sacar la cartera querían «resultados tangibles».

Colgó. Acababa de enviar el último mensaje neumático. Se levantó. Léonce tuvo el tiempo justo de fingir que pasaba por el pasillo.

—Haz que me suban una comida fría —le dijo, como si hablara con la cocinera—. Rápido, tengo que volver a irme enseguida.

Mientras tanto, Robert Ferrand cerraba los ojos y volvía a oír «El rey, la reina y las diez de últimas». Era agotador.

—¡Déjalos ganar! ¡Te los vas a poner en contra!

Era una orden de Léonce, que recibía las órdenes de Madeleine.

Desde luego, no era el momento de ponerse a mal con la gente porque el ambiente ya estaba lo bastante tenso. Por fuerza. Al principio no se cruzaba con casi nadie, puesto que empezaba la jornada a la hora en que el personal acababa la suya, pero conforme pasaban las semanas todo el mundo se quedaba cada vez hasta más tarde, y para pasar la fregona tenía que zigzaguear entre ellos. Además, hacer como que limpiaba era mucho más difícil que antes.

—¡Viene alguien! —gritó el vigilante, que por suerte había ido al lavabo entre dos partidas.

Volvía corriendo, un coche estaba entrando en el patio. Recogieron las cartas a toda prisa, se abotonaron los uniformes a toda velocidad y Robert salió disparado hacia el almacén. Cuando el jefe cruzó la puerta, estaba baldeando el suelo con un gran cubo, lo que obligó a Joubert a saltar los charcos para llegar a la escalera.

—Perdone, jefe...

Joubert no respondió. Cada vez era menos amable: entraba y salía con paso rabioso o preocupado y daba las órdenes en un tono cortante muy desagradable. Robert no se lo tenía en cuenta; con todos los problemas que se le presentaban un día tras otro, incluso lo comprendía...

Hacia las once de la noche, todos estaban allí, sentados alrededor de la gran mesa de la sala de reuniones.

Como consecuencia de la inspección del Renacimiento Francés, de los veintitrés que eran al principio ya sólo quedaban trece. Las empresas asociadas habían retirado: una, un ingeniero; otra, dos técnicos... «Sí, claro, había dicho Joubert, cómo no, llévenselos, aquí todo va bien, incluso llevamos un poco de adelanto. Sí, ya...»

Fiándose de letales artículos en la prensa que propagaban sospechas de que el taller ya no tenía reservas de tesorería, un proveedor había exigido repentinamente el pago previo a cualquier entrega. El gobierno acababa de suspender las subvenciones. La crisis de confianza se agudizaba; Joubert había sido banquero bastante tiempo como para saber que ya no representaba una garantía suficiente para negociar un préstamo en ningún sitio. Estaba al borde

del abismo y estaba solo.

—La decisión del gobierno —dijo a lo que quedaba de su equipo— nos pone en una situación más difícil de lo esperado. —No era un psicólogo fuera de serie, pero tenía instinto de jefe y sabía que los empleados maltratados trabajan mal—. Lo que ocurre hoy es lo que sucede con cualquier proyecto de gran ambición. Los he hecho venir para confirmarles mi absoluta confianza. La fortaleza de ánimo se demuestra en los momentos difíciles. —Estaba bastante satisfecho de esa frase. Los hombros de los presentes se irguieron y los cuerpos se enderezaron en las sillas—. Pero necesitaremos resultados. Una prueba concluyente, algo un poco espectacular. Después, tendremos paz para un buen rato.

Se esperaban lo peor. El cierre del taller tal vez. En lugar de eso, Joubert alargaba el plazo. Con una tenue sonrisa en los labios, añadió:

—Una prueba positiva con un modelo reducido del turborreactor abriría las puertas a la fabricación del prototipo a escala real. Una presentación en los primeros días de septiembre; ¿les parece razonable?

Diez semanas.

—Factible —respondió uno.

Turno de palabra. Cada cual hizo balance de su sector. Las nuevas paletas llegarían en un mes, la superposición de las palas estaría operativa en seis semanas, las turbinas aún necesitaban ajustes, pongamos tres semanas más, las cuestiones de la mezcla de carburantes y la aerodinámica podrían resolverse más tarde...

Sí, diez semanas no era imposible.

Habría que trabajar duro, pero las pruebas de la nueva aleación se harían pronto: estaban a un paso de la solución. Organizar una prueba pública del modelo reducido del reactor en ese tiempo no era descabellado.

«Listo», se dijo Joubert. Se trataba de apretar las tuercas, pero sin llevar al personal a la desesperación.

André Delcourt seguía siendo «difícil de pescar», en palabras del señor Dupré, que entraba regularmente en su piso con el sigilo de un piel roja, leía sus cartas, levantaba los libros, examinaba las sábanas y el estado del látigo para búfalos, y volvía a marcharse con unas cuantas hojas de un papel que a André le gustaba mucho o con una bata vieja hecha un rejujo en la basura (había una nueva colgada en el perchero de la entrada: verde, acolchada, sin pretensiones,

muy volteriana), una pluma estilográfica cubierta con una película de polvo que indicaba que ya no la usaba, un frasco de tinta que sustituía con otro, el borrador de una carta hecho una pelota en la papelera y todo tipo de objetos secundarios que el señor Dupré cogía con un pañuelo y apretujaba dentro de un bolsillo para guardarlos más tarde en el pequeño arcón que tenía bajo la cama.

—Es cuestión de tiempo —le decía Madeleine como si quisiera tranquilizarlo, como si el asunto lo afectara más a él que a ella.

Los dos leían atentamente las crónicas de André con la esperanza de encontrar alguna información, algo que les resultara útil. Tarea vana: hacía semanas que André sólo escribía para complacer. Para Madeleine, era la ocasión de hojear los periódicos: la actualidad le interesaba más que antes.

—«El embajador soviético, señor Dovgalevski, cambia impresiones con el gobierno francés sobre la situación política general. Un progresivo acercamiento a la URSS parece cada vez más probable.» ¡Lo que hay que ver!

—A lo mejor preferiría que el acercamiento fuera con Alemania... —replicó el señor Dupré.

—¡Por supuesto que no! Pero de ahí a aliarse con los traidores de 1917... ¡No, gracias!

—El enemigo es el fascismo, Madeleine, no los comunistas.

—¡Bueno, pues yo no tengo ganas de verlos a las puertas de nuestras casas, señor Dupré! ¡Unos bárbaros, eso es lo que son! —Madeleine se había cruzado de brazos—. ¿Quiere que los proletarios vengán aquí a sembrar la revolución?

—¿Qué podrían quitarle?

—¿Cómo?

—Le pregunto qué podrían robarle los proletarios si se presentaran en su casa. ¿Dinero? Ya no lo tiene. ¿O es que teme por sus cacerolas o por su alfombra?

—Pero..., pero..., señor Dupré... ¡No quiero que bolchevicen mi país, que nos quiten a nuestros hijos!

—Está usted hablando del fascismo y del nazismo, que son una cosa muy distinta.

Madeleine estaba indignada.

—Pero ¡esa gente quiere sembrar el desorden! ¡Con ellos se acabó la moral, se acabó Dios!

—Claro, como a usted Dios la ha ayudado tanto...

El señor Dupré siguió leyendo. Madeleine no respondió.

Conversaciones como aquélla no eran infrecuentes entre ellos y las ideas de Dupré, muy nuevas para Madeleine, solían sumirla en profundas reflexiones. Se veía que intentaba entender todo aquello.

—Señor Dupré, voy a pedirle un pequeño favor...

Era tarde y él la había acompañado a casa en un taxi. El coche se había detenido en la rue La Fontaine, pero en la otra punta, como siempre, por los vecinos.

—Será un placer.

—Que venga un día a hablar unos minutos con Paul.

Se hizo un silencio.

—¿Hablar de qué?

Madeleine estuvo a punto de echarse a reír. El tono apresurado del señor Dupré delataba su inquietud. Madeleine no pudo resistir la tentación de prolongar el misterio:

—De un asunto... personal, creo. Pero si lo incomoda...

—En absoluto, Madeleine, en absoluto...

Pero tenía la voz de los malos días. Como cuando estaba delante de Robert Ferrand y se notaba que le habría gustado pegarle una patada en el culo.

—Buenas noches, señor Dupré.

Empujó la puerta con una sonrisa.

—Buenas noches, Madeleine.

El señor Dupré se había puesto el traje. Era la primera vez que entraba allí.

Vladi llegó enseguida, haciendo melindres como si fuera la jovencita de la casa.

—*Milo mi pana poznac!*

—Igualmente —respondió el señor Dupré.

Se volvieron hacia la entrada del salón, donde acababa de aparecer Paul.

—Paul —dijo Madeleine—, éste es el señor Dupré.

El chico le tendía la mano, pero de lejos, porque la silla de ruedas no pasaba. El señor Dupré se acercó a él.

—Hola, Paul.

Todos se quedaron allí plantados, cohibidos.

—¿Una taza de café, señor Dupré? —preguntó al fin Madeleine.

No, no quería. Desde que ella lo había hecho caer en aquella trampa estaba

agitado, ansioso. Siempre dormía bien, pero en los últimos días se despertaba en mitad de la noche haciéndose preguntas nuevas que no deberían haberle concernido. Y ahora que estaba allí no veía el momento de acabar con aquello. Pero no se echaría atrás: tenía un plan bien madurado. Entendía a Madeleine, una madre sola busca ayuda donde puede, pero a su modo de ver no había actuado correctamente, la verdad, así que estaba molesto con ella.

El señor Dupré señaló a Paul.

—He venido a hablar con este joven, creo.

Vladi cierra la puerta, Madeleine anuncia «Aprovecho para ir a hacer unos recados» y el señor Dupré está a punto de responder que eso es escurrir el bulto, pero se calla.

Mira a Paul, que no se corresponde con la idea que se había hecho de él. Tiene casi catorce años, está un poco más gordo de lo que su madre cree y se afeita el labio superior para acelerar la aparición de un bigote todavía embrionario (tiene un corte superficial de hace unos días). El problema son sus piernas, muy delgadas. Un rostro atractivo. Su padre también era un hombre bien parecido. Un completo sinvergüenza, pero seductor, siempre con una mujer entre los brazos y nunca la suya. El cuarto está atestado de libros, carpetas, pilas de discos... La alfombra está raída en la zona por donde pasa la silla de ruedas.

—Si... sién... siéntese us... usted...

Mauricette: una muchachita de la rue de Froidevaux. Ella dice que tiene dieciocho, pero no tendrá más de dieciséis. Bonita de verdad. Y qué sonrisa... Lo que decidió al señor Dupré es que tiene una cara graciosa. Sí, eso no quiere decir nada, podría ser una auténtica bruja con cara de ángel, pero en algo tenía que basarse. No hace la calle propiamente dicha: es una intermitente. Y espabilada. Enseguida se dirige a la cama y se quita las medias mientras parlotea con toda naturalidad, no como otras, aunque no es que él conozca a muchas. Y lista, porque cuando vio que en vez de desnudarse se sentaba tan tranquila, olió al cliente que iba a pedir otra cosa.

—¿Para qué has venido exactamente?

Plantada al pie de la cama, bien decidida a defenderse. Era muy triste pensar que iba a verse en docenas de situaciones como ésa y que no todas terminarían tan bien.

El señor Dupré se limitó a sacar el dinero, pagar el polvo como si fuera a echarlo y explicarle que no iba allí por él. Mauricette regateó céntimo a céntimo, palmo a palmo, pero todo salió perfectamente.

—Entonces, Paul, si lo he entendido bien, necesitas cierta ayuda...

El chico se pone rojo. Dupré se arrepiente de su frase, de su torpeza: no quería ser brusco.

—¿Ma... má le ha di... dicho...?

—Por encima, pero creo que entendí lo fundamental.

Bien. Paul parece aliviado.

—¿Me per... per... permite?

Señala la pizarra.

—Sí, claro.

«Veo tres problemas —escribe Paul—. Encontrar a la persona adecuada, el tema del sitio y el tema del dinero.»

—Bien pensado.

Dupré sonríe.

Este chico tiene la cabeza sobre los hombros. Con Mauricette, va a pisar terreno conocido.

«Sobre el dinero, mamá dice que lo tiene, siempre que no sea excesivo.»

—Tiene razón, es un tema que habría que arreglar.

Paul asiente con la cabeza: sí, esa cuestión lo ha atormentado bastante, pero su madre dice que conseguirán lo que necesite. Da igual cómo, pero lo conseguirán. «¡Si es una cosa razonable!», ha añadido.

Buenas noticias.

«En cuanto al sitio —continúa Paul— no sé qué sería mejor.» Parece confuso, su letra se vuelve más febril. «De hecho, no sé muy bien cómo va eso.» Mira al señor Dupré y se corrige: «Concretamente, quiero decir.»

Su ignorancia lo hace sonrojarse.

—No hace falta que sea espectacular, Paul. Lo importante es sentirse a gusto, que te sientas seguro. Creo que he encontrado lo que necesitas.

El rostro de Paul se ilumina.

—¿De ver... verdad?

—Eso creo.

Se sonríen. Todo va bien. Es un chico estupendo, da gusto darle gusto.

«Bueno, y en cuanto a la persona, pondré un anuncio en el periódico. Algo como...»

Se vuelve para coger su cuaderno.

—No, no será necesario, Paul. Me parece que tengo lo que necesitas.

—¿Ahhh s... sí?

El pequeño Paul se ha quedado boquiabierto. Se echa a reír. Es pura alegría. Lleno de excitación, escribe en la pizarra:

«Si mamá tiene el dinero para lanzarnos, usted tiene el sitio para el laboratorio y además conoce a un farmacéutico competente... todo puede ir muy deprisa, ¿no?»

El señor Dupré sonríe a su vez, un poco pálido.

—Sí... normalmente... Pero, de todas formas, lo mejor sería que me lo explicaras todo otra vez... Con tus palabras, quiero decir.

Paul está de acuerdo: tiene muchas ganas de extenderse sobre su proyecto.

«Bueno, verá, mi idea es crear un laboratorio farmacéutico...».

31

Era una casa en la rue de la Tour esquina con Passy, un edificio lujoso que no se diferenciaba en nada de sus vecinos, cuyos criados se apresuraban por las aceras. El anuncio había aparecido en *Le Temps* y lo había descubierto Paul.

—Ma... má...

«Curioso, ¿no?», había escrito en la pizarra.

—¿El qué, tesoro?

«El argumento publicitario.»

Era su especialidad: se ponía ópera de fondo y se pasaba las horas muertas leyendo anuncios, estudiando los textos promocionales, analizando los eslóganes.

«Cuando lees esto y te preguntas qué venden, ¿qué respondes?»

Madeleine le había revuelto el pelo: «Qué pillo eres...»

El anuncio no daba la dirección, sólo un número de teléfono.

Una voz de mujer con un leve acento:

—¿Y es... de parte de la señora...?

—Joubert, Léonce Joubert.

—¿Cómo podemos localizarla?

No te respondían directamente, sino que te llamaban a casa más tarde: una forma discreta de comprobar tu identidad. Pasaron tres días antes de que Léonce llamara a Madeleine.

—Me han dado un número. He hecho lo que usted me dijo.

—Perfecto, la escucho.

—Señor Renault, Passy 27-43.

La habían puesto de inmediato con un señor de voz untuosa, cálida, casi acariciante: una voz de cine.

—Renaud, con *d*, no como los coches...

Para la cita le había cogido prestado a Léonce un traje de chaqueta de terciopelo acanalado en el que le había costado un poco meterse.

—¡Que no, ma... má, que es... estás mu... muy gua... guapa!

Paul era muy amable, pero claro, él no tenía que abrocharse el cinturón con hebilla metálica. Bueno, lo principal era que podía pasar por la señora Joubert.

El señor Renaud tenía quince años más que su voz y el físico de un empleado de prefectura. Como banquero era decepcionante. El cráneo le brillaba como una bola de billar. Estaba encantado de conocerla, pero su oficio consistía en estarlo con todo el mundo.

Les sirvieron té en su despacho, que en realidad era un salón con sofá, sillones y una mesita baja.

El señor Renaud comprendía perfectamente que el señor Joubert no pudiera desplazarse allí en persona. Mandaba a su señora, que había dejado en la mesita una bonita tarjeta de visita en relieve con el texto en mayúsculas inglesas.

—Qué final tan triste para el Banco Péricourt... —Parecía realmente apenado: para un banquero, la quiebra de una entidad de crédito es como una muerte en la familia—. En cambio, el Renacimiento Francés..., ¡qué estupenda iniciativa! Y qué empresa tan ambiciosa, la del taller aeronáutico...

—Pero corren tiempos difíciles...

Sí, Renaud leía los periódicos. Y que una iniciativa como ésa pudiera encontrarse en dificultades le parecía una injusticia intolerable.

—Ése es precisamente el motivo de mi visita, señor Renaud.

Apesadumbrado, el hombre cerró los ojos y los mantuvo así largos instantes: lo entendía.

—En caso de que la situación... se volviera en contra de su señor marido, él no querría que el Estado... —Renaud, asustado por su propio atrevimiento, se corrigió—: ¡Cuidado! ¡Líbreme Dios de criticar a su gobierno!

Madeleine respondió con un gesto: «No se disculpe, ya sabemos qué podemos esperar.»

La ceremonia social había terminado. Se habían olfateado, se habían entendido, compartían los mismos valores. En vísperas del desastre, el señor Joubert intentaba esconder dinero antes de que el fisco se lo birlara. Y allí estaba el señor Renaud para evitar esa eventualidad.

En su único y discreto anuncio, la Unión Bancaria de Winterthur garantizaba a sus futuros clientes la «total confidencialidad» de las cuentas individuales. Nada nuevo bajo el sol: el secreto bancario suizo había alcanzado una reputación

casi planetaria. También garantizaba que uno de sus representantes viajaría regularmente a París y otros lugares de Francia para «conocer a sus clientes» y «estar lo más cerca posible de sus preocupaciones». Eso era lo que le había llamado la atención a Paul.

Para cobrar los intereses del dinero guardado en un banco suizo, había que ir a Suiza. Y volver, con los riesgos que eso implicaba. En los últimos años habían detenido a viajeros que se habían visto obligados a abrir sus maletas y dar explicaciones sobre sus chanchullos, cosa muy desagradable.

La Unión Bancaria de Winterthur era una entidad muy servicial. Evitaban las molestias del viaje y llevaban el dinero a casa. Ése era el papel del «representante al servicio del cliente»: uno entregaba sus títulos, el agente del banco cobraba los beneficios en su lugar, se los llevaba a casa en dinero contante y sonante y el fisco no se enteraba de nada.

—Tenemos un sistema... totalmente nuevo. De nuestra invención.

No es que el señor Renaud acostumbrara a sentir precisamente odio hacia sí mismo, pero en esos momentos rebosaba satisfacción. Madeleine no preguntó nada, esperó paciente.

—La cuenta numerada.

Madeleine hizo una leve mueca para manifestar su dificultad para entender de qué hablaba. El señor Renaud se inclinó hacia ella.

—Un cliente abre una cuenta en un banco, digamos, clásico. Esa cuenta va a su nombre. Todas las operaciones, los ingresos y los reembolsos llevan la estampilla de su nombre, por decirlo así. Si quieren buscarle las cosquillas, es la mar de fácil: se consultan los libros, donde aparece su vida entera expuesta a la luz del día.

—Creía que el secreto bancario...

—¡Por supuesto, mi querida señora! Pero sólo es una garantía relativa. Nosotros ofrecemos una seguridad absoluta. ¡Cinturón y tirantes, por decirlo así! —No había podido contenerse: había sido más fuerte que él. Se aclaró la garganta para borrar la mala impresión que su ingeniosa ocurrencia hubiera podido causar y, con voz firme, continuó—: Nosotros abrimos cuentas sin identidad. ¿Que los libros salen a la luz? No aparecerá más que un número, que no lleva a ninguna parte. —Cogió la taza y se recostó en el sillón—. Si yo le digo 120.537, ¿cómo sabe usted de quién se trata? Es imposible.

Madeleine asintió.

—Pero para hacer las operaciones ustedes necesitan saber a qué persona le

corresponde tal número o tal otro... —contestó intrigada.

—¡Mi libreta! Es el único documento donde se establece una relación entre las cuentas numeradas y la identidad de nuestros clientes. He dicho el único... Hay otro, pero está en la caja fuerte de nuestra oficina central, de la que nunca sale nada. Prudencia, prudencia. En cuanto a mi libreta, o está en la caja fuerte o la llevo yo encima. El secreto es absoluto, ni mecanógrafas que estén al tanto ni papeles carbón en las papeleras. En todo el mundo no llegan a tres las personas capaces de relacionar los números de nuestras cuentas con la identidad de nuestros clientes.

Soltó la risita satisfecha del hostelero que, en lo referente a su mermelada casera, es capaz de contar la misma broma, ingeniosísima según él, trescientas veces al año.

Madeleine asintió.

—Mi marido se va a quedar muy impresionado. Las fechas se acercan... Tendrá que tomar disposiciones rápidamente. Por si acaso, ya me entiende.

—Dígaselo. Será donde y cuando él lo desee.

Madeleine le dio las gracias con una sonrisa. La pregunta que a un banquero le es más difícil de formular, pero que le quema en los labios, siempre es la misma: ¿cuánto? Cada uno tiene su estilo. El señor Renaud abordaba ese delicado tema como si fuera una cuestión de detalle:

—¿Estaríamos hablando de...?

—Ochocientos mil francos. Para empezar...

El señor Renaud aprobó sobriamente: «Ochocientos mil, muy bien.» Sonreía. Dios, qué bien huele el dinero cuando pasa del bolsillo del cliente al propio.

Qué alivio, quitarse aquel cinturón y aquel traje chaqueta, ¡uf! Madeleine lo plegó cuidadosamente y volvió a guardarlo en la gran caja sin pena: demasiado apretado. De todas formas, debería adelgazar un poco...

A principios de abril, las portadas de los periódicos mostraban fotografías de tiendas alemanas con los escaparates cubiertos de frases pintadas en mayúsculas y soldados apostados ante las puertas. Ilustraban una «gran jornada de boicot a los comerciantes judíos».

El *Excelsior* explicaba que «durante la noche, las lunas se cubrieron de calaveras y advertencias del tipo: “¡Peligro! ¡Tienda judía!”». Paul estaba impresionado.

Buena parte de la prensa francesa denunciaba los atropellos cometidos por

los milicianos nazis. «Hitler intenta iniciar contra los judíos una lucha sistemática y sin cuartel, más temible que cualquier acto violento.»

Desde el 4 de abril, los pasaportes de los alemanes que querían viajar al extranjero debían incluir la anotación «Ningún inconveniente», sin la cual era imposible abandonar el país.

Ese mismo día, *Comœdia* titulaba: «Solange Gallinato, nueva musa del Reich.»

Si Solange no le hubiera hablado del recital de Berlín e insistido tanto para que se desplazara allí, Paul no habría mostrado más interés por Alemania que por otro tema cualquiera, pero desde que le prestaba atención se había dado cuenta de que ese país provocaba abundantes y profundas preocupaciones, y numerosos artículos de prensa hablaban de lo que ocurría allí.

Le Petit Parisien no se andaba con chiquitas: «El nazi es un feroz sectario que odia a todo aquel que está en desacuerdo con él y está dispuesto a pisotear a quien se oponga a su voluntad o sus ideas.»

¿Ése era el país al que Solange estaba tan contenta de ir a actuar? Mandaba recortes de prensa: «El Reich se enorgullece de la visita de Solange Gallinato a Berlín, declara Joseph Goebbels», «El canciller Hitler recibirá a la Gallinato con honores de jefe de Estado».

«Mi querido pichoncito: ya esta, me siento muy felis, mi pograma esta listo, ya lo he enbiado a la gente de alla. ¡Estoi segura que les ara mucho efecto! Vendras, ¿verda?»

Paul no se sentía muy autorizado para opinar sobre los asuntos de los adultos, pero en una de las cartas se atrevió a decir: «Solange, ir a cantar a Alemania en estos momentos... ¿es una buena idea?»

«¡Claro ques el momento de ir a Alemania, gusanito mio! Esa gran nazion, tan musical, necesita mas que nunca que los artistas vallan a actuar alli...»

Esa respuesta de Solange le había llegado a mediados de mayo («Solange Gallinato quiere servir a la causa de la cultura alemana»), sólo unos días después de que la prensa hubiera publicado la gran foto de una pira en la plaza de la Ópera de Berlín con el siguiente pie: «¡Gigantesco auto de fe! ¡Anoche, veinte mil libros antialemanes ardieron en la hoguera!»

Todo lo que Paul sabía sobre piras lo había aprendido en historia, con Juana de Arco y Giordano Bruno, precedentes nada tranquilizadores. «La gran multitud congregada alrededor de la pira», escribía *L'Intransigeant*, «cantaba himnos patrióticos con fervor, como en una iglesia. Alemania es el único país del mundo

donde la barbarie adquiere tintes místicos e inunda las almas de piadoso júbilo».

Barbarie, piras, músicos despedidos, judíos perseguidos... Paul no habría podido argumentarlo, pero sabía que aquello no estaba bien.

«No quiero darte detalles sobre el programa porque espero que tengas tantas ganas de conocerlo que vengas a verme a Berlín. Será un gran momento de mi carrera, el más grande quizás... ¡Figurate! ¡El canciyer en persona, sus ministros y toda la flor y plata del Gran Reich! Voy a ponerte los dientes un poco más largos: para el decorado e elegido un artista que te gustara mucho, no te digo más. ¡Todos se quedarán bocabiertos, te lo aseguro!»

El entusiasmo de Solange entristecía a Paul.

«Si me lo pide el Reich, cantaré en toda Alemania», había declarado la diva. No podía ser sólo ingenuidad, credulidad: lo que Paul leía en los periódicos lo podía leer cualquiera, incluida ella.

El 10 de junio, habían «dimitido» ochocientos actores, músicos y cantantes judíos, entre ellos Otto Klemperer, el antiguo director de la Ópera Estatal.

A final de mes, las obras de Mendelssohn, Meyerbeer, Offenbach y Mahler fueron proscritas de los programas de concierto. La música moderna debía ser considerada una degeneración de la auténtica tradición alemana, representada por Bach, Beethoven, Schumann, Brahms, Wagner y Strauss, justamente los compositores que Solange estaba impaciente por interpretar en Berlín en beneficio de lo que ella llamaba «el Gran Reich».

Paul empezó su carta varias veces. Dudaba sobre todo respecto al final:

Querida Solange,

Su decisión de ir a cantar a Berlín me preocupa mucho. Leo en los periódicos que hay allí muchas personas que sufren, entre ellas numerosos músicos. No entiendo mucho del tema, lo reconozco, pero he visto fotos de la quema de libros y el saqueo de tiendas judías. Lo que me entristece no es que cante en Berlín, sino verla tan entusiasmada con la gente que hace esas cosas. No sé cómo decírselo. Antes de coger la pluma, he estado dándoles vueltas a las palabras mucho rato. Le debo a usted mucho. Cuando oí su voz por primera vez fue como si volviera a nacer. Si sigo vivo es gracias a usted. Pero lo que está haciendo ahora no cabe en mi vida. Por eso le escribo: para darle las gracias de todo corazón, pero también para decirle que no volveré a contestar sus cartas porque la persona a la que le gusta esa gente, sin preocuparse por el resto, ya no es la persona que tanto me gustaba a mí,

La ola de pesimismo que había inundado el taller aeronáutico había terminado con uno de esos bruscos virajes que se producen a veces en el mundo de los negocios. El horizonte había vuelto a despejarse y era casi tan luminoso como al comienzo.

El anuncio de la prueba de principios de septiembre, lejos de paralizar a los equipos, se había traducido en un arranque de amor propio colectivo. No era raro que se quedaran en el taller hasta bien entrada la noche para regresar a primera hora de la mañana. Ya no había sábados ni domingos. La curva del desánimo se invirtió porque el resultado estaba ahí, al alcance de la mano. Se volvieron a hacer pruebas de carburante, de ventilación, de resistencia al calor... Joubert se pasaba el día entero con el personal, estaba en todas partes y se preocupaba de todo con una energía que sólo cabía admirar; dedicaba unas palabras a fulano, animaba a mengano... Si hubiera tenido sentido del humor, lo habría puesto en práctica.

Y la espiral virtuosa empezó a actuar.

El rendimiento de las turbinas superó las expectativas pero, por encima de todo, la nueva aleación confirmó todas las esperanzas. Diez días antes se había efectuado la primera prueba. Cuando el reactor se puso en marcha, nadie podía creérselo. La brutal potencia del arranque provocó aplausos. Joubert, y ya sabemos lo poco emotivo que era, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, se sonó para disimular y ordenó otras dos pruebas, la primera de las cuales se realizó cuatro días después. Fue aún más concluyente que la primera: ahora Joubert estaba seguro del éxito.

Que, por otra parte, necesitaba. Urgentemente.

La tesorería del proyecto hacía agua por todas partes. Joubert tenía que responder a las preguntas del Renacimiento varias veces por semana: gráficos, informes sobre el estado de la investigación, *planning* de los técnicos, existencias, gastos... debía justificarlo todo. «Entiéndelo», le decía Sacchetti, «no tienen tu ambición, ¡todo les asusta!». Joubert se mordía la lengua y protegía a sus equipos: «Centraos en la tarea, yo me encargo de lo demás.»

El éxito coronó la última prueba de ventilación. A principios de la siguiente semana empezarían la fabricación del fuselaje definitivo: un calendario perfecto que incluso permitiría absorber los contratiempos que siempre se presentaban.

Todo el mundo esperaba con impaciencia las nuevas paletas, construidas casi al cuarto de milímetro tras varias semanas de estudios y cálculos, cuya

realización se había encomendado a la empresa más competente y, por tanto, la más cara... Aquellas piezas valían por sí solas más de doscientos mil francos.

Robert no era el menos impaciente. Había recibido instrucciones claras y casi vehementes de Madeleine:

—Si falla, señor Ferrand, lo que tarde en ponerme el abrigo y saldré disparada hacia la comisaría para presentar su certificado de matrimonio.

Léonce estaba tan preocupada como Madeleine porque, salvo en la cama, rara vez había visto a Robert hacer bien tres cosas seguidas.

—Lo conseguirás, ¿verdad, cielo?

—¡Pues claro!

Él nunca dudaba de nada, lo que no era en absoluto tranquilizador.

Aunque también podía ser que tuviera suerte y, contra todo pronóstico, supiera aprovecharla.

Robert acababa de terminar el turno. Al salir del taller, echó un vistazo a los suministros llegados esa mañana y vio un gran paquete rotulado COMPAGNON FRÈRES. Sin pensárselo dos veces, algo de lo que era incapaz, lo cogió y se lo llevó a casa.

A la mañana siguiente encontró el taller en un estado difícil de describir.

Cuando habían ido a buscar el paquete, se habían encontrado con que no estaba. El vigilante juraba y perjuraba, señalando el sitio donde lo había dejado. Lo habían puesto todo patas arriba, habían registrado los despachos y los almacenes palmo a palmo... ¡Un paquete no desaparece por las buenas! Y como allí la seguridad era una paranoia, se llevaba un riguroso registro de las visitas y «ninguna persona ajena al servicio» podía entrar en el taller sin escolta, dos días después del anuncio oficial de la desaparición del paquete volvió a oírse la palabra que todos temían: «sabotaje».

Los equipos se miraban de reojo: había técnicos de cinco nacionalidades distintas; se empezó a murmurar, circularon rumores sobre uno y otro, y Joubert comenzó a ponerse muy nervioso.

Ese ruido de fondo, ese malestar, enrareció el ambiente e hizo bajar el ritmo de trabajo. Se habló incluso de «los alemanes». La prensa se había hecho eco de sus investigaciones aeronáuticas, ¿no habría un topo en el taller? Las conversaciones se interrumpían cuando alguien entraba en un despacho, se cuchicheaba más que se hablaba y cada cual vigilaba lo que decía y lo que decían los demás.

Diez días después, Robert recibió de Madeleine la orden de encontrar

milagrosamente el paquete, cubierto de polvo y cerca del sitio en que se descargaban los suministros, pero debajo de la cuba electrolítica, donde al parecer no se había mirado suficientes veces.

Lo felicitaron como a un héroe, pero ya era demasiado tarde: habían encargado nuevas piezas a Compagnon Frères...

Había dos periodistas jóvenes en perspectiva. André iba tres veces por semana a las cenas de las familias que financiaban el proyecto, donde presentaba la maqueta del periódico (al final, a falta de otro nombre mejor, los accionistas habían aceptado *El Lictor*), y a casa de Montet-Bouخال, que era su mentor.

Los locales de la avenida de Messine, propiedad de una aristócrata retirada en la Toscana, eran enormes y ya habían comprado mobiliario. André visitaba las imprentas para pedir presupuestos. Nunca había bastante dinero, pero estaba más entusiasmado que nunca.

La fecha de aparición se había pospuesto, ahora estaba prevista para mediados de octubre. André ardía de impaciencia.

Sus crónicas en el *Soir* se contagiaban cada vez más de su proyecto y sus convicciones.

—Oiga, amigo Delcourt —le había dicho Guilloteaux, intuitivo como nadie —, ¿no se le está yendo un poco la mano? Su crónica está tomando un cariz un tanto extraño...

¿NECESITA FRANCIA UN DICTADOR?

Desde que Italia, dotada de un poder fuerte, aspira de nuevo a tomar las riendas de una Europa latina renacida, esa prestigiosa palabra está en la mente de todos.

Recordemos que la dictadura es un invento republicano. Lejos del infame personaje de caricatura, el dictador es un magistrado electo al que, en una situación de crisis, se dota de plenos poderes por un período de tiempo limitado.

Frente a nuestra clase política, totalmente desacreditada, y nuestro régimen parlamentario, que sólo conduce al desastre, la solución de nuestros vecinos se presenta ante nosotros como una posibilidad, porque proporcionarle a un hombre de valía los medios necesarios para desarrollar una política de regeneración no es ninguna vergüenza. Las

democracias necesitan hombres excepcionales, caracteres fuertes, como los que Francia conoció en otras épocas.

Si mañana ese hombre se presentara ante nosotros, ¿no sería el momento de aprender de nuestros errores y del magnífico espectáculo del éxito italiano?

Kairós

—Pero, Madeleine, hablamos de eso hace tres días...

Siempre buscaba un pretexto, no era capaz de decirle las cosas directamente.

—Ya lo sé, señor Dupré. Pero..., necesito que volvamos a hacerlo.

«Muy bien. Es la jefa, es quien paga: lo que ella diga.» Así que se sentaban uno frente al otro en el pequeño comedor del señor Dupré y se quedaban callados, porque no había nada nuevo que decir desde la última vez. Después de remover pensativamente el café durante un rato, Madeleine preguntaba:

—Bueno, creo que ya lo hemos revisado todo, ¿no?

—Sí, sí, ya está todo, Madeleine.

Acto seguido, ella se quitaba la blusa sin apartar los ojos de los botones porque no habría podido mirarlo mientras lo hacía. Él se acercaba tranquilamente: nunca la ponía en una situación difícil.

Respecto a su conversación con Paul, Dupré no había querido entrar en detalles porque, en realidad, el pequeño malentendido que había habido entre ellos no había sido tal. Paul tenía catorce años, la tez pálida y el rostro cansado, y el tema de la pubertad, que Madeleine esperaba haber solventado, seguía siendo, de hecho, muy actual. Dupré se veía con él una o dos veces por semana. Era un chico espabilado, inquieto, muy maduro para su edad...

Le había encontrado a un farmacéutico, el señor Alfred Brodsky, un alemán permanentemente resfriado que había llegado a Francia hacía un mes, después de que su «laboratorio judío» fuera destruido. Su familia y él se habían ido de Breslau con lo puesto y, para su sorpresa, un buen día había recibido las tres cajas atestadas de alambiques, tarros, destiladores, infiernillos, tubos y balanzas salvados del desastre que, sin esperanza de volver, había preparado antes de su partida.

En lo relativo a la farmacia, el señor Brodsky era un creyente: tenía una fe absoluta en el poder de la farmacopea. Según él, había un medicamento para cada enfermedad, aunque ese medicamento aún no existiera.

Paul le explicó su proyecto y le mostró su fórmula, inspirada en el

vademécum. «Sí, sí, muy bien, hay que hacer pruebas.» «Mil francos», aventuró Dupré. «Sí, sí, muy bien.» Y el señor Brodsky se fue por donde había venido. No sabían si volverían a verlo, pero regresó con un tarro de porcelana lleno de una sustancia verduzca, elaborada a base de cera de abeja, que no olía demasiado bien y respecto a la que Brodsky garantizaba que no produciría el menor efecto. «Más o menos el del agua tibia», dijo para que se hicieran una idea.

Para Paul, era el producto ideal... salvo por el olor. Era «una verdadera lástima», opinó, porque eso «lo es todo, o casi todo. La textura importa, el color también, pero el olor es fundamental. Lo abres, huele bien, lo compras». Lo que necesitaba era «el mismo producto, pero para mujeres».

—Muy bien, perfumado.

«¡No, señor Brodsky!», escribió Paul en la pizarra. «¡Eso, nunca! La pomada no deber tener aroma, sino olor. Muy farmacéutico, pero agradable.»

Brodsky estornudó tres o cuatro veces (lo hacía por tandas), dijo que muy bien y volvió a irse.

A Dupré lo que le preocupaba era la continuación. Madeleine había permitido que su hijo se embarcara en aquella aventura que costaría más de cincuenta mil francos. Él no veía cómo se las iban a arreglar.

De algún modo estaba atrapado: le había querido hacer un favor a un chico que le parecía simpático y muy espabilado y ahora estaba participando en la creación de una empresa. Si no echaba el freno, acabaría como jefe de personal en una fábrica familiar, y no había dejado el Partido Comunista para eso.

Había resuelto el problema del farmacéutico, quedaba el del local. No hacía falta un espacio enorme, al menos al principio, pero a saber cómo evolucionaría aquello. El señor Brodsky calculaba que el material que tenía bastaría para empezar la fabricación del producto a pequeña escala, pero después... En resumidas cuentas, con el seguimiento de Delcourt, Joubert y Charles Péricourt por un lado y el proyecto empresarial de Paul por otro, Dupré estaba la mar de entretenido. Había días en los que no daba abasto.

—Si todo esto le da demasiado trabajo, señor Dupré, lo entenderé.

Pero Madeleine lo decía quitándose la bata y volviéndose hacia él. Él la miraba. «No, no», respondía maquinalmente, clavando los ojos en el vacío. Y a Madeleine le sentaba muy bien conseguir cosas gracias a sus encantos; le sentaba estupendamente.

A diferencia del señor Dupré, ella estaba muy confiada: Paul tenía una buena idea y Dupré muchos recursos. Sí, hacía falta un poco de dinero, pero desde su

visita a la Unión Bancaria de Winterthur tenía el presentimiento de que la suerte iba a sonreírle. Y al final, de tanto ver a Dupré tan ocupado, a Paul empezando a abrirse camino y a Vladi atareada de la mañana a la noche, un día preguntó:

—Señor Dupré, ¿no le parece que debería... no sé... buscar trabajo?

Era algo inesperado, incluso para ella. De pronto, había empezado a hacerse preguntas. En el fondo, ¿no seguía viviendo como una mujer de la alta burguesía, cuando su situación económica ya no se lo permitía?

Lo que no podía contar era que la idea se la había dado un libro cuya lectura, deliciosamente transgresora, la habría sonrojado reconocer: *Un mes con las prostitutas*, de Maryse Choisy, una periodista que se había hecho pasar por prostituta y había vivido desde dentro la vida de los burdeles. «Escribo sin vacilar “mierda”, “culo”, “sexo”: son palabras limpias, claras, nobles.» Sin llegar a compartir esa opinión, Madeleine la encontraba valiente y abría los ojos respecto al trabajo de la mujer. Por supuesto, no se identificaba con las prostitutas, ni tampoco con las obreras: sus orígenes la llevaban más bien a mirarse en el ejemplo de aviadoras, periodistas, fotógrafas... Pero ella no tenía estudios, la habían destinado a casarse.

—Por desgracia, no sé hacer nada... —añadió.

Al señor Dupré le costaba concentrarse en aquel asunto tan delicado porque, mientras hablaba, Madeleine, pensativa pero meticulosa, había ido quitándose la ropa. Ahora estaba desnuda, de pie, con las manos a la espalda.

—Dígame, señor Dupré, ¿qué le gustaría hacer?

32

Charles siempre había considerado el trabajo de diputado un trabajo de contacto: «Somos como los curas: damos consejos y prometemos un futuro radiante a los más dóciles y, al igual que los curas, necesitamos que la gente vaya a misa.» Como lo fundamental era mantener una estrecha relación con los electores, la unidad de medida de Charles siempre había sido la carta, así que ahora se asustaba ante el grosor de los informes que Alphonse le dejaba sobre el escritorio.

—¡Dios santo! —exclamaba—. ¡Más valdría crear una comisión sobre el despilfarro!

Lo que nadie esperaba, empezando por él, era que encontrara interesante el asunto que debía estudiar. No le había pasado nunca. Desde luego, los impuestos eran una medida injusta e inquisitorial en sí mismos, se decía, pero puesto que existían, no podía ser que unos los pagasen y otros no. Los primeros eran patriotas a los que se consideraba unos primos; los segundos, unos cínicos que gozaban de impunidad: era chocante.

Y Charles era sincero.

Pidió cifras. No las había.

—¿Cómo que no las hay?

—Es que... es difícil de calcular —respondió el secretario de la comisión.

El fraude fiscal en su conjunto debía de rondar los cuatro mil millones, tirando por lo bajo, y los seis o siete con más probabilidad. Era colosal.

Charles ordenó estudiar todas las medidas existentes para controlar las declaraciones y castigar a los evasores.

—Esto es un queso gruyer —concluyó tras dos semanas de examen.

Efectivamente, la legislación tenía bastantes agujeros. Si se estaba bien informado, no era difícil escabullirse entre las mallas de la red. Incluso existía

una profesión bastante nueva, creada para ayudar a defraudar lo mejor posible, ejercida sobre todo por antiguos funcionarios del Ministerio de Hacienda.

—Son «gestorías de contenciosos fiscales» —explicó el secretario.

—¡Y es con el Estado con quien tienen el contencioso! ¿Al menos están reguladas?

No había reglas. Esos antiguos funcionarios ponían sus conocimientos al servicio de clientes sin escrúpulos porque ellos tampoco los tenían. Realmente, había mucha tela que cortar.

Charles convocó a toda clase de especialistas. Lo que había que hacer era evidente: apretar las tuercas.

—¿Por qué no se ha hecho hasta ahora? —le preguntó Charles a un inspector general de Hacienda, un tipo alto y fuerte, natural del Sudoeste, que no había conseguido hacer carrera en el rugby porque tenía manos de encajera y dedos hechos para pasar páginas y más páginas de informes. Lo había leído todo y se acordaba de todo.

—Se puede controlar, señor presidente, a condición, y cito textualmente, «de no violar el secreto de las relaciones entre los bancos y sus clientes». Y como la mayoría de los evasores fiscales eligen Suiza, volvemos a la casilla de salida.

Charles miró a su derecha y luego a su izquierda. Los demás miembros de la comisión estaban tan perplejos como él.

—De todas formas, está el listado de cupones... —Se refería a un procedimiento de comunicación automática del nombre de los contribuyentes que tenían alguna deuda con Hacienda—, abandonado en febrero de 1925. Los banqueros no lo querían: debemos «velar para que las medidas gubernamentales no atenten contra el secreto bancario».

—Entonces, si lo he entendido bien..., ¿no se hace nada!

—Nada en absoluto. Todo el mundo cree que si se controla a los ricos se llevarán el dinero al extranjero. Cito textualmente: «Y cuando Francia sea un país pobre, ¿qué haremos?»

—¡Está usted empezando a cansarme con sus citas!

—Lo escribió usted mismo, señor presidente: para su campaña electoral de 1928.

Charles tosió.

La situación resultaba especialmente difícil porque el presupuesto de 1933 sería el cuarto consecutivo que generaría déficit. Se había pasado de los seis millones de descubierto a los seis mil, y luego de los seis mil a los cuarenta y

cinco mil. La deuda del país preocupaba a los economistas, que angustiaban a los políticos, que, a su vez, culpabilizaban a los ciudadanos. Al final de esa cascada de preocupaciones, no habría más remedio que buscar el dinero donde lo había. El bolsillo de los contribuyentes seguía siendo el sitio de más fácil acceso, pero las asociaciones antiimpuestos nunca habían sido tan combativas, lo que preocupaba mucho a Alphonse.

—Movimientos contra los impuestos siempre los ha habido —respondió Charles, que había apoyado unos cuantos.

Era sábado. Con la excusa de su carga de trabajo en la comisión, Alphonse sólo dedicaba una tarde a la semana al asunto del cortejo.

El sábado era el «día de salida con Alphonse». Las dos chicas siempre iban juntas, nadie entendía por qué.

De hecho, las hermanas vivían un dilema espantoso: no conseguían decidir cuál de ellas se casaría con Alphonse. Jacinthe no discutía el derecho de primogenitura de Rose, pero una noche, en el dormitorio que compartían, había argüido que un día el joven sería ministro, o quizá algo más, y que a ella se le daba mucho mejor que a su hermana el inglés, sobre todo el *present perfect*. Rose tuvo que admitirlo. ¿Cómo le explicaban a su pretendiente que habían reconsiderado la cuestión? ¿Y qué pasaría si volvían a cambiar de opinión? Decidieron que la decisión era asunto exclusivamente de ellas e intercambiaron sus identidades sin decirle nada a nadie. Alphonse salió del brazo de Jacinthe pensando que era Rose. Aquello no tenía ninguna importancia para él, que nunca había conseguido distinguir las porque eran el mismo tipo de fea. Además, salir con las dos evitaba una situación embarazosa si su prometida era presa de un frenético deseo de flirtear.

Fueron al Louvre, donde las dos hermanas, que se habían preparado especialmente para la ocasión, confundieron la *Virgen con el Niño* de Botticelli con la de Baldovinetti y se lanzaron a dúo a un análisis desenfrenado que no tenía nada que ver con el cuadro.

A la semana siguiente volvieron a pensárselo: ahora les parecía mejor que fuera Rose quien se casara con Alphonse porque, al ser hijo único, seguramente sólo querría un niño, y Jacinthe deseaba muchos más, al menos seis (algunos días llegaba hasta los nueve).

Alphonse tampoco notó la diferencia.

Joubert había hecho un balance contrastado del asunto del paquete con las

valiosas paletas. La mala noticia era la pérdida de casi doscientos mil francos; la buena, que sólo llevaban un retraso de diez días sobre el plan de trabajo. Se felicitaba por haber conservado la sangre fría y no haber «oficializado la pérdida», cuando en realidad no había tenido el valor de hacerlo. Todo volvía a ser posible. No esperó el resultado para anunciar una demostración pública a principios de septiembre, a la que invitó al Renacimiento Francés, a toda la prensa y al gobierno. Iban a mostrar que todo estaba perfectamente modelizado, que se podía pasar a la construcción del primer turborreactor de la historia: en menos de ocho meses, el primer avión a reacción del mundo alzaría el vuelo hacia el cielo de Francia.

Al fin se veía la salida del túnel, ya iba siendo hora.

Los miembros del gobierno pretextaron una sobrecarga de trabajo y delegaron en funcionarios de segundo rango. Joubert no se inmutó: al primer éxito acudirían pitando para recoger los frutos.

Las empresas que habían participado en el proyecto con personal y abundante dinero contestaron que irían, pero no podían disimular su escepticismo. La prensa, ávida de emociones y suspense, se disponía a asistir en masa.

Joubert se sentía fuerte. ¿Había dudado de verdad en algún momento?, se preguntaba, olvidando los instantes de debilidad, que, a su modo de ver, no habían tenido importancia.

En el taller reinaba el ambiente del comienzo: acababa un ciclo iniciado con euforia y confianza, que había conocido días difíciles, pero que ahora se encaminaba decididamente hacia el triunfo.

Solange llamó a Paul en cuanto recibió su carta, en Madrid. La portera subió de mal humor («¡La portería no es una oficina de correos!»), y como Paul se negó a responder, volvió a bajar de un humor aún peor («¡Soy portera, no telegrafista!»).

Durante un mes, Solange hizo llover sobre Paul cartas y regalos, partituras, discos, carteles (se veía lo que era por la forma del paquete), pero todos los envíos siguieron intactos. Vladi les quitaba el polvo cada mañana.

—*Szkoda nie otworzyc tej przesyłki...* —decía—. *W srodku moga byc prezenty, naprawde nie chcesz otworzyc?*

Paul contestaba que no con la cabeza. Debería haberlos tirado, pero no era capaz. Como un novio rechazado, se había resignado a una ruptura que una parte

de él se negaba a aceptar. Las fotos de Solange seguían adornando las paredes de su habitación, pero ya no escuchaba sus discos. Comprendiendo que necesitaba un pretexto, una excusa, Vladi seguía insistiendo:

—*Skoro ni chcesz otworzyc, uprzedzam cie, ze sama to zrobie!*

A mediados de agosto, Paul cedió al fin: «Vale, de acuerdo.» Cogió un gran sobre de color rosa que olía a pachulí, aroma respecto al cual Madeleine siempre decía: «Mira que huele mal, no sé cómo puede haber gente a quien le guste...» Era la primera respuesta de Solange. Paul temía vagamente que defendiera su causa y la del Reich, o peor aún: que anunciara la cancelación del recital berlinés, pero por el motivo equivocado. ¿Qué más le daba a él que fuera o no fuera a cantar allí, si en lo más profundo de sí misma seguía compartiendo los valores del nacionalsocialismo?

Su letra denotaba agitación y su estilo era más grandilocuente aún que de costumbre:

¡Perdoname, pecezito, toda la culpa es mia! Me ice la misteriosa por que quería conbencerte que binieras, pero fue un error: te ice creer cosas que me sonrojan, ¡y te aseguro queste trasto viejo de Solange no se sonroja asicomoasí! Te telefone, pero no quisiste hablar con migo. No respondes mis cartas. Si sigues guardando silencio, ire de proposito a verte a Paris, no me importa, encuanto acabe los recitales que estan pogramados me pondre en camino y ire a verte para esplicartelo.

Como sabes, Richard Strauss me adora...

Solange tenía motivos para presumir de ello: Strauss había manifestado en muchas ocasiones su admiración por lo que él llamaba «el misterio Gallinato», una expresión que reflejaba con exactitud la sensación de ver a aquella mujer enorme que, aun sentada, cantaba como un colibrí y era capaz de arrancar lágrimas con *Tosca* o *Madama Butterfly* sin necesidad de mover un dedo. Strauss, que tenía la confianza de Goebbels, había sido el primero en convertir la visita de Solange en un hecho excepcional, y Goebbels, el primero en transformarla en un acontecimiento político. Los animaban a ello numerosas declaraciones de la propia Solange: «¡No puedo quejarme de los elogios! El señor Goebbels en persona me ha escrito diciendo que está orgulloso de que vaya y yo lo he repetido en todas partes, añadiendo siempre una palabra amable sobre el señor Hitler, lo que les ha complacido mucho.»

El programa se correspondía totalmente con lo que esperaba el Reich: Bach,

Wagner, Brahms, Beethoven, Schubert... Ya en junio, los periódicos alemanes anunciaron a bombo y platillo que las reservas estaban cerradas.

Solange esperó hasta mediados de julio para anunciarle a Richard Strauss que también cantaría *Verlorenes Land* y *Meine Freiheit, meine Seele* de Lorenz Freudiger. «¡No sabes el efecto que les a echo eso, patito mio!»

No había para menos: Freudiger era el director del conservatorio de Erfurt, un músico muy poco conocido hasta que en marzo lo habían desposeído de su cargo por negarse a componer el himno nazi de Turingia. Los títulos de las dos piezas escogidas por Solange, *País perdido* y *Mi libertad, mi alma*, no auguraban nada bueno para el Reich y equivalían a un borrón en el programa, lo que Strauss se apresuró a expresarle a ella de forma diplomática. «Mi querida amiga», le escribió, «esas dos piezas menores no son dignas de su talento... Por no decir que arrojarían una sombra innecesaria sobre un acontecimiento que aquí califican de histórico.»

«Historico, conejito, ¿que te parece?»

Paul empezó a sonreír.

—*Mój Boze... ale... co to jest?* —preguntó Vladi con la gran caja que acompañaba la carta de Solange en las manos.

Paul no respondió: seguía leyendo.

«Strauss me a escrito dos beces.» Después de eso, acostumbrados ya a mandar sin miedo a que los desobedecieran, los del Reich se habían limitado a rechazar aquel añadido al programa... y habían dado el asunto por concluido.

«Le e contestado ha Strauss que comprendia totalmente al Reij y quen consecuencia daba el recital por anulado.»

Eso había causado un revuelo considerable en las altas instancias del Estado. Strauss, que distaba de ser un cobarde, defendió la elección de Solange, pero lo que determinó la decisión final no fue su intervención. En realidad, las autoridades le habían dado a la visita tanto bombo, reforzado por las numerosas declaraciones de la propia Solange, que resultaba más embarazoso anular el recital que mantenerlo. Goebbels se preguntó si su euforia ante la idea de ver a la Gallinato cantando para el Reich no lo habría hecho mostrarse imprudente. Anular el concierto causaría sensación en Europa y pondría bajo los focos la situación del tal Freudiger y de algunos otros. En el fondo, no eran más que dos piezas musicales menores, se decían en Berlín, *peccata minuta*.

«Pero sus poblemas no han echo mas que empezar. Yo sigo aciendo declaraciones ruidosas cantando las alavanzas del Reij. En quanto al decorato, te

adgunto el prolecto que e aceptado.»

—*Mój Boze... ale... co to jest?* —volvió a preguntar Vladi, tendiéndole la caja a Paul.

Éste habría necesitado un minuto largo para expresar lo que pensaba, así que lo resumió:

—¿Que qu... qué es? Un escán... cándalo go... gordo, que se va a ar... armar...

Y, después de haberse negado rotundamente a reunirse con Solange en Berlín, ahora estaba casi desesperado por no poder ir.

El señor Brodsky había estado trabajando desde julio.

—Lo que me piden no es muy difícil porque no sirve para nada.

Eso decía, pero el caso es que había recibido otros quinientos francos. En su situación, era una cantidad de dinero apreciable.

A finales de agosto la textura estaba estabilizada: el producto era suave al tacto, ligeramente graso y fácil de absorber. Tenía el color de la mantequilla fresca y, en cuanto al olor, después de muchos tanteos, Paul opinaba que sólo había dos opciones: abedul o aceite esencial del árbol del té.

«Ahora hay que pasar a la fase de prueba», escribió en su pizarra, y mostró unos tarritos de porcelana cubiertos con una tapa.

Léonce se indignó.

—¡Eso sí que no, Madeleine! ¡No puede exigirme eso, yo no soy una cobaya!

—Pero si es inofensivo...

—¿Quién lo dice?

—El farmacéutico que lo ha elaborado.

—¿Ese alemán? ¡No, gracias! Además, es judío.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No me fío.

—Se lo pide Paul... Se da masaje en las piernas con este producto todas las mañanas y no se ha muerto.

—¡Querrá decir aún!

—Oh...

Léonce se disculpó. «Muy bien, de acuerdo, ¿qué hay que hacer?» Lógicamente, Madeleine no podía decirle que el objetivo principal de la prueba

era comprobar que con el uso no aparecían granos, pústulas, quistes, bubas, etcétera.

—Tiene que masajearse las piernas hasta que la crema penetre. Un día con el tarro de la tapa blanca y al siguiente con el de la tapa gris. Y me dice cuál prefiere.

—De acuerdo.

Todo el mundo se movilizó: Paul, Vladi, Brodsky, Dupré, Madeleine; pero el control de la prueba dejaba mucho que desear. Brodsky, convencido de que aquella crema era completamente inútil, no se la ponía. Dupré se olvidaba un día tras otro, pero cuando le preguntaban, aseguraba que todo iba muy bien. Madeleine se abstenía, porque temía las reacciones: «Tengo una piel muy sensible, no aguanta nada.» En cuanto a Léonce, ideó una estratagema muy en su línea: proponerle a Robert un masaje «de lo más afrodisíaco», convencida de que podían cambiarse las piernas por cualquier otra parte del cuerpo siempre que el producto penetrara bien a fondo. El aceite del árbol del té ganó al abedul por cinco votos a uno, una victoria aplastante pero engañosa porque, en realidad, sólo el tándem Paul-Vladi se había tomado el asunto en serio; de hecho, la joven enfermera, que no vacilaba en embadurnarse de crema del cuello a los pies, dejaba un inconfundible olor a aceite del árbol del té por dondequiera que pasara («*Ach, uwielbiam zapach tego kremu!*»), lo que hacía reír a Madeleine. Las relaciones que mantenía con la chica habían evolucionado mucho. La había contratado a regañadientes, pero nunca le había gustado, así que, tres semanas antes, había sido la primera sorprendida ante su reacción en el asunto de la lechería Valet.

Fernand Valet, el lechero de la rue Mignet, era un hombre de escasa inteligencia, pero hablaba alto y fuerte porque se consideraba todo un carácter. Una mañana decidió dejar de atender a Vladi.

—¡Aquí ya no servimos a los polacos! ¡Que se vuelvan a Varsovia y dejen trabajar a los franceses!

Confusa, Vladi fue a comprar la leche a otro lado. Madeleine se dio cuenta y le pidió explicaciones. La chica se sonrojó porque se sentía culpable de ser polaca. Madeleine insistió.

—*Nie moge juz tam chodzic. Nie chca mnie obslugiwac.*

La cosa no estaba clara. Madeleine cogió el capazo y a Vladi y salió disparada hacia la lechería, donde Fernand Valet estaba perorando, como de costumbre.

—¡No, señora! —gritó con furia—. ¡Ésta es una tienda francesa! ¡Sólo servimos a franceses!

Y dicho esto, se volvió hacia la clientela, bastante numerosa a esa hora, en busca de apoyo a su postura. Todo el mundo pensaba como él. Valet se cruzó de brazos y se quedó mirando a Madeleine.

Ésta nunca sabría cómo lo intuyó. Por el modo en que se había ruborizado Vladi, quizá, o por la actitud de macho del lechero...

—¿Y no será más bien que la señorita se ha negado a acostarse con usted?

La clientela soltó un unánime y escandalizado «¡Oh!», pero como sólo había mujeres, madres de familia y criadas, la exclamación iba dirigida más bien al lechero, que farfullaba, y no tanto a la chica, que se miraba los pies con los labios apretados. Sabiendo, como todo el mundo, que Vladi era cualquier cosa menos arisca, Valet se había propuesto, efectivamente, disfrutar de sus favores y no paraba de importunarla. Pero Vladi tenía sus gustos. Y el lechero, que no formaba parte de ellos, se había mosqueado...

Madeleine amenazó con armar un escándalo en el barrio y, muy tranquila, planteó una serie de preguntas: «¿Está al tanto la señora Valet?» «¿Para comprarle queso hay que acostarse con usted?» «¿Vuelve a estar en vigor el derecho de pernada en este distrito de París?» «¿Habría echado a la clienta si fuera francesa?» «¿Le habría hecho las mismas proposiciones, para empezar?»

Al hilo de sus preguntas, una cierta solidaridad femenina impulsó a la clientela a abandonar la tienda. El señor Valet, enfurruñado pero vencido, tuvo que servirle a Vladi media libra de mantequilla y un trozo de gruyer de cuyo peso y precio estuvo muy pendiente Madeleine.

El taller estaba preparado. Los invitados ya no eran los entusiastas seguidores de la cena del anterior enero en La Closerie des Lilas, sino un grupo de caras serias y preocupadas, labios que apenas se entreabrían para saludar y manos tendidas a regañadientes. Los funcionarios de segunda categoría, que debían de tener instrucciones al respecto, rechazaron la invitación a quedarse para el bufé. Los industriales del Renacimiento Francés miraban al fondo del taller, donde estaba instalada la mesa, servida por Potel et Chabot, con manteles blancos y cubiteras para el champán, y parecían calcular el precio de las bandejas de canapés y el sueldo de los camareros. Hasta Sacchetti se mostraba cauto, pero al estilo de un diplomático, es decir, de forma cordial, cálida pero discreta: florentina. En cuanto a la prensa, se frotaba las manos por anticipado. No faltaba un solo reportero, un solo fotógrafo.

Todo el equipo del taller había acudido a la convocatoria. Ellos también eran la sombra de lo que había sido en el momento de la inauguración: se habían reducido tanto que, para hacer bulto, el personal de seguridad y de limpieza había recibido instrucciones de asistir. Robert estaba firme como un soldado junto a la «chica de arriba», como llamaba a la limpiadora que se encargaba de los despachos, a la que le tocaba el culo a la menor oportunidad. Ya había ido a ver a los camareros para pedir dos botellas de champán, según él, para el personal, aunque pensaba llevárselas para bebérselas con Léonce. También había birlado una caja de canapés que había escondido en su taquilla.

En una zona que ocupaba las dos terceras partes del taller, fijado a una plataforma de acero montada sobre raíles, estaba el modelo a escala del reactor. Los reporteros recibieron autorización para pasar por debajo de las cadenas que delimitaban el espacio y fotografiarlo de cerca. Era un objeto redondeado, construido con una aleación de color claro y reluciente como el aluminio: semejava una gran olla sin fondo tumbada sobre un costado.

Joubert estaba nervioso, aunque no lo parecía. Se limitó a decir unas cuantas frases. De todas formas, nadie habría entendido que pronunciara un gran discurso.

—Señores, este reactor es un modelo a escala del que pronto permitirá a nuestros aviones de caza alcanzar una velocidad tres veces superior a la de los aparatos actuales. Está dotado de un compr... —Soltó una breve risita—. Pero los estoy aburriendo... digamos simplemente que vamos a mostrarles la extraordinaria potencia de un turboreactor. A continuación, el equipo —añadió mientras hacía un amplio gesto con el brazo— estará encantado de darles todos los detalles que necesiten.

Los reporteros hicieron destellar los flashes, regresaron detrás de las cadenas y recargaron los aparatos. Con un gesto teatral, Joubert se volvió hacia un individuo con mono blanco situado junto al artefacto y armado con un soplete que encendió en ese momento. El reactor se puso en movimiento y al instante se vio una potente llama, totalmente horizontal, que escapaba de la parte posterior de la olla. El ruido hacía pensar en un gigantesco soplete. Era muy impresionante, incluso daba un poco de miedo; instintivamente, los invitados retrocedieron un paso.

Joubert levantó un brazo.

La plataforma arrancó de forma fulminante, provocando un grito de estupor de los presentes, y rodó por los raíles a una velocidad tan endiablada que hacía temer que fuera a atravesar el muro del fondo del taller. Los flashes destellaron. De pronto, unas cadenas la detuvieron brutalmente y el reactor se apagó, pero el movimiento de propulsión había sido tan violento que dejó tras de sí una sensación de estupefacción. Nadie hizo el menor gesto.

Salvo Robert, que se rascó la cabeza. No era extraño que se encontrara ante cosas que no entendía, pero esta vez estaba desconcertado; ¿qué era lo que no iba bien?

La demostración había causado una fuerte impresión en la concurrencia, que de pronto rompió a aplaudir. Todo eran sonrisas, apretones de manos, alivio, felicitaciones... habían hecho bien en participar. Rodearon a los miembros del equipo, que estaban exultantes, y los felicitaron; uno se sentía realmente pequeño en momentos así.

Joubert recibía las felicitaciones con una actitud modesta y hacía gestos con los brazos dando a entender que el mérito era compartido con todo el personal.

Al cabo de unos instantes, se apartó con elegancia de la gente y, entre

aplausos, avanzó hacia la cadena, pasó una pierna por encima, luego la otra, y se acercó al reactor. Se volvió hacia los fotógrafos: «Chist, silencio.» Esperó: había preparado una declaración sobria pero firme, expresada en términos sencillos que subrayarían su ambición.

En el instante en que los fotógrafos levantaban las cámaras, la olla soltó un agudo silbido.

Joubert se volvió hacia el reactor. La implosión fue tan violenta que la onda expansiva lo hizo retroceder un metro y lo lanzó al suelo, donde quedó sentado, con el pelo y las cejas medio chamuscados, la boca muy abierta y una expresión de absoluta estupefacción.

Robert sonrió. Vale, aquello estaba mejor. No entendía cómo había aguantado aquel cacharro hasta entonces, con la cantidad de mercurio que le había echado al baño de aluminio... Pero todo se había arreglado: estaba muy satisfecho de sí mismo.

Los flashes destellaron.

La foto de Gustave Joubert sentado en el suelo y con la boca abierta delante de su magnífico modelo de turboreactor convertido en un magma de metal fundido causó una enorme sensación.

Los caricaturistas lo representaron como un deshollinador medio desvestido por la onda expansiva o volando por los aires a lomos de un cohete, como en la película de Méliès.

Abatido como nunca en su vida, Gustave no salió de su habitación en toda la mañana.

Nadie se atrevió a preguntar por él.

«¿Y si estaba muerto?», se preguntó Léonce. «¿Qué pasaría entonces? ¿Sería su heredera?» Estaba la casa, por supuesto, pero si Joubert estaba atrapado, ¿le reclamarían las deudas a ella?

Los criados empezaban a buscarse otro sitio. Como puede verse, nadie tenía la moral muy alta.

Joubert se apartó de la ventana, se miró en el gran espejo que dominaba la chimenea, se acercó a él y vivió un momento doloroso: aquellas mejillas cubiertas de una incipiente barba, aquellas ojeras de cansancio y aquellas arrugas de preocupación en las comisuras de los labios componían un rostro que no reconocía y que lo asustó. Le dio la espalda.

En el fondo, hasta entonces la vida no lo había tratado mal. Había tenido

éxito en los estudios, en la banca, en el cambio de rumbo; incluso había conseguido crear el Renacimiento Francés, que era la admiración de todos, y su proyecto de turborreactor había provocado suficiente envidia y suficientes comentarios negativos como para convencerlo de que era muy prometedor. Mientras se afeitaba, encontró en su memoria numerosos ejemplos de personajes históricos que se habían recuperado de fracasos estrepitosos. Blériot, sin ir más lejos: cuando tuvo que separarse de Léon Levavasseur, no estaba en una situación muy envidiable. Incluso fue a peor al optar por Robert Esnault-Pelterie, lo que no le impidió atravesar el canal de la Mancha en 1909. Pese a todo, encontraba otros tantos ejemplos de personajes que, tras una trayectoria tan ascendente como la suya, se habían hundido de repente para no volver a levantarse nunca.

No necesitaba a nadie para analizar su situación: era la de un hombre al que él mismo, como banquero, no le habría prestado un céntimo, cuya empresa habría comprado por un franco simbólico.

Al final de la mañana, bajó. No se cruzó con nadie. Al oír sus pasos, Léonce pegó la oreja a la puerta de su habitación, pero sin abrirla.

Gustave quería caminar un poco, ordenar sus ideas. Estaba abatido, pero en el fondo sentía que algo se resistía sordamente a la inercia de la depresión: dos fuerzas luchaban en su interior y hacían que se sintiera profundamente dividido. Era un comienzo de septiembre agradable, el cielo, despejado, estaba de un azul muy bonito, el aire era tibio. «Éstas no son las ideas de un hombre dispuesto a arrojarse al Sena», se dijo Gustave.

Como era de esperar, a lo largo del domingo todos los empleados del taller recibieron por telegrama el aviso de que acudieran a sus respectivas empresas ese mismo lunes por la mañana.

Al día siguiente, Sacchetti le dijo a Gustave por teléfono que sería conveniente que presentara la dimisión como presidente del Renacimiento Francés.

—Sólo es provisional, Gustave, ya lo sabes: hay que dar tiempo al tiempo, como dijo Cervantes. Bueno, ya me entiendes...

El Renacimiento Francés acaba de nombrar a un nuevo dirigente, el señor Sacchetti. Hay que reconocer que su predecesor, Gustave Joubert, ya no resultaba adecuado. Al pasarse el testigo, el presidente anterior y el actual no han dejado de mencionar (como ustedes saben, ambos son

apasionados de la aviación) el registro oficial del récord mundial de distancia en línea recta conseguido por los aviadores franceses Rossi y Codos, que el mes pasado llegaron al Líbano a las cincuenta y cinco horas de haber despegado de Nueva York.

Es reconfortante ver a los aviadores tener éxito.

Kairós

Joubert pasó dos días sin salir prácticamente del despacho. Cuando pedía que le subieran café, Léonce se sentía obligada a llevárselo en persona.

—Gracias, cariño —le dijo Gustave en una de esas ocasiones, sin levantar la cabeza de los papeles. «Cariño» no formaba parte de su vocabulario habitual—. Vamos a cambiar muchas cosas.

Léonce se detuvo en la puerta. Le habría gustado dejar la bandeja porque de aquella manera parecía una criada, pero en el fondo eso es lo que era y lo que Joubert estaba recordándole.

—Ah... —dijo ella.

Imaginaba lo que quería decir «cambiar muchas cosas». Tenía que ver con el dinero. Puede que Madeleine tuviera razón cuando le había sugerido que se buscara un marido nuevo.

—Voy a cerrar la empresa, vender las máquinas y dejar los locales de Clichy. También venderemos esta casa. Todo junto representa un millón y medio de francos.

Pese a la realidad de los hechos, no hablaba con el tono de un hombre arruinado, sino con la voz tranquila y firme que había empleado durante años con sus colaboradores y sus mecanógrafas. Esta vez lo hacía con su mujer, pero era lo mismo: no le pedía su opinión, la informaba.

—Con la mitad de los que vamos a recuperar, podremos realojarnos en un barrio decente. Con la otra mitad, trabajaré solo. La investigación sobre el turborreactor está prácticamente terminada, sólo falta resolver un problema de la aleación, buscaré a los expertos adecuados. Luego, no habrá más que construir el prototipo.

Léonce no reaccionó. Gustave se había interrumpido. Quizá esperaba una palabra suya, algún gesto de ánimo.

—Pues vaya... —murmuró Léonce.

Era todo lo que tenía que decir. Resultaba ofensivo.

—¿Perdón?

Era la misma expresión que había usado las veces que la había abofeteado. Con la tranquilidad de estar fuera del alcance de su mano, Léonce añadió:

—Es un poco... la última oportunidad.

«Ahí está», se dijo Gustave. También ella lo veía como un hombre acorralado, acabado quizá. Nunca había considerado a su mujer una compañera, pero aun así podría haber mostrado un poco de confianza en él...

—Da igual que sea la primera o la última, Léonce. Lo importante es aprovecharla cuando se presenta, y se presenta ahora. —Calma, no era el momento de irritarse—. Al final, todo este asunto habrá sido muy beneficioso. Mis socios me han ayudado a construir un modelo del que sacaré provecho yo solo, porque las patentes son mías. Dentro de un año serás la mujer de un multimillonario.

—Qué bien... —murmuró Léonce sin entusiasmo.

Joubert fue al taller. Tocó el claxon ante la verja, pero allí ya no había nadie. El aparcamiento estaba vacío y la gran pancarta que anunciaba TALLER AERONÁUTICO todavía se veía nueva. Aquella aventura no había durado ni seis meses...

Abrió él mismo y estacionó ante la puerta. Cuando entró en la nave, se llevó la sorpresa de encontrarse con Robert Ferrand, que estaba pasando la fregona.

—Pero... ¿qué hace usted aquí?

—Pues, la verdad, señor Joubert, eso me gustaría saber a mí, porque no he visto un alma en toda la mañana...

—El taller ha cerrado. ¿Es que no lo sabía?

Ya se habían llevado casi todo el material: bobinas de cobre, perfiles y tuberías, compresores, sopletes, bancos de trabajo, herramientas... Apenas quedaba nada. ¡Qué desastre!

—¿Ah, sí?

—¡Ya ve que está todo vacío!

—¡Arrea, pues es verdad! Ya decía yo...

—Bueno, está cerrado. Definitivamente. Puede irse a casa, recibirá su dinero por correo.

—¡Ah, entonces genial!

Gustave subió a los despachos, también vacíos. Resmas de papel, material, mesas de dibujo, sillas... Hasta las persianas habían desaparecido.

Recorrió la galería y recogió los cuadernos, los blocs de notas, los

diagramas, todo lo que quedaba. Llenó ocho cajas. Luego abrió la caja fuerte y cogió los planos, los expedientes administrativos, el cuaderno de bitácora y los certificados de las patentes, y volvió a bajar con los brazos cargados. Robert le abrió la puerta.

Antes de salir, Joubert se volvió hacia la enorme nave, casi vacía.

—No parecía tan grande...

Robert lo ayudó a meter los documentos en el maletero del coche. Excepcionalmente, Gustave le estrechó la mano: era la señal de que todo había terminado.

—No, deje, señor Joubert, voy a buscar mis cosas y ya cerraré yo cuando me vaya, no se moleste.

—Bueno, muy bien... Buena suerte, muchacho...

—Lo mismo le digo, señor Joubert. Bonito coche... —añadió Robert con una mirada de envidia.

Cerró la verja.

Uf, qué susto...

Esperó a que el ruido del coche se alejara para ir a la parte posterior de la nave, donde se reunió con los tres amigos con los que, desde la tarde anterior, cargaba en camiones todo lo que se podía revender.

Al día siguiente, los empleados que, en nombre de sus empresas, fueron a llevarse el material prestado al taller encontraron las dependencias totalmente vacías, a excepción de un cubo y una fregona olvidados en un rincón, cerca de la puerta del fondo.

34

Los trabajos de la comisión avanzaban a buen ritmo. Charles estaba tranquilo. No podía imaginar que lo que iba a cambiar por completo su situación llegaría de un sitio llamado La Coudrine, un pueblecito cercano a Péronne, en la región del Somme, del que ni él ni nadie había oído hablar nunca, pero donde vivía un agricultor llamado Sauveur Piron, que se negaba a pagar sus impuestos. Como muchos campesinos, no estaba dispuesto a «engordar a esos señoritos de París».

El miércoles 16 de agosto de 1933, un ujier portador de innumerables notificaciones de apremio llamó a su puerta, acompañado por dos gendarmes, para embargarle bienes hasta cubrir los nueve mil francos que debía al fisco. Los agricultores vecinos acudieron a echarle una mano; después de intercambiar invectivas, los gendarmes tuvieron que batirse en retirada. Volvieron con refuerzos. Los agricultores también... En circunstancias normales, el suceso habría quedado circunscrito a aquel rincón del departamento, pero acabó convirtiéndose en el catalizador de un descontento general que sólo esperaba la ocasión de expresarse.

Había sonado la hora de la revuelta contra los impuestos.

Se organizaron manifestaciones. En la segunda quincena de agosto, hubo no menos de cuarenta y cuatro, a las que se sumaron aquí asociaciones de la juventud patriótica y antiguos combatientes, allá sindicatos y corporaciones, acullá antirrepublicanos militantes y en todas partes gente descontenta e indignada que se consideraba expoliada, desposeída, robada. Los grandes culpables eran los impuestos; el gran enemigo, el Estado.

El gobierno observaba con preocupación los colores de aquel incendio que no dejaba de ganar terreno. En Sedan, Épinal, Roubaix, Grenoble, Le Mans, Nevers o Châteauroux se concentraron miles de personas. Las fuerzas del orden tuvieron que intervenir en todas partes. Se incendiaron coches y también tiendas; las ambulancias no paraban de ir y venir.

En Béziers se tomó una decisión colectiva que estaba en la mente de todos: «Los contribuyentes signatarios llaman a la movilización general para organizar, si es necesario, la objeción fiscal.»

Se había pronunciado la gran frase, y no por parte de los comunistas, sino de comerciantes, artesanos, farmacéuticos, notarios, médicos... Muchos contribuyentes se declararon dispuestos a devolver, a su correspondiente diputado, su declaración de la renta sin cumplimentar.

El gobierno se veía amenazado por todas partes por una forma desastrosa de revuelta: la huelga general tributaria.

—¿Ha dicho que lo va a vender todo? —preguntó Madeleine.

—Sí, todo, hasta la chabola... ¡Ay, perdón!

Estaba hablando de la casa que había hecho construir el padre de Madeleine, y donde ella había crecido. Madeleine alzó una mano: «Tranquila, no se disculpe.» Léonce dudó un instante y luego se lanzó:

—Creo que ya he hecho todo lo que usted quería...

—¿Sí?

—Me gustaría recuperar mi pasaporte.

—Lo siento mucho, pero eso no va a ser posible.

Léonce no veía el momento de marcharse de Francia. Le había dado muchas vueltas al asunto y ahora sabía adónde iría y de qué manera. Sólo necesitaba dinero. Y no lo tenía. Y el único al que habría podido robárselo, que era Joubert, había perdido el suyo. Entre Madeleine, que la tenía en sus manos, y Robert, que saltaba de alegría en cuanto le encargaban una mala jugada, Léonce no veía el final de aquella historia.

Y hablando de malas jugadas...

Dos días más tarde.

Delante de una enorme caja fuerte Merklen & Dietlin de hierro colado que el señor Péricourt se había hecho instalar antes de la guerra. Majestuosa, hermosamente acabada, con adornos de grafito y latón. Gustave la había visto desde siempre en el mismo lugar y le había dado pena cambiarla al adquirir la casa. Era un modelo antiguo que un ladrón con experiencia habría abierto en un pispás.

Robert, que había perdido mucha práctica (si es que alguna vez la había tenido), no podía con ella, por supuesto. Se arrodilló ante la caja con glotonería, sacó unas cuantas herramientas finas y empezó a raspar el metal que quedaba

junto a la cerradura. Léonce lo observaba con desconfianza: rara vez conseguía algo a la primera, ni en las tareas más sencillas.

—¿Por qué no lo dejas ya, cielito?

—Un poquitín más.

Robert hizo unas cuantas raspaduras suplementarias y retrocedió para contemplar su obra. Le gustaba.

Mientras, Léonce había abierto el globo terráqueo, donde sabía, porque lo había espiado montones de veces, que Joubert escondía la gran llave plana de la caja. Abrió la pesada puerta. Arramblaron con todos los planos y los dosieres y luego vaciaron los cajones en medio del despacho, como les había dicho Madeleine. A Robert le chiflaba aquello: parecía un adolescente en una batalla de almohadas. Aprovechando la ocasión, Léonce le echó disimuladamente el guante a un sobre que esa noche le causó una gran decepción. Esperaba encontrar dentro una pequeña fortuna, lo suficiente para comprar un pasaporte y un billete de barco o avión y desaparecer dejando plantada a Madeleine y sus venganzas personales, pero sólo había dos mil francos. No se lo dijo a Robert, que no habría esperado hasta el fin de semana para pulírseles en las carreras.

Liberado de la insignificante tarea que le habían confiado y que cualquier otro habría podido hacer en su lugar, Robert empezó a recorrer las habitaciones exclamando «¡Oh!» y «¡Anda!».

—¡Ahí va! ¡Mira esto! —gritó, como si Léonce no conociera la casa.

Había encontrado la plata y estaba metiéndose puñados enteros de tenedores y cuchillos en los bolsillos.

—¡Pero, cariñín, no podemos llevarnos eso, iríamos muy cargados!

Robert se lo pensó un momento. El peso de los cubiertos acabó convenciéndolo, pero en cuanto Léonce volvió la cabeza, no pudo evitar meterse un puñado de cucharillas de café en el bolsillo interior de la chaqueta.

Ella juntó todas las joyas y el dinero que quedaba, vaciando incluso el monedero del que el servicio cogía suelto para los recados diarios. Robert seguía explorando la casa a grandes zancadas, como un futuro comprador, hasta que topó con la gran cama con dosel que nadie había usado desde que Léonce tenía su habitación y Gustave la suya, es decir, desde que se habían casado. Robert se quedó embobado: aquel dosel de color crema, aquellas columnas con amercillos culones, aquella colcha con festones y bordados...

—Es realmente...

Cuando llegó Léonce, aún estaba buscando el adjetivo.

—¿Qué haces ahí, cariñín?

No había acabado de preguntarlo cuando Robert la alzó en vilo y la arrojó sobre la cama.

—¡No, Robert, no puede ser! —gritó ella—. ¡No tenemos tiempo!

Robert tiró la chaqueta al suelo, lo que produjo un tremendo estrépito de cucharillas de plata, pero Léonce no se enteró porque él ya se le había echado encima.

—¡Ahora no, Robert!

Si Joubert volvía a casa, ¡qué catástrofe! Léonce murmuraba «No, no», pero levantándose para que él le quitara la falda, ¡y qué efecto le hacía eso siempre a Robert, Dios mío! Sus embestidas la dejaron sin respiración. Gustave habría podido irrumpir entonces en la habitación y Léonce no sólo no lo habría oído, sino que tampoco habría dejado ni por un instante de balancearse al final de aquella cuerda, soltando largos y roncós gemidos con los ojos desorbitados y arrasados en lágrimas. Al fin se derrumbó sobre la cama, vacía, exhausta, y se durmió al instante.

—¿No habría que irse? —le preguntó Robert.

¿Cuánto rato había pasado? ¿Qué hora era? Léonce se incorporó sobre un codo. ¡Qué barbaridad, Dios mío! Sólo había dormitado unos minutos. «Pásame la falda, ¿quieres?», decía entre risas. «Cómo eres, Robert.» Recogieron el botín y bajaron.

—¡Robert!

Léonce señalaba la puerta vidriera.

—¡Vaya, sí, mierda! —Se le había olvidado—. ¿Cómo ha dicho?

Madeleine se lo había explicado todo. De un codazo, Robert hizo añicos uno de los cristales. Luego salieron por la puerta de servicio a la parte posterior de la casa y el fondo del jardín, que daba a una calleja. A Léonce aún le temblaban las piernas.

No se cruzaron con Joubert, que entró en tromba al final de la tarde, casi las siete. «¡Ay, señor, señor!» La cocinera estaba aterrorizada. Acababa de llegar. «¡Señor, señor!» El susto le impedía hablar. «Señor...» No había manera de que se explicara.

—¿Dónde está la señora? —le preguntó Gustave.

La cocinera no la había visto desde la mañana («Es espantoso, espantoso...»). Gustave pasó ante la puerta vidriera entreabierta y vio el cristal

roto, pero no comprendió la gravedad de la catástrofe («Al principio no me he dado cuenta...») hasta que llegó al despacho: la caja fuerte abierta de par en par («Reconozco que me he asustado»), los cajones en el suelo... Estaba tan conmocionado que no conseguía hilvanar sus ideas («Entonces he llamado a comisaría...»).

—¿Cómo? ¿Adónde dice que ha llamado? —le preguntó a la cocinera.

Sin duda, él mismo habría hecho aquella llamada, pero ahora lo pilló por sorpresa. Necesitaba uno o dos minutos para reflexionar, pero ya era demasiado tarde.

—¿Hay alguien en casa?

La voz provenía de abajo. Joubert apartó a la cocinera y se asomó por encima de la barandilla. Al pie de la gran escalera de volutas había un hombre de paisano y dos más de uniforme.

—Soy el comisario Fichet, nos han llamado por un robo...

Joubert tardó unos instantes en responder. El policía, un tipo bastante mayor, fuerte, cargado de espaldas, con un sobretodo beige, se había vuelto hacia la puerta vidriera y chupeteaba los restos de un puro frente al cristal roto.

—Sí, es aquí...

La cocinera miraba por encima de la barandilla y apretaba el puño contra la boca como si el policía fuera una serpiente de cascabel.

—Supongo que ha sido ahí arriba... —dijo el comisario.

Hizo un gesto a los dos agentes, que se fueron uno hacia el salón y otro hacia la cocina mientras él subía la escalera con paso lento.

Joubert se esforzaba por mostrarse como un hombre con sangre fría. Cada segundo lo acercaba a una situación nueva cuyos contornos empezaba a distinguir a duras penas.

Pese al desorden en el despacho, la enorme caja fuerte atraía toda la atención, como si estuviera destripada.

—¿Y no había nadie en casa? ¿En pleno día?

Se había vuelto hacia Joubert y la cocinera.

—Es el día de permiso del servicio —explicó la mujer.

—Pero usted está aquí...

—Bueno, en realidad no... —Ahora que tenía la oportunidad de explicarse porque al fin había alguien dispuesto a escucharla, la mujer cogió confianza—. Me he pasado el día haciendo recados: la señora me ha dado una lista más larga que un día sin pan...

—Muy bien, Thérèse —la atajó Joubert—, ahora déjenos. Voy a tratar esto con el caballero.

Thérèse, que consideraba a la policía una autoridad superior a su señor, habría preferido la autorización del comisario, pero éste miraba ensimismado la puerta de la caja fuerte a través de unas gafas redondas que sostenía como si se tratara de unos impertinentes.

—Váyase, Thérèse... —repitió Joubert, que empezaba a impacientarse.

—¿Había mucho dinero ahí dentro? —le preguntó el policía.

—Muy poco. Unos cuantos miles de francos, tendría que hacer las cuentas.

—¿Valores, quizá?

—Sí, bueno, no... Valores... Depende de lo que llamemos «valores»...

—Cosas que valen dinero.

—Tendría que revisarlo...

—Es necesario. Para la declaración y para la denuncia... La señora tendrá joyas...

—Hablaré con ella...

—¿La señora Joubert no está?

La elección del día de permiso del servicio, el alejamiento de la cocinera..., era como si llevara su firma: Léonce había arramblado con todo, o al menos con lo que quedaba.

—Estará en casa de alguna amiga, no tardará en volver.

El comisario avanzó por el pasillo intentando orientarse.

Ninguna habitación estaba tan revuelta como el despacho, salvo una, muy femenina («La de la señora, supongo...»), donde vieron los cajones abiertos y el joyero volcado sobre el tocador. El comisario volvió a bajar la escalera pesadamente y se acercó otra vez a la puerta vidriera. Se había guardado las gafas en un bolsillo y se rascaba la cabeza.

—Es curioso... Normalmente, los ladrones vienen del exterior. Y cuando rompen el cristal de una ventana, los trozos caen dentro. Aquí pasa lo contrario, es muy extraño.

Joubert se acercó y esbozó una leve mueca que expresaba su sorpresa ante aquella constatación.

El agente de la cocina volvió.

—La cocinera dice que se han llevado el dinero de los recados.

El comisario interrogó a Joubert con la mirada.

—Es lo que le damos al servicio para los gastos diarios. Nunca es demasiado, unas decenas de francos como mucho.

El comisario, pensativo, dio unos cuantos pasos y entró en el enorme comedor, donde los cajones de los aparadores también estaban abiertos.

—¿La cocina está revuelta?

—¡Qué va, jefe, al revés! Está perfecta.

—Curioso, ¿no? —El comisario miraba a Joubert—. Se diría que el ladrón sabía dónde estaban las cosas. No ha buscado las joyas, ni tampoco el dinero del servicio: ha ido directamente a cogerlos, sin vacilar...

Los elementos iban ordenándose más o menos de la misma manera en la mente de los dos hombres.

—Y además la caja fuerte tiene raspaduras... —le dijo el comisario a Joubert, señalando el techo con el dedo.

Joubert separó las manos, no veo lo que...

—Cuando se fuerza una caja fuerte, la herramienta puede resbalar. Hay una raya, dos... Si el ladrón es muy torpe, pueden ser cuatro o cinco, ¿comprende? Pero diez o veinte es muy raro. Según mi experiencia, alguien a quien la herramienta le resbala tantas veces es incapaz de abrir una caja como ésta. Se requiere destreza... Casi da la sensación de que hayan hecho esas raspaduras a propósito. Para simular un robo.

—¿Me acusa usted de...?

—¡En absoluto, caballero! Me limito a constatar, trato de entender, nada más. Pero acusarlo no, no me gustaría que pensara eso, caballero...

Pero era evidente que Joubert sí lo pensaba.

—Verá usted, cuando se elige una casa así, cuando se tiene la suerte, bastante grande, de que en pleno día todos estén ausentes, se viene con cajas, se aparca un camión no muy lejos para llevarse todo lo que haya de valor. —Se había acercado a un cajón—. No se lleva uno el monedero de la cocinera y deja toda la plata...

El comisario vio que su interlocutor ya no seguía la conversación; daba la sensación de que las ideas se atropellaran en su cabeza.

—Bueno, haremos un informe. Y usted confeccione una lista de todo lo robado y pásese por comisaría para dejárnosla, cuanto antes mejor.

Cuando la policía se fue, Gustave seguía sumido en sus cavilaciones. Al fin volvió en sí y empezó a recorrer la casa abriendo las puertas de par en par. Era verdad: no faltaba nada más. Volvió a su despacho.

Léonce había querido robar dinero, pero no lo había encontrado. Gustave recorría el despacho a grandes zancadas aplastando a su paso los objetos esparcidos por el suelo. Pero ¿por qué se había llevado los documentos, los planos? ¡Era absurdo! ¡Todo eso no tenía ningún valor para ella: nunca podría obtener dinero por ellos! A no ser que ya estuviera en contacto con alguien de la competencia... Pero eso aún era peor porque no le darían ni la trigésima parte de lo que valían. ¿La habría obligado a hacerlo su amante? Joubert negó con la cabeza. ¿Por qué seguir dándole vueltas a aquello? Tenía que concentrarse en lo esencial.

La situación era muy tensa.

Su mujer había huido. Él había sacrificado su empresa. Desaparecidos los planos y las patentes, había perdido su botín de guerra.

Ya sólo le quedaba la mansión Péricourt, no era mucho.

¿Cómo había podido torcerse todo hasta ese punto? Y tan deprisa.

Y aquella escenificación lo inquietaba: no conseguía encontrarle sentido, comprender en qué nueva situación se encontraba.

Madeleine apartó todo lo que no tenía interés. Lo esencial estaba en dos gruesos dosieres. En el primero, Joubert había escrito con letra rabiosa (ese día debía de estar de mal humor): «Hipótesis descartada.» Debían de ser los estudios abandonados en mayo. En el segundo: «Investigación en marcha.»

Madeleine los dejó discretamente en la banqueta de al lado reprimiendo un gesto de satisfacción. Era perfecto, pero se guardó de mostrar cualquier reacción ante Léonce. En cuanto a Robert, estaba mirando las musarañas. Viéndolos juntos, uno no podía evitar preguntarse cómo era posible que aquellos dos se hubieran conocido y encima casado. A la gente no había quien la entendiera.

Madeleine se limitó a sonreír.

—Tendrá que ponerse a cubierto, Léonce, cambiar de domicilio.

—¿Por qué?

Su voz tenía un dejo de pánico. Madeleine la había obligado a robar a su propio marido y ahora quería convertirla en una fugitiva...

—¡Vivimos en la rue Joubert! —exclamó Robert.

Esa coincidencia siempre le hacía mucha gracia.

—Calla, cariño —le dijo Léonce, posando su delicada mano sobre su antebrazo. Estaba bastante irritada. Miró a Madeleine a los ojos—. Para empezar, si tenemos que cambiar de sitio, ¿con qué dinero lo hacemos?

—¡Ah, sí! Eso es un verdadero problema... Por cierto, Léonce, dígame, aparte de los planos, en la caja fuerte de su segundo marido, ¿no había... alguna otra cosa?

—¡Absolutamente nada!

Casi lo había gritado, visiblemente decepcionada.

—Y ese nada... ¿a cuánto asciende? —insistió Madeleine.

Robert echaba el aliento a su copa y dibujaba formas en ella con la punta de la nariz.

—¿A cuánto asciende qué? —preguntó.

—¡Cariño! ¡Es una conversación entre mujeres!

Robert levantó las manos. ¡Ah, vale, cosas de mujeres! Eso era sagrado... Se volvió hacia el camarero para pedirle otra cerveza. Lástima que no hubiera billar porque habría ido a probar suerte.

Madeleine observaba a Léonce sonriendo.

—¿Y bien?

Léonce se miraba las manos. Dos, respondió mostrando dos dedos.

—¿Está segura?

—¡Sí, sí, totalmente segura!

—¿Segura de qué?

Era Robert, que volvía a la carga. Léonce se volvió hacia él.

—Por favor, cariño, ¿quieres dejarnos solas un momento?

Tenían que hablar de cosas de mujeres, así que Robert quiso demostrarles que era todo un caballero y se levantó.

—Si no tienen inconveniente... Si no les importa, iré a echar un poco de humo, señoras.

—Adelante —respondió Madeleine. Y en cuanto se fue Robert añadió—: Léonce, antes de nada, por favor (le había cogido las manos y las tenía entre las suyas), dígame..., ¿cómo se las apaña para convivir con semejante energúmeno?

Con el tema del sexo, Léonce lo tenía fácil para vengarse. No se resistió a hacerlo, aunque el recuerdo de las malas acciones que había cometido contra Madeleine le impidió mostrarse totalmente desagradable. Se limitó a soltar uno a uno los dedos de Madeleine, como si los estuviera contando.

—Mi querida Madeleine, en el plano, digamos... íntimo, le aseguro que, si hubiera encontrado un energúmeno así, no me haría esa pregunta.

Era una crueldad, y las dos lo sabían. Retiraron las manos.

—Quiero mi pasaporte —insistió Léonce.

—Se lo devolveré dentro de unos días, pero ya no tendrá ningún valor; y lo que es peor: usarlo la llevaría directamente a la cárcel.

Léonce palideció. ¿Era el final? Sin pasaporte no había posibilidad de huida ni, en consecuencia, esperanza. Como si estuviera ahogándose y a punto de morir, vislumbró, a una velocidad pasmosa, el camino que, desde la infancia, la había llevado allí, a aquel café: las dificultades, su padre, Casablanca, la pena, el hambre, el sexo, los hombres, la huida, Robert y París, Madeleine Péricourt, Joubert...

—¿Cuándo me dejará marchar?

—Pronto, dentro de unos días será libre.

—¿Libre? ¿Con qué dinero?

—Sí, lo sé, la vida es dura. Dé gracias de que no la mande a la cárcel...

—¿Quién me dice que no lo hará cuando ya no me necesite?

Madeleine se quedó mirándola unos instantes.

—Nadie. De hecho, nunca se lo prometí. Y para evitar que me venga la tentación de hacerlo, le aconsejo que coopere...

Madeleine entró en la habitación de Paul.

—Oye, cielo... —Hacía una noche muy agradable. Todas las ventanas estaban abiertas y el aire entraba en tenues ráfagas tibias que parecían acercarse a hablarle a uno al oído—. Lo he pensado mejor. ¿Te gustaría ir a Berlín a oír cantar a Solange?

—¡Ma... mamá! —gritó Paul, y rodeó a su madre con los brazos.

Madeleine se echó a reír.

—¡Que me vas a ahogar! Dios mío, déjame respirar...

Paul se puso serio enseguida y cogió su pizarra.

«Pero... ¿y el dinero? ¡No lo tenemos!»

—Es verdad que no nos sobra, pero desde que estamos aquí te he obligado a hacer muchos sacrificios. Ya no te compras música, a pesar de las invitaciones no has hecho ningún viaje ... así que... —lo miró con expresión traviesa—, entonces, ¿qué? ¿Berlín sí o no?

Paul gritó de alegría. Vladi entró corriendo:

—*Wszystko w porzadku?*

—¡Sí, to... todo va bi... bien! —exclamó Paul—. ¡Nos va... vamos a Ber...

lín!

Pero asaltado por una duda, cogió la pizarra y, a toda prisa, escribió: «¡Es pasado mañana, mamá! ¡No nos dará tiempo!»

Madeleine metió la mano en la manga del vestido, de la que sacó tres billetes de tren. De primera. Paul frunció el ceño. Que su madre decidiera hacer el viaje en el último minuto puede que tuviera explicación, que hubiese comprado los billetes más caros resultaba sorprendente, pero que el de ella estuviera expedido a nombre de Léonce Joubert era muy intrigante. Paul se rascó la barbilla.

—Oficialmente no viajaré contigo: irás con Vladi.

—*W porzadku!*

—¿Qué ha dicho? —preguntó Madeleine.

—Que es... está de acu... cuerdo.

—Pero tengo que explicártelo porque... necesitare tu ayuda.

35

Había muchísima gente en la estación del Este, Paul estaba muy emocionado.

Cuando Vladi lo cogió en brazos para subirlo al compartimento, se acordó del viaje a Milán. ¡Dios, qué lejos quedaba ya! Solange había ido a buscarlo a la estación. Paul volvía a ver la nube de periodistas y reporteros, aquel remolino de velos surgiendo de entre el humo de la locomotora... Ahora temía reencontrarse con ella.

Pese al descenso social, la falta de dinero, el piso modesto, los vecinos gruñones y las pesadillas (menos frecuentes pero aún terribles), Paul no podía negarlo: era feliz. Su madre lo protegía, Vladi lo protegía... tenía dos mujeres para él solo; ¿quién podía decir lo mismo?

En cambio, Solange llevaba mucho tiempo sola y Paul se sentía mal por haber dudado de ella, por haberse enfadado, por haber pensado que... ¡Dios mío, iban a Berlín! Volvía a ver los titulares de los periódicos: aquello era deliciosamente inquietante, como en una novela de aventuras. Se volvió, buscó a su madre con la mirada y encontró a Vladi, sonriente, la misma de siempre, y la emoción hizo que se le encogiera el corazón al comprender cuánto la quería.

Solange, advertida de su llegada, había contestado enseguida. Su respuesta había llegado horas antes de que se fueran. Un telegrama: «Entonces, ¿vienes?» No había faltas de ortografía porque el texto lo habían escrito telegrafistas que debían de tener el título de primaria. «¡Qué contenta estoy! Aunque sin tu querida madre, qué lástima... He exigido que estéis conmigo en el mismo hotel; tu enfermera y tú estaréis muy bien, el personal es de lo mejorcito.» Solange escribía telegramas a cuatro francos la palabra como si fueran cartas, sin escatimar. Era impresionante. «En Berlín pasan muchas cosas que estoy impaciente por contarte, pero que verás por ti mismo. Esto es un mundo, otro mundo, quiero decir. ¡Ay, mi pequeño Pinocho! Puede que vengas para ver morir a tu vieja Solange, porque está muy cansada. Ahora canta como una gallina

clueca, te vas a llevar una decepción. Pero te espero, muy contenta de volverte a ver. ¡Tengo tantas cosas que contarte! ¡No tardes!»

Era un convoy de coches cama. Quince horas largas de viaje.

Vladi volvió a extasiarse ante las cortinas de terciopelo, el tapizado de los compartimentos, las lámparas con tulipa... y el joven revisor. Éste no era de origen polaco, pero tampoco estaba nada mal. Paul tuvo que hacer de intérprete, ¡como si hablara polaco!

—Vladi, te pre... presento a Fran... çois... ¿qu... qué?

—Kessler.

Vladi soltó una risita.

—*Ich bin Polnisch* —dijo ella.

—*Ich bin Elsässer!* —exclamó François.

—*Na dann, ich denke wir können uns etwas näher austauschen...*

Madeleine no se dejó ver hasta la hora de la comida. Encontró a Paul en una mesa del coche restaurante, se sentó a otra cercana y empezaron a hacerse señas con disimulo. Era muy divertido.

Paul la miró y, sonriendo, le dijo al camarero:

—Un o... oporto, por fa... favor.

«¡Sinvergüenza!», leyó en los labios de su regocijada madre.

El vino se le subió a la cabeza enseguida y le quitó el apetito, así que Vladi, que no le hacía ascos a nada, se metió entre pecho y espalda una ración doble de sopa, otra de pularda con cebollitas, otra de queso y otra de tortilla noruega. El joven revisor no paraba de pasar de un lado a otro. Paul daba cabezadas. Vladi lo llevó en brazos al compartimento, pero como era mejor no dormirse hasta pasar la frontera, empezó a charlar para mantenerlo despierto. Él la escuchaba distraído, no veía el momento de acostarse.

Forbach, al fin.

Bajaron la silla de ruedas al andén, donde había bastante agitación: los viajeros, la policía, los empleados de la estación... El aduanero no solía ver a niños como aquél, que parecía muy alto, pero con las piernas muy cortas; debía de ser cosa de la enfermedad, o de la silla de ruedas. El señor Paul Péricourt y la señorita Wlladyslawa Ambroziewicz. Selló los pasaportes. Volvieron al tren, los aduaneros inspeccionaron el equipaje, les hicieron abrir las maletas... Nadie le pidió a Paul que se levantara para ver sobre qué estaba sentado: habrían encontrado dos gruesos dosieres con tapas de cartón.

Madeleine también pasó la aduana. Señora Léonce Joubert. El aduanero hizo una mueca: la foto del pasaporte estaba lejos de la realidad, pero a una dama no se le dice una cosa así, se la guarda uno para sí mismo, sobre todo cuando viaja en primera y muestra semejante seguridad. «Muchas gracias, señora, que tenga un buen viaje.»

El tren volvió a arrancar. Esta vez Paul no tuvo la ocasión de oír las risas ahogadas de Vladi, sus lánguidas quejas ni sus jadeos, porque no los hubo. El joven revisor se quedó un buen rato en el pasillo con ella, hablándole y escuchándola. Luego, Vladi decretó:

—*No, a teraz juz pora isc spac. Dobranoc, François...*

—*Gute Nacht dir auch...*

Aquel viaje era realmente excepcional.

Solange apenas se desplazaba ya. Ir a la estación le habría resultado muy complicado, así que mandó una limusina a recoger a Paul y Vladi.

El chófer, que llevaba un brazalete con la cruz gamada, dudó sobre la cuestión de la silla de ruedas y se limitó a mirar con acritud a aquel niño un poco regordete que no caminaba sobre sus dos piernas como todo el mundo, así que Vladi se apresuró a cargar a Paul y colocarlo en el asiento trasero. Luego cogió la silla con decisión, la plegó y la metió en el maletero sin decir una palabra.

Por la ventanilla, Paul vio a su madre, en el papel de señora Joubert, poniéndose en la cola de los taxis, y se le encogió el corazón.

La prensa francesa sólo hablaba de Berlín y de Alemania cuando informaba de los episodios más brutales de la represión nacionalsocialista. Paul, que esperaba encontrar una ciudad convulsa patrullada por las milicias del régimen, la encontró en realidad bastante provinciana. En las calles había mucha gente, pero no tantos soldados como había imaginado; si no hubiera leído las noticias sobre los acontecimientos recientes, habría podido creer que se encontraba en cualquier ciudad del norte de Europa. En los edificios oficiales, la universidad o la central de correos, ondeaban banderas con la cruz gamada, pero, de no haber visto algunas tiendas vacías con los escaparates rotos y grandes letreros con la pintura corrida, no se habría creído que estaba en Berlín.

En el vestíbulo del Grand Hotel Esplanade, Solange destacaba como un monumento.

Cuando apareció Paul, soltó un grito que hizo volverse al personal y la clientela, y a continuación lo estrechó entre sus enormes y flácidos brazos y lo

besó como si quisiera comérselo. Paul reía, dividido entre la alegría de volver a verla y la tristeza de encontrarla tan cambiada. De cerca, su grueso rostro, maquillado y empolvado, parecía una grotesca y patética máscara de carnaval. Paul se asustó. ¿Aún podría cantar? Se acordó de su telegrama: «Ahora tu vieja Solange canta como una gallina clueca.»

—¿Estás bien, terroncito mío? —le preguntó la diva—. ¿Has dejado de preocuparte al menos?

Paul se tranquilizó. Solange percibía las cosas mejor que nadie: ése había sido siempre el secreto de su arte.

Se dirigieron al ascensor. Solange caminaba lenta y pesadamente, ayudándose con un bastón cuya empuñadura desaparecía en su enorme mano. No paraba de hablar con una voz fuerte y arrulladora, marcando las erres aún más que antes: era un día de acento español, como los había de acento italiano o argentino, con ella nunca se sabía.

—¿No prefieres visitar la ciudad? ¡Ah, la puerta de Brandeburgo! ¡Es algo digno de verse, Pinocho! ¡Yo ya no voy porque he estado cien veces!

Pero apenas hecha la propuesta, ya la había olvidado.

Cuando llegaron a la suite de Paul y Vladi, se dejó caer en el enorme diván mientras la joven polaca abría las maletas y los baúles, colgaba la ropa e invadía el cuarto de baño silboteando melodías que nadie habría podido reconocer.

—No ha cambiado... —dijo Solange.

—Na... nada.

Solange inició la enumeración de sus «desgracias». Se quejaba de todo: el lamento y la queja eran su registro, pero Paul tuvo que reconocer que esta vez tenía buenos motivos.

El recital del día siguiente requeriría negociaciones hasta el último minuto porque asistiría el canciller y la mitad de la sala estaría ocupada por la flor y nata del nacionalsocialismo, sin contar a los fotógrafos, es decir, la maquinaria de la propaganda. La preocupación flotaba en el ambiente: la acribillaban a peticiones y preguntas. Todo tenía que salir absolutamente como estaba previsto... Tal vez, ahora que estaba en Berlín, Solange empezaba a darse cuenta de que eso que tanto la había divertido durante meses había adquirido una dimensión seria, política, porque la gente de allí no estaba de broma. ¿Tenía miedo? A Paul le dio esa sensación.

—Strauss me está amargando la vida, ¿sabes? Lo entiendo: está entre la espada y la pared, pero ya le he advertido que no cambiaré de opinión sobre las

piezas que pienso cantar.

De vez en cuando bajaba la voz, como si la suite estuviera infestada de micrófonos.

—Me preocupa más el decorado...

Cuando había visto el proyecto, Paul se había reído. Solange le tendió una fotografía: ya no era el mismo.

—¿Qu... qué es?

—Una tapadera, patito.

Costaba entenderlo, y Solange lo sabía.

—Verás... Es imposible guardar totalmente el secreto sobre los decorados: siempre hay algún vivales dispuesto a sacar una foto a cambio de un billete de cincuenta dólares.

Lo que Paul sostenía en la mano parecía un campo de trigo bajo el cielo: una serie de franjas de distintos colores que no necesariamente eran feas, pero que no tenían nada que ver con el decorado cuyo proyecto le había enviado Solange.

—En el mayor secreto, conejito rosa. Como me propongo cantar cosas que no les apetece oír, la situación es aún más difícil que de costumbre. Si lo hubiera hecho venir tal como es, habría bastado la más previsible de las indiscreciones para que lo destruyeran y sustituyeran por ramos de flores con los colores del nacionalsocialismo.

La estratagema era bastante ingeniosa: el artista había pegado sobre la tela otra que representaba un trigal; bastaba con desprenderla minutos antes de la apertura del telón para dejar al descubierto el verdadero fondo.

—Pero ahí es donde tengo el problema, almendrita garrapiñada. Si no me sostengo en pie, ¿tú me ves subiendo a despegar la tela a casi tres metros del suelo?

Eran cuatro grandes telones: se necesitaban fuerza, músculos y, como también hacía falta una escalera de mano, no tener vértigo.

—Resumiendo, mi corazoncillo bizantino... —A veces uno se preguntaba de dónde se sacaba esos apelativos—. Mucho me temo que voy a tener que cantar delante de esas franjas amarillas... ¡Va a ser de un triste...! Y con lo que se ha esforzado ese chico español para hacer el decorado... ¿Qué le voy a decir?

El proyecto original había hecho reír a Paul, pero eso era en París. Allí, en Berlín... bastaba con recordar la cara de vinagre del chófer que lo había recogido en la estación... pero de pronto se le ocurrió una idea.

—Pa... para su.. su... subir a la esca... escalera... ¿Qué le pare... parecería

Vla... Vladi?

Solange volvió la cabeza. La polaca se había subido a una silla. En vez de llamar al personal del hotel, estaba volviendo a colocar ella misma un anillo de la cortina de la enorme ventana, que se había salido.

El Reichsluftfahrtministerium ocupaba tres plantas de un enorme edificio situado no muy lejos de la Wilhelm Strasse. El frontón estaba cubierto por una bandera nacionalsocialista y dos centinelas, tiesos como estacas, contemplaban el mundo con la mirada fija de dos pollos de corral. Madeleine tuvo que armarse de valor para entrar con un paso que esperaba fuera tranquilo y decidido.

Los problemas empezaron en la misma recepción: el funcionario no hablaba francés, tenía que ir a buscar un intérprete.

—*Ihr Pass bitte!*

Le indicó los bancos de la sala de espera. Madeleine se sentó y se colocó sobre las rodillas el dossier que había llevado hasta allí oculto bajo el abrigo. El reloj de pared señalaba las diez.

El Ministerio del Aire, de reciente creación, era el feudo de Hermann Göring, héroe de la aviación tras sus hazañas durante la Gran Guerra y hombre muy próximo al canciller Hitler. Madeleine había leído en la prensa que ese ministerio se encargaba de supervisar, decidir y controlar el diseño y la fabricación de los aviones civiles y militares, y no se le había ocurrido mejor sitio en el que presentarse.

—Motivo, ¿es cuál?

Aquel chico, de unos veinte años, hablaba un francés, digamos, aproximativo.

—Quisiera ver al mariscal Erhard Milch.

Para que la entendiera, Madeleine articulaba exageradamente. El soldado, que tenía su pasaporte en la mano y miraba alternativamente el nombre y la foto, la escuchaba con atención, pero no sabía qué decirle a aquella francesa que no hablaba alemán y que pretendía ver al secretario de Estado sin estar citada con él.

—Motivo, ¿es cuál? —repitió.

—Quisiera ver al mariscal Erhard Milch.

El diálogo no avanzaba. El soldado la dejó sola y empezó a parlamentar con su compañero de la recepción.

—Siéntase —le dijo al fin a Madeleine, y empezó a subir la gran escalinata.

Madeleine reemprendió la espera.

El reloj marcaba casi las doce cuando un oficial de unos cincuenta años, con uniforme nazi, se presentó ante ella. Sostenía su pasaporte.

—Perdone la espera, señora Joubert, pero sin cita... —Dio un leve taconazo—. Mayor Günter Dietrich, ¿en qué puedo servirla?

Madeleine no sabía cómo iniciar allí, en el vestíbulo, una conversación... personal.

—Es algo personal, mayor Dietrich...

—¿Y bien? —El mayor era plenamente consciente de la incomodidad de la situación, y como Madeleine se limitaba a mirarlo, añadió—: Personal... ¿Quiere decir «muy personal»? ¿Tiene algo que ver con su marido, señora Joubert?

Ya estaba. Acababa de perder su baza. Sabían quién era Léonce y quién Gustave, tal vez sabían más que ella sobre el asunto del que quería hablarles. Paradójicamente, esa situación de debilidad la tranquilizó, porque ya no había vuelta atrás y cuanto más abiertamente se lanzara, más posibilidades tendría de lograr su objetivo.

—Él me envía.

Dietrich se volvió, dio una orden al joven soldado, que se había quedado detrás de él, y se dirigió de nuevo a Madeleine.

—Si tiene la bondad de seguirme... —le dijo indicándole la escalera.

Subieron uno al lado del otro.

—¿Qué tal tiempo hacía ayer en París, señora Joubert?

Sabían cuándo había llegado y a buen seguro también dónde se alojaba... ¿Había algo relacionado con ella que aún ignoraran?

—Muy agradable, mayor.

Un largo pasillo y luego otro. La planta era un guirigay de voces, tecleos de máquinas de escribir y pasos presurosos por el enlosado de piedra. En un rincón del enorme despacho había un saloncito, Dietrich le indicó el sofá.

—No cometeré la torpeza de ofrecerle a una francesa un té o un café del ministerio... ¿Un vaso de agua quizá?

Madeleine rechazó el ofrecimiento con un gesto. Dietrich se sentó en una silla frente a ella. Le sacaba dos cabezas. Adoptó una expresión pesarosa.

—Entonces, señora Joubert, ¿es la quiebra?

—Podríamos decirlo así, mayor... Mi marido ha aguantado todo el tiempo que ha podido, pero...

—Qué pena... ¡Era un gran proyecto!

Madeleine cruzó ostensiblemente las manos sobre el dossier que tenía encima de las rodillas.

—Sí, y estaba muy avanzado...

—Pero las últimas pruebas no fueron muy concluyentes...

El tono era falsamente jovial.

—Mi marido suele decir que las pruebas sirven para... probar. Los fracasos permitieron avanzar de forma espectacular en el diseño del modelo del turborreactor. Los inversores deberían haber tenido un poco más de paciencia y, para ser franca, también más valentía.

—Y su marido se resiste a ver el fruto de su trabajo arrojado a la papelera... y desea continuar su investigación...

—En interés de la comunidad científica.

Dietrich asintió con la cabeza: entendía la nobleza de los motivos. Señaló el dossier que sostenía Madeleine.

—¿Es...?

—Sí.

—Bien, bien, bien..., y su marido no tiene ningún otro interés en esta operación...

—¡En absoluto, mayor Dietrich! —respondió Madeleine en tono ofendido—. En Francia, el trabajo intelectual no es una vulgar mercancía: entre nosotros, la creación no está en venta.

—Siendo así, ¿en qué condiciones desea su marido favorecer a la comunidad científica con los resultados de sus investigaciones?

—¡Pues de forma gratuita, mayor, totalmente gratuita! Si exceptuamos unos cuantos gastos secundarios, por supuesto.

—Estamos hablando de...

—Mi marido los evaluó en seiscientos mil francos suizos. «No me parece bien, Gustave», le dije yo. «No se puede negar que has tenido muchos gastos, pero acabarán creyendo que eres un interesado.» Y lo convencí, mayor. Volvió a hacer las cuentas y me dio la razón: quinientos mil francos suizos solamente.

—Son unos gastos elevados...

—Sí, mayor, es terrible lo que cuesta investigar hoy en día.

—Quiero decir que son demasiado elevados, señora.

Madeleine asintió: «Lo entiendo.» Se levantó.

—La verdad, mayor, decidí venir a Berlín en lugar de atravesar el Atlántico, como me pidió mi marido, porque a mí los barcos... Pero gracias por recibirme, ha sido muy amable de su parte.

Dio tres pasos hacia la puerta.

—Todo depende... del interés de los documentos.

Madeleine se volvió hacia Dietrich.

—Dígame, mayor..., ustedes, quiero decir la gloriosa aviación del Reich, ¿en qué punto se encuentran en el tema del turborreactor?

—Bueno... la verdad es que hemos hecho algunos tanteos...

Madeleine le dio unas palmaditas al dossier.

—Con esto se puede pasar de los tanteos a la investigación puntera. Después de todo, el Gran Reich no puede ofrecer al mundo el espectáculo de una aviación que va a tientas, mayor...

—Por supuesto... pero compréndalo: es una decisión delicada; e importante, en vista de los gastos...

Madeleine le tendió el dossier.

—Son extractos. Dibujos, planos, resultados de algunas pruebas... Y cuatro páginas del último informe con las recomendaciones. Francamente, si pudiera usted ahorrarme el viaje a Nueva York...

Madeleine se abanicó con la mano como si ya hubiera empezado a marearse.

—Hay que estudiar todo esto...

—¿Nos damos hasta el lunes? —Madeleine se quedó callada y, unos segundos después, Dietrich le respondió con una sonrisa—. ¿A la misma hora, entonces? ¡Ah, una cosa más! No merece la pena ir a buscar los documentos a mi hotel, ni intentar presionarme... Están en un lugar seguro y...

El resto, lo esencial, estaba, efectivamente, en el Grand Hotel Esplanade, en la habitación de Paul y Vladi.

—¡Ésos no son los métodos del Tercer Reich, señora Joubert! Somos muy civilizados.

—En tal caso, el lunes me arriesgaré a aceptar el té del ministerio...

36

El mensaje era de Madeleine Péricourt. André lo apuntó en el primer trozo de papel que encontró a mano y luego se quedó mirándolo un buen rato:

Querido André stop Sabido por una amiga stop Léonce Joubert en Alemania stop Curioso ¿no? Saludos stop Madeleine.

Al principio pensó que era un bulo. Viniendo de Madeleine le costaba creerlo, pero resultaba tan sorprendente... Y si era verdad, ¿cómo lo sabía ella? ¿Quién era esa amiga? Madeleine ya no tenía...

Se quedó parado: comprendió que lo que estaba en juego era enorme.

Pensó en su periódico, *El Lictor*, cuyo lanzamiento estaba previsto para al cabo de un mes... No podía esperar. Era información perecedera, había que atrapar la ocasión al vuelo.

Buscó rápidamente entre sus papeles y pidió el número de Léonce Joubert. Después de todo, el mensaje hablaba de ella. O estaba, y entonces la información era falsa, o no estaba, y por consiguiente... Mientras esperaba la comunicación, se imaginó las consecuencias. ¿Era el único que lo sabía? Seguro que sí. Se alegró de haber mantenido el contacto con Madeleine, aunque fuera de forma esporádica. La telefonista llamó, pero no contestaban.

André bajó la escalera de tres en tres, cogió un taxi y se presentó en casa de Madeleine.

—Se fueron anteayer —le dijo la portera. Sentía mucho no poder ayudar a aquel chico tan bien plantado. Era viuda...—. Han ido a tomar las aguas —añadió—. En Normandía, pero no sabría decirle... —Notó que André se sorprendía—. Es por el niño: se ve que eso puede sentarle bien, según el médico...

—¿Y cuándo vuelven?

—Pues... la señora dijo algo de quince días...

André se quedó un momento en la acera, indeciso. Aquello era un gran contratiempo, pero no veía qué otra cosa podía hacer: veinte minutos después, estaba en el periódico.

Jules Guilloteaux manoseó el papel con sus gruesos dedos.

—¿Estará en Berlín... por orden de su marido?

—Lo de menos es que haya sólo un culpable o que sean dos; si es cierto, es una traición... Para Francia significaría...

—Para Francia puede que sea muy malo —respondió Guilloteaux—, ¡pero para el periódico es fantástico!

—Habría que llamar...

—¡Bah! No hay que llamar a nadie, mi querido André. ¿O es que quiere que se nos adelanten?

En el taxi, cada uno iba a lo suyo. Mientras escribía la crónica, André se moría de ganas de gritarle a Guilloteaux que en poco tiempo se quedaría sin exclusivas como aquélla; Guilloteaux, por su parte, hacía cuentas, como de costumbre.

—¿Están seguros? —les preguntó Vitrelle.

Era un individuo muy delgado. Pertenecía a una familia de altos funcionarios formados en la Politécnica desde tiempo inmemorial y tenía acceso directo al ministro del Interior.

—Si lo estuviéramos, mi querido Vitrelle —dijo Guilloteaux—, no nos tendría en su despacho. ¡La noticia ya habría aparecido en la portada del *Soir*!

—¡No se embale, Guilloteaux! Voy a llamar a un colega...

A partir de aquel momento, la información fue bajando como un pequeño pero prometedor torrente primaveral desde las alturas del ministerio hasta los sótanos del contraespionaje.

—No publique nada, Guilloteaux. A cambio, será el primer informado.

—Eso no me parece suficiente...

Vitrelle respondió con una pregunta silenciosa de las que había aprendido a hacer en la administración.

—No quiero ser el primero, quiero ser el único. ¡Si no, lo publico mañana mismo!

—Muy bien. Será el primero y el único, ¿le parece suficiente?

Rió fuerte, demasiado fuerte.

Cuando llegó a casa, André retomó el artículo, pero estaba distraído.

Puede que tuviera entre manos un escándalo magnífico. Más aún, la posibilidad de vengarse: Joubert lo había despreciado y ahora estaba impaciente por ponerlo en la picota.

Habían decidido que Paul asistiera al recital entre bastidores. Aparte de que un niño inválido en una silla de ruedas no se correspondía exactamente con el ideal de la humanidad que tenían las autoridades del Reich, y de que no hacía falta una distracción añadida a una velada que se anunciaba bastante complicada, Paul quería estar con su amiga y con Vladi, que había aceptado con entusiasmo una misión cuyo verdadero alcance ignoraba.

Unos veinte minutos antes del comienzo del espectáculo, Solange salía al escenario, se subía trabajosamente a su silla elevada y ya no se movía de allí. Las encargadas del vestuario y las maquilladoras se afanaban a su alrededor, pero ella permanecía en su sitio, como una estatua de mármol, frente al telón cerrado, en un estado de trance del que no saldría hasta que, como si Dios mismo hubiera chasqueado los dedos para devolverla a la Tierra, el recital acabara. Richard Strauss, que quiso acercarse a saludarla, no obtuvo autorización para hacerlo.

A la hora prevista, la sala estaba llena, a excepción de los palcos de los dignatarios, que se hacían esperar. Paul, cuya silla había sido colocada entre las bambalinas laterales, miraba a Vladi, que se disponía a entrar en el escenario como si fuera la estrella de la noche.

Murmullos en la sala. Paul se aventuró a echar un vistazo. El canciller acababa de hacer su aparición, seguido por su corte de hombres uniformados y una serie de mujeres elegantemente vestidas. Paul alzó una mano. Vladi avanzó con decisión llevando en vilo una escalera de mano cuatro veces más alta que ella, y la colocó delante de los grandes bastidores de tela pintada que formaban el decorado.

Gritos ahogados, aclaramientos de garganta...

Al comprender que algo estaba a punto de escapar a su control, los tres regidores se precipitaron al escenario, pero Vladi ya había abierto la escalera y subido los siete u ocho primeros peldaños... Los tres hombres alzaron la cabeza hacia ella y se detuvieron en seco. Vladi acababa de coger con la punta de los dedos la esquina de una tela que se desprendió, cayó y terminó enrollándose en el escenario como una gigantesca peladura de fruta, dejando al descubierto el

auténtico decorado; los regidores, sin embargo, siguieron mirando hipnotizados a la chica, incapaces de moverse. ¿Qué había, o qué no había, debajo de su falda, para haber petrificado de tal modo a aquellos tres hombres? Ésa era la pregunta que se hacía Paul en el momento en que ella se volvió hacia él y le dedicó un guiño travieso que lo hizo troncharse de risa.

En cuestión de segundos Vladi había despegado la mitad del decorado. Bajó los peldaños lentamente, uno a uno, movió la escalera y volvió a subirse para despegar el resto. Curiosamente, ninguno de los tres regidores hizo el menor movimiento para impedirselo. Retomaron su posición de ayudantes al pie de la escalera, con la cabeza echada atrás y los ojos fijos, como clavados en la puerta del paraíso.

La segunda mitad del decorado cayó al suelo, Vladi volvió a bajar y recogió los trozos de tela desechada.

En ese momento sonó el timbre que anunciaba el comienzo del recital, sonido que sobresaltó a los tres regidores como una descarga eléctrica. Uno de ellos se apoderó de la escalera y desaparecieron entre bastidores. A ninguno de los tres se le había ocurrido mirar la pintura que acababa de quedar al descubierto y que se iluminó de pronto, cuando el telón se abrió entre el estruendo de los aplausos.

La sala estaba sumida en la oscuridad y el escenario totalmente iluminado. En el centro, envuelta en una nube de tules, telas y cintas, destacaba Solange Gallinato, inmensa y magnífica.

Antes de que el público pudiera reaccionar, sonó la primera nota, cantada a capela, una nota legendaria que todos querían oír. Anunciaba tres sencillas palabras que habían dado la vuelta al mundo:

Mi querido amor...

El público que llenaba enorme sala de la Ópera de Berlín estaba subyugado por la magia de la diva, cuya voz, poderosa, bella y desgarrada, hablaba al corazón de cada cual, pero también perplejos ante la dificultad de interpretar el decorado, que no tenía nada que ver con la imagen agrícola y triunfal, sin gracia ni originalidad, de un amarillo normal y corriente, que se había anunciado y (supuestamente) verificado.

Aquí estamos de nuevo,

*en las ruinas del palacio
donde nos vimos por primera vez...*

Efectivamente, la pintura representaba una ruina: un inmenso violonchelo desvencijado, polvoriento, sin lustre, que parecía rescatado de un granero y al que le faltaban dos cuerdas. Bien mirado, también podía ser una guitarra, porque tenía boca, aunque totalmente ocupada por una ostra abierta.

*¿Acaso las ruinas que nos rodean
son todo lo que queda
de nosotros?*

El joven pintor, un español de veintinueve años, había simbolizado así a Solange. Pero había más, porque, frente a aquel violonchelo que la representaba, en el otro extremo de la tela, una inmensa pava miraba al público con la cola desplegada como si fuera un pavo real. Era una gallinácea de lo más corriente, muy pava, de hecho, con los ojos vidriosos y el pico abierto, pero poseía algo desconocido para el resto de los habitantes del corral (se veía a algunos, diminutos, como fondo del decorado): aquella enorme cola, abigarrada, deslumbrante, voluptuosa. Y esa pava también era Solange.

*Mira en qué caos
has sumido mi vida...*

El caos se incubó durante aquella aria inicial, que Solange seguramente nunca había cantado mejor, nunca había interpretado con tanta fe, y flotó sobre los primeros aplausos, que fueron vacilantes, aislados, inquietos. Todo el mundo tenía la mirada puesta en el palco del canciller.

De acuerdo con el programa, sonaron los primeros compases de *Mein Herz schwimmt im Blut*, pero la voz de Solange se impuso a la orquesta. El director, desconcertado, se volvió hacia ella y vio su mano derecha extendida hacia el foso, y la oyó decir en tono imperioso: «*Bitte! Bitte!*»

Los músicos abandonaron la partitura desordenadamente. Durante unos segundos, pareció que los instrumentos intentaban ponerse de acuerdo, pero pronto se hizo el silencio. La sala quedó muda. Solange cerró los ojos y empezó a cantar, de nuevo a capela, *Meine Freiheit, meine Seele* (*Mi libertad, mi alma*) de Lorenz Freudiger, una pieza que debía quedar sepultada en el programa, pero

que Solange había convertido en el verdadero inicio de su recital.

Solange cantaba «*Ich wurde mit dir geboren*» («Nací contigo») con los ojos cerrados.

Pasó un minuto. De pronto, el canciller se levantó y todo el mundo lo imitó. Solange seguía cantando. «*Ich will mit dir sterben*» («Moriré contigo»).

Entre bastidores, Paul lloraba de emoción. Los dignatarios abandonaron los palcos. Poco después, todo el mundo se puso en movimiento.

En ese momento, Solange cantaba «*Morgen werden wir zusammen sterben*» («Mañana moriremos juntos»).

La sala fue vaciándose, los músicos se levantaron entre el ruido de instrumentos, la voz de Solange quedó cubierta por los gritos y los abucheos...

Al final, sólo quedaba una treintena de personas dispersas por la sala. Nunca se supo quiénes eran. Estaban de pie y aplaudían. De pronto, el teatro se sumió en una oscuridad total y se oyó una gran risa, la de Solange Gallinato, una risa que aún era música.

En el tren de vuelta, Paul no quería dormirse por miedo a que todo aquello se le borrara como un sueño: quería conservarlo todo en la memoria.

Las luces de la sala de la Ópera de Berlín se habían apagado provocando las protestas unánimes de los pocos espectadores presentes y dándole a la risa de Solange un aire aún más terrible y desesperado. La oscuridad total había durado dos o tres minutos durante los cuales, desde bambalinas, Paul había podido oír a los espectadores tropezando por el patio de butacas en busca de la salida. Pero de pronto se había hecho la luz, una luz solitaria, un foco que había iluminado verticalmente el delirio de tul y cabellos de Solange Gallinato.

Paul asió las ruedas de su silla y tras él apareció Vladi: ella había sido la que había encontrado a un regidor, un interruptor.

No tardaron en quedarse solos los tres en el enorme escenario, al final de un recital que no había durado ni veinte minutos, pero que los había colmado como una vida entera.

Vladi se arrodilló ante Solange y Paul se acercó a ellas. Los tres se abrazaron y se quedaron así largo rato.

—¡Venga, Pinocho, vámonos! —exclamó Solange, pero en vez de intentar levantarse, le cogió la cara a Vladi con las dos manos—. Tienes un alma muy hermosa... —le dijo.

E, inclinándose hacia ella, cantó suavemente, casi en silencio, las primeras

frases de *Manon*: «*Ah, quel beau diamant...*» Después le dio un beso y dijo suspirando—. Y ahora viene lo mejor del espectáculo: Solange Gallinato va a ponerse en pie...

Y se puso en pie.

He ahí a nuestros tres personajes, en el escenario vacío de la Ópera de Berlín. A la derecha, Wlladyslawa Ambroziewicz, más conocida como Vladi. Le han pasado muchas cosas, pero ninguna ha podido con su fe en la existencia, con sus ganas de vivir y gozar. Se ha echado a la espalda las opiniones que pudieran tener de ella, ha disfrutado de los hombres, del sexo, de revolcones improvisados y orgasmos furiosos, tiene casi treinta años, una constitución fuerte, una boca ávida, un corazón de golondrina y esa noche algo ha terminado para ella, aunque aún no lo sepa.

A la izquierda, en su silla de ruedas, Paul Péricourt. En su vida también han ocurrido muchas cosas desde que lo vimos arrojarse desde la ventana de un segundo piso sobre el coche fúnebre de su abuelo. Lo hemos conocido sumido en el mutismo, catatónico, al borde de la muerte y luego, cierta noche de diciembre de 1929, gritando al recordar unos hechos que están entre los más horribles que pueda vivir un niño. Lo hemos visto envolviéndose con la música como si fuera un abrigo, enamorado de una estrella cuya voz se le había clavado en el alma.

Y avanzando pesadamente entre ellos con un bastón en cada mano, Solange Gallinato, que abandona el escenario después del recital más memorable de toda su carrera.

Tres almas a punto de estallar.

Esa noche va a cambiar sus vidas.

De entre bastidores, sale una sombra: es el director de la orquesta, que no ha tocado cuatro compases en todo el recital; ¿qué hace allí todavía?

—Gracias —dice emocionado hasta las lágrimas.

—¿Gracias por qué? —le pregunta Solange.

Pero lo sabe.

Detrás de ella, en el fondo del escenario, tres hombres rezan para que al día siguiente no les pidan cuentas mientras arrancan trozo a trozo el decorado del pintor español y meten en sacos los jirones de su obra, que nadie volverá a ver jamás.

—¿Se puede iluminar esto un poco? —pregunta Solange.

Habitualmente, su camerino está lleno de gente: admiradores, autoridades,

críticos... que la ven pavonearse, falsamente modesta. Esa noche, ni un alma. Pero Solange está contenta: ha sido el día más feliz de su vida. Se ha sentido satisfecha de sí misma muchas veces, pero por motivos secundarios. Esta noche es distinto: está orgullosa.

—¿Has visto, Pinocho?

Se desmaquilla. Vladi le pasa el algodón y las lociones.

Ésas son las imágenes que Paul vuelve a ver mientras el tren avanza hacia París. Cuánto le habría gustado que su madre lo hubiera presenciado...

—¿Vamos? —le dice a Vladi—. Debes de tener hambre...

—*Oczywiscie!*

El tren sigue su camino hacia París.

Paul se duerme al fin. Ronca un poco. A Vladi le encantan esos ronquidos: para ella son la señal de que no le preocupa nada, no como al joven revisor, François; François... ¿qué? Da igual... ¡Kessler!, eso es.

En el pasillo hablan en alemán. Él le explica que sustituye a un compañero y sonrío. Lo que no dice es que la sustitución la ha propuesto él para poder ver de nuevo a Vladi, porque no tenía su dirección, ni siquiera sabía su apellido, sólo se acordaba de la fecha de su viaje de vuelta a París.

Solange Gallinato viaja hacia Ámsterdam vía Hannover: no le han dado alternativa. Por la noche, unos soldados alemanes irrumpieron en su habitación y unas chicas con uniforme le hicieron las maletas, hay que ver cómo. Pero no la empujaron: debían de tener órdenes. Lo importante era que abandonara Berlín enseguida; ¿Ámsterdam era el primer tren? De acuerdo. Solange se propone seguir hacia Milán ese mismo fin de semana: no vive en ningún sitio, y menos en Ámsterdam. Está apenada por el pintor español, pero seguro que se reirá. Lo ha visto una vez, un chico guapo, risueño, iconoclasta.

En cuanto a Strauss, no ha ido a saludarla, ni siquiera le ha mandado una nota: está muy enfadado, es natural.

Solange piensa en Pinocho y en esa polaca que se subió a la escalera: todo un carácter, esa chica.

Solange está cansada.

Como no ha podido preparar el viaje, no tiene nada para leer. Se duerme. Imagínense la escena: un coche de primera, un tren nocturno, un compartimento entero reservado para aquella mujer legendaria, tan gruesa que no puede levantarse porque no tiene a nadie cerca para ayudarla. Habitualmente está

rodeada de gente que le hace la corte y le da conversación, pero esa noche está sola tras haber sido expulsada de una ciudad, Berlín, en la que en otros tiempos conoció el éxito, los aplausos. Al propio Richard Strauss nunca le ha gustado ninguna otra cantante: se lo decía en sus cartas. Un empleado de los ferrocarriles golpea discretamente la puerta del compartimento. «¿Sí?» Abre. «El billete, por favor. Oh, disculpe.» E, impresionado, vuelve a cerrar. Solange da miedo, no es más que una mole arrugada que resopla como una ballena derrumbada en el asiento.

En realidad, es una niña pequeña.

Tiene siete años: la edad de Paul cuando se tiró por la ventana. Su padre ha vuelto al fin, apesta a vino. En la cocina, las sillas caen al suelo; Solange se levanta, ya está acostumbrada. Su madre está tumbada sobre la mesa y su marido encima de ella, lo que no le impide golpearla. La niña se abalanza sobre su padre, tira de él, pero es muy fuerte, nervudo como un sarmiento, trabaja al aire libre, tiene músculos de acero. Como puede, la niña levanta sobre su cabeza lo único que ha encontrado, una sartén que pesa un quintal, y descarga sobre la parte posterior del cráneo de su padre un golpe como para matar a un buey. Él se derrumba sobre un costado, hay sangre por todas partes, la madre se va a dormir con los niños y lo deja allí, sangrando. Siempre es lo mismo, su padre es como una fiera enjaulada. Cada día trae su dosis de miedo y de violencia, los niños tienen morados por todas partes; en la escuela nadie dice nada: es el campo, quien más quien menos va cubierto de morados.

«¿Qué hora es, dónde estamos?» Trata de recordar, pero siente dolores que llegan de lejos, dolores de origen, imágenes llevadas por el ruido del tren que corre por sus entrañas. Ámsterdam, está en Ámsterdam con Maurice Grandet, hermoso como un dios, casi femenino. Allí es donde él compone *Gloria Mundi*, durante una semana en la que no para de llover. Se alojan en un hotel cuyas ventanas dan a un canal; podría ser una semana pasada en la cama, haciendo el amor, pero Maurice escribe. Solange mira por encima de su hombro, aspira su olor, canturrea entre dientes las notas alineadas en la partitura, que se va llenando hora tras hora, pese a las hojas rotas, mientras ella espera. Maurice, agotado, se acuesta al fin, se derrumba sobre Solange, que lo ayuda a deslizarse en ella; duermen, pero cuando ella se despierta él ya está trabajando de nuevo sobre aquella mesa diminuta, frente a la ventana y el canal. Cuando termina, se pasan toda una tarde en el salón del hotel, Maurice sentado al viejo piano vertical, ella con la partitura en la mano, cantando. Los clientes acaban por protestar, pero al final todo el mundo ríe y les pide autógrafos. Un día, en

Melbourne, un hombre se había acercado a ella y le había enseñado el menú del restaurante del hotel que le había firmado entonces. También estaba la firma de Maurice y Solange se había echado a llorar.

La otra ventana da al mar, a la Costa Azul. Maurice está tan guapo, siempre está tan guapo. Ella le ha comprado un Rolls-Royce, una locura. Llegan los gendarmes, llaman a la puerta, ella aún está en camisón, los agentes se vuelven para dejar que se ponga una bata y luego le dicen, sencillamente, que Maurice ha muerto.

Su talento se lo debe enteramente al sufrimiento, al dolor, que es su marca de nacimiento: es hija del dolor de principio a fin, y éste es el fin.

Son las dos de la madrugada, el tren murmura su tranquila melopea, que hace dormir y soñar. Solange duerme y sueña, están entrando en la estación de Ámsterdam, el joven revisor golpea suavemente con la parte plana de la taladradora el cristal de las puertas de los compartimentos: estamos en primera, a los viajeros se los trata con mucho miramiento. «¿Señora? Llegaremos en unos minutos.»

Solange sigue en Berlín. «*Bitte, bitte!*», exclama. No se sabía capaz de esa violencia, de esa valentía. Está contenta de haber organizado ese recital ante una gente a la que odia con cada fibra de su ser. Sin duda ha sido inútil, pero lo ha hecho.

Canta. Luego canturrea, murmura:

Morgen werden wir...

El tren entra en la estación de Ámsterdam.

... zusammen sterben.

Solange Gallinato, cuyo nombre real es Bernadette Travers, nacida en Dole (Jura), acaba de morir.

37

—¿No iba usted a ofrecerme un té, mayor Dietrich?

Madeleine fingía despreocupación, pero llevaba dos noches sin dormir.

El sábado había cenado en un restaurante de la Leipziger Strasse a la misma hora a la que Solange debía dar el recital. ¿Qué estaría pasando allí? ¿Qué se le habría ocurrido a aquella loca para seguir llamando la atención? Luego había caminado por las calles de Berlín para tranquilizarse, pero no paraba de mirar el reloj. Las diez, las diez y media... Bueno, tenía que volver.

No habría sido prudente que Paul la llamara o le dejara una nota en el hotel: estaba condenada a no tener noticias, y eso la mataba.

Dio vueltas y más vueltas en la cama. Por la mañana estaba agotada y aún le quedaba un largo día de espera. Paul y Vladi debían de estar ya en el tren a París. Era domingo.

—Sí, he dormido estupendamente, mayor, muchas gracias: los hoteles alemanes están por encima de cualquier elogio.

—¿Aprovechó el domingo para visitar la ciudad?

—Por supuesto, qué maravilloso país...

No había salido del hotel. En el vestíbulo y en la acera se relevaban para seguirla. No habría podido dar un paso sin que informaran a Günter Dietrich, así que mejor quedarse en la habitación. Pidió que le subieran las comidas y vivió momentos de pánico junto a otros de cólera. Con la imaginación, había viajado con Paul.

Dietrich sirvió el té, le contó una anécdota sobre la biblioteca de Sainte-Geneviève y, de pronto, entró en materia:

—Mis superiores consideran que el importe de los gastos es excesivo, madame Joubert, lo lamento. Nuestros ingenieros no han encontrado los documentos que ha traído lo bastante interesantes.

Madeleine respiró aliviada. No habían hurgado en la identidad de Léonce Joubert. Puede que sus agentes en Francia les hubieran confirmado que Léonce estaba ilocalizable en París, tal como ella le había ordenado. En cuanto a lo demás, los dos seguían su respectivo guión. En ese punto de la negociación habría sido muy mala señal que Dietrich aceptara sus condiciones: su rechazo inicial confirmaba el valor de lo que quería venderle.

—Estoy muy decepcionada, mayor Dietrich, pero lo entiendo y, dadas las circunstancias, creo que puedo hacerle una confidencia: mi marido siempre pensó que debíamos acudir a los italianos.

—¡Pero los italianos no tienen dinero!

—Eso es lo que yo me he hartado de decirle, pero Gustave es así: cuando se le mete algo en la cabeza... «En Europa, nadie tiene dinero», me contesta siempre, «pero cuando alguien quiere comprar algo de verdad, rebusca en el fondo de los cajones y acaba encontrando con qué pagarlo». Según él, Mussolini no tiene vocación de segundón del canciller Hitler: si hace un mes el mariscal Balbo llevó su escuadrilla de hidroaviones de Roma a Chicago, no fue para dejar boquiabierta a la gente, sino porque el régimen fascista tiene ambiciones en la aviación militar. A mí, mayor Dietrich, todo eso me supera, se lo confieso: son cosas de hombres.

Madeleine se levantó.

Dietrich estaba nervioso y se le notaba.

—Señora, sólo una pregunta, si me lo permite... En caso de que mis superiores cambiaran de opinión... —El mayor bajó la voz y adoptó un tono confidencial—. Ya sabe cómo son los jefes, dicen una cosa y al día siguiente la contraria. ¿Cómo querría usted que le abonáramos los «gastos» a su marido?

Madeleine volvió a sentarse.

—Sobre ese tema no acabamos de ponernos de acuerdo, mayor Dietrich. Él preferiría una transferencia; yo, efectivo. Es más... fluido, ya me entiende. Si quiere contribuir a la paz matrimonial, lo mejor sería contentarnos a ambos. Mitad y mitad. —Buscó en el bolso y sacó un papel—. Aquí tiene los datos de la cuenta, sólo por si acaso...

Dietrich cogió el papel, pero le surgió una duda.

—Esta cuenta no está... a nombre de su marido. ¿Es eso normal?

—Pues verá... Sí, tiene razón, es una cuenta... ¿cómo lo diría?, durmiente. A Gustave le gusta la discreción. Alguien podría pensar mal, gente así la hay en todas partes...

No parecía que el argumento acabara de convencerlo.

—Lo ideal —continuó Madeleine—, en caso de que sus jefes cambiaran de opinión, sería que el origen de los fondos fuera... discreto, si me permite decirlo. Que provengan, por ejemplo, de una empresa extranjera. Que aparezcan como el pago de un pedido...

—Comprendo... Entonces, la mitad a esa cuenta —Dietrich sujetaba el papel con la punta de los dedos— y la otra mitad a usted, ¿no es eso?

—Eso es.

Madeleine se levantó.

—Me voy de Berlín esta noche; ¿cree usted que sus jefes podrían cambiar de opinión... rápidamente?

—Es muy posible, madame Joubert. Salvo por el efectivo. Eso es mucho más complicado. En tan poco tiempo...

Madeleine sonrió y adoptó un tono juguetón, como si quisiera provocarlo.

—No iré a decirme que un Estado tan organizado como el glorioso Tercer Reich no tiene unos ahorrillos en algún sitio...

A media tarde, Madeleine estaba en ascuas. El tiempo pasaba, tenía la maleta hecha, miraba por la ventana, comprobaba que el teléfono de la habitación funcionaba... Por fin, la centralita del hotel le comunicó que en el salón de recepción la esperaba un militar. Madeleine no lo había visto llegar.

Bajó con el dossier. El soldado lo tomó, se lo puso bajo el brazo y le indicó la puerta giratoria que daba a la calle con un gesto brusco, como si la estuviera echando. Apareció un coche, una limusina negra, el joven insistió en tono autoritario.

El portero le tradujo:

—Ese coche la espera, señora.

—Pero ¿cómo...?

—Dice que no se preocupe, le llevarán el equipaje.

Le ofrecieron el abrigo, salió del vestíbulo con paso mecánico, el soldado le abrió la puerta del coche, ella subió... Por la ventanilla vio bajar a unas doncellas cargadas con sus maletas. En el asiento, a su lado, había un sobre muy grueso con una orden de transferencia en proceso de tramitación a la cuenta que había indicado y varios fajos de billetes tan anchos como su mano.

Toc, toc. Era el portero. Madeleine buscó la manivela para bajar el cristal. El joven soldado estaba junto él, acabando una frase en alemán; el portero se inclinó hacia ella.

—El mayor Dietrich le desea un feliz viaje de regreso a París —le tradujo.

Léonce se había largado. Mejor, aquella chica no valía nada, pero su despreciable robo le había revuelto el estómago. Gustave había solicitado duplicados de las patentes, pero el gran cuaderno de bitácora en el que registraban escrupulosamente, día tras día, todo lo que se hacía en los despachos, los estudios, los resultados de las pruebas, las recomendaciones, las decisiones de orientación, era una pérdida considerable. En su precipitación, Léonce debía de haberse llevado los documentos sin saber qué eran, la muy zopenca.

Joubert preparó un plan de financiación basado en la venta de su casa y de su empresa para empezar de nuevo con buen pie. El principal problema consistía en reconstruir el estado exacto de los trabajos en el momento en que los habían abandonado, para volver a ponerlos en marcha. Se instaló en su despacho, abrió las cajas de archivos que se había llevado del Pré-Saint-Gervais y se pasó horas leyendo, seleccionando, tomando notas y buscando y comparando resultados. Era una tarea muy larga, muy lenta y, a menudo, deprimente.

La mansión Péricourt se había transformado en el palacio de las corrientes de aire. El día siguiente al robo, Gustave se había deshecho del servicio, a excepción de Thérèse, la cocinera, que le subía una bandeja dos veces al día y se lo encontraba en bata fuera la hora que fuese, con barba de varios días y en medio de un océano de papeles. «¡Cuidado, Thérèse, dé la vuelta!» Había que rodear las pilas de documentos, pasar por encima de cajas... Cuando volvía a irse, el señor seguía inclinado sobre los papeles, febril y concentrado, y no era extraño que en la siguiente comida se encontrara intacta la bandeja anterior. Hacerse rico había sido fatigoso, pero no había nada tan agotador como quebrar.

Joubert había anulado el contrato de alquiler de Clichy, puesto en venta la casa y vendido las máquinas herramienta por un tercio de su valor para cubrir los gastos inmediatos. Su situación económica era difícil. Ya no lo llamaba nadie: había dejado de existir.

El 11 de septiembre, cinco días después de la huida de Léonce, se presentaron unos policías. Gustave tardó en bajar porque estaba comparando las fechas y los resultados de unas pruebas de compresión, pero también porque, en su mente, aquel robo había pasado al balance de pérdidas y ganancias. De pronto levantó la cabeza; ¿y si habían encontrado a Léonce? ¿Y si habían recuperado los documentos que le hacían falta? Se levantó de un salto y salió al rellano.

No era el policía de la otra vez. Gustave torció el gesto. Los dos hombres que lo acompañaban tampoco iban de uniforme. No los mandaba la comisaría del barrio. Tuvo un mal presentimiento.

—Marquet, subdirector del Cuerpo de Policía. ¿Puedo hablar con usted, señor Joubert?

Instintivamente, Gustave comprendió que la situación había dado un giro, y en una mala dirección. Mientras bajaba lentamente, se volvió hacia el gran retrato de cuerpo entero de Marcel Péricourt que presidía el vestíbulo y se sintió pillado en falta.

Para compensar un físico de una vulgaridad espantosa, el subdirector de la Policía lucía unas patillas largas y anchas como chuletas, casi cómicas. Le tendió un carnet, que Gustave no leyó.

—Estoy muy ocupado, lo siento...

—Seguro que tiene un poco de tiempo para hablar de su esposa, señor Joubert...

A día de hoy, está confirmado que la señora Léonce Joubert, esposa del ex banquero que acaba de declararse en quiebra, se encuentra... ¡en Berlín! Sí, han leído bien, en la capital germana.

Incluso ha decidido alojarse en el hotel Kaiserhof, sito en la Wilhelmplatz, un establecimiento muy del gusto de los gerifaltes nazis en el que el propio Hitler vivió hasta muy poco antes de su ascenso a la cancillería.

¿Es que no puede uno viajar a donde quiera? Por supuesto que sí, pero falta explicar por qué la señora Joubert fue vista a media mañana del sábado 9 de septiembre entrando en la sede del Reichsluftfahrtministerium, que no es otra cosa que el Ministerio del Aire alemán.

—¿Cómo que el Ministerio del Aire?

—Es cierto, señor Joubert. Nuestros servicios de contraespionaje son categóricos...

Como banquero de larga trayectoria, Gustave estaba acostumbrado a toda clase de golpes bajos, pero ése no lo había visto venir. ¿Acaso era posible que Léonce hubiera ido a venderles sus planos a los alemanes? No podía creérselo, pero consiguió serenarse.

—Mi mujer desapareció el 6 de septiembre después de desvalijar nuestra

casa: se llevó sus joyas y el dinero de la cocinera. De hecho, puse una denuncia; no tengo nada que ver con sus tejemanejes.

—Mmm...

El subdirector se rascaba las patillas con las uñas produciendo un ruido muy desagradable, como de termitas.

Cuantas más vueltas le daba Gustave, más inverosímil le parecía aquella historia: Léonce no era lo bastante lista ni lo bastante valiente como para correr semejante riesgo. Le estaban tendiendo una trampa y no pensaba caer.

—¿Conoce a alguien en el Ministerio del Aire alemán, señor Joubert?

—A nadie.

—¿Y ella tampoco?

—¿Y cómo quiere que lo sepa?

—Es su mujer...

Gustave respiró hondo.

—Señor subdirector, mi mujer es una puta. Ya lo era antes de que me casara con ella. Cerré los ojos, pero siguió siéndolo porque lo lleva en la sangre. Últimamente he tenido algunas... dificultades profesionales, como a buen seguro sabe, y mi mujer, a la que sólo le interesa mi dinero, consideró que ya había hecho bastante. Robó en nuestra casa, de forma bastante torpe, pero no la veo yendo a Berlín con unos documentos que ni siquiera sería capaz de entender.

—Y sin embargo fue al... Reichs-luft-fahrt-ministerium..., en fin, a ese sitio, el día nueve. Y el once volvió.

La policía está perpleja. Primero una sonada quiebra que deja en la ruina a la familia Joubert; luego un robo muy oportuno, durante el cual desaparecen unos planos de aviación que Alemania estaría encantada de poseer; y por último la señora Joubert en Berlín, recibida en dos ocasiones en el Ministerio del Aire.

Pronunciemos la terrible palabra: esto huele a traición. ¿Ha ido el señor Joubert a venderles a los alemanes secretos industriales franceses que afectan directamente a la seguridad de nuestro territorio?

—¿Me acusan ustedes de... traición?

La gravedad del delito lo asustó: había habido gente condenada a la pena de muerte por mucho menos.

—Todavía no, señor Joubert, pero los hechos son muy inquietantes.

—¡Son ustedes quienes tienen que demostrar que he traicionado a mi país, no yo que no lo he hecho!

—Lo mejor, señor Joubert, sería que pudiéramos contrastar su defensa con la de su señora esposa.

—Puesto que se encuentra huida, no veo...

—Está regresando: la señora Joubert viaja en un tren en dirección a París. Nuestros agentes lo comprobaron a la salida de Berlín. Si bajara del tren pasada la frontera, sería detenida de inmediato.

Gustave ya no sabía qué pensar. Si Léonce estaba volviendo es que había ido, entonces ¿era verdad? Se asustó.

—Salvo accidente —siguió diciendo el subdirector—, mañana estará en París. En cuanto llegue, si usted no tiene inconveniente en un cara a cara con ella...

—¡No veo el momento de hacerlo! —había gritado.

El cielo acababa de abrirse, las nubes se apartaban, al día siguiente estaría frente a Léonce, se merendaría a aquella furcia, su inocencia quedaría demostrada.

—Sí, me parece muy bien, sométnos a un careo, lo estoy deseando...

La frontera...

El tren se detiene, es de noche, la gente baja, los funcionarios suben y hacen abrir las maletas. El resto monta guardia en el andén y filtra a los viajeros que salen.

Madeleine llama a un mozo para que lleve sus maletas y se dirige hacia el puesto de control, donde enseña el pasaporte.

—Señora Péricourt, Madeleine.

Están esperando a una mujer, una tal Léonce Joubert, francesa: no es aquélla.

Madeleine sonrío. El aduanero se da por satisfecho, la fotografía se corresponde con la persona, lo que no siempre ocurre. El siguiente.

Hace frío. Madeleine se vuelve para comprobar que el mozo la sigue. Delante de la estación, unos cuantos viajeros buscan taxis entre empujones.

Un coche enciende y apaga los faros. Baja un hombre, va a su encuentro.

—Buenas noches, señor Dupré.

—Buenas noches, Madeleine.

El señor Dupré coge las maletas y las levanta con una facilidad que la

impresiona. Le abre la puerta. Madeleine sube y se sienta.

—¿Ha ido todo bien? —le pregunta él al arrancar—. Parece agotada...

—Estoy muerta...

El coche sale de la ciudad.

—Señor Dupré... —Le ha puesto la mano en el muslo, una mano liviana—. Tal vez sea un poco tarde para eso, pero no sabe cuánto necesito dormir... ¿No habrá por aquí un hostel o algún sitio para...? Una habitación, quiero decir...

—Ya he pensado en ello, Madeleine. Estaremos allí en un cuarto de hora. Mientras tanto, descanse.

El coche se ha detenido, pero Madeleine no consigue despertarse.

—Madeleine... —insiste Dupré—, hemos llegado.

Ella abre los ojos. No sabe dónde está.

—¡Ah, sí, perdone, señor Dupré! Menuda cara debo de tener...

Sale deprisa, hace frío. La puerta del hostel: Dupré lo ha arreglado todo. «Aquí está la llave, es en el primer piso.» La sujeta por el codo, Madeleine se cae de sueño: «Vaya a dormir.»

Ella se inclina hacia él y le susurra:

—No deje las maletas solas, dentro hay mucho dinero...

Al instante, Dupré da media vuelta. Madeleine entra en la habitación. Es bonita, más lujosa de lo que imaginaba. Se desnuda, se lava.

El señor Dupré no ha subido. Madeleine mira por la ventana: está en el patio, fumándose un cigarrillo. Un gato negro se frota contra sus piernas, él se agacha para acariciarlo, el animal arquea el lomo, seguramente ronronea. Madeleine lo entiende.

Se acuesta y espera. El señor Dupré llama suavemente con los nudillos y asoma la cabeza con timidez. Entra.

—¿No duerme? —Está inquieto, se sienta al borde de la cama—. Madeleine, tengo que decirle...

Ella presiente que la va a dejar y se le encoge el corazón.

—La he ayudado... He hecho todo lo que me ha pedido, pero esto...

A Madeleine le gustaría decirle algo, pero no le sale, tiene la garganta seca.

—No es un ataque de patriotismo, créame, pero ayudar a los nazis...

—Pero ¿de qué habla?

—Entregarles los resultados de unas investigaciones que podrían ayudarlos

a...

Madeleine se ha incorporado en la cama. Sonríe.

—¡Señor Dupré, yo jamás haría algo así! Pero ¿por quién me toma?

Su vehemencia lo sorprende.

—Pero... esos planos...

—Le di al mayor Dietrich cuatro páginas que le permitían comprobar la calidad de lo que le vendía, es cierto, pero lo que les entregué al irme fue el dossier «Hipótesis descartada». Tardarán unos días en comprender que es una investigación que no lleva a ninguna parte.

Dupré sonríe a su vez. Desde que lo conoce, es la primera ocasión que lo ve hacerlo, piensa Madeleine.

—Y ahora, señor Dupré, ¿querría venir y tenderse encima de mí, por favor?

Paul empezó una carta para Solange en cuanto llegó a París. «Escríbeme a Milán, Pinocho, ¿me lo prometes?» Lo había estrechado en sus brazos hasta casi ahogarlo. Lo que Paul quería decirle era paradójico: el recital del que guardaría un recuerdo imborrable era aquel en el que Solange había cantado menos.

Empezó la carta, pero no le dio tiempo a acabarla.

El 12 de septiembre, la prensa francesa informaba de la muerte de Solange Gallinato en el tren que la llevaba a Ámsterdam.

Vladi tenía el periódico en las manos y lo miraba como hipnotizada: no hacía falta saber leer para adivinar que el pie de la foto de la cantante anunciaba su fallecimiento.

Paul no lloró: montó en cólera. Pidió que lo bajaran al kiosco, compró todos los periódicos, volvió a subir, leyó de arriba abajo los artículos que hablaban de Solange y, al final, los arrojó por la habitación, anonadado, destrozado. ¿Qué podía hacer? Como la diva había sido hallada muerta en su compartimento, los periodistas habían recurrido a Berlín para averiguar algo más. El Reich se inventó una historia, falsa de principio a fin, que la prensa aceptó sin dudar. Tras un concierto magnífico, la cantante había insistido en ir a saludar a Hitler a su palco. Aprovechando la ocasión, renovó su confianza, su esperanza y su apoyo incondicional al Reich, tras lo cual el canciller la invitó a cenar, invitación que la diva, por desgracia, tuvo que rechazar por motivos de salud. En efecto, aseguró sentirse tremendamente cansada. Las autoridades, alarmadas por su estado de extrema fatiga, le propusieron anular los siguientes recitales y, a petición suya, organizaron su partida hacia Ámsterdam para el día siguiente. Antes de irse, la

cantante les aseguró a los señores Goebbels y Strauss que el recital de Berlín «permanecería en su recuerdo y su corazón como el momento más importante de su carrera». Tras las ruidosas declaraciones de Solange a favor del nuevo régimen, nadie dudó de la veracidad de los hechos relatados por el Ministerio de Información.

Paul escribió una carta personalizada a todos los periódicos, y por la noche, exhausto, se deshizo en lágrimas.

Estuvo una semana llorando.

Prohibió a Vladi que pusiera los discos de Solange. Pasaron muchos meses antes de que pudiera volver a escucharla sin sufrir.

«Como la ferviente partidaria del nazismo que era, fue enterrada en Milán, en presencia de la flor y nata del fascismo italiano.»

Para Paul era una mentira de una crueldad insoportable. Tenía ataques de ira y rencor bastante parecidos a los de su madre.

Eran los mismos policías. Preferían que fuera en la subdirección, lo que a Joubert le pareció una buena noticia. El tren de Berlín llegaba a última hora de la tarde y ya eran las seis. Estaba impaciente por encararse con ella: la odiaba.

Desde que se había enterado de su traición (y de su estupidez: ¿qué esperaba, la muy zopenca?), por las noches imaginaba que le hablaba y la abofeteaba, y por las mañanas le hubiera gustado abrir su puerta de golpe, sacarla de la cama agarrándola del pelo y arrastrarla por el suelo. Si hubiera podido, la habría arrojado por la ventana.

Si sus planos estaban en Alemania, ya podía despedirse de su proyecto y considerarse arruinado definitivamente, pero al menos saldría indemne, mientras que a ella la esperaba la cárcel, y puede que algo peor.

Se puso el abrigo. Los policías notaban que estaba tenso, a punto de estallar. Iban a salir.

—¿Cómo que no la han detenido?

Gustave tenía la mano en la maneta de la puerta.

—No, señor Joubert: ha conseguido eludir la vigilancia de los aduaneros y de los agentes que habíamos apostado en el recorrido. Nadie la ha visto bajar, pero cuando el tren ha llegado a París, ella no estaba...

Joubert, conmocionado por la noticia, miró uno tras otro a los dos hombres. Dio un paso atrás.

—Tengo que pedirle que nos acompañe, señor Joubert.

Gustave estaba desconcertado. Si no la habían detenido, ¿por qué se lo llevaban a él? Se sentó en el asiento trasero del coche, detrás del policía que conducía.

En el primer semáforo en rojo, miró por la ventanilla.

Al principio, no lo comprendió. ¿Estaba soñando? En aquel coche detenido a su altura, ¿no iba Madeleine Péricourt? Fue una imagen fugaz, pero tan súbita e inesperada, tan... «violenta» era la palabra.

¿Qué hacía allí? No era su barrio ni mucho menos, ¿podía ser una simple casualidad?

Gustave tenía las ideas muy embarulladas cuando volvió a verse ante el subdirector de las patillas, al que acompañaba un individuo elegante, de rostro severo, que no se presentó, pero que parecía ser su superior.

—Creemos que tenía usted pleno conocimiento del viaje de su mujer a Berlín —dijo el subdirector.

—¡Si lo supe por ustedes!

—Seguramente ha utilizado documentación falsa para bajarse del tren y está esperando en algún sitio a que se reúna con ella...

—¿Bromea?

—¿Se lo parece?

En ese momento, el otro hombre tomó la palabra. Parecía alguien de un ministerio. ¿Justicia? Abrió una carpeta.

—¿Conoce usted la Manzel-Fraunhofer-Gesellschaft?

—No me suena de nada.

—Es una sociedad suiza. Oficialmente se dedica a la importación y exportación, pero es una tapadera. En realidad se trata de una empresa propiedad del Estado alemán. Efectúa operaciones comerciales discretas, con las que el Reich no desea verse relacionado.

—No veo...

—Acaban de transferir doscientos cincuenta mil francos a la cuenta de la Francesa de Aeronáutica, empresa de su propiedad.

Joubert estaba atónito.

—No lo entiendo...

Y era sincero.

—Los servicios de contraespionaje son categóricos: se han visto páginas de sus trabajos en escritorios del Ministerio del Aire alemán...

—Mi mujer ha...

—Le pediremos a su esposa que nos lo explique, si la encontramos...

Gustave no habría sabido decir por qué, pero lo que le vino a la cabeza en ese momento fue el rostro de Madeleine Péricourt, a quien había entrevisto fugazmente hacía una hora.

No le dio tiempo a pensar. El hombre del ministerio seguía hablando:

—De momento, señor Joubert, todos los indicios sugieren que usted, con la complicidad de su mujer, ha vendido los resultados de sus investigaciones a Alemania, unas investigaciones realizadas bajo contrato con el gobierno francés, lo que jurídicamente constituye alta traición.

—¡Espere!

—Señor Gustave Joubert, queda usted detenido.

38

Habitualmente, el señor Renaud abandonaba las oficinas de la Unión Bancaria de Winterthur hacia las nueve menos cuarto. De hecho, procuraba hacerlo *exactamente* a esa hora, en la medida de lo posible: era casi una cuestión estética. Para no retrasarse, su chófer estacionaba alrededor de las nueve menos veinte en la esquina con la calle Bellini y, cuando veía encenderse la luz del porche, arrancaba, avanzaba lentamente, se detenía y bajaba para abrir la puerta en el momento en que su jefe llegaba a la acera. Era una operación tan precisa como un reloj suizo, podríamos decir.

Pero esa tarde a la altura de la rue Eugène-Delacroix, aunque el chófer pisó a fondo el pedal del freno, no hubo nada que hacer: el individuo que acababa de echársele prácticamente encima recibió el impacto del morro del Studebaker en las piernas, dio una vuelta de campana en el aire y, tras un instante en el que conductor y atropellado estuvieron directamente cara a cara a través del parabrisas, el cuerpo del joven aterrizó en el capó, resbaló despacio por él sin que sus manos, que parecían muertas, intentaran agarrarse a algún sitio, y cayó ante la rejilla del radiador.

El chófer corrió hacia él, se arrodilló y lo cogió del hombro con precaución. El cuerpo estaba flojo, inerte... «Dios mío...» Se acercaron algunos transeúntes. Alguien dijo que había que llamar a la policía, a una ambulancia... El chófer, literalmente hipnotizado por el rostro pálido a más no poder de su víctima, no se movía. «¿Está muerto?», preguntó alguien. Una mujer soltó un grito.

Al salir, el señor Renaud se quedó sorprendido al no ver su coche. Había ocurrido dos veces en cuatro años, así que era raro, aunque no necesariamente anormal. Hizo lo que había hecho en las otras ocasiones: echó a andar por la rue de la Tour en dirección al Trocadéro. Sonrió levemente, hay contratiempos de los que uno se alegra. Si hubiera ido en coche, no habría podido seguir con la mirada la encantadora silueta de aquella viandante que dejaba tras de sí un leve

rastros de perfume. Daban ganas de olisquear el aire como hacen los perros de caza. El señor Renaud miraba la chaqueta que le moldeaba el talle y ondulaba al ritmo de sus caderas fascinado por lo que en su fuero interno sólo podía llamar de un modo: un culo magnífico. ¡Ah, cómo le habría gustado adelantarla! ¿Estaría su cara en consonancia con su figura?

De pronto la joven soltó un «¡Ay!» y se apoyó en la pared para no caerse. El señor Renaud corrió hasta ella y le tendió la mano justo antes de que perdiera el equilibrio. Bah, no era gran cosa: un tacón roto, pero la chica saltaba a la pata coja buscando dónde agarrarse y encontró el brazo del señor Renaud. «Se lo ruego», dijo él, notando el calor de su mano a pesar de los guantes. La chica cojeó durante uno o dos metros apoyándose con tanta fuerza en su brazo que al señor Renaud le costaba sostenerla. Al final acabarían los dos en el suelo... Se volvió hacia la calle. El coche no podía tardar... ¡Qué situación, Dios mío! La joven avanzaba renqueando hacia Villa Aimée, un callejón flanqueado de casas preciosas. «Sea razonable», decía él; «¡Ay!», exclamaba ella cojeando. El señor Renaud vio el callejón; de hecho, fue lo último que vio porque recibió un golpe en el cráneo, sólo uno, seco, certero, que no olvidaría en mucho tiempo.

Dupré lo desvalijó en menos de un minuto mientras Léonce sacaba del bolso unos zapatos de repuesto, se los ponía y, sin decir ni pío, salía del callejón y echaba a andar por la rue de la Tour a paso vivo.

Dupré lo cogió todo: la cartera, las llaves, el pañuelo, las gafas, la libreta, el monedero, las tarjetas de visita y hasta el cinturón, por la hebilla de plata sobredorada. «Ha tenido mala suerte, caballero», diría la policía. «En ese barrio no suele haber robos.»

Dupré estaba contento: era su primer banquero.

Cerró su bolsa azul marino con gesto seco y echó a andar por la rue de la Tour en la otra dirección. Caminaba a paso rápido, pero sin precipitación. Vio a un grupo de gente, un coche parado en mitad de la calzada, un cuerpo tendido ante la rejilla del radiador. El conductor, los viandantes, todo el mundo se lamentaba... Dupré pasó de largo sin ralentizar el paso, sin volverse siquiera. En ese momento oyó las voces de unos hombres, dos agentes, que dejaron las bicicletas apoyadas en el coche y se acercaron: «Policía, abran paso, ¿qué ocurre?» La respuesta no se hizo esperar. Al oír la palabra «policía», el atropellado se levantó de un salto, miró durante un brevísimo instante a los dos agentes y echó a correr como un gamo. Todo el mundo se quedó tan pasmado que nadie reaccionó.

Aunque corría que se las pelaba, Robert no pudo evitar decirse que debería

fumar menos.

El señor Renaud tenía un dolor de cabeza como para volverse loco, pero se esforzaba por pensar con claridad y rapidez.

—Ha sido más el susto que otra cosa —les dijo a los policías—, no me han quitado nada.

El comisario estaba asombrado.

—No ha debido de darles tiempo —sugirió Renaud—, habrá llegado alguien y se habrán asustado, cualquiera sabe...

—¿Dice que no le han quitado nada?

El señor Renaud se daba golpecitos en los bolsillos vacíos y decía: «No, no, nada de nada, ningún perjuicio.»

—Salvo éste —matizó, esbozando una sonrisa lastimosa y señalando el vendaje con que el enfermero le había envuelto el cráneo.

Por supuesto, el comisario no se lo creyó, pero cada cual tiene sus motivos: puede que a aquel hombre no le apeteciera que su mujer se enterara de dónde había estado; se veía perfectamente la marca blanca de la alianza que había desaparecido de su dedo y, a falta de cinturón, no paraba de subirse los pantalones; pero, en fin, no se puede obligar a la gente a poner denuncias: si quería regalarle al ladrón lo que le había quitado, allá él.

Luego, el señor Renaud se apresuró a enviar un correo neumático a Winterthur, pero, una vez más, no lo contó todo. No paraba de hacerse una pregunta inquietante: ¿no era mucha casualidad que su chófer hubiera atropellado a un hombre que, al llegar la policía, se había dado a la fuga, en el mismo momento en que a él lo dejaban grogui en un callejón? Juntaba las dos cosas y buscaba la relación. Aquello olía a chamusquina, pero por más vueltas que le daba, no veía de quién podía proceder ni qué podía hacer él. Así que a sus jefes no les habló del asunto del chófer, sino únicamente de la agresión... por la libreta, cuya desaparición no podía ocultar.

En Winterthur todo el mundo estaba de acuerdo. Costaba imaginar qué podía hacer nadie con una libreta en la que sólo había columnas de números y de nombres, cuyo significado era imposible descubrir. El hecho de que el ladrón hubiera desvalijado totalmente al señor Renaud resultaba tranquilizador porque indicaba que lo que le interesaba era el dinero, no otra cosa. Y Renaud había tenido el gran acierto de no poner una denuncia, de no firmar en el registro de la policía. En lo que respectaba a la clientela, el asunto estaba tan cerrado como

una caja fuerte suiza.

Sin embargo, el señor Renaud empezó a dormir mal. Por la noche, mujeres jóvenes le atravesaban el corazón con sus tacones de aguja, lo atropellaban coches, se ahogaba en pozos con las paredes cubiertas de números y nombres, como si fueran hojas de un libro de contabilidad.

Ante las dimensiones de la movilización popular contra los impuestos, que se iba convirtiendo en una rebelión frente al gobierno, Charles se había pasado un buen rato rascándose la barbilla, indeciso. Por una parte, los manifestantes proclamaban lo que él mismo había gritado durante décadas para conseguir que lo reeligieran. Por otra, ahora tenía a su cargo una comisión parlamentaria encargada de velar por que los impuestos ingresaran efectivamente en las arcas del Estado.

Al final del verano, las protestas dieron la vuelta a Francia y fue madurando la corrosiva propuesta de una huelga general contra los impuestos. El 19 de septiembre se celebraría una gran asamblea en la sala Wagram para debatir su aplicación.

Esa llamada a la insurrección acabó decidiendo a Charles. En el fondo, declaró a la comisión, negarse a pagar impuestos equivalía a evasión fiscal porque ponía de manifiesto la «voluntad de privar a la colectividad de ese ingreso». Así pues, según él, la comisión debía cumplir con su deber y proponer al gobierno una ley diseñada para proteger los recursos del Estado.

Mientras miles de manifestantes se disponían a acudir en apoyo de los oradores que denunciarían «la inquisición fiscal», «el parlamentarismo decadente» y «el derroche republicano», Charles presentaba en el despacho de la comisión un proyecto destinado al gobierno.

Y en el momento en que el «Llamamiento de Wagram» advertía que el pueblo estaba «dispuesto a deshacerse de la Cámara», la comisión aprobaba dicho proyecto.

Durante la asamblea del 19 de septiembre, en medio de un guirigay indescriptible, se decidió llevar al Elíseo una declaración unitaria y pormenorizada denunciando «al Estado expoliador e incompetente». Una marea humana chocó con las fuerzas del orden a la altura de los Campos Elíseos y la place de la Concorde. Los Camelots du Roi y los jóvenes de Action Française, especialmente decididos y convenientemente pertrechados, acosaron a las unidades del gobierno militar, a las que a continuación acusaron de provocación.

Recibidos a culatazos, derribaron las barreras, la guardia a caballo entró en acción y la calma no volvió hasta después del atardecer. Se contabilizaron cerca de cuarenta heridos.

A la mañana siguiente, tras una noche entera de discusiones, la comisión entregaba al gobierno un proyecto de ley para castigar a «quienquiera que por la vía de hecho, mediante amenazas o maniobras concertadas, haya organizado o intentado organizar el rechazo colectivo de los impuestos».

Charles estaba agotado pero satisfecho.

El país se subleva y el régimen considera inteligente sacarse de la manga una ley para castigar a los franceses rebeldes ideada por Charles Péricourt, grotesco campeón de los impuestos y las tasas.

Nuestros parlamentarios, tan orgullosos habitualmente de su Revolución francesa, no están en condiciones de reprocharles a los ciudadanos que luchan por sus libertades porque, cuando «el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es el deber más sagrado»: lo dice el artículo 35 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Kairós

Paul quiso organizar una especie de reunión plenaria, un momento solemne durante el que desvelaría el nombre de su producto, los ejes de su campaña promocional, el eslogan, etcétera.

Además del primer círculo, formado por su madre, el señor Dupré, Vladi y el señor Brodsky, quiso que se invitara a Léonce. Junto con «su primer marido», añadió.

Mientras esperaban a que llegara la pareja, el señor Brodsky seguía realizando misteriosos pesajes; Paul, más concentrado que nunca, revisaba sus fichas; y Madeleine y el señor Dupré hojeaban los periódicos, como hacían con frecuencia cuando se reunían. «Acabaremos encontrando algo», decía él, pensando en André Delcourt, pero hasta el momento nada había podido confirmar esa esperanza.

Dupré leía las noticias políticas, a Madeleine la apasionaban los grandes juicios: la instrucción del sumario Violette Nozières, los vuelcos del caso de las hermanas Papin, así que a Dupré lo sorprendió oírle decir:

—No sé usted, pero lo que es yo, no me fío de ese tal Alejandro Lerroux.

Esa mención del nuevo presidente del gobierno español era de lo más

inesperada.

—Dios sabe que su predecesor no me era simpático: ¡un enemigo de la Iglesia y nada más! Pero éste... ¿No le parece que está llevando a España hacia un régimen fascista, señor Dupré?

Dupré iba a responder, pero en ese momento llegó Léonce, acompañada por Robert. Madeleine ya estaba de pie: «¡Pase, Léonce, pase! ¡Paul, ¿es que no vas a venir a darle un beso?!»

Léonce y Paul no se habían vuelto a ver desde julio de 1929: habían pasado cuatro años.

La llegada de la joven le hizo efecto: con ella volvía el recuerdo de años de intimidad, de caricias, de besos en el cuello, pero también el de su traición, que había arrojado a su madre al precipicio.

Esa amarga sensación quedaba compensada por el hecho de que acababa de leer *Manon Lescaut*. Desde luego, había oído a Solange cantar la ópera de Puccini muchas veces, pero sólo al leer se había dado cuenta de que, en su mente, la joven heroína de Prévost siempre había tenido los rasgos de Léonce, de que, para él, Manon era Léonce. Puede que Paul, que ya había entrado en la edad del deseo, al comprobar que los años aún no se habían decidido a alterar la belleza de su antigua amiga, encontrara en ella algo insoportable o doloroso. En cuanto a Léonce, fue la lucha de Paul por sobreponerse al enorme dolor que le había causado la muerte de Solange, quince días antes, lo que la hizo comprender cuánto había crecido.

Se acercó, se arrodilló junto a él, lo estrechó contra su pecho y lo meció entre sus brazos largo rato sin decir una palabra. Los dejaron solos. Ellos no hablaron. Paul no encontró en aquel abrazo la serena plenitud que tan a menudo había buscado en él siendo niño porque ahora asociaba el perfume de Léonce a algo completamente distinto.

Por su parte, Léonce sufría al imaginar lo que sería la adolescencia de Paul en una silla de ruedas. Se le partía el alma.

Paul, que no quería que lo compadecieran, la apartó con mucha suavidad y murmuró: «Estoy bien», sin tartamudear.

Madeleine se dijo que aquella «reunión» era como el reencuentro de una familia, una familia curiosa.

El pequeño grupo se instaló como pudo en el saloncito, las señoras, Madeleine, Léonce y Vladi, sentadas, esta última con los brazos cruzados, como una mujer que nunca ha dudado de nada; detrás de ellas, de pie, los señores,

Dupré con las manos modosamente apoyadas en el respaldo de la silla de Madeleine, Robert jugueteando con el collar de su mujer y preguntándose por qué no lo había vendido aún, y el señor Brodsky a espaldas de Vladi e intercambiando susurros con ella en alemán, nadie sabía sobre qué.

Para tartamudear lo menos posible, Paul se había aprendido su intervención de memoria.

Como si inaugurara un monumento en honor al comercio moderno, descubrió una gran figura de cartón que representaba a una mujer joven y esbelta colocada de medio perfil. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás y un pie levantado como para comprobar que no había perdido un tacón.

«¡Caray!», decía, la mar de sorprendida.

Era imposible no estar de acuerdo con la exclamación, a la vista de la sugestiva redondez de la nalga.

Encima, en un sobrio rótulo:

BÁLSAMO CALYPSO DEL DOCTOR MOREAU

«Bálsamo», explicó Paul, para no darle al producto un nombre demasiado farmacéutico y, al mismo tiempo, dotarlo, de manera subliminal, de propiedades consoladoras y calmantes.

«Calypso» sonaba culto, mitológico, romántico y amoroso, lo que subrayaba que se trataba de un producto que potenciaba la seducción femenina.

«Doctor» proporcionaba a la crema la imprescindible garantía científica.

Quedaba el enigmático Moreau.

—¿Quién es? —preguntó Léonce.

—Na... nadie. El pro... producto no pue... puede ser a... anónimo: tie... tiene que haber... haberlo in... inventado alguien con... concreto. Que ins... que inspire con... confianza. Moreau es muy fran... francés. Gus... gustará mu... mucho. —Y, sonriendo, añadió—: Es más segu... seguro que doc... doctor Bro... Brodsky.

Todo el mundo estuvo de acuerdo, incluido Brodsky.

El argumento de venta era concreto:

¿DESCONTENTA CON SU PESO?

¿PREOCUPADA POR SU LÍNEA?

UTILICE EL
BÁLSAMO CALYPSO DEL DOCTOR MOREAU,
UN REMEDIO SENCILLO Y EFICAZ, APROBADO POR LA FACULTAD Y
ELEGIDO POR LAS MUJERES MÁS BELLAS DE PARÍS

«Aprobado por la Facultad», una frase pensada para tranquilizar al ofrecer un aval científico, resultaba admisible, puesto que en definitiva no era más que un producto ya catalogado y validado al que simplemente se le había añadido un aroma.

La gracia de aquel tarro de porcelana que contenía el bálsamo estaba sobre todo en la exclamación «¡Caray!», escrita sobre la tapa.

—¡Yo conozco ese olor! —gritó Robert, abriéndolo para olisquearlo.

—¡Y que lo digas! —murmuró Léonce sonrojándose.

Descorcharon una botella de champán. El señor Brodsky seguía hablando en alemán con Vladi. Léonce felicitó a Paul: «Les encantará a las mujeres»; Paul entendió: «Les encantarás a las mujeres.»

Como ya no vivían en el mismo mundo, no se encontraban nunca. Así que, cuando le dijeron que Madeleine Péricourt quería verlo, Guilloteaux comprendió que era una visita interesada y ordenó que le dijeran que estaba ocupado.

—No importa, esperaré —respondió ella, y se instaló en el vestíbulo de recepción tranquila y pacientemente.

Hacia las once y media la situación empezaba a resultar embarazosa. Guilloteaux cedió: si le pedía algo excesivo, sabría negarse; haría como ante una solicitud de aumento de sueldo, tenía práctica.

Madeleine había cambiado mucho. ¿Cuánto hacía que no la veía? Calculó...

—Más de cuatro años, mi querido Jules.

Esperaba encontrarse con una pordiosera, pero tenía delante a una pequeñoburguesa muy pulcra y sonriente. Eso lo tranquilizó. Hizo un borrón sobre la deuda que temía haber contraído con ella.

—¿Cómo está usted, mi querida niña? ¿Y Louis, cómo está?

—Se llama Paul, y está bien.

Jules Guilloteaux se había prohibido disculparse y dar las gracias hacía mucho tiempo, así que se limitó a asentir con la cabeza como si se acordara perfectamente: «Paul, eso es; por supuesto.»

—Y a usted, mi querido Jules, ¿cómo le va?

—¡Huy, esto está peor que nunca! Ya sabe cuál es la situación de la prensa...

—Sé sobre todo cuál es la suya. No tienen nada que ver una con la otra.

—¿Cómo?

—No quiero hacerle perder su tiempo, mi querido Jules, sé que es muy valioso.

Madeleine abrió el bolso y rebuscó en su interior con cara de preocupación, como si temiera haber olvidado algo. Luego, soltó un suspiro de alivio: «¡Ah, aquí está!» Era un trozo de papel con unos números.

Guilloteaux se puso las gafas y leyó. No era una fecha ni un número de teléfono. Alzó los ojos hacia Madeleine, intrigado.

—Es el número de su cuenta bancaria.

—¿Perdón?

—La que abrió en la Unión Bancaria de Winterthur para ingresar el dinero que defrauda a Hacienda desde hace años. Una bonita suma, la verdad; suficiente para subirle el sueldo a todo el personal o comprar a la mitad de la competencia.

Jules tenía buenos reflejos, pero estaba ante una situación insólita, inquietante y claramente peligrosa.

—¿Cómo sabe...?

—Lo importante no es cómo lo sé, sino qué sé. Prácticamente todo. Las fechas de los ingresos y los reintegros, el montante de los intereses, todo.

Madeleine hablaba con voz tranquila y firme, pero jugaba de farol porque sólo sabía una cosa: que el nombre de Jules Guilloteaux figuraba en la libreta del señor Renaud.

Pero eso él lo ignoraba.

Alguien que sabe el nombre de tu banco y el número, privadísimo, de tu cuenta, es muy posible que sepa todo lo demás.

—Voy a marcharme, mi querido Jules... —Madeleine ya estaba de pie, con la mano en el pomo de la puerta—. Hay otro número —añadió señalando el papel—. Sí, sí, dele la vuelta...

—¡Demonios! ¡No se anda usted con chiquitas!

—Usted tampoco, a juzgar por sus cuentas...

—¿Y qué me garantiza que se conformará con eso?

—Mi palabra, Jules: la palabra de una Péricourt... si todavía considera que eso vale algo.

Guilloteaux parecía más tranquilo.

—Espero que no le moleste que insista en la urgencia. Déjeme un sobre en recepción, digamos... ¿mañana por la mañana? Bueno, no quiero entretenerlo más, ya lo he molestado bastante.

—Creo que ya puede dejarnos, Robert...

Estaba sorprendido.

—¡Anda! ¿Y eso?

A Madeleine le caía bien aquel chico. No tenía dos dedos de frente y reaccionaba ante todo con la espontaneidad de un niño de siete años, lo que resultaba refrescante. La pena era que había que explicárselo todo, y esa vez no le apetecía.

—Robert, vaya a jugar al billar, haga lo que le apetezca, pero déjenos hablar tranquilos, por favor.

A Robert, siempre lo había impresionado Madeleine: le imponía respeto. Se levantó, le dio la mano a René Delgas y abandonó la sala arrastrando los pies.

—Así que éste es su cuartel general... —dijo Madeleine sonriendo.

—Podría llamarlo así...

«Un chico atractivo, ya verá», le había dicho Léonce, «aunque vago como pocos: se pasa el día durmiendo y él sabrá lo que hace por la noche. Pero tiene fama de ser uno de los mejores falsificadores de París». Madeleine no se fiaba: «¿Lo dice Robert?» «¡No, no, tranquila!»

—Necesito reproducir un manuscrito.

—Todo es posible.

La transformación del joven resulta asombrosa: había entrado con paso ágil, sonriendo abiertamente, con la despreocupación y el desenfado que adoptan a veces los hombres que se saben seductores, pero ahora está serio y concentrado. Se habla de negocios, ya no es el mismo; ni la sombra de una sonrisa, palabras cuidadosamente sopesadas. Ha comprendido el tipo de mujer que tiene delante. Si Madeleine ha alejado a Robert es para que no se entere de las condiciones de su acuerdo y no pueda pedir una comisión: es una mujer astuta, eso hace que él desconfíe.

Madeleine, que necesita comprobar que es tan bueno como se dice, le tiende una carta manuscrita de André que recibió a su regreso de Berlín:

Querida Madeleine:

La información que tan amablemente me transmitió es del todo

exacta. Muchas gracias. No veo el momento de conocer el fondo el asunto.

*Espero que la cura haya sido beneficiosa para nuestro querido Paul.
Cordialmente,*

André

Delgas no la mira a propósito.

—Ciento veinte francos la página.

«Es muy caro», piensa Madeleine, y eso se lee en su cara. René suspira. En otras circunstancias se iría sin más, pero acaba de escapársele de las manos un trabajo estupendo con unos marseleses con el que contaba. Tiene que contemporizar. Se agacha, abre una pequeña mochila de cuero, saca una hoja en blanco y una estilográfica con depósito, se pone la carta de André delante y copia:

*Querida Madeleine:
La información que...*

La mitad del texto. Es suficiente, según él. Vuelve la hoja hacia Madeleine, que apenas puede reprimir un gesto de admiración. El parecido entre las dos letras es absolutamente fascinante.

Delgas le pone el capuchón a la pluma y la guarda. Coge muy despacio la falsificación que acaba de realizar, la rompe en trocitos muy pequeños, los echa al cenicero y cruza los brazos.

—Necesito... un duplicado de esto.

Le tiende la libreta del banquero suizo. Delgas la hojea con atención y se la devuelve.

—Ocho mil francos.

Madeleine está desconcertada.

—Espere... Son cincuenta páginas. A ciento veinte francos la página son seis mil, no ocho mil.

—Esta libreta debe de tener tres o cuatro años. Su propietario ha escrito con diferentes plumas a lo largo de ese tiempo, en diferentes sitios. Primero hay que encontrar una libreta igual, lo que no...

—Igual no, parecida será suficiente.

—Vale. De todas formas, habrá que envejecerla, escribir con varias plumas

diferentes, con diferentes tintas, simular los distintos momentos en los que se escribió, que influyen en la letra. Eso vale ocho mil francos, sin contar que va a pedirme que cambie algunas líneas; ¿me equivoco?

—Una sola línea. No cambiar, añadir. Hacia el principio de la libreta. Siete mil francos.

Delgas no duda un segundo:

—De acuerdo.

—¿Cuándo podría tenerlo?

—Dentro de dos meses.

Madeleine se asusta, luego sonrío: «Qué listo es...»

—Supongo que si se lo pido para dentro de diez días serán ocho mil...

Delgas sonrío a su vez. No se molesta en responder. Madeleine hace como que duda, pero no es mal negocio, ella había calculado diez mil. Saca un sobre.

—Tres mil por adelantado, ni un franco más.

Delgas se guarda el sobre, mete la libreta en la mochila con cuidado y se levanta. Madeleine va a pagar las consumiciones, es la clienta.

—¿Qué relación tiene con Robert Ferrand? —le pregunta a Delgas al volver.

—Esporádica. No es mi tipo: demasiado violento. Estamos... en contacto, eso es todo; ¿por qué?

—Porque si usted perdiera esa libreta o decidiera usarla por su cuenta, le encargaría a Robert Ferrand que... reanudara el contacto con usted.

Gesto de René Delgas indicando que sería lógico.

André y él habían coincidido en dos o tres cenas de sociedad: un individuo de maneras suaves y manos delicadas y expresivas, con una voz tan tenue que a veces había que acercarse para entender qué decía. Había hecho toda su carrera en el Ministerio de Justicia, donde ocupaba un puesto muy elevado y cuyos engranajes conocía a la perfección. André lo había elegido por ese motivo: le había parecido la persona mejor situada para encargarse de un asunto tan delicado.

Unos días antes, Madeleine Péricourt le había servido en bandeja a Gustave Joubert. La reputación de André Delcourt como el hombre mejor informado de París crecía y ahora, cuando una primicia necesitaba un oído atento, acudían a él.

Así había llegado a sus manos otra noticia que *El Lictor* no podría aprovechar porque había que darla de inmediato, pero que confirmaba que, llegado el momento, su periódico sería uno de los mejor informados y, por tanto, de los más influyentes.

—Me han hablado de un nuevo diario —le dijo el magistrado—; aunque aún no se sabe gran cosa...

André hizo un gesto con la mano para indicarle que tuviera calma, que faltaba poco. Aquello era buena señal: en los pasillos y los salones no se hablaba de otra cosa, y Guilloteaux llevaba semanas poniéndole abiertamente mala cara, lo que aún era mejor señal.

Ahora que habían acabado los preliminares, su interlocutor lo miraba con los ojos muy abiertos para mostrar su interés, animarlo a hacerle confidencias y subrayar que, aunque estaba encantado de recibir a André Delcourt, tenía otras cosas que hacer.

—Es un asunto delicado..., una carta...

—Veámosla —dijo el magistrado, tendiendo la mano.

André no se movió.

—Una denuncia...

—Estamos acostumbrados: a los franceses les encanta escribirle a la policía.

—Yo no soy de la policía.

—Los remitentes no hacen distinciones, todo lo que lleva a la policía les va bien. ¿Y a quién se denuncia esta vez?

—Es una lista de clientes franceses de un banco suizo que no pagan impuestos. Son más de mil.

El magistrado palideció. Extendió la mano y, a saber por qué, cerró de golpe el cajón de su derecha, que estaba un poco abierto.

—Vaya, vaya... —murmuró, como un profesor que descubre una falta de ortografía.

—Mil ochenta cuatro, según me han dicho. En la lista que me han entregado sólo aparecen cincuenta, pero hay comerciantes, artistas, dos obispos, militares, entre ellos un general y un general auditor; también, lo siento mucho, tres magistrados, un vocal de la corte de apelación y bastantes apellidos con partícula.

—Si se confirma...

—Y un industrial muy conocido, muy visible. Un modelo de patriotismo. El conjunto ofrece un bonito muestrario de la élite francesa... Un registro en las oficinas del banco permitiría encontrar el listado completo.

—¿Y la fuente?

—Ni idea. Un ajuste de cuentas, sin duda. Puedo confiarle estos elementos para que investigue. En contrapartida, quiero ser el primero en beneficiarme de sus resultados y en publicarlos.

El magistrado respiró hondo y se recostó en el sillón.

—Eso es algo que no solemos hacer —mintió—. Mire, la justicia...

—También puedo publicarlo todo sin verificarlo, poniendo las comillas que haga falta. Si es verdad, la oficina cerrará esa misma mañana, los empleados cogerán el tren esa misma tarde y la entidad se refugiará detrás del secreto bancario. Mi artículo provocará una conmoción muy comprensible y se le exigirá a la justicia una investigación que ya no se podrá realizar. Y yo publicaré nuestra conversación de hoy, explicando que usted no le vio el menor interés.

Mientras acompañaba hasta la puerta a su visitante, el magistrado reiteró sus escrúpulos para guardar las apariencias: «Esto es algo muy excepcional.» André sonrió: «Claro, claro.» Ya sólo había que esperar que todo aquello fuera cierto y se confirmara pronto.

La lista, junto con la carta de denuncia firmada por «Un verdadero francés», se introdujo en un sobre grande y dos horas más tarde estaba en la fiscalía, en manos del jefe de la sección financiera, que la leyó pensando: «¡Demonios, menudo asunto...!» Al final de la tarde, el escrito de alegaciones estaba redactado y un juez se disponía a abrir una investigación, y a las siete de la mañana siguiente un coche camuflado de la Sûreté aparcaba en una esquina de la rue de la Tour. Había un agente de vigilancia y otros tres encargados de seguir a las personas que visitaran el edificio indicado por la carta anónima en cuanto volvieran a salir.

Charles se levantó, se acercó a la ventana y contempló el bulevar mojado.

—¿Me toma el pelo?! —había gritado el ministro—. ¿No le parece que ya tenemos bastante follón con esos imbéciles que no entienden nada de nada como para nos venga usted con una ley que es una pura provocación?

—Pero... pero...

—Pero, pero ¿qué? ¿Se le ha ocurrido pensar en lo que pasaría si esa gilipollez de proposición llegara a debatirse? Tenemos a la mitad del país en la calle, ¿quiere que se añada la otra mitad? —El ministro arrojó sobre la mesa las hojas de las que tan orgulloso estaba Charles—. Voy a enterrar esa ley y a usted con ella. Dentro de dos días, su comisión habrá dejado de existir. ¡Se acabó el campeón de los impuestos!

—Pero ¿por qué?

—Esa comisión se creó en un momento en que era necesaria. El momento ha pasado y la comisión pasará.

—¿Con qué derecho?!

Charles había gritado. En el despacho de un ministro eso no era lo habitual, pero corrían tiempos difíciles para todo el mundo.

—¿Derecho? ¡Bah!

—¡Esta comisión seguirá existiendo hasta que haya presentado sus conclusiones!

—Ya lo ha hecho. Hace un mes, en agosto, envió usted un informe. Es suficiente conclusión. La comisión ha cumplido su tarea admirablemente. Dentro de unos días se le felicitará y se le darán las gracias.

Para Charles era la vuelta a la casilla de salida. Seguir siendo diputado después de presidir esa comisión sería prácticamente imposible. Su futuro yerno iría a labrarse un porvenir lejos de la familia Péricourt y el problema de sus hijas,

que creía resuelto en lo tocante a Rose, volvía a ser un problema.

Resultaba todo muy lamentable, pero lo peor era que el gobierno iba a privarlo de lo que se había convertido en su vida, su misión, su lucha. No se rían: él lo veía así.

Aquella comisión era la culminación de su carrera: no permitiría que nadie se la robara, aunque no sabía cómo evitarlo. Por mucho que levantara la barbilla y le dijera al admirativo y asombrado Alphonse que nada lo doblegaría, se sentía muy solo y se preguntaba cómo iba a acabar todo aquello. Hundió las manos en los bolsillos. «No, venga», se dijo, «yo...».

—¿Papá?

Rose había asomado la cabeza, inquieta.

—¿Sí?

—Es mamá, no se encuentra bien.

Charles suspiró y la siguió. Hortense estaba en el sofá, agarrándose el vientre, como de costumbre. Charles no veía qué tenía aquello de particular. Salvo quizá que se quejaba más. Sí, era verdad: tenía el abdomen un poco más hinchado de lo habitual, pero bueno...

Rose y Jacinthe estaban miedosamente pegadas una a otra.

—Me parece —dijo Hortense con una sonrisa que esperaba que fuera animosa— que tendrían que verme. Debería ir al hospital.

Por Dios, si eran más de las ocho... Charles volvió a llamar al chófer, las niñas vistieron a su madre, él se puso la levita y salieron hacia la Salpêtrière, donde ya habían tratado a Hortense y tenían su historial.

—Gracias, Charles —dijo Hortense apretándole la mano.

La desnudaron y la acostaron en una cama de una habitación mal iluminada, bajo unas sábanas más tías que un cuello duro.

—En la cocina tenéis sopa —les dijo Hortense sin soltarse el vientre.

—Sí, sí, no te preocupes... —respondió Charles.

Tenía que volver a casa y ocuparse de sus hijas. En realidad, no veía el momento de irse. Estaba muy preocupado: aquel proyecto de ley no se le iba de la cabeza.

Rose y Jacinthe cenaron cuchicheando como monjas. Charles leía las noticias, que no eran muy buenas. El campeón de los impuestos recibía ataques de todas partes, nadie daba un céntimo por él ni por su comisión ni por el final de su carrera. Pegó un puñetazo en la mesa. Su lucha era justa, ¡maldita sea!

Las niñas levantaron la cabeza. No se había dado cuenta de que estaba

hablando solo. Quiso mostrarse sociable:

—No me lo habéis contado... ¿Qué hicisteis el sábado con Alphonse?

Las gemelas se echaron a reír: habían vuelto a intercambiar los papeles. Aquel chico era un encanto, no se daba cuenta de nada. Se les había ocurrido que, aunque una se casara con él, podían compartir su lecho alternativamente. Era muy excitante. Pero enseguida sintieron un poco de tristeza porque en ese momento Hortense solía decir: «Tomad un poco más de sopa, hijas... ¡No iréis a dejarme eso!»

Charles estuvo revisando hasta tarde una declaración para la comisión redactada por Alphonse que quería pulir, aunque, la verdad, no estaba mal.

Al día siguiente se levantó temprano y, antes de ir al despacho, hizo que lo llevaran al hospital.

Cuando llegó, acababan de descubrir que Hortense había muerto durante la noche.

40

En la Sûreté les habían tocado vigilancias peores: tres, cuatro personas al día, alguna vez más. Un agente se quedaba en el vehículo, lo movía cada dos horas, cambiaba de sitio, iba a buscar otro para no despertar sospechas... Sus dos compañeros se encargaban de los seguimientos. Rutina.

Los visitantes eran gente tranquila, confiada, segura de sí misma. Vivían en buenos barrios. Cuando los seguían, descubrían que enseguida se dirigían a un ministerio, un restaurante de lujo, incluso a Notre-Dame..., aunque lo habitual era que fueran a Passy, en el octavo distrito. Aquellos agentes eran los peor pagados de la función pública, así que aquello resultaba un poco irritante, pero era lo habitual.

En cambio, nunca habían visto una mujer como aquélla. Primero, porque casi nunca había mujeres (aquélla era la segunda desde el comienzo de la vigilancia) y después, porque en todo París no debía de haber muchas tan atractivas como ella. El agente encargado de la vigilancia que la vio aparecer en la rue de la Tour y meterse en el edificio se quedó sin aliento.

El señor Renaud también.

Se había hecho mucho de rogar antes de recibirla: su nombre no le sonaba de nada. Señora Ferrand... sonaba a seudónimo, así que no le devolvió la llamada, pero ella insistió. Bonita voz. Renaud acabó cediendo, precisamente por la voz. De todas formas, se le daba bien seleccionar a los clientes, y a los que no le interesaban se los quitaba rápido de encima. Antes de enseñar sus cartas, iniciaba la conversación en tono ligero, aunque no dudaba en lanzar alguna insinuación. Necesitaba saber a qué atenerse. Sobre todo después de aquella desgraciada agresión. No había vuelto a oír hablar del asunto; como no había puesto denuncia, la policía no había hecho nada, la hipótesis de un simple robo se había confirmado y él había recuperado el sueño.

La joven era una preciosidad, pero aquel apellido, Ferrand... Por más que

había buscado en el *Bottin Mondain* y demás anuarios de París no había encontrado ni rastro. ¿La mujer de un diplomático? ¿De un alto funcionario? No, no llevaba alianza, no estaba casada. ¿Una fortuna personal? Eso lo habría encontrado, iba con pies de plomo.

Ella no le presentó el pasaporte, ni una tarjeta de visita, sino el certificado de matrimonio. Casablanca, abril de 1924. No era habitual proceder así, daba la sensación de que la joven quisiera probar su identidad a toda costa, demostrar algo, como la gente que necesita ocultarlo todo.

—Quería... depositar dinero, ya sabe...

Se quitó el velito. Demonios, qué mujer...

—¿Suyo?

—Sí...

Al verla ruborizarse se te hacía un nudo en la garganta.

—¿Dinero...? ¿Una fortuna personal quizá? —sugirió Renaud.

La cara de la chica pasó del rosa al grana.

—Dinero... ganado.

El señor Renaud estaba tan tenso como un arco. La joven añadió:

—Con amigos...

Se quedó de una pieza. ¡Su primera cortesana! Estaba muy emocionado.

¿Cuánto podía costar una mujer así? Un dineral, seguro. Ahora estaba totalmente tranquilo. Entre una clientela como la de la Unión Bancaria de Winterthur, una prostituta de lujo era como un general o un académico: una garantía de seriedad.

Le explicó los servicios que ofrecía el banco con tranquila pero estremecida euforia. ¡Ah, cómo la deseaba, ahora que sabía lo que era! Ella le hizo preguntas que demostraban que tenía la cabeza en su sitio. Claro, en su oficio hacía falta sentido común.

Se tomaba el té a pequeños sorbos. Hasta los dedos tenía bonitos.

Se dieron cita para la apertura de una cuenta, ella llevaría el dinero en efectivo.

—¿De qué cantidad hablamos?

—Ciento ochenta mil, para empezar...

¡Dios! Renaud revisó su estimación al alza. Una mujer así debía de costar una fortuna.

—Pero desplazarse con una cantidad como ésa... ¿no es algo peligroso?

El señor Renaud tuvo una súbita intuición.

—¿Quiere que la visite yo en su domicilio? —le propuso—. Para evitarle... puedo... yo mismo, si usted lo desea, claro...

—¡Ya lo creo, señor Renaud! —dijo Léonce con voz zalamera—. ¡Cómo voy a rechazar algo así!

El señor Renaud se quedó boquiabierto. No podía creérselo. ¿Ir a su casa? Para recoger el dinero, claro, pero ¿no querría tener entre sus íntimos a un banquero capaz de aconsejarla, de apoyarla, de ayudarla a sacar partido a sus ahorros?

—¿Podría venir... la próxima semana?

El señor Renaud fue a coger su agenda, la tiró al suelo, la recogió, la abrió del revés... Vamos a ver, vamos a ver...

—¿El martes? ¿Digamos a mediodía? —propuso ella—. ¿Querrá compartir un tentempié conmigo?

El señor Renaud se había quedado mudo. Intentó tragar saliva, pero en vano.

La joven le dio una dirección en el séptimo distrito. En ese lugar, el señor Renaud se encontraría con una peluquería canina.

Antes de irse, Léonce preguntó distraídamente si había...

—¡Por supuesto! —exclamó el señor Renaud mostrándole el pasillo que llevaba al cuarto de baño.

La vio alejarse. Dios mío, qué...

Tuvo que sentarse.

Léonce entró en el aseo, miró a su alrededor, dudó, se puso los guantes...

El señor Renaud oyó la cisterna. La chica volvió al despacho. Vaya elegancia... «Y pensar que se gana la vida...» Parecía mentira...

Fuera, un agente de la Sûreté empezó a seguirla. Léonce lo llevó al Bon Marché, sección lencería femenina. Para un hombre, era un poco violento dar vueltas por aquel sitio lleno de incitaciones visuales. De repente dejó de verla. La había perdido.

El 23 de septiembre, dos agentes ocuparon sus puestos como de costumbre, uno en la rue de la Tour y el otro en la de Passy, a la espera de las primeras visitas.

Hacia las once llegó un hombre de unos cincuenta años bien llevados que vestía una levita gris. Diez minutos más tarde, el equipo, seis personas, incluido un comisario de la sección financiera de la fiscalía, penetraba en el edificio.

Cuando le enseñaron la orden de registro, el contable que les había abierto la puerta retrocedió como si hubiera visto al diablo, lo que no era del todo mentira.

Al oír ruido en la antesala, el señor Renaud se disculpó ante su cliente, asomó la cabeza fuera del despacho y comprendió la situación. Dos agentes sujetaban ya la puerta, el tercero lo sujetaba a él, los otros entraron y el cliente, que no quería molestar, se levantó y cogió su abrigo.

—Voy a pedirle que se quede unos minutos más... —le dijo uno de los policías.

—No puedo, tengo prisa...

Fue a dar un paso.

—Pues va a llegar tarde.

—¡Me parece que no sabe usted quién soy yo, agente!

—Ésa va a ser precisamente mi primera pregunta. Documentación, por favor.

Villiers-Vigan, viñedos bordeleses, fortuna ancestral. La familia exportaba a América más de un tercio de su producción.

—¿Puede explicarme el motivo de su presencia aquí?

—Pues... he venido a visitar... a un amigo: el señor Renaud. ¿Acaso visitar a un amigo es delito?

—¿Con ciento cuarenta mil francos en billetes pequeños? —le preguntó otro de los policías.

El hombre se volvió. El agente sostenía su abrigo, del que había sacado un grueso fajo de billetes.

—¡Eso no es mío!

Era una estupidez, todos los sabían, incluido él, que agachó la cabeza y se derrumbó en el sillón.

El señor Renaud no decía nada, pensaba a toda velocidad.

Desde que había desaparecido su libreta, el único listado existente estaba en la sede central del banco. La policía encontraría contratos, pero le resultaría imposible relacionarlos con apellidos, con personas. La eficacia de los protocolos se demuestra en los momentos difíciles. Visto lo visto, el señor Renaud se alegraba del robo: si no lo hubieran asaltado, la libreta estaría en la caja fuerte, que una orden judicial podría obligarlo a abrir. Sólo de pensarlo... ¡uf!

Villiers-Vigan aceptó firmar una breve declaración en la que se mencionaba su presencia allí y la cantidad hallada en su abrigo.

El señor Renaud acababa de perder un cliente: era el precio que debía pagar por el miedo que le había hecho pasar al señor Villiers-Vigan, pero el negocio no estaba en peligro en absoluto. Se acercó a los policías.

—¿Puedo preguntarles...?

—¡Aquí está! —exclamó una voz.

El comisario se acercó. Su colega le tendió unos informes.

—Son fichas contables, mencionan títulos depositados en la central del banco.

Se miraron. Aún necesitaban el registro de los clientes, que según les había asegurado estaba en aquella oficina. Sin él, era imposible cualquier acción judicial.

Pusieron manos a la obra, lo revolvieron todo, el despacho, el salón, los armarios, buscaron debajo de las alfombras, detrás de los cuadros... El señor Renaud pasaba junto a ellos.

—¿Les apetece un té, caballeros?

Se sentaba en el gran sofá, abría una revista, fingía un interés extraordinario por unos anuncios ferroviarios.

A la una, el ambiente ya no era el mismo.

Los policías de la sección financiera se iban después de haber hecho un trabajo colosal que no serviría para nada porque no sabían a quién acusar de haber abierto cuentas en un banco suizo. Y el propio banco quedaría impune, ya que no se podría demostrar que repartiera dividendos que eludían al fisco en territorio francés.

—¿Ya se van? —les preguntó el señor Renaud.

Metían cajas y más cajas en el furgón. El comisario estaba hasta la coronilla de aquel asunto, prefería a los ladrones de toda la vida.

—Bueno, yo voy a mear...

—¡Vaya, vaya! —respondió el señor Renaud, ofendido por la grosería. Qué poca clase tenían en la Sûreté...

Y cuánta suerte, a veces, porque, cuando volvió al cabo de unos minutos, el comisario llevaba una libreta en la mano.

—La he encontrado detrás de la cisterna. ¿Es suya?

El señor Renaud miraba la libreta. No, no era la suya... Bueno, era «casi» la suya. Era una libreta muy parecida, pero no la suya. La cogió, la abrió... Era su letra, no cabía duda, y las columnas eran las que él mismo había escrito, reconocía los nombres y los números de las cuentas más importantes, que su

memoria captaba como un imán... No lo entendía.

—Sí, bueno, no, ésta no es mi libreta... —dijo con total sinceridad.

—Pero si no me equivoco, es su letra...

De eso no cabía duda... ¿Qué hacía allí aquella libreta? ¿Y en semejante sitio?

De repente cayó en la cuenta: ¡la cortesana!

¡Había ido al lavabo! ¡La había seguido con la mirada! ¡Ay, Dios!

¡Ahora se acordaba de aquel culo! Lo había visto en la calle, delante de él...
¡La chica a la que se le rompió el tacón!

—¡Es una falsificación! —gritó.

—En cualquier caso, tiene sus huellas dactilares.

El señor Renaud soltó la libreta como si fuera una víbora.

—Ya veremos si aparecen otras...

El banquero firmó su declaración con la mente en blanco, como un autómatas.

Era una historia realmente increíble, auguraba un escándalo monumental: la Unión Bancaria de Winterthur acabaría en la picota, pagaría por todo el sector.

Por un instante, el señor Renaud pensó en el suicidio.

—Oye, mamá —había dicho Paul quince días antes, como quien no quiere la cosa—, ¿no van a quedar libres unos locales en el Pré-Saint-Gervais?

El alquiler no era caro, el anterior inquilino, el Taller Aeronáutico del Renacimiento Francés, había anulado el contrato repentinamente y el propietario se alegró mucho de poder volver a alquilarlo tan pronto.

—¡Qué grande! —exclamó Paul.

Le encantaba aquel sitio que podía recorrer con la silla de ruedas sin tropezar con nada. En las grandes mesas instaladas al fondo, el señor Brodsky colocó todo el material procedente de Alemania del que disponía. Los utensilios complementarios y los productos base aún estaban en cajas.

Por superstición, Madeleine le prohibió a Robert Ferrand la entrada en el local.

Dupré descorchó una botella de champán y retiró las servilletas blancas que tapaban las bandejas de canapés. Todos estaban de pie, emocionados. Paul se llevó una decepción cuando Dupré sólo le llenó el fondo de la copa.

—Hay que mantenerse despierto, muchacho.

Cuando Dupré hablaba con aquel tono, nadie lo contradecía.

Habían decidido que el señor Brodsky empezaría a fabricar los trescientos primeros tarros el siguiente lunes, tras el plazo necesario para colocar el material. Vladi y Paul lo ayudarían en las tareas mecánicas.

En menos de quince días recibirían las etiquetas y los embalajes con el nombre de la marca.

La campaña de prensa se iniciaría en cuanto el laboratorio (eso era lo que ponía en el letrero de encima de la puerta de entrada: LABORATORIO DE LA EMPRESA PÉRICOURT) estuviera en condiciones de atender los pedidos. Todo se enviaría por correspondencia, como era habitual, pero Paul, que no paraba de hacer castillos en el aire, preveía mandar a comerciales a visitar las farmacias en cuanto el producto fuera conocido.

Cerraron el laboratorio hacia las ocho de la tarde. «Venga, vámonos», dijo Dupré, que de pronto parecía tener prisa. «De acuerdo.» De todas formas, ya se habían bebido el champán y estaban impacientes por que llegara el día siguiente para empezar a trabajar.

—Paul se queda conmigo —dijo Dupré cuando llegó el taxi.

—Pero...

—No se preocupe, Madeleine, sólo tengo que solucionar unas cuantas cuestiones prácticas con él y enseguida se lo llevo.

Pillada por sorpresa, Madeleine cedió, pero a regañadientes: algo se le escapaba y eso no le gustaba. Pensaba decírselo al señor Dupré al día siguiente.

Durante el trayecto no dijeron nada. Paul no sabía si el señor Dupré estaba enfadado, pero su expresión era aún más impenetrable que de costumbre. ¿Qué errores habría cometido durante aquellos trabajos de preparación para que el señor Dupré quisiera tener unas palabras con él con tanta urgencia? Y en su casa...

Dupré levantó a Paul con una facilidad pasmosa y subió cuatro pisos llevándolo en brazos sin una parada, sin una palabra, sin un jadeo.

—Ya está —dijo al fin, sentando a Paul.

En la cama.

Cuando había una mesa y sillas.

Pero en un rincón de la habitación también había una preciosa sonrisa de dieciséis años.

—Paul, te presento a Mauricette. Es... muy amable, ya lo verás. Bien... — Se dio unos golpecitos en los bolsillos—. ¡Vaya, hombre! Me he dejado las llaves en el laboratorio... Bueno, no pasa nada, voy a buscarlas. Os dejo, seguro

que se os ocurre algo que deciros...

Y, cogiendo su bolsa azul marino, se marchó.

Hortense padecía de la barriga desde hacía mucho tiempo, la habían hospitalizado varias veces y los médicos se habían sucedido a la cabecera de su cama sin que Charles le diera mayor importancia. Que él recordara, se había quejado siempre, unas veces del útero («Siento como si se desarmara», solía decir) y otras de los intestinos («Si supieras lo que cuesta soportarlo...»), pero la palma de esa competición se la llevaban los ovarios. Para Charles, todo aquello formaba parte de una realidad demasiado femenina, o sea, demasiado orgánica, y hacía que se sintiera incómodo. Había acabado considerando esos dolores como una peculiaridad o un rasgo de carácter: algo inevitable que había que soportar. Aquello había pesado mucho sobre sus relaciones sexuales tras el nacimiento de las gemelas.

Cuando la vio en el lecho de muerte, ya no era la misma persona. Si su hermano le había parecido muy viejo, Hortense le pareció increíblemente joven, y eso le recordó su primer encuentro, cuando tenían veinte años. En esa época ella era una criatura delicada, casi etérea: una porcelana. Durante el noviazgo retozaron de lo lindo, pero Hortense siempre se negó a que «llegaran hasta el final», una expresión que hacía reír a Charles, sobre todo porque Hortense no veía en ella ninguna malicia. Pasaron la noche de bodas en Limoges, donde ella tenía familia, en un hotel del centro. Les dieron la habitación más amplia, que no valía mucho más que el resto: el suelo de madera crujía y los tabiques parecían de cartón. Hortense soltaba agudos gritos y decía «No, por favor», pero su cuerpo entero gritaba lo contrario. No se durmieron hasta el amanecer. Charles la contempló largo rato mientras dormía, diminuta en la cama enorme...

Era curioso, aquellos recuerdos volvían sin orden ni concierto, llevándole de muy lejos cosas que creía perdidas... Sí, la había querido mucho y ella tan sólo lo había querido a él. Siempre lo había visto como a un héroe; una idiotez, por supuesto, la fe del carbonero. Pero, en fin, eso, esa mirada suya, Charles siempre la había tenido. Aun así, qué irritante podía ser, Dios mío, la de veces que la había mandado a paseo, a ella y sus dolores...

No se había dado cuenta, pero estaba llorando. Por sí mismo, como todo el mundo. Lo que lo sorprendía no eran las lágrimas, que en él brotaban con facilidad, sino el motivo: lloraba por una mujer a la que había querido profundamente. Ese amor no era más que un recuerdo desde hacía mucho tiempo, pero era el único amor que había tenido.

Hortense había muerto un viernes; el lunes llevarían el ataúd a casa, de donde partiría el cortejo fúnebre.

Temía la reacción de las gemelas; se llevó una sorpresa. Lloraban, pero con mesura, lo que no era propio de ellas. Eso sí: estaban más feas que nunca. Alphonse acudió a darles el pésame y preguntó si podía ayudar en algo; ellas lo recibieron bien, pero como a un primo. «Gracias», repetían, metiéndose el pañuelo en la manga del vestido. Ver su calma, la intensidad de su dolor y la madurez con que tomaron las riendas de la casa y le aconsejaron sobre la organización del entierro le hicieron pensar de pronto que nunca se casarían, que nunca lo dejarían, y ese futuro lo asustó.

Avisaron a la familia. Madeleine no se presentó. Envío una carta bastante formal, asistiría al funeral.

Para tener posibilidades de éxito, aquel asunto de la «libreta suiza» debía mantenerse en el secreto más absoluto, y eso era lo más difícil.

—¡Imagínese! Más de mil personas, es...

No había calificativos. La Unión Bancaria de Winterthur disponía de un capital de quinientos millones, pero seguramente sus cajas fuertes custodiaban más de dos mil millones en depósitos franceses.

De acuerdo con sus colegas de Justicia y Asuntos Exteriores, el juez de instrucción ordenó al comisario de la Sûreté realizar una intervención el amanecer del 25 de septiembre.

A la misma hora exacta, grupos de dos o tres funcionarios se presentaron simultáneamente en el domicilio de cincuenta personas, en París y en provincias, en la mayor redada fiscal de la historia de la Tercera República.

Sacaron de la cama al senador por Belfort y al del Alto Rin; despertaron a un vizconde en casa de su amante; pidieron respetuosamente a los señores Robert Peugeot, fabricante de automóviles, Lévitán, fabricante de muebles, y Maurice Mignon, distribuidor de publicidad financiera, que les abrieran sus puertas, sus cajones y sus cuentas; un general auditor del ejército amenazó con volarse la tapa de los sesos, pero se contuvo y se echó a llorar. Los obispos se mostraron más dignos: el de Orléans se comportó como si recibiera a un grupo de fieles y les ofreció café. El director de *Le Matin* se echó a reír, pero su mujer agachó la cabeza como una condenada. Henriette-François Coty, la ex mujer del famoso perfumista, gritó que ya no tenía nada que ver con su ex marido, creyendo seguramente que eso lo explicaba todo. Monseñor Baudrillart, miembro de la

Academia Francesa, se envolvió en su dignidad ofendida.

La operación había empezado a las seis de la mañana; a las nueve, la noticia corría como un reguero de pólvora entre la gente de dinero. La que no lo tenía se enteraría por los periódicos.

A la misma hora, el coche fúnebre que llevaba el ataúd de Hortense Péricourt entraba en el cementerio de Batignolles.

Madeleine estaba arrepentida de haber llevado a Paul. En cuanto vio al señor Dupré a lo lejos, en la acera, junto a la larga hilera de coches, la asaltó una terrible duda. Pero era demasiado tarde: en menos de un minuto, Dupré abriría la portezuela del vehículo, dejaría discretamente el paquete atado con un cordel bajo el asiento del acompañante y todo habría acabado. Madeleine cogió la mano de Paul y se la apretó. El chico pensó que su madre estaba apenada, lo cual era cierto.

La comitiva entró en el cementerio y se dirigió hacia el panteón familiar. La multitud de asistentes, alineados detrás de Charles y de sus hijas, avanzaban lentamente cuando, de pronto, un rumor empezó a correr de boca en boca: «¿Qué?» «¿Cómo?» «¿Quién?» «Pero a ver, ¿quién se lo ha dicho?» Con un movimiento peristáltico, la noticia avanzó hasta la cabecera del cortejo, donde llegó a oídos de Alphonse, que no supo qué hacer. Dudó un momento, pero pronto se dio cuenta de que era imposible ocultar la verdad: la noticia estaba en boca de todos. Se acercó a su jefe y le puso una mano en el hombro. Rose interpretó ese gesto como una muestra de compasión y, volviéndose hacia el joven, le dedicó una mirada de agradecimiento.

—¿Qué?! —exclamó Charles. La inhumación iba a comenzar—. ¿Cómo que un registro? —preguntó exasperado.

—En su casa, hace una hora. Un juez, un comisario, la justicia... Hay que informarse, pero...

Las emociones bombardeaban a Charles, sus hijas se abrazaban a él, Hortense le sonreía a través de la tapa del ataúd, él sollozaba sin lágrimas y, en medio de su dolor, llegaba esa noticia para golpearlo como una ola furiosa. ¿Un registro de la policía? Pero ¿por qué? ¿Justo después de la partida del cortejo? Aquello no tenía pies ni cabeza. Quiso interrogar a Alphonse, pero ya no había nadie: la gente se había apartado para mostrar su respeto durante esos últimos minutos. En la entrada del cementerio se veían unas siluetas que no deberían haber estado allí.

—Nos vamos a casa, corazón —le dijo Madeleine a Paul.

Pero en lo que tardó en maniobrar con la silla y pedir que los dejaran pasar, Charles ya había deshecho el camino a grandes zancadas, seguido por sus hijas.

La gente, enterada, se apartó. Charles era como un cornudo: todo el mundo sabía más que él. Las tres siluetas eran tres hombres de paisano.

—Pero ¡bueno! ¿Qué quiere decir esto? ¿Es que ya no puede uno enterrar a su mujer tranquilamente?

—Lo siento... Si desea rezar, lo esperaremos, tenemos todo el tiempo del mundo.

—¡Pues no! ¡Acabemos de una vez! ¿Qué ocurre?

La gente se apartaba ante la silla de Paul. Madeleine llegó hasta donde estaba su tío justo cuando el juez le decía:

—Señor Péricourt, se sospecha que ha cometido usted fraude fiscal a través de la Unión Bancaria de Winterthur. Su nombre figura en una libreta requisada en la sede de dicho banco. Tengo que pedirle que me acompañe...

Se alzaron voces unánimes; la situación, además de grotesca, era escandalosa.

—Pero ¡¿qué historia es ésta?! —gritó Charles.

¿Había cometido alguna imprudencia? Ni la más mínima. ¿Había escondido dinero alguna vez? ¡Justo lo contrario: todo lo que había ganado había ido a parar a sus campañas, sus electores lo habían dejado seco, ya no tenía ni un céntimo! Rose y Jacinthe estaban pegadas a su padre como mejillones a una roca.

—Señor Péricourt, será mejor que nos acompañe y responda a las preguntas. Si las respuestas son satisfactorias, volverá enseguida a su casa, créame...

—Pero ¡esa historia es un disparate! Si no tengo un céntimo, ¿cómo quiere que lo meta en un banco suizo?

—Eso es lo que vamos a intentar aclarar, y cuanto antes lo hagamos mejor, señor Péricourt.

—Pero para empezar, ¿tiene una orden o algo por el estilo?

El juez suspiró. Había mucha gente. Le habría gustado poder actuar con discreción, pero había recibido órdenes: «Péricourt es prioritario, ¡vaya a buscarlo cuanto antes!» Había que dar ejemplo y él era ejemplar. El juez sacó la orden y Charles ni siquiera hizo amago de cogerla: el hecho de que el juez estuviera allí, de que tuviera una orden, de que él, Charles Péricourt, se viera obligado a acompañar a la policía... todo empezaba a encajar. Buscó las palabras. Encontró una: «complot».

—¡Ah, claro, quieren hacerme callar! ¡El gobierno!

—Vamos, señor Péricourt... —dijo el juez.

—¡Sí, sí, es eso! ¡Usted tiene órdenes! ¡Mi lucha resulta molesta!

El juez de instrucción era un hombre de unos cuarenta años, sencillo y honesto, al que la superioridad le había encomendado una misión nada fácil que él trataba de llevar a cabo con tacto. Pero Charles Péricourt se lo impedía. La multitud hablaba, comentaba, y no era gente cualquiera, sino políticos, abogados, médicos, personas importantes... Uno de ellos se acercaba ya desafiante: «Oiga, señor juez...»

Había que cortar por lo sano.

—Señor Péricourt, hemos realizado un registro en su domicilio y...

—Y nada, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! ¡Claro! ¿Qué se pensaba? —Charles tomó a la gente por testigo—. ¡Ja, ja! ¡Han ido a mi casa!

—... y en su coche, donde acabamos de encontrar doscientos mil francos suizos en billetes grandes, que tendrá que justificar en mi despacho. Por favor.

La suma causó un gran efecto.

El juez tenía en la mano un paquete envuelto en papel de estraza y le mostraba, tan discretamente como podía, el impresionante fajo de billetes suizos.

La constatación terminó de golpe con las fanfarronadas de Charles y los gritos de la multitud. Se hizo el silencio.

—Por favor... —repitió el juez con voz tranquila.

A saber por qué, intuición quizá, Charles se volvió.

Sus ojos se posaron en Madeleine.

Y en el pequeño Paul, sentado en su silla de ruedas.

Abrió la boca.

—¿Tú...?

La gente creyó que acababa de darle un síncope.

Unos amigos corrieron a auxiliarlo.

Y Charles Péricourt, tras un último gesto en dirección a sus hijas, que empezaban a gritar como posesas, abandonó el cementerio escoltado por dos policías y precedido por un juez de instrucción.

Madeleine se había quedado en su sitio, petrificada, con las manos aferradas a los mangos de la silla de ruedas.

Había querido marcharse, pero el deseo de que su tío la viera había podido más que ella y ahora se sentía idiota y mala. Su padre lo habría desaprobado.

Bajó los ojos hacia Paul, hacia su nuca, que nunca veía sin emocionarse, y luego hacia delante, hacia sus piernas, cuyas rodillas hacían sobresalir la manta. No, no era idiota ni mala. Y a su padre le habría respondido: «¡No te metas en eso, papá! ¡Hago lo que me parece!»

Sin decir nada, Paul estiró una mano y la posó sobre la de su madre.

41

¡No, esta vez sí que no! Léonce arrugó el papel y lo arrojó al suelo. Le daban ganas de pisotearlo, pero habría sido ridículo. Le iba a decir que no de una vez por todas. Estaba tan enfadada con Madeleine que la perspectiva de la cárcel ya no la asustaba tanto. Para empezar, habría un juez. Se pondría guapa: con los hombres siempre le había funcionado.

Hacía más de dos semanas que, por falta de medios, se veía obligada a vivir en una pensión de mala muerte en la que Robert habría estado tan ricamente si hubiera podido seguir yendo a las carreras; pero no era el caso, y se pasaba el día quejándose. Léonce esperaba que Madeleine la dejara irse cuando regresara de Berlín, ¡pero no! ¡Seguía sin ser el momento! «Pronto, Léonce, pronto», le decía, y el tiempo seguía pasando. Le había gustado volver a ver al pequeño Paul (cómo había crecido, por Dios: se había emocionado más de lo que esperaba), pero tener que fingir que era una puta ante un banquero suizo para esconder una libreta detrás de una cisterna... ¡Qué encargo tan agradable, muchas gracias! Y ahora Madeleine le dejaba una nota en la pensión: «Nos vemos esta tarde en Ladurée. A las cuatro, sin falta.»

«No», se dijo Léonce mientras se arreglaba, «esta vez se acabó». La iba a mandar a freír espárragos. Todo lo que había perdido por su culpa... Le iba a cantar las cuarenta. Se sentía capaz de abofetearla.

—¿Adónde vas, pichona?

Robert también estaba empezando ya a cansarla: allí no se podía hacer ruido porque había que ser discretos, así que de repente se habían vuelto unos santos, y lo que era conversación Robert no es que tuviera mucha...

Iba todo mal, la verdad. Cuando se sentó frente a Madeleine estaba exasperada, casi agresiva. No le dio la oportunidad de abrir la boca.

—¡Esto pasa de castaño oscuro, Madeleine!

—Estoy de acuerdo con usted, Léonce: la dejo libre.

—¿Cómo?

—Puede irse, marcharse de París o de Francia, ir a donde quiera, ya no la necesito.

El tono de Madeleine no dejaba lugar a dudas: la despedía como a una criada. Se puso roja.

Ya era libre y sentía ganas de llorar. Libre y sin nada: sin dinero, sin documentación, con Robert viviendo a su costa, con lo justo para pagar el cuarto en el que vivían, del que a buen seguro tendrían que irse a escondidas...

De pronto la libertad le pareció lo peor del mundo.

Madeleine la miraba tranquila, como quien ve a otro hacer las maletas y espera pacientemente a que se marche para cerrar la puerta.

Léonce no se movió. Así que nada, ni una palabra ni una frase sobre todo lo que habían pasado juntas.

—Bueno... —balbuceó, levantándose.

En el momento de alejarse, de separarse para siempre, había un terrible vacío entre ellas.

Madeleine no era más que un bloque de odio animado por un frío deseo de venganza. Era inhumana.

Léonce volvió a detenerse; miraba alternativamente la mesa y la cara de Madeleine. Por un momento pareció que avanzaría hacia la puerta... pero no ocurrió nada. No sabía qué decir: detestaba a Madeleine por aquel castigo que ahora se transformaba en humillación.

—Ya no tengo nada contra usted, Léonce —dijo al fin Madeleine—: a veces, y lo sé por propia experiencia, no tenemos elección.

¿Iba a darle la mano? En efecto, se la tendió: con un sobre.

—Aquí hay cincuenta mil francos suizos, sea prudente.

Madeleine se levantó, rodeó la mesa y pasó junto a ella. Léonce abrió la boca, se volvió.

Madeleine acababa de salir.

A poco más de un mes..., ¡qué rabia!

Un mes más y *El Lictor* habría publicado en sus primeros números una noticia sensacional, ilustración perfecta de la decadencia social que André se proponía fustigar.

Se había decidido a darle la exclusiva a *L'Évenement*, gran periódico

conservador, conocido por la seriedad y la calidad de sus análisis, sobre todo políticos, que no retrocedía ante determinados asuntos espectaculares.

ENORME TRAMA DE EVASIÓN FISCAL

Un banco suizo tenía en París una oficina clandestina que pagaba intereses libres de impuestos. El fraude podría ascender a varias decenas de millones...

El día anterior, André estaba en el despacho del *Soir de Paris* presentándole la dimisión a su jefe.

—Dentro de unos días estará usted bajo los focos de la actualidad. Saldrá a la luz un feo asunto de fraude fiscal, se encontrará usted en el centro del escándalo y seguirá en él durante semanas. Yo escribiré al respecto, y seré el primero en hacerlo porque la liebre la he levantado yo. No me parece que las columnas del *Soir* sean el sitio indicado para exponer... todo eso: ése es el motivo por el que le presento mi dimisión.

Jules Guilloteaux estaba escandalizado, no sólo porque fueran a denunciarlo públicamente de aquel modo, sino también porque Madeleine Péricourt lo había engañado.

—¿Cuánto quiere? —le dijo a André.

—Es demasiado tarde, Jules: el asunto está en manos de la justicia. Se lo cuento hoy por lealtad, y porque debo recuperar mi libertad...

—¡Le pagué para que callara!

Guilloteaux se había presentado en su casa por las buenas, sin avisar. Subió, apartó a Vladi («¿Dónde está la señora?»), abrió la puerta y se encontró con Paul, que estaba escuchando música junto a su madre.

—¡Me lo prometió! —gritó sin saludar siquiera.

—Sí, Jules —respondió Madeleine sonriendo—, y le mentí. Nunca tuve intención de cumplir mi palabra: no es usted un hombre tan escrupuloso como para poder reprochármelo.

Por el niño, Guilloteaux contuvo un insulto, que no obstante se leyó en sus labios.

Guilloteaux se puso en movimiento, echó mano de su libreta de direcciones, recurrió a amigos, conocidos, pero el escándalo estaba en marcha, ya nadie podía

hacer nada.

De todas las ofertas que le habían hecho, André Delcourt eligió *L'Évenement* porque eran tal para cual: nacionalistas y antiparlamentarios. Dio a la redacción todos los elementos de que disponía para que informaran de los detalles del asunto y él intervino en las alturas del análisis y el comentario:

BONITO EJEMPLO

Los banqueros suizos son personas muy serviciales: vienen hasta territorio francés para ayudar a nuestros conciudadanos a defraudar a Hacienda.

«¿A quién puede extrañarle que a un fisco ladrón le responda una ciudadanía evasora?», alegarán sin duda los sospechosos. No puede negarse que el contribuyente es el blanco permanente de los responsables del despilfarro republicano pero, por el amor de Dios, ¿es razonable decir que el robo no es obra de quien roba, sino del robado, que el malhechor no tiene la culpa, que a su víctima le bastaba con no llevar cartera?

La primera lista de los defraudadores, más de mil, ofrece un buen muestrario de la decadencia nacional. El caso más edificante es sin duda el de Charles Péricourt, presidente de la comisión parlamentaria encargada de la lucha contra... la evasión fiscal. No se rían. El día del entierro de su mujer, se encontraron en su coche doscientos mil francos suizos que le va a costar mucho justificar. Tal vez creyera que había que pagar el alquiler del panteón en efectivo el día del funeral... Ha sido inculpado, pero puesto en libertad. Asegura que es víctima de un complot. Un final de carrera muy poco honroso para un apellido con tanto prestigio.

Después de eso, ¿es de extrañar que el país exija instituciones más firmes, dirigentes más honrados y leyes más claras y justas? ¿Y que se reclame a alguien capaz de poner un poco de orden?

Kairós

—Aquí hay algo interesante, creo...

Madeleine volvió rápidamente la cabeza.

—Sí, un té de Ceilán, gracias, señorita. ¡No, perdone! Es un poco tarde; un agua de Vichy, por favor.

Dupré señalaba con el índice un artículo en la parte inferior de una página de *L’Intransigeant*:

EL ASESINATO DE LE RAINCY

La joven estaba embarazada de cuatro meses

Un hecho puramente accidental: la visita de un empleado de la compañía de gas al domicilio de la señorita Mathilde Archambault, de treinta y dos años, permitió hallar su cuerpo sin vida a última hora de ayer. Su fallecimiento se habría producido hace dos o tres días. La joven murió a consecuencia de numerosas puñaladas, una docena al parecer, después de haber luchado con su agresor. No se ha encontrado el arma. La víctima estaba embarazada «de entre cuatro y cinco meses», lo que hace que este crimen sea especialmente condenable.

El hecho de que la puerta no esté forzada sugiere que el asesino era un conocido de la víctima.

El asesinato en cuestión es un enigma. Tras la muerte de su padre, hace dos años, la señorita Archambault se había mudado al chalet familiar, situado al final del callejón Girardin, en Le Raincy. Los vecinos y comerciantes del barrio la describen como una joven tranquila y afirman que apenas se la había visto durante las últimas semanas.

Después de realizar las primeras comprobaciones, la policía municipal alertó

al Laboratorio Científico de París. El cuerpo de la joven fue trasladado al depósito de cadáveres para proceder a la autopsia. La escasa información que existe sobre la víctima deja a la policía en la incertidumbre sobre el resultado de la investigación, encomendada al juez Basile, de la fiscalía de París.

El hecho de que la nota se hallara en la parte inferior de la página daba idea de los pocos datos de que disponía *L'Intransigeant* y las escasas esperanzas de que aquel suceso se convirtiera en una noticia criminal jugosa, como las que cada vez interesaban más a periódicos y revistas.

Madeleine levantó la cabeza.

—Sí, tal vez... —Se sentía agobiada, contra la pared. Releyó lentamente el artículo e intentó meterse en la piel de aquella chica—. Mathilde —murmuró.

—No se me ocurre otra solución. —La vida de monje de André Delcourt los había dejado sin opciones—. Si tiene que decidirse, él...

—¡Sí, señor Dupré, ya lo sé! —Madeleine tamborileaba con los dedos sobre la mesa nerviosamente. Dupré aguardaba. El agua de Vichy estaba intacta. De todas formas, ya no le apetecía. Dobló el periódico con rabia—. Bueno..., debemos acabar con esto de una vez —dijo con voz apenas audible.

—Como usted quiera, Madeleine, pero... conviene pensarlo bien.

En vez de hacerla dudar, fue como si ese consejo la galvanizara.

—Piense en Paul, señor Dupré —respondió con una sonrisa agria que la afeaba—, verá como eso ayuda.

Su tono seguía siendo amargo. Madeleine no cedía: la tozudez familiar salía a la superficie.

Dupré se sintió acusado de indiferencia y, por tanto, de crueldad. Era injusto, porque comprendía lo que vivía Madeleine. Su sentido de la justicia no se había inmutado ni ante la caída de Gustave Joubert ni ante la de Charles Péricourt. André Delcourt no merecía mejor suerte que ellos, pero el método que iban a tener que utilizar no acababa de gustarle.

—Perdone que insista, pero tiene que estar muy segura: es una decisión impor...

—Con la que, al parecer, no está de acuerdo...

Dupré no bajó los ojos. En esos momentos, Madeleine tenía enfrente al hombre al que había conocido a principios de año: directo, impasible, pétreo.

—Podría no estarlo.

—¿Por qué motivo, señor Dupré?

—Usted me contrató para hacer un trabajo, y eso no forma parte del trato — dijo, señalando el periódico.

Para disimular, Madeleine cogió la copa de agua, le dio dos sorbos mirando a otro lado y luego volvió a posar los ojos en él.

—Si sus principios lo obligan a ello, puede usted abandonarme ahora mismo. Efectivamente, tiene razón, nuestro acuerdo no preveía... llegar a eso.

—¿Y sus principios se lo permiten?

—¡Ya lo creo, señor Dupré! —respondió Madeleine con un dejo de sinceridad que se le clavó en el corazón—. Me dictan cosas peores. —Luego añadió tristemente, casi con pesar—: Y, ¿sabe?, estoy dispuesta a hacerlas.

Dupré se encontraba ante un dilema que, en su fuero interno, ya había resuelto.

—Bien.

Madeleine siguió sentada a la mesa. Dupré la entendía, pero no estaba de acuerdo. Su relación acababa de dar un giro inesperado.

En breve dejarían de verse. Deberían haber encontrado algo que decirse, pero no se les ocurrió nada.

—Bueno, tendré que responder a la amable invitación del señor Delcourt — dijo Madeleine—. Una cena, quizá esta noche... ¿Le apetecería, señor Dupré?

—Por mí, perfecto.

Se levantó. No había más que decir. Se despidió de ella con un gesto de la cabeza y salió.

—¡Ah, señor Dupré!

—¿Sí?

—Gracias.

Madeleine se quedó un buen rato mirando la mesa, la copa, el periódico... Lo que se disponía a hacer la agotaba por adelantado. Toda su moral y todos sus escrúpulos se oponían a ello, y toda la cólera y todo el resentimiento que sentía la empujaban a hacerlo.

Cedió al rencor, como siempre.

—¡Madeleine!

Le había salido del alma. Un grito que era mitad sorpresa, mitad temor.

—¿Lo interrumpo quizá?

—¡En modo alguno!

Desde hacía algunos meses, André utilizaba ese tipo de expresiones, que le parecían esmeradas y elegantes.

Se apartó bruscamente, como si una mano le hubiera tirado del cuello de la camisa. Madeleine entró. El señor Dupré le había descrito varias veces el piso, que seguía visitando regularmente. No pudo evitar lanzar una mirada a la cómoda donde, en el segundo cajón, estaba el látigo para búfalos.

—Volvimos ayer de tomar las aguas. Pasaba por aquí y he pensado que era un buen momento para responder a su nota.

André estaba asfixiado por el cúmulo de información. Madeleine en su casa; su telegrama, tan enigmático; las consecuencias que había tenido para Gustave Joubert, antiguo apoderado del Banco Péricourt; y ahora verse así con ella, en un sitio íntimo, privado, en aquella situación ambigua que recordaba sus relaciones de antaño...

En las estanterías había tantos libros, documentos apilados y papeles amontonados que el conjunto parecía un cuadro titulado *Modesta vivienda del gran escritor André Delcourt en sus comienzos como periodista*.

—¿Está libre para cenar esta noche, mi querido André?

Esperaba que él tuviera algún compromiso: sería más fácil, pero no lo tenía.

—Pues... sí, es decir...

—Entonces no lo molesto más; ¿qué le parece a las ocho y media en Lipp?

Todo iba de mal en peor: aquella invitación, que no había podido rechazar, aquel restaurante, donde los vería juntos todo París...

—Muy bien, sí, en Lipp.

—Hace siglos que no voy por allí...

—Ah, pues entonces...

Madeleine dejó tras de sí un rastro de perfume, André abrió la ventana de par en par.

Como la vez anterior, René Delgas corrió una cortina invisible ante su cara en cuanto Madeleine entró en materia.

—Éste es el modelo de letra, el texto de la carta y el papel que debe utilizar.

Había una diferencia: esta vez llevaba gafas. «Enfermedad profesional», se dijo Madeleine. Tras echar un rápido vistazo a la carta, Delgas la dejó sobre la mesa. Abrió la boca, pero Madeleine se le adelantó:

—¿Cuál es el grado de... verosimilitud de una falsificación como esta que usted...? Quiero decir, ¿la policía...?

—Para serle sincero, la policía dispone de medios de detección cada vez más fiables, y en París no somos muchos los que producimos documentos difíciles de distinguir de los originales...

Aunque fuera de rebote, siempre acababan en el asunto del precio. Madeleine, que no había obtenido respuesta, se limitó a cruzar las manos sobre la mesa.

—En un primer momento —prosiguió Delgas— no habrá ninguna duda. La policía dará el documento por bueno, y también el juez. Los problemas empezarán mucho más tarde, cuando la defensa pida un contraperitaje; a partir de ahí, nadie sabe de qué lado puede caer la moneda.

A Madeleine le pareció un tiempo suficiente.

—Por esta carta me dará mil quinientos francos —añadió Delgas.

—¿Quiere que reiniciemos nuestro juegucito? Yo bajo trescientos francos, usted acepta, yo le pido que lo tenga para esta misma noche y usted sube trescientos francos.

—No, esta vez no: la libreta que me encargó la vez anterior no estaba bien pagada.

—¿Quiere chantajearme? ¿Es que ha cambiado de profesión?

—No, simplemente infravaloré el trabajo.

—Ése es su problema, yo le pagué el precio que me pidió.

—Desde luego, pero, como me encarga otro trabajo, no tengo más remedio que compensar un poco la pérdida anterior.

—¿Un poco?

—Mil francos. Sólo así compensaré mínimamente aquella pérdida. Por eso esta carta vale mil quinientos francos.

Madeleine se preguntó si el gasto valía la pena y la pregunta la sumió de golpe en la duda.

Delgas interpretó su silencio como un paso en falso en una negociación que no quería echar a perder.

—En compensación —dijo—, no habrá aumento por las prisas: esta noche a las once, aquí.

—Bien —aceptó Madeleine—. Esto... No llevo nada para pagar el adelanto...

Delgas hizo un gesto apaciguador con la mano.

—Somos gente de palabra.

Dupré vio subir al taxi a André Delcourt y, más que oír, adivinó que el joven daba la dirección de la Brasserie Lipp.

Siempre cabía la posibilidad de un olvido, de un regreso inesperado: lo más prudente era dejar pasar una media hora, tiempo más que suficiente para que el coche llegara al bulevar Saint-Germain.

—Me he tomado la libertad de reservar a su nombre...

André asintió. «Claro, muy bien.»

Cruzaron la sala y se sentaron a una mesa ubicada a la izquierda del gran pasillo central, donde las plantas pintadas entre los espejos de las paredes parecían brotar de las cabezas de los comensales que se reflejaban en ellos.

No era la mesa que hubiera elegido André: una ubicada en un extremo habría sido más discreta para hablar, pero Madeleine había pedido precisamente aquélla porque sería más incómoda para él. Un camarero la retiró para que ella pudiera sentarse en el banco tapizado.

—Perdone, querido André, ¿le importaría dejarme la silla? Los bancos no me van nada bien: los baños me han sentado estupendamente y no me gustaría volver a estropearme...

—Por supuesto —respondió André, que habría preferido dar la espalda al comedor, justo el motivo por el que Madeleine lo hacía sentarse de cara hacia allí.

—¿Me disculpa un momento, querida Madeleine?

Ella hizo un leve gesto. «Cómo no.»

Acto seguido, André inició un recorrido por las mesas para saludar a sus conocidos: un diputado de la oposición aquí, el director de *L'Évenement* allí y, un poco más allá, Armand Chateauvieux, un empresario que simpatizaba con las ideas fascistas, pero dudaba en participar en el lanzamiento del periódico.

A la vuelta, aprovechó para pedir una jarra de vino blanco frío.

—Es usted muy popular, querido —dijo Madeleine en tono admirativo cuando André volvió a su lado.

Él se mostró modesto. «Popular, popular...»

—¿Y ese nuevo periódico aparecerá pronto?

Sabía que era tremendamente supersticioso.

—Los rumores...

Madeleine acabó de elegir, dejó la carta sobre la mesa y cruzó las manos.

André estaba pendiente de Chateauvieux; ¿no acababa de levantar discretamente la copa en su dirección? Para corresponderle, André se limitó a parpadear. ¡Dios mío, si Chateauvieux acababa decidiéndose a participar, el éxito estaba asegurado!

—¿Perdón?

—Está usted distraído, André... El día en que cena con su vieja amiga. Eso no está bien.

—Perdone, Madeleine, lo...

Ella se echó a reír.

—¡Era broma! —Echó un vistazo por encima de su hombro y vio a Chateauvieux, cuya cara conocía por los periódicos—. Tengo la sensación de que esta noche está en juego algo importante para usted, ¿me equivoco?

El camarero acababa de llevar la jarra de vino blanco. Les sirvió. Madeleine alzó la copa.

—Porque la velada sea un éxito para los dos...

—Gracias, Madeleine, ¡salud!

En el edificio en el que vivía André había muchas viviendas. Dupré subió los cuatro pisos con sigilo. Forzar la cerradura era pan comido, ¿cuántas veces había ido ya allí? Por lo menos siete u ocho. Aquélla era su última visita.

—¿Y esos baños?

Madeleine dejó el tenedor.

—Maravillosos. Usted, que es un hombre en permanente tensión, debería probarlos, André: esa gente hace milagros.

—¿Cómo que «en tensión»? —preguntó él sonriendo.

—Sí, o al menos eso me parece. Siempre lo he conocido nervioso, incluso sombrío, pero cuando lo veo ahora, cada vez menos, reconózcalo, tengo la sensación de que está muy agobiado.

—Sí, quizá. El trabajo...

Madeleine se concentró en el marisco, con el que emprendió una lucha a brazo partido.

—En los baños, un enfermero me contó que ciertas tribus salvajes combaten el nerviosismo... con la flagelación, ¡figúrese! —Madeleine levantó la cabeza—.

Pues sí: parece ser que se azotan en la espalda hasta hacerse sangre. Qué atrocidad, ¿no le parece?

André no era idiota. Escuchó la anécdota con una frialdad inquietante, como si examinara cada palabra y la colocara en la columna de las cosas que se cobraría.

—¿Y dónde están esos baños? —preguntó con voz seca.

—En Bagnoles-de-l'Orne. Si quiere le doy la dirección.

La indecisión se prolongó. ¿El comentario sobre la flagelación podía ser pura casualidad? A André no se le ocurría otra explicación, pero ahora estaba en guardia.

—He leído su artículo sobre mi tío...

André no percibió ningún tono de reproche; menos mal, porque tener que defenderse habría sido desagradable.

—Ya, lo siento.

—Yo también lo siento por el pobre Charles. Le habían encomendado una misión muy noble y resulta que se hunde por un asunto de lo más feo...

André notaba, en su voz, un dejo cortante que no le conocía, y un brillo inquietante en la mirada. ¿Por qué había ido a verlo? En su mente se había insinuado una duda que no conseguía traducir en palabras.

—Fue usted muy severo con mi pobre tío, André, pero lo entiendo: usted hace su trabajo. Y, después de todo, él se lo buscó.

André decidió volver al tema de la velada para comprobar si era una excusa:

—Le agradecí mucho esa información sobre Léonce Joubert que me facilitó...

Madeleine dejó los cubiertos en la mesa.

—¿Quién podía imaginar algo así de Gustave Joubert! Usted mismo, en sus crónicas, ¿cuántas veces le deseó todo el éxito posible? ¡Qué proyecto tan apasionante! Y, no contento con causar una quiebra, se va a vender sus ideas a nuestros enemigos jurados. Realmente, ¿hay alguien en quien podamos confiar, André?

—Pero usted, Madeleine...

—¿Sí?

—¿De quién obtuvo una información tan... confidencial?

—Mi querido André, por desgracia no estoy autorizada a decírselo. ¿Cómo llaman ustedes a eso en su jerga? ¡La confidencialidad de las fuentes! Lo supe por alguien que se vería en un gran aprieto si le diera su nombre... Esa persona

ha prestado un servicio inestimable a Francia y no se merece que la señalen con el dedo, ¿no cree?

«Perversa»: ésa era la palabra. Madeleine tenía una forma perversa de llevar la conversación, de insinuar, y ahora de negarse a responder echando mano de un argumento que él mismo habría podido emplear. André retrocedió imperceptiblemente en la silla. Se le había ido el apetito, sentía que no controlaba la situación.

Dupré fue a la cocina, un sitio minúsculo en el que Delcourt nunca preparaba nada. Su comida principal era la cena, porque lo invitaban muy a menudo; el resto del tiempo comiscaba lo que guardaba en la pequeña fresquera: un cajón fijado a la pared bajo la ventana que daba al exterior. Dupré buscó cacharros, pero sólo encontró tazas, cucharas y dos platos, todo muy limpio, eso sí.

—Hay que ver el camino que ha recorrido... —Madeleine había retrocedido a su vez y miraba a André como si fuera un cuadro del que estaba especialmente orgullosa—. Aún me acuerdo del principiante al que presenté a Jules Guilloteaux...

De todos los temas de conversación, el que menos estaba dispuesto a soportar André era el de su pasado común, pero el nombre que acababa de surgir había disparado una alarma: después de Charles Péricourt y Gustave Joubert, Jules Guilloteaux...

Hizo un cálculo rápido: su artículo aparecería al día siguiente, así que ya no importaba mantener el secreto. En esa situación, era lógico que él le dijera lo que sabía; si no, ella podría reprochárselo: «¿Cómo, lo sabía y no me dijo nada?»

—El señor Guilloteaux va a enfrentarse a graves problemas...

Madeleine lo miró con los ojos muy abiertos, tremendamente interesada.

—Su nombre aparece en la misma lista que el de su tío, también él va a estar en la mira de la Justicia.

—¿Jules Guilloteaux? ¿Hablamos del mismo hombre? —En su voz, otra vez aquel dejo que contradecía sus palabras, como si fingiera sorpresa ante una información que ya tenía—. ¿Y cómo lo sabe, André? ¡Huy, perdone! Otra vez la confidencialidad de las fuentes...

¿Era razonable decirle que lo sabía por una carta anónima?

Tuvo la certeza de que, a través de su tío o de Jules Guilloteaux, Madeleine le estaba hablando de otra cosa. Tras la fingida ingenuidad de sus reacciones,

¿qué quería decirle en realidad?

—Yo pasaré al postre directamente, André, ¿y usted?

En la mesa de trabajo, Dupré cogió un vaso con el pañuelo y lo miró al trasluz antes de meterlo en la bolsa azul marino. A continuación, abrió el segundo cajón de la cómoda e introdujo el látigo para búfalos en la bolsa de la compra que se había llevado.

Luego se fue como había llegado, cerrando con cuidado la puerta tras él.

Madeleine se terminó el sorbete y se limpió con delicadeza las comisuras de los labios.

—Aprovechando que está aquí, me gustaría pedirle un consejo, André.

—No soy muy aficionado a dar consejos...

—Si no se le puede pedir opinión a un futuro director de periódico, ¿a quién entonces?

¿No había alzado un poco Madeleine la voz al decir esas palabras?

—Es sobre Paul.

El nombre lo dejó helado. Estaba seguro, completamente seguro de que el resto de los nombres que habían surgido a lo largo de la noche sólo tenían una función: llevar a aquél. Palideció.

—Figúrese que, después de aquel triste día en que vino usted a vernos... Paul se despertó sobresaltado de una horrible pesadilla. La cosa es que no sólo ha seguido teniendo esa clase de sueños a menudo (¡anoche mismo!), sino que, además, he caído en la cuenta de que empezó a tenerlos mucho antes, aunque no sabría decir cuándo. ¿Lo advirtió usted cuando vivía en ca...; vaya, cuando estaba con nosotros?

André tenía un nudo en la garganta. ¿Qué iba a pasar? Las pesadillas de Paul... Qué lejos quedaban aquellos años... ¿Podía reprocharse algo a estas alturas? ¿Qué edad tenía el chico ahora? ¿De qué servía recordar unos tiempos tan lejanos?

—No soy el más indicado para..., quiero decir que yo...

—Se lo pregunto, André, porque usted conocía bien a Paul. —Madeleine sonreía abiertamente y lo miraba a la cara—. Era su profesor particular, nadie lo conocía tan íntimamente como usted. —Entre frase y frase hacía una pausa apenas perceptible—. Lo quería mucho, se ocupó de él con un cuidado admirable, desinteresado, por eso le pido su opinión, pero si no la tiene, qué le

vamos a hacer: eso no me impedirá decirle, puesto que ahora tenemos que despedirnos (gracias por esta encantadora velada), que sé todo lo que usted fue para mi hijo. Todo lo que hizo por él. Y quería asegurarle —añadió, cogiéndole la muñeca con suavidad, como si aún fueran amantes— que no permitiré que esas buenas acciones caigan en el olvido.

Dupré cogió un taxi hasta el ayuntamiento de Le Raincy y continuó a pie, pero la niebla no facilitaba la orientación. Se veía aceptablemente bien hasta unos cuarenta metros, pero más allá los contornos se volvían borrosos. Según el artículo, los agentes de la científica visitarían el escenario del crimen a primera hora de la mañana siguiente, y era poco probable que la policía de Le Raincy pudiera permitirse dejar a alguien de guardia toda la noche delante y detrás de la casa, como no tardó en comprobar.

El chalet, una construcción de piedra moleña con una marquesina por encima de los cuatro peldaños de la entrada, había sido profusamente precintado. Un aviso municipal prohibía la entrada so pena de prisión. Dupré trepó ágilmente por la verja y rodeó el edificio hasta el jardín posterior. En aquel lado también había precintos. Observó detenidamente el piso superior y eligió una claraboya. Entró en el cobertizo, sacó una escalera de mano, se subió y, de puntillas, intentó forzar la ventana redonda con ayuda de una varilla flexible. Dos veces estuvo a punto de caerse de la escalera, pero el pestillo acabó cediendo con un chasquido seco. Dupré volvió a guardar las herramientas en la bolsa, se la echó a la espalda y se aupó a pulso hasta el borde de la ventana.

Aterrizó de pie sobre las baldosas de un lavabo. Por precaución se quedó unos segundos escuchando, luego se quitó los zapatos, se puso los guantes y empezó a recorrer el chalet.

Los dos dormitorios olían a cerrado, a humedad. Nadie los ocupaba, pero todos los cajones habían sido abiertos y registrados. En el suelo del pasillo había un rastro de sangre seca que evitó con cuidado.

En la habitación de la víctima había habido lucha: la mesilla de noche estaba volcada y la lámpara de sobremesa hecha añicos en el suelo. ¿Había corrido el asesino tras la chica con el cuchillo de cocina? ¿Había intentado ella escapar lanzándole a la cara todo lo que encontraba a su paso? ¿Estaba ya herida?

Los cajones habían sido vaciados, los vestidos y la ropa interior de los armarios estaban revueltos. En el cuartito de aseo no había jabón de afeitarse, piedra de alumbre ni navaja. En el revoltijo de un cajón volcado, Dupré dejó la

estilográfica usada y el viejo frasco de tinta que llevaba en el bolso azul, luego fue al armario y colgó una bata en uno de cuyos bolsillos metió un papel hecho una bola.

Encendió la linterna, se acercó a la cómoda, iluminó oblicuamente el tablero superior y examinó la superficie. Se apreciaban los rastros de un paño: era una buena señal, el fulano lo había limpiado todo antes de irse, no tendría que hacerlo él. Comprobó el pomo de la puerta: impecable. Volvió a la habitación de Mathilde, sacó un vaso del bolso, lo hizo rodar despacio bajo la cama y volvió a la planta baja evitando pisar los manchones de sangre, más grandes conforme bajaba los peldaños.

En el salón se veía claramente el sitio donde la policía había encontrado el cuerpo. Se arrodilló y examinó el parquet. Huellas, pero no del asesino. Un individuo que se toma su tiempo para limpiar sus huellas no comete el burdo error de pisar la sangre de su víctima. No, eran de los policías. Los periódicos estaban hartos de decir que lo último que había que hacer en el escenario de un crimen era tocar nada, pero no había manera. Pasaba como en todas partes, ¡que se las apañaran los de la científica! En las comisarías no les tenían demasiado cariño: aquellas ratas de laboratorio que daban lecciones a los polis de verdad que se pasaban la vida sobre el terreno. Cómo se notaba que no eran ellos los que tenían que interrogar a los criminales. Para eso se necesitaban policías de pelo en pecho, que no hacían su trabajo con pinzas de depilar, pinceles de pelo de camello y microscopios...

Una puerta llevaba al sótano. A lo largo de la pared, cajas de madera con herramientas y quincalla. Una estaba vacía. Dupré abrió la bolsa, sacó la otra, que contenía el látigo para búfalos, y lo arrojó dentro. Volvió a subir y comprobó la limpieza: la mesa, impoluta; los respaldos de las sillas, igual; la parte inferior del aparador, lo mismo; las puertas de los armarios, impecables.

Volvió a subir de puntillas al primer piso. La cama era de hierro, un modelo muy corriente: una bola remataba cada una de las cuatro patas. Desenroscó una, enrolló la carta que le había entregado Delgas, la introdujo en la pata y volvió a colocar la bola. Se quedó dudando. ¿La enroscaba del todo o no? Sí, hasta el tope, como habría hecho la propia Mathilde, pero no muy fuerte.

Se puso de nuevo los zapatos, volvió a salir por la claraboya y cerró la hoja de golpe. Con la varilla flexible, consiguió que la falleba diera un cuarto de vuelta, con eso bastaría. Un vistazo al reloj: las cuatro pasadas.

Los primeros trabajadores saldrían de casa en una hora.

Había llegado el momento de irse.

Al final de la mañana, cuando llegó Basile, el juez de instrucción, el chalet era un hervidero. Individuo corpulento, metido en carnes pero fuerte, de rostro expresivo y ojos vivos, exigía respuestas rápidas a las preguntas que hacía. Tenía fama de juez incómodo y un palmarés con un número impresionante de detenciones, más de una condena a muerte y ocho a trabajos forzados y cadena perpetua: fama de hombre eficaz.

Sobre el terreno, los técnicos habían descubierto dos juegos de huellas diferentes.

Luego lo acompañaron al jardín, donde habían desenterrado el cadáver de un feto de unos seis meses.

—Su estado hace pensar que los hechos se remontan a un año y medio atrás.

—Y eso no es todo...

El policía estaba de mal humor, y con razón.

El juez se inclinó y leyó sin tocarla una carta desplegada sobre la mesa.

—¿Dónde la han encontrado?

—En el armario de la señorita, en el bolsillo de una bata de hombre.

Un asunto muy desagradable.

El juez prefirió consultar a sus superiores.

—¡Dios santo! ¡Amigo Basile, hay que tratar este asunto con la máxima discreción!

Nada de escándalos, nada de filtraciones, nada de declaraciones que luego haya que desmentir. El juez comprendió que tendría que apañárselas solo y obtener resultados sin hacer ruido, sin comprometer a nadie salvo a sí mismo, lo que, en caso de que fracasara, no le ganaría ninguna compasión.

La presencia de los dos juegos de huellas distintos complicaba las cosas, pero uno de ellos, presente en cuatro sitios, tenía el favor del juez porque, a diferencia del otro, estaba apoyado por varias pruebas de cargo.

Tras pensárselo bien, el juez decidió facilitar a los periódicos únicamente información parcial y sortear el primer obstáculo:

Una carta escrita con letra masculina y hallada en una de las patas de la cama de la víctima confirma la hipótesis de un asesinato desencadenado por la negativa de la joven a someterse a un nuevo aborto. En esa misiva, que Mathilde Archambault escondió ante la

posibilidad, que quizá presentía, de que el desacuerdo desembocara en tragedia, el presunto asesino le pide que no tenga al niño, suplicándole, amenazándola y apelando a su sensatez. Según los investigadores, la carta no está mal escrita y muestra a un individuo con cierta cultura que, sin embargo, no retrocede ante el plagio, pues emplea, palabra por palabra, unas frases del conocido periodista André Delcourt publicadas en el *Soir de Paris* el pasado agosto, que dicen así: «El amor, que prevalece sobre todo, sobre el azar, sobre el destino, sobre el infortunio... El amor, que es el bien más sagrado de todas las criaturas de Dios.»

En París, los primeros periódicos salían a la venta casi al amanecer, pero André no los hojeaba hasta última hora de la mañana: consideraba que una vida estrictamente ordenada era una garantía de longevidad; más aún, el signo de una personalidad bien construida. Recordaba a menudo la anécdota según la cual el mismo Kant sólo se habría saltado su paseo matutino al enterarse del estallido de la Revolución francesa. (Delcourt, Kant, el lector apreciará las similitudes...)

—¿Cómo que un plagiarlo?

Estaba en la portada de *Le Matin*: «El asesino plagia a un célebre cronista.» También recogía la información *Le Petit Journal*: «En una carta a su víctima, el asesino copia una crónica de Kairós.»

—Mire, lea —le dijo el kiosquero.

¡Verse asociado con un crimen tan espantoso a unas semanas del lanzamiento de su periódico!

¿Por qué no lo habían llamado de la redacción de *L'Évenement*, lógicamente informada, como las demás? Se dirigió al periódico sin ni siquiera volver a subir a casa.

El director no estaba en París, pero había un telegrama esperándolo: «Mala publicidad stop Hágala cesar o no respondo de nada stop Montet-Bouxa.»

Pero ¿qué hacía? ¿A quién llamaba? ¡Ya estaba en los periódicos! Un desmentido en la prensa vespertina: eso era lo que tenía que conseguir.

Y ese director, que no llegaba.

Quien sí llegó fue la policía.

El suceso había cruzado las fronteras de Le Raincy, llegado a la capital y subido de categoría. Mientras tanto, el juez había designado comisario encargado del caso a un tal Fichet. El lector ya lo conoce: era el comisario que había

investigado el robo en casa de Gustave Joubert, un individuo avejentado, arrugado y encorvado que llevaba un sobretodo beige y olía a humo de puro.

—Pero... ¿qué tiene que ver ese asunto conmigo?

—¡Nada, absolutamente nada, señor Delcourt! Por eso he venido a verlo. Si me confirma que no conocía a Mathilde Archambault...

—¡Se lo confirmo totalmente!

André miró a derecha e izquierda.

—Acompáñeme.

Estaban en un pasillo muy concurrido de la redacción. A todo el que pasaba y oía algo le faltaba tiempo para ir a contarlo. André sabía lo bastante sobre periodismo como para desconfiar. Llevó al comisario a su despacho. El policía no se quitó el sobretodo: no quería molestarlo, sólo se quedaría un minuto.

—¡Es una historia del todo absurda! —aseguró André—. Si basta con que alguien copie una de tus frases antes de cometer un asesinato para que la policía se presente en tu periódico... Además, ¿por qué me interrogan?

La mueca de Fichet expresaba con claridad que ése precisamente era el problema.

—Debo reconocer, señor Delcourt, que no hay ningún motivo... Es, cómo decirlo, una «precaución metodológica». El asesino puede ser cualquiera, ¿comprende?

André se quedó horrorizado.

—Entonces ¿podría ser yo? ¿Soy... sospechoso?

La secretaria llegó con una bandeja con cafés, como hacía con las visitas de la mañana. Se callaron hasta que se fue. André estaba aterrorizado, tenía la cara blanca como la pared y le temblaban las manos. Al volver a posarse en el platillo, su taza hizo un ruido terrible. El comisario Fichet, que había tenido enfrente a muchos culpables, habría apostado lo que fuera a que aquel hombre no tenía absolutamente nada que ver con el asesinato: hay reacciones que no se pueden fingir. Pero tenía que acabar su tarea.

—Alguien dejó una carta en la que cita frases tuyas. Póngase en nuestro lugar, ¿qué podemos pensar? Debemos hacer todo lo posible para que usted quede inmediatamente libre de toda sospecha.

—Muy bien, adelante, acabemos de una vez —respondió André con la voz enronquecida por la angustia—. ¿Qué quiere saber?

Pese a su confusión, acababa de decirse que si la policía lo exculpaba inmediatamente, los periódicos de la tarde publicarían la información y asunto

concluido.

—Entonces, no conocía en absoluto a esa persona.

—En absoluto.

—Vivía en Le Raincy.

—No he estado allí en mi vida.

—El presunto asesino dejó una carta manuscrita. —El comisario se rascaba la cabeza con el lápiz, pensativo—. Mire, señor Delcourt, a mi modo de ver, para acabar cuanto antes lo mejor sería que nos facilitara una muestra de su letra.

André se quedó helado. Estaba clavado a la silla sin poder moverse.

—Una simple comparación visual y listos, no se hablará más del asunto. Pero no está obligado, depende de usted.

El cerebro de André funcionaba al ralentí.

—¿Qué tengo que escribir?

Se había acercado al escritorio y había cogido la estilográfica. Con gesto mecánico, sacó una hoja de papel, pero estaba tan azorado que no sabía qué más hacer.

—Lo que usted quiera, señor Delcourt, eso es lo de menos.

André miraba la hoja en blanco. Tenía la espantosa sensación de que trazar una simple palabra equivaldría a redactar una confesión, era horrible. «No tengo nada que ver con ese asunto —escribió— y exijo que la policía informe de ello a los periódicos de inmediato.»

—¿Puede firmar también, por favor?

André lo hizo.

—Bueno, me voy. Gracias por su cooperación, señor Delcourt.

—Publicarán la información enseguida, ¿verdad?

—¡Sí, sí, por supuesto! —El comisario miró la hoja con satisfacción, la plegó cuidadosamente dos veces y se la guardó en el bolsillo interior del sobretodo—. ¡Ah, sí! Una cosa más...

André se quedó paralizado. ¡Qué situación tan estresante...! Fichet miraba por la ventana y, absorto en sus pensamientos, se rascaba la barbilla, pero no se decidía a hablar. André lo habría abofeteado.

—Las huellas...

—¿Qué huellas?

—No quiero aburrirlo con detalles demasiado técnicos, pero la comparación caligráfica no es un método totalmente científico. Es «empírico», como decimos

en nuestra jerga, mientras que las huellas..., ¡las huellas van a misa!

André entendía la explicación, pero no acababa de ver adónde quería ir a parar. Ya le había dado una muestra de su letra... ¡Ahora lo entendía! ¿Querían... sus huellas?

—¿Qué me está pidiendo exactamente?

—Bueno, tras comparar su letra con la de la carta encontrada en el lugar de autos, si todo el mundo está de acuerdo en que no se parecen, el juez se lo comunicará a los periódicos y asunto concluido en lo que a usted respecta. Pero suponga que alguien duda, que dice «Yo no estoy demasiado seguro, no pondría la mano en el fuego...». ¡Bueno, en ese caso, ya me tiene otra vez en su despacho en un par de horas! Mientras que si me voy de aquí con sus huellas, en cuanto el laboratorio las compare con las que se recogieron en la casa, el resultado se hará público y sanseacabó, porque se trata de algo científico, ¿comprende?

Veinte minutos más tarde, el comisario abandonaba la redacción de *L'Évenement* con las huellas dactilares de André Delcourt.

André estaba hundido.

Fichet le había cogido el índice con una fuerza increíble y, sin avisarlo, le había aplastado la yema contra el papel haciéndola rodar de derecha a izquierda, y después había repetido la operación con el corazón y el pulgar. André se miraba los dedos negros de tinta. Con la muestra de su letra se había imaginado sospechoso, con las huellas se veía culpable...

Se había dejado avasallar por aquel policía...

Debería haber pedido un abogado. Salió del despacho y bajó a estirar las piernas. ¡Venga, había que conservar la calma! Después de todo, su letra y sus huellas lo exculparían definitivamente.

Lo que necesitaba era que la información se publicara cuanto antes.

Dudó en llamar a Montet-Bouxa. No, lo haría en cuanto tuviera el desmentido en la mano.

Su decisión se fortalecía a medida que avanzaba por el bulevar a grandes zancadas. Se notaba que aquellos funcionarios tenían buena voluntad, pero aquello amenazaba con alargarse, cuando lo que menos le sobraba a él era tiempo: había que acelerar las cosas.

Por primera vez en su vida se disponía a hacer lo que siempre había conseguido evitar: pedir un favor, una intercesión. Pero el tiempo corría. Cogió un taxi, se presentó en el Ministerio de Justicia y preguntó por el jefe de

gabinete.

—Tiene toda la razón, mi querido André. No vamos a quedarnos de brazos cruzados. Yo mismo llamaré al juez de instrucción. ¿Cuánto hace que ha ido a verlo ese policía?

—Una hora.

—Es más de lo que se necesita para comparar dos huellas, se lo garantizo. A mediodía a más tardar habrá acabado todo. Exigiré un comunicado del ministerio esta misma tarde.

—Gracias, mi querido amigo, al menos usted comprende la situación...

—¡Totalmente! De hecho, entre usted y yo, no veo justificado que hayan ido a molestarlo de esa manera: ser citado o plagiado no es un delito, que yo sepa.

Era a finales de septiembre y hacía un tiempo bastante agradable. La niebla de los últimos días se había disipado por completo. El bulevar disfrutaba del último calor del verano. Los árboles se deshojaban perezosamente. André se sentía aliviado.

El desmentido se publicaría a primera hora de la tarde; a las dos, quizá a las tres.

Entró en una oficina de correos y pidió una llamada telefónica.

—Es un asunto muy molesto —dijo Montet-Bouhal.

—Habrá un comunicado dentro de dos horas, me lo ha garantizado el ministro.

—Bueno, ya veremos.

—Pero ¡si la víctima soy yo!

—Ya lo sé, pero... Es una cuestión de imagen, ¿comprende? Bueno, hágame llegar el comunicado del ministerio en cuanto salga, ¿de acuerdo?

La conversación había vuelto a alarmarlo, ¿era ya una batalla perdida? No podía creerlo.

¿Qué tenía que hacer?

Nada, esperar.

De vuelta en su casa, donde lo había dejado todo de cualquier manera, pensó en la cantidad de cosas que le habían pasado esa mañana. Estaba muy abatido; se culpaba por no haber hecho algo más, aunque no sabía qué.

No tenía hambre.

Se quitó la camisa, sentía ganas de llorar.

Antes de arrodillarse en mitad del despacho, abrió el cajón.

El corazón le dio un vuelco: el látigo había desaparecido.

43

Llamaron a la puerta.

André, sobrecogido por el descubrimiento, tomó la camisa a toda prisa y se la puso. ¿Quién podía llamar de ese modo? ¿Qué hora era? Estaba desorientado, los botones se le escapaban de los dedos, le vino un escalofrío que lo sacudió de pies a cabeza y lo dejó aterido. Más golpecitos.

—¿Quién es?

Oyó el eco de su propia voz, que parecía salir de una cueva, mezclado con otra.

—¡Soy yo, señor Delcourt, el comisario Fichet!

André se volvió hacia el cajón. Estaba seguro de que nunca había guardado el látigo en ningún otro sitio...

—Tengo un papel para usted.

¡Dios mío, el desmentido de la policía! Estaba salvado. Se abalanzó sobre la puerta.

—¿Me lo da?

—Tenga.

Era un documento oficial. André no conseguía leerlo: podrían haber simplificado. Artículo 122 del Código Penal, juez de instrucción Basile. Buscaba el texto del comunicado, pero no lo encontraba.

—¿Dónde está?

—Aquí —dijo Fichet señalando con el índice el centro de la hoja—. Es una orden de comparecencia. El juez quiere verlo, acompañeme.

No conseguía ordenar sus ideas. Empezó a hacer preguntas: «¿Por qué quiere verme? ¿Se ha publicado ya el desmentido? ¿Hay algún problema?» El comisario Fichet miraba por la ventanilla y no contestaba, como si estuviera

sordo o solo en el coche.

Estaba sentado en un pasillo, en un banco de madera. Funcionarios que pasaban, ocupados. Le habían dicho que se sentara, que irían a buscarlo, pero no aparecía nadie. Lo trataban como a uno más. Intentó calmar los latidos de su corazón, tan fuertes que le provocaban náuseas. Había exigido un desmentido de la policía y ahora querían hacérselo pagar. A la administración no le gustaba recibir órdenes.

Pero el látigo... Era un enigma que no conseguía resolver. ¿Cuándo lo había utilizado por última vez? La semana anterior, al volver de la place Bertrand.

Se quedó parado.

«Ciertas tribus salvajes... con la flagelación... Qué atrocidad, ¿no le parece?»

Consiguió contener el vómito por muy poco, pero algo se le quedó en la garganta. Le habría gustado escupir. Buscó con la mirada a alguien. Nadie.

¿Podía moverse? Al final del pasillo había un agente de uniforme. ¿Podía ir al servicio? Levantó la mano, como en el colegio. Desde donde estaba, el policía negó con la cabeza. André tragó saliva con sabor a vómito.

La puerta se abrió y apareció un ujier.

—Si es tan amable de acompañarme, señor Delcourt...

André entró en el despacho del juez, que no se dignó levantarse para recibirlo. André se volvió bruscamente hacia la puerta: estaba cerrada.

—Siéntese —le dijo el juez sin saludarlo.

Allí André Delcourt no era nadie, estaba tremendamente asustado.

Miró a su derecha: la ventana estaba un poco entreabierta, le dieron ganas de arrojarla por ella.

Por fin, el juez dejó las gafas sobre la mesa.

—No voy a andarme con rodeos, señor Delcourt. Es usted sospechoso del asesinato de la señorita Mathilde Archambault, ocurrido...

—Eso es impos...

El juez pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Cállese! De momento, quien habla soy yo. Usted límitese a contestar cuando le pregunte, ¿entendido? —Y sin esperar la respuesta, prosiguió—: Del asesinato de la señorita Mathilde Archambault, ocurrido entre las diecinueve horas del veintitrés de septiembre y las seis de la mañana del día siguiente.

—¿Qué día fue el veintitrés?

—El pasado sábado.

—¡Ah, cené en casa de la señora de Fontanges! ¡Éramos veinte! No pude ser yo, ¡tengo testigos!

—¿La cena se prolongó hasta las seis de la mañana?

—Pues...

—¿Es ésta su letra? —le preguntó el juez tendiéndole una carta.

Amor mío:

Era su letra.

Pronto, lo sabes bien, podremos vivir nuestra pasión. Soy consciente de lo mucho que has sufrido.

Era su letra, pero no él: él nunca había escrito aquello.

Pero hoy estamos al fin ante la última prueba. Te ruego una vez más que cedas a mi petición, que no impongas a nuestra pasión, tan pura y plena, algo que va a condenarla.

Y, sin embargo, el papel era el suyo.

Sabes perfectamente que, en cuestión de meses, de semanas quizá, podremos gritarle al mundo que nada volverá a separarnos jamás.

Él nunca habría escrito algo así, tan torpe, tan vulgar... No, nunca: no podía ser él.

No me obligues, querida mía, corazón mío, a insistir más... Conoces mi determinación, como conoces mi amor.

A André le costaba horrores concentrarse en lo que leía. Las manos volvían a temblarle.

Ten, como yo, confianza en el amor, que prevalece sobre todo, sobre el azar, sobre el destino, sobre el infortunio... El amor, que es el bien más sagrado de todas las criaturas de Dios.

Tuyo,

—Esta carta no es mía.

—¿Este papel es suyo?

—¡Es mío y es de todo el mundo! ¡Lo puede comprar cualquiera!

—¿Es el mismo que éste?

El juez le tendió una hoja parecida a la anterior, en la que reconoció su letra sin posibilidad de duda:

Mi querido Maestro:

Mi respetuosa gestión ante usted

Me permito escribirle

Como sin duda sabe, por nuestro común amigo común

Mi gestión ante usted,

—¿Esta carta es suya?

—Pero ¿de dónde la ha sacado?

—Apareció en un bolsillo de una bata de hombre.

El juez se levantó, dio dos pasos hasta una mesa situada a su izquierda y, de lejos, le mostró una bata que André conocía perfectamente.

—¡La tiré a la basura hace dos meses!

—En tal caso, ¿cómo explica usted que estuviera en el chalet de la señorita Archambault? También encontramos esto: una estilográfica, y esto: un tintero.

—Pero... ¡pueden ser de cualquiera!

—Con sus huellas en ellos me sorprendería mucho.

—¡Los han robado! ¡En mi casa! ¡Alguien entró en ella en mi ausencia y los robó!

—¿Puso denuncia? ¿En qué fecha?

André se quedó parado.

—¡Es un complot, señor juez, y sé quién lo ha organizado!

—Sus huellas también estaban en un vaso hallado bajo la cama de la víctima.

—Es un complot para... El martes por la noche, en la Brasse...

Se calló de golpe. Ahora el juez le estaba enseñando el látigo.

—En este objeto encontramos restos de sangre. El grupo sanguíneo no es el de la víctima. ¿Podría ser el suyo? Sin duda, un examen médico permitirá comprobar si el usuario es usted...

A la acusación de asesinato se le añadía ahora un matiz infamante.

Era una estupidez, pero a André le daba más vergüenza el látigo que todas las cosas que le atribuían. Movía la cabeza de derecha a izquierda: «No, no es mío...»

—Su papel, su letra, sus huellas dactilares en cuatro objetos, su grupo sanguíneo con toda certeza... Lo acuso del asesinato de Mathilde Archambault, sin perjuicio de otros cargos, incluido infanticidio, que pudieran imputársele.

44

Madeleine bebía agua de Seltz. Dupré, por su parte, se había tomado lentamente un café. Llevaban allí más de una hora, con los ojos clavados en la gran escalinata del Palacio de Justicia.

La luz empezaba a menguar.

Las seis en la Torre del Reloj.

—Ahí están —dijo Dupré.

Madeleine se levantó a toda prisa y salió a la acera.

Al otro lado de la calle, acompañado por dos policías de uniforme, André Delcourt bajaba los escalones en dirección a un furgón que tenía las puertas abiertas. Parecía azorado y abatido, y avanzaba pesadamente con la espalda encorvada.

La vio. Se detuvo en seco.

Su boca se entreabrió.

—Vamos... —dijo un policía empujándolo al interior del vehículo—. Abreviemos.

La escena no duró ni un minuto. El furgón empezó a alejarse. Cuando desapareció, Madeleine se sintió terriblemente vieja.

¿Era arrepentimiento? No, no lo sentía. ¿Por qué lloraba? No lo sabía.

—¿Puedo hacer...?

—No, señor Dupré, nada, gracias. Soy yo, es... —Se volvió para secarse los ojos y sonarse—. ¡Bueno! —dijo para serenarse, intentó sonreír—. Bueno, señor Dupré...

—¿Sí?

—Creo que ya podemos decir que hemos acabado...

—Sí, creo que sí.

—¿Le he dado las gracias lo suficiente, señor Dupré?

La pregunta hizo reflexionar a Dupré unos instantes. Había pensado muchas veces en ese momento, en ese final, pero no estaba preparado.

—Creo que sí, Madeleine.

—¿Qué hará ahora? ¿Buscar trabajo?

—Sí. Algo más... tranquilo.

Se sonrieron.

El señor Dupré se levantó.

Madeleine le tendió la mano, él se la estrechó.

—Gracias, señor Dupré.

A él le hubiera gustado responder algo amable, pero era evidente que no se le ocurría nada.

Al salir, se detuvo un momento en la barra para pagar las bebidas, luego se fue sin mirar atrás.

Cuando el taxi dejó a Madeleine ante la verja eran las siete. Alzó los ojos hacia el letrero y luego cruzó lentamente el aparcamiento, subió los escalones de cemento y empujó la puerta.

A pesar de las grandes mesas, los tanques, los alambiques, las cubetas y las probetas, el taller del Pré-Saint-Gervais era tan grande que casi parecía abandonado.

Todo el mundo iba en mono: Vladi, Paul, el señor Brodsky... y todos llevaban el pelo cubierto con un gorro de tela: el farmacéutico había insistido en ello.

Reinaba un ambiente en el que el aroma del árbol del té desaparecía bajo otros olores que recordaban la cola, la trementina o la grasa caliente.

Costaba creer que lo que elaboraban allí fuera un producto que sería agradable de oler.

—¡Ah, ma... má! ¡Qué ra... raro, ve... verte por aquí!

—A partir de ahora vendré más. Pero, oye, ¡cuánto ha cambiado esto en poco tiempo!

Quería saberlo todo, y Paul no le ahorró ninguna explicación sobre la cadena de fabricación. Mientras tanto, Vladi y el señor Brodsky hablaban en alemán.

—Qué interesante... —decía Madeleine.

Paul se detuvo.

—¿Es... estás bien, ma... má?

—No demasiado, cariño. Creo que me voy a casa.

—¿Qué...?

—Nada en absoluto, créeme. Una pequeña indisposición, sólo eso. Creo que me acostaré temprano. Mañana se me habrá pasado.

Se despidió de todos y le dio un beso a Paul.

Bajó los escalones. Se sentía frágil, tenía como un peso en el pecho. Ya sólo le quedaba contemplar el solar en ruinas en el que tendría que vivir a partir de ahora.

Levantó la cabeza.

En el patio había un coche con el motor en marcha.

Al llegar junto a la puerta del conductor, se agachó para mirar a través del cristal.

—He pensado que podría llevarla a casa, Madeleine. Es tarde.

Ella esbozó una leve sonrisa y subió al coche.

—Sí, tiene razón, es más prudente volver en coche. Gracias, señor Dupré.

EPÍLOGO

El proyecto de un gran periódico fascista, frustrado por la detención de André, no cuajó.

La instrucción del caso Delcourt, amenizada por una batalla de expertos en grafología, duró más de dieciocho meses, tras los cuales la sala de lo penal de la audiencia de París (ante la que los peritos reanudaron las hostilidades) condenó a André a quince años de prisión.

El 23 de enero de 1936, Madeleine se llevó un enorme disgusto al enterarse de la detención, por agresión en estado de embriaguez, de un tal Gilles Palisset, cuyas huellas dactilares coincidían exactamente con las encontradas en el domicilio de Mathilde Archambault.

Empleado del Crédito Municipal, mitómano y pervertido, Palisset, que vivía con sus padres, se avino rápidamente a confesar y se declaró culpable de los abortos y del asesinato de la joven. Se llegó a la conclusión de que Mathilde Archambault había tenido dos amantes: Delcourt, que había dejado demasiadas huellas en el lugar de autos como para que pudiera dudarse de ello, y Palisset, que había acabado matándola. Lejos de clamar contra el error judicial, la prensa elogió la solvencia científica y la eficacia del laboratorio de la policía.

Delcourt fue liberado de inmediato.

Madeleine siguió el epílogo del caso con una rabia que el señor Dupré era incapaz de apaciguar.

Menos de un mes después de su liberación, la muerte de André Delcourt provocó un alud de conjeturas.

El 20 de febrero de 1936, su cuerpo desnudo apareció atado de pies y manos a las patas de su cama. El informe de la autopsia reveló que había ingerido una gran dosis de un somnífero de uso corriente en la época, pero que su

fallecimiento se debía a las lesiones causadas por la enorme cantidad de cal viva que le habían vertido en la entrepierna. Sin duda, tuvo una muerte larga y dolorosa.

Las circunstancias exactas de esa muerte nunca llegaron a esclarecerse.

Las peripecias judiciales de Gustave Joubert fueron bastante más complejas. En esa época, el cargo de alta traición era un concepto bastante vago, más útil para la proclamación patriótica que para un tribunal de justicia; su invocación debía mucho a la tensión con Alemania. Unos, llenos de desconfianza hacia el régimen nazi, reclamaban un castigo ejemplar que pusiera de manifiesto la determinación de Francia; los otros, que consideraban preferible contemporizar con un Tercer Reich cuya belicosidad era puro espaviento, defendían la liberación sin más como muestra de buena voluntad.

La extraordinaria relevancia de Joubert dio al asunto una importancia muy especial y galvanizó el debate, que pronto degeneró en el caos.

La larga batalla jurídica puso de relieve la crisis del régimen, la indecisión de los dirigentes, la incertidumbre de la política exterior y, a posteriori, la falta de lucidez de la mayoría de los cargos electos de la República. La alta traición acabó siendo sustituida por tratos con el enemigo, concepto que se consideró más prudente. En 1936 Joubert fue condenado a siete años de prisión, pero por una reducción de pena salió libre en 1941, para morir un año después víctima de un cáncer fulminante, «mucho más rápido que sus aviones», escribió una pluma envenenada.

Nos queda Charles Péricourt. El escándalo que determinó su marginación fue sofocado rápidamente. Los ochenta y ocho jueces designados no recibieron más ayuda que la de cuatro peritos contables, método muy eficaz para retrasar la instrucción y dejar que el suflé se desinflara.

Ante el clamor de la prensa de derechas, las autoridades dejaron de divulgar la identidad de los infractores, privando así al gran público de nombres que les habrían permitido personalizar su indignación. Parte de la prensa prefirió el silencio y sólo dedicó al escándalo unos cuantos sueltos llamativamente discretos. Otra optó por el contraataque y retomó su cantinela contra el fisco, cuyo pantagruélico apetito había exasperado a los contribuyentes. En resumen, el escándalo se fue diluyendo poco a poco y unos meses más tarde quedó en nada; los bancos ingleses y suizos prosiguieron su actividad, que ni siquiera se había

ralentizado, y los contribuyentes más modestos continuaron pagando proporcionalmente más que los privilegiados.

A Charles Péricourt lo dejaron en paz, pero era un hombre destrozado por su fracaso. Nunca se recuperó de la muerte de Hortense. Tal como presentía, sus «dos flores» no llegaron a casarse: Rose y Jacinthe siguieron un itinerario caótico que acabó llevándolas a entrar en religión, pero no se adaptaron al ambiente. En 1946 partieron hacia Pondicherry, en el territorio colonial francés de la India, desde donde le insistían a su padre para que se reuniera con ellas, lo que acabó haciendo en marzo de 1951. Fue allí, rodeado de su «virginal ramillete», donde murió un año después.

El precoz talento de Paul para la publicidad dio a su bálsamo una brillante carrera, con la poderosa ayuda de una astuta campaña de cuñas radiofónicas. El eslogan «¡Caray!» se convirtió en una expresión popular empleada a troche y moche. A las mujeres les encantaba porque les permitía usar un leve taco disfrazado de broma. La empresa Péricourt diversificó sus productos. Un reportaje dedicado a Paul Péricourt en *Le Petit Journal Illustré* lo hizo pasar de golpe de la popularidad a la celebridad: la gente adoraba a aquel chico en silla de ruedas, brillante, emprendedor y modesto, que se pasaba la vida explicando a los periodistas (siempre que le dejaran tiempo para escucharla) que la gran Solange Gallinato había ido a Berlín poco antes de morir para desafiar el poder del Reich, que había convertido su último recital en un alegato antinazi, y que las autoridades alemanas habían inventado una leyenda que había llegado el momento de refutar, porque tergiversaba el espíritu de la diva, etcétera. Cuando empezaba con aquel asunto, no había quien lo parara. Todas las enciclopedias recogen esta versión, que Paul consiguió imponer.

En 1941 entró en la Resistencia. Detenido en 1943 por la Gestapo, no lo sacaron de la silla de ruedas para someterlo a tortura.

Durante las jornadas de agosto de 1944 estaba en París. No abandonó la silla, la ventana ni su fusil durante más de setenta y dos horas.

Medalla de la Resistencia, Cruz de la Liberación, Légion de Honor... Paul aceptó los reconocimientos, pero nunca habló de su experiencia en la guerra ni ingresó en ninguna asociación de antiguos combatientes. Nunca quiso volver a ver a su padre, que buscó un punto de contacto con su hijo por esa vía. En realidad, no pertenecían al mismo bando.

Su interés por la farmacia no sobrevivió al éxito del bálsamo Calypso: lo que

lo apasionaba no eran tanto los productos como el modo de venderlos. Se dedicó a la publicidad, creó la agencia Péricourt, se casó con Gloria Fenwick, heredera de una agencia estadounidense rival, se instaló en Nueva York, regresó a París, tuvo hijos, hizo fortuna y creó eslóganes, que era lo que mejor se le daba.

Aunque disponía de muchas opciones, Léonce Picard escogió marcharse a Casablanca. Quería regresar al punto de partida, como una niña que empieza una rayuela con mal pie y vuelve al principio. De hecho, no se llevó consigo a Robert Ferrand, que se sorprendió mucho, pero se consoló enseguida.

Nunca intentó entender el motivo por el que eligió el nombre de Madeleine Janvier. Reinició su búsqueda, como unos años antes en París, pero, en vez de encontrar a una rica burguesa que la contratara como señorita de compañía, conoció a un empresario normando que se casó con ella y le hizo cinco hijos, uno por año. Después de su último embarazo, Léonce cogió bastantes kilos. Ustedes no la habrían reconocido.

¡Ah, sí, Vladi! No nos olvidemos de Vladi.

Se casó con el revisor de los Ferrocarriles del Este y, convertida en la señora Kessler, se instaló en Alençon, pero nunca aprendió una sola palabra de francés. Su hijo mayor, Adrien, fue Premio Nobel de Medicina, como todo el mundo sabe.

En cuanto a Madeleine y Dupré, siguieron tratándose de usted toda la vida.

Él le decía «Madeleine» y ella, «señor Dupré», como la mujer de un tendero delante de la clientela.

Roudergues, julio de 2017

AGRADECIMIENTOS

El título de este homenaje a mi maestro Alexandre Dumas procede de un poema de Louis Aragon («Las lilas y las rosas») y se basa libremente en cierto número de hechos reales.

El Renacimiento Francés de Gustave Joubert se inspira, evidentemente, en el Redressement Français (1925-1935) de Ernest Mercier; las prácticas de la Unión Bancaria de Winterthur, en los fraudes fiscales de la Banque Commerciale de Bâle (1932); los chanchullos del *Soir de Paris*, en «L'abominable vénalité de la presse française» (serie de artículos de Boris Souvarine publicados en *L'Humanité* durante 1923), y el personaje de Jules Guilloteaux en Maurice Bunau-Varilla, director de *Le Matin*.

Ninguna de las personas a las que deseo dar las gracias tiene la menor responsabilidad respecto a mis infidelidades a la «historia auténtica», de las que sólo yo soy culpable.

A lo largo de toda la escritura del libro, Camille Cléret (a la que tuve la suerte de conocer gracias a Emmanuel L.) fue muy amable al poner su talento de historiadora, su capacidad de respuesta y sus conocimientos al servicio de esta novela. Cuando no respetaba la verdad histórica, me lo hacía notar; cuando decidía hacer caso omiso, me señalaba los riesgos. Nuestra colaboración ha sido una maravilla.

Tengo una deuda significativa con los historiadores del período, especialmente con Fabrice Abbad, Serge Berstein, Pierre Milza, Olivier Dard, Frédéric Monier, Jean-François Sirinelli, Eugen Weber, Michel Winock y Theodore Zeldin.

L'Argent caché (El dinero escondido) de Jean-Nöel Jeanneney, una obra apasionante sobre el mundillo de los negocios y la política, me proporcionó

elementos imprescindibles, no menos que *Les Batailles de l'impôt* (Las batallas fiscales) de Nicolas Delalande, de donde provienen la mayoría de las ideas de Charles sobre la represión fiscal. Las completé gracias al trabajo de Christophe Farquet «Lutte contre l'évasion fiscale: l'échec de la SDN» (Lucha contra la evasión fiscal: el fracaso de la Liga de las Naciones). Debo a Sébastien Guex la idea de los fraudes fiscales, sacada de su excelente artículo «1932: l'affaire des fraudes fiscales et le gouvernement Herriot» (1932: el asunto de los fraudes fiscales y el gobierno de Herriot).

En un terreno totalmente distinto, la novela de Germaine Ramos *La Foire aux vices* (La feria de los vicios) fue una fuente de información sobre las prácticas de la prensa venal, como *La République des camarades* (La república de los camaradas) de Robert de Jouvenel lo fue sobre el parlamentarismo.

La lectura de los periódicos de la época fue una ayuda constante, en especial los artículos de los cronistas (B. Gervaise, L. A. Pagès, P. Reboux, C. Vautel, J. Bainville, G. Sanvoisin, etcétera), así como los de François Coty en *Le Figaro*, los recuadros diarios de *Le Matin* y las crónicas firmadas por M. de La Palisse en *Le Petit Journal*. «¿Quiere Francia un dictador?» es el título de una larga investigación publicada en marzo de 1933 en *Le Petit Journal*. Por todo eso y por tantas otras cosas, gracias a los profesionales que gestionan la extraordinaria base de datos Gallica de la Biblioteca Nacional de Francia. Ojalá tuvieran más medios.

Las traducciones al polaco son obra de mi excelente traductora Joanna Polachowska. Las alemanas (del sur), de Laura Kleiner.

Jean-Nöel Passieux me informó de forma muy clara sobre el intríngulis de los turborreactores. Todo mi reconocimiento por su paciencia, así como por la de Gérard Hartmann, que hizo la vista gorda ante mis inexactitudes técnicas. Hervé David tuvo la amabilidad de ayudarme para que Paul pudiera entregarse a su pasión fonográfica y el maravilloso Phono Museum de París me permitió iniciarme en la materia. Jalal Aro, de la Phonogalerie de París, fantástico santuario del gramófono, cubrió perfectamente las lagunas.

A lo largo de este trabajo me vinieron a la cabeza cosas que no eran mías: nada de lo que escribimos nos pertenece totalmente. Por ejemplo, cuando necesité explicar que en el futuro Solange Gallinato iba a cantar sentada, me acordé del momento en que Victor Hugo dice, refiriéndose al misterio de la vocación de Charles Myriel: «¿Qué ocurrió después en la vida del señor Myriel? El derrumbe de la antigua sociedad francesa...» Mencionar todos los «préstamos» sería una pedantería, de modo que me limitaré a hacer una lista

incompleta, pero alfabética: Louis Aragon, Michel Audiard, Marcel Aymé, Charles Baudelaire, Saul Bellow, Emmanuel Carrère, Georges Brasens, Ivy Compton-Burnett, Henri-Georges Clouzot, Alexandre Dumas, Albert Dupontel, Gustave Flaubert, William Gaddis, Albert Garlini, Jean Giraudoux, Louis Guilloux, Sacha Guitry, Victor Hugo, Jean Jaurès, Ken Kesey, André Malraux, William McIlvanney, Larry McMurtry, Norge, Pierre Perret, Marcel Proust, Joseph Roth, Claude Schopp, Stendhal, William Thackeray, Lev Tolstói, Trevanian, Camille Trumer y Jakob Wassermann.

Gracias a mis atentos lectores: mi cómplice histórico Gérald Aubert, y Nathalie, Camille Trumer, Perrine Margaine, Camille Cléret, Solène, Catherine Bozorgan, Marie-Gabrielle Peaucelle y Albert Dupontel.

Una mención muy especial para Véronique Ovaldé por sus sabios consejos y su generosidad.

Y para Pascaline, de principio a fin.

NOTAS

¹ Promulgada en 1921, la ley Roustan favorecía el acercamiento de los cónyuges que, siendo ambos funcionarios, estaban destinados en diferentes departamentos. (*N. del t.*)

² Los haraganes: un tebeo publicado desde 1908 hasta fechas recientes que narraba las aventuras y desventuras de tres hermanos, Croquignol, Filochard y Ribouldingue, tan vagos y granujas como simpáticos. (*N. del t.*)